

+18

Amarite
ES MÁS QUE MI DESTINO

GABRIELA LO CURTO

**AMARTE ES MÁS QUE MI
DESTINO**

Gabriela Lo Curto

Primera edición: 27 de diciembre de 2018

Título: Amarte es más que mi destino.

Autora: Gabriela Lo Curto.

Ilustrador: Ivan Kljuce.

Imágenes: CanStockphoto.es

Editora: Jessica Fermín.

Maquetación: Gabriela Lo Curto.

Copyright © 2018

© Gabriela Lo Curto

gabrielalocurto@gmail.com

SafeCreative N° 1811108999085

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo derechos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos, lugares y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Más allá de la noche que me cubre,
negro como el pozo de polo a polo,
doy gracias a los dioses que puedan existir
por mi alma inconquistable.

En las azarasas garras de las circunstancias
nunca me he lamentado, ni he pestañado.
Sometido a los golpes del destino
mi cabeza está ensangrentada, pero erguida.

Más allá de este lugar de cólera y lágrimas,
donde yacen los horrores de la sombra, sin embargo,
la amenaza de los años me encuentra,
pero me encontrará sin miedo.

No importa cuán estrecho sea el camino,
cuán cargada de castigos la sentencia,
yo soy el amo de mi destino,
Soy el capitán de mi alma.

INVICTUS
de William Ernest Henley.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[EPÍLOGO](#)

[DEDICATORIA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[PLAY LIST BOOK](#)

[CONTACTA CON LA AUTORA](#)

[TÍTULOS DE LA AUTORA](#)

CAPÍTULO 1

Londres, Inglaterra.

Una gran cama redonda cubierta por colchas de sábanas negras resguardaba la desnudez de Giovanna. Sobre ella, un hombre delgado de piel tan blanca como la nieve, que le recorría con los dedos cada parte de su cuerpo. Ella, con un leve movimiento giró para colocarse ahorrajadas sobre él, dobló las piernas a cada lado, mientras él se tumbaba de espalda y la contemplaba con ternura.

Ian la tomó por la cintura, intentando de nuevo tener el control, pero sonrió al instante que ella le guiñó un ojo mientras le quitaba las manos y se las colocaba sobre la cabeza.

—Algún día lograré que confíes en mí —balbuceó el hombre.

—No sé de qué hablas —contestó, incorporándose—. Sabes que forma parte de mis juegos sexuales —aseguró y agarró el preservativo que se encontraba a un lado de la cama, para colocárselo poco a poco.

—Después de tanto tiempo ya no me engañas tan fácil.

La joven soltó una fuerte carcajada y decidió callarlo con un beso.

Ian tenía el deseo de acariciarla, de hacerla sentir amada, pero con Giovanna todo era completamente distinto. Desde el primer momento en que logró tenerla en su cama, gracias a su experiencia con sus anteriores parejas, se dio cuenta de que ella se comportaba esquiva y nunca le permitía cubrir su cuerpo más allá de unos segundos.

Tenía varias hipótesis, pero cada vez que intentaba hablar con ella sobre ese tema crecía un muro de hielo entre ellos.

—Tienes un cuerpo jodidamente hermoso, mujer —jadeó y levantó las manos para cubrirle los senos.

Con la lujuria recorriéndole el cuerpo, ella clavó las uñas a los costados de su torso mientras sentía cómo la carne de él se deslizaba muy despacio dentro de su interior.

Abrió las manos y posó las palmas sobre los abdominales de Ian, iniciando el movimiento perfecto. Él comenzó a mover las caderas en busca de más, necesitaba entrar por completo en ella. El placer que Giovanna le despertaba era descomunal, excedido y salvaje, como la chica que lo cabalgaba.

Ella terminó de besarlo y lo miró, lo contempló con la mirada cargada de erotismo y pasión, pero no amor, nunca con amor.

Ian lo notaba, lo sabía, pero no se daba por vencido; estaba seguro de que algún día conseguiría su amor. Sin embargo, esa mañana decidió amarla tanto como el tiempo se lo permitiera.

Giovanna cerró los ojos y escuchó los latidos de su corazón golpeando con fuerza su pecho, mientras sentía cómo su cuerpo era colmado por cientos de sensaciones. El vaivén lento se fue transformando en fuertes arremetidas, lo que provocó que él comenzara a soltar maldiciones y exigencias, que la excitaron aún más y la motivaron a continuar con las embestidas.

Al cabo de unos minutos alcanzaron el máximo placer, ella se inclinó hacia atrás, dejándose invadir por un fuerte escalofrío, justo en el momento que él le rodeaba las caderas con sus manos, aferrándose a ella.

No quería dejarla ir.

Cuando Giovanna consiguió recuperarse, susurró:

—Me encantaría quedarme un rato más, pero no quiero perder mi vuelo.

—Quédate, por favor, solo..., solo dame un poco más de tiempo —rogó y la abrazó.

Aquella escena era la que ella quería evitar. Odiaba tener que ser cruel con él, pero ya lo habían hablado un par de veces, y él seguía insistiendo.

—Terminé la maestría, he conseguido una buena oferta de trabajo y deseo

volver a casa —explicó de forma escueta.

—¿Por qué ahora?

—No insistas, Ian. Por favor —contestó, molesta.

Él estaba desesperado, la amaba, por Dios que la amaba y daría lo que no tenía por retenerla a su lado.

—Puedes trabajar en el periódico de mi padre, él mismo te ha ofrecido el cargo. ¿Por qué no lo aceptas y así construimos un futuro juntos?

En respuesta, ella se levantó de la cama y comenzó a vestirse, sin emitir una palabra. Odiaba que la obligaran a hacer algo o que los hombres se creyeran con la total libertad de disponer de su vida, su trabajo y su futuro.

—¡Joder, Gio! Solo quiero que lo nuestro funcione —dijo, sentándose en el borde de la cama, removiéndose el cabello con ansiedad. Sabía que se estaba jugando todo al presionarla, pero estaba desesperado, el tiempo se le acababa.

—¡No hay un «nosotros», Ian! —gritó y volteó su cuerpo para enfrentarlo —. Siempre fui sincera contigo, desde el primer día que accedí a venir a tu casa te dije cómo serían las cosas.

—Sí, lo sé, pero después de tantos meses creí...

Ella lo interrumpió levantando la mano.

—Nada ha cambiado, Ian. Sigo siendo la misma, y lo sabes. Además, mi mundo no está en Londres, quiero volver a casa.

—Entonces, ¿se acabó?... —murmuró, sintiendo cómo aquella italiana destrozaba su corazón.

Giovanna soltó todo el aire de sus pulmones y eliminó el espacio que los separaba para sentarse a su lado.

—Siempre seremos amigos.

—No vuelvas a decirme eso, odio ser tu amigo.

Ella lo abrazó y besó su mejilla enrojecida.

—Nunca quise hacerte daño, lo sabes.

—Vete, Gio. No quiero ser tu amigo, mucho menos darte lástima.

—Bien, como quieras. —Se levantó de la cama y terminó de vestirse, ignorándolo por completo. Cuando estuvo lista tomó sus cosas y se fue.

Odiaba terminar una bonita amistad de esa manera. Lo cierto era que había intentado hacerle entender que ella estaba de paso en aquel país y que no tenía intenciones de formalizar una relación amorosa, ni con él ni con nadie.

—¡Qué mierda de vida! —exclamó, molesta con él y con ella misma.

Esperó en la calle hasta encontrar un taxi que la llevara hasta su apartamento para terminar sus maletas e irse al aeropuerto. Esa tarde, después de dos años, volvía a Italia, a su hogar.

Ravena, Italia.

Un hermoso atardecer, de colores naranja y amarillo decoraba el cielo de Ravena. Una intensa mirada azul aguamarina recorría la ciudad a través de la ventanilla de un Ferrari F12, berlinetta rojo. Su mente dispersa, solo la ocupaba la música del grupo irlandés U2, que expresaba en cada palabra lo que su corazón sentía.

*One love, one blood, one life
You got to do what you should
One life with each other
Sisters, brothers
One life, but we're not the same
We get to carry each other
Carry each other
One, one*

La canción y sus pensamientos fueron invadidos por el timbre del móvil,

que retumbó en el interior del vehículo; desde la pantalla táctil, Cícero conectó la llamada al equipo de sonido.

—¿Sí? —respondió de forma escueta.

—¡Mi cosi hermoso! —dijo una voz femenina al otro lado.

—Hola, Valentina —expresó con rencor.

—Hmmm, mi novio está molesto hoy —exclamó con ironía.

—¿Tú qué crees?

—Lo siento, mi muñequito, hice todo para vernos, pero Stefano aplazó su viaje y no pude inventarme otra reunión con las chicas. ¡Puede sospechar!

—No te pedí explicaciones, Valentina. Déjalo así, ya no importa.

—Claro que importa, amor mío. Sabes que tú me importas mucho.

—¡Estoy cansado de tus desplantes! —Pareció decepcionado.

—¿Podemos vernos esta noche? —indagó, intentando disimular la preocupación y ansiedad en su voz. Sabía que jugaba con fuego, y presentía que estaba a punto de perder su bien máspreciado, Cícero Liotta.

—No estoy de humor. —Gruñó.

—Por favor, mi cosi hermoso. Prometo recompensarte como te gusta.

El hombre guardó silencio unos minutos y apretó el puente de su nariz con la mano derecha, mientras exhalaba una gran bocanada de aire.

—Bien, nos vemos en tu residencia de la playa. Hasta entonces.

Con los sentimientos revueltos, Cícero cortó la llamada, estaba atado emocionalmente a la esposa de un político muy importante de la ciudad. Jamás pensó, cuando inició esa relación, que llegarían a un punto sin retorno. La belleza y sensualidad de Valentina Mazzeo estaba fuera de todo control humano.

Había intentado terminar aquella relación en varias ocasiones, pero siempre, sin entender por qué, volvía con ella. No podía negarlo, tenía debilidad por las rubias de ojos azules, y Valentina era la imagen exponencial

de sus gustos y deseos carnales.

Cícero llegó al aeropuerto, y después de estacionar, bajó de prisa; como siempre, llegaba tarde. Él y su eterno problema con el tiempo.

La encontró con los brazos cruzados, la espalda pegada a la pared y un par de maletas a su lado.

—Lo siento, siento muchísimo llegar tarde. ¿Tienes mucho esperándome?

—Corrió hasta Giovanna y agarró las maletas.

—Toda una eternidad —bufó—. Un minuto más y tomaba un taxi.

—No seas exagerada, mujer.

—Por lo menos puedes preguntarme cómo estuvo el viaje —ironizó, blanqueando los ojos.

—Deja la pataleta y vámonos.

Ella guardó silencio y comenzó a caminar junto a él. Cuando llegaron al auto, Cícero organizó las maletas en el portaequipaje y subió a su asiento.

Nada la preparó para lo que sintió al verlo, «¡Ay, está más bueno que nunca! Con ese cuerpazo de infarto. Mmm..., para comérselo enterito», pensó y bajó la mirada con una sonrisa dibujaba en los labios.

Tenía dos años sin hablar con él. Ni un mensaje ni una llamada. Supo que él iría a buscarla por su mejor amiga, Abrianna, quien era prima de Cícero, y ese día tenía una cita médica.

Al principio, ella odió la idea de que él fuera a buscarla, hasta el punto de preferir en un millón de años tomar un taxi, pero Abrianna, con su melosa palabrería, la convenció. Y ahí estaba ella, mirándolo de reojo con el corazón desbocado y un calor asfixiante. Ese hombre le alteraba todos sus sentidos.

Porque Cícero no era cualquier hombre, no para ella. Lo conocía desde su infancia, habían asistido al mismo colegio y luego al mismo instituto. Durante todo ese tiempo nunca se atrevió a dirigirle ni un simple «hola», pero su suerte cambió cuando Abrianna llegó a Ravena, a partir de ese momento compartía

con él casi todas las tardes, cuando las chicas se juntaban para hacer los deberes escolares.

Sin embargo, Cícero continuó ignorándola por completo. Y estaba segura de que aún, después de diez años, seguía todo igual.

—¿Qué tal Londres? —Fue lo primero que él preguntó, después de haber recorrido un par de kilómetros.

—Gris, lluvioso y frío... Como siempre —respondió, sacando su móvil de la cartera para ocupar sus manos.

—No olvides que el sábado es el cumpleaños de Abrianna, será como de costumbre, en casa de mis padres.

—Sé perfectamente qué día cumple años mi mejor amiga, y no necesito que me invites.

—Claro que sí, porque soy el que está organizando la fiesta.

—Me importa muy poco que seas tú el organizador, es la fiesta de Abi, y solo por estar con ella ese día organicé mi vuelo para hoy.

—No sé en qué momento acepté venir a buscarte, eres tan...

—Linda. —Terminó la frase por él.

Cícero levantó la cara hacia el techo del auto para lanzar una sonora carcajada. A pesar de no ser su tipo, admitía que era hermosa. De ojos verdes como el musgo, cabellos ondulados y de un color rubio cobrizo.

Quizá ahora la veía más guapa por el tiempo que había dejado de compartir con ella. Aquel día le notó algo diferente, como más adulta, más mujer y, definitivamente, más bella.

—Me queda claro que la señorita Giovanna ha regresado. Vamos a ver por cuánto tiempo te quedarás esta vez —dijo, levantando la ceja derecha, mientras intercambiaba la mirada entre la carretera y la cara de la chica.

—Para tu desgracia, no pienso volver a irme. De hecho, tengo una oferta de trabajo.

—¿Aquí?, ¿en Ravena? —indagó, extrañado.

—Obvio, idiota, ¿a dónde más?

—Aunque te sorprenda, me alegro por tus padres, ya es hora de que te ocupes un poco de ellos.

—Mis padres pueden cuidar muy bien de ellos mismos, además, sabes perfectamente que nuestra relación no es la más cercana.

—Después de tanto tiempo, pensé que todo estaba mejor.

—El tiempo no lo borra todo —aseguró ella, mirando por la ventanilla.

Cícero reconoció su cambio de ánimo, por lo que prefirió tocar otro tema.

—Hablando de la fiesta de Abrianna, ¿será posible que me ayudes con un par de detalles que me faltan?

—¿Qué idea sensacional y extravagante se te ocurrió ahora? —Quiso saber la joven, fijando su mirada en los ojos aguamarina de él.

—Para Abi, solo lo mejor; ya me conoces. —Le guiñó un ojo, y ella sintió su corazón detenerse.

Giovanna escuchó con atención todo lo que él tenía planificado. Con solo oír lo emocionado que estaba, no le fue difícil recordar cuán importante era Abrianna para él.

—¿Intentas manipularla para que desista del viaje? —preguntó, aunque suponía la respuesta.

—Eso ya es caso perdido, hice de todo y nada me funcionó. Es un hecho que se va a la India.

—Te confieso que al principio no me gustó para nada la idea, mucho menos ahora, que regresé; pero si es lo que ella quiere..., como amiga, solo me queda apoyarla y desearle todo el éxito del mundo.

—Para mí, no es tan fácil, nunca nos hemos separado. Ella es más que mi prima, es como mi hermana y mi mejor amiga.

—Créeme cuando te digo que la quiero tanto como tú, lo que pasa es que, a

diferencia de ti, yo quiero verla feliz, sea donde sea.

Cícero bufó, molesto, cada vez que hablaba del tema de la India entraba en cólera, aún no entendía por qué su prima prefería irse a dar clases a aquel país, que continuar en Ravena, donde trabajaba para una ONG muy prestigiosa.

Después de dejar a Giovanna en su casa, Cícero tomó la autovía hasta la costa, donde Valentina tenía alquilado un chalet, para poder compartir libremente con su amante. Al llegar, buscó la llave que siempre guardaba en una pequeña maceta de flores, cerca de la puerta, y abrió.

CAPÍTULO 2

La encontró en el salón, sobre la mesa y con las piernas abiertas, dándole una calurosa bienvenida. Así era Valentina: arrolladora, perversa y, cada vez que lo veía con esos ardientes ojos, su cuerpo se tensaba, imaginando todo lo que venía.

—Te prometí recompensarte, mi cosi hermoso. Y aquí estoy, dispuesta a darte una noche inolvidable —auguró, bajando la cremallera de su vestido con sensualidad.

Aquella mujer era fuego, placer y lujuria.

Él, sin pensarlo, se lanzó sobre ella, devorándole la boca al mismo tiempo que sus manos le acariciaban los senos. Terminó de quitarle el vestido y la alzó hasta ubicarla entre sus piernas.

—Mía, eres mía, mujer. —Le dijo en el oído, mordiendo la parte baja de su cuello. La diversión brilló en sus ojos.

Ella deseaba tanto besarlo, tocarlo y darle cualquier cosa que él quisiera, con tal de retenerlo a su lado, esa noche y todas las que ella lograra conseguir.

Hacerlo por completo suyo.

Por todos los demonios, ¿cómo podía ella amar tanto a ese hombre? Se suponía que él sería un simple capricho en su aburrida vida, pero cada día se convertía en una obsesión.

El placer la impulsó a envolver sus piernas alrededor de él. Cícero bajó una mano, ubicándola entre sus cuerpos para comenzar a jugar entre sus pliegues íntimos, sin liberar su boca. El deseo de ambos era evidente por la forma en que fusionaron sus labios. La besó y la saboreó de una manera tan salvaje que la hizo gemir.

Ella le devolvió el beso con la misma intensidad, frotando su cuerpo contra él, recorriendo con sus manos todo su cuerpo y desvestiéndolo con premura.

Con la respiración acelerada, él la miró entre las sombras.

—¿Te gusta?

—Sí, mucho, no sabes cuánto.

—¿Me quieres? —preguntó, mordiéndole los labios.

La sonrisa de Valentina creció en su cara, y con los ojos brillosos por todo lo que estaba sintiendo, le contestó:

—No te quiero, yo te amo con locura. Lo sabes.

—Entonces, ¿qué pasará con nosotros?

Valentina no tuvo tiempo de responder, el timbre de un móvil los silenció de inmediato.

—Es Stefano —clamó y se removió sobre la mesa.

Él asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Lo sé, ya reconozco el tono que le tienes.

—Quítate, que debo atender rápido —espetó, cerrando las piernas para bajarse del mueble.

—Estoy cansado de toda esta mierda, ¿hasta cuándo seguirás con él, si me has dicho un millón de veces que no lo amas y que deseas vivir conmigo?

—¡Ahora no, Cícero! No es momento para hablar de eso.

Cícero bramó, lleno de rabia, y la liberó de sus brazos.

Valentina corrió hasta el sofá donde había dejado su cartera, la abrió y sacó el móvil. Cuando fue a contestar, ya era demasiado tarde. Desesperada, le devolvió la llamada.

No existía situación alguna que Cícero odiara más que escucharla hablar con aquel hombre, la manera tan tierna y sumisa con la que ella le respondía le hacía recordar que él era el plato de segunda mesa y que, al final, ella seguiría con su esposo, sin importar todo lo que Cícero luchara por ella.

Así que tomó la decisión de salir de ese lugar y terminar con aquella relación.

Dejar todo atrás.

Levantó su camisa del suelo, se vistió rápidamente y, justo en el momento que ella empezó a hablar con su marido, él abandonó el lugar.

Subió al Ferrari y aceleró a toda velocidad, necesitaba poner distancia entre ellos, porque cuando su rabia crecía hasta cegar lo, como en ese instante, era preferible estar solo.

El jueves, después de almorzar y de hablar por más de una hora con su amiga Giovanna, Abrianna comenzó a organizar entre una montaña de ropa, zapatos y accesorios lo que iba a necesitar para su viaje a la India.

Hacía dos años que su padre trabajaba en la embajada italiana en Nueva Delhi, y ella lo extrañaba muchísimo. Por más que él la visitara cada seis meses, su ausencia le partía el corazón. Era la primera vez que se separaban por tanto tiempo, pero fue una gran oportunidad, que su padre, Fabio De Luca, no pudo dejar pasar.

Ahora que ella había tomado la decisión de comenzar una nueva vida en la India, podían volver a compartir, estar más tiempo juntos. Y así la encontró Cícero, sentada en el suelo de su cuarto con las dos maletas a su lado.

—¿Empacando? —Examinó todo el lugar, sentándose en el borde de la cama con los brazos cruzados a nivel del pecho.

—Hola, grandulón —saludó, levantando la cara, y le sonrió con ternura—. Sí, quedan pocos días y siento que me falta un millón de cosas por hacer.

—Puedes posponer el viaje —sugirió, alzando una ceja con arrogancia.

—Imposible, las clases en el colegio donde trabajaré comienzan en quince

días, y debo presentarme una semana antes, para poder organizarme.

—Creo que no hay nada ni nadie que te convenza de no ir —aceptó, derrotado.

Cícero se levantó de la cama y, cuando comenzaba a salir, ella se levantó del suelo y haló su mano.

—Oye, no te enfades, otra vez. —Le pidió, eliminando el espacio que los separaba—. Entiéndeme, por favor, quiero aprovechar esta nueva experiencia.

—Pero si aquí tenías un buen trabajo, pensé que te encantaban los jóvenes de tu colegio.

—Claro que sí, por supuesto. Pero la ONG no solo trabaja en Italia, tiene muchas conexiones y, logré, con la ayuda de mi padre, conseguir un trabajo allá. —Tomó su cara entre sus manos y lo miró a los ojos—. Quiero hacerlo, Cícero. Deseo poder ayudar a esos niños.

—¿Y nosotros qué?, ¿abandonarás a la abuela, a mis padres y a mí por esos niños? —Sus preguntas sonaron a ruego.

—No, no. Vendré con papá cada seis meses a visitarlos. Además, mi visa de trabajo es por dos años. ¿Quién sabe lo que pueda pasar en ese tiempo?

—Pensé que con el retorno de Giovanna..., quizá...

Abrianna lo interrumpió e intentó calmar sus miedos, porque estaba segura de que una de las cosas que más le preocupaba a Cícero era su seguridad.

—Estaré bien, ya conoces a papá, nunca permitiría que me exponga a algún peligro. Y estoy segura de que será una gran experiencia para mí... Solo, solo te pido que me apoyes.

—Te echaré de menos, todos los días y en todo momento.

—Lo sé, yo también a ti, muchísimo. Pero donde quiera que esté, nunca olvides que te quiero con todo mi corazón.

—Ven aquí, pequeña. —La rodeó con sus brazos y la apretó contra su pecho.

El viernes, muy temprano, Giovanna despertó con los nervios a flor de piel; después de mucho tiempo, volvía a vivir el horrible sobresalto de una entrevista de trabajo. Esperaba que la experiencia adquirida en Londres le diera la confianza que necesitaba y convenciera al jefe de personal.

Había conseguido la entrevista por vía de una compañera de la maestría, que conocía a un fotógrafo que trabajaba para el periódico. En realidad, la oferta fue para su amiga, pero ella lo rechazó, así que en el momento que se lo comentó a Giovanna, ella le preguntó si podía aplicar para el trabajo. Y ahí estaba, rumbo a las oficinas del *Ravena24ore*.

Cuando entró al edificio, fue recibida por una señora de cabellos negros, rizados, de ojos marrones y amable sonrisa, quien le pidió su identificación y el motivo de la visita. Después de registrarla y hacer un par de llamadas, le entregó una tarjeta magnética para poder ingresar.

—El Licenciado Ricci la espera en su oficina, piso cuatro. —Le informó, mirándola a los ojos por segunda vez—. No olvide dejar la tarjeta antes de marcharse.

—Por supuesto, lo recordaré.

—Mucha suerte —agregó la recepcionista, guiñándole un ojo.

—Gracias, la necesito.

Traspasó los torniquetes de seguridad y confirmó la hora en la pantalla de su móvil; verificó que llegaba justo a la hora acordada. Una de las pocas manías que había adquirido de su padre, Duilio Donati, era la inquebrantable puntualidad.

Subió al elevador y, cuando las puertas se abrieron, encontró un mundo fascinante. Decenas de escritorios, alineados uno al lado del otro, tres

televisores gigantescos colgaban de la pared del fondo, transmitiendo en vivo las noticias nacionales e internacionales, y varias personas inmersas en la redacción de sus propias noticias.

Suspiró hondo, estiró la chaqueta de su elegante conjunto y se prometió luchar por obtener ese trabajo. Había nacido para ser periodista y, por primera vez, tenía la posibilidad de trabajar en el periódico de su ciudad natal.

Nada le haría más feliz en la vida.

Caminó con pasos inciertos, porque no sabía dónde quedaba la oficina del jefe de personal, hasta que escuchó una voz femenina:

—¿Vas con Ricci?

Giovanna volteó la cara, localizando a la mujer que le había hablado, o eso creía, porque se encontraba sentada y mirando fijamente la pantalla de su laptop.

—Sí —respondió, nerviosa.

—Al fondo, a la derecha. —Le dio las instrucciones, alzando la mano sobre la pantalla, y continuó tecleando.

—Gracias.

Al llegar, descubrió que era la única oficina cerrada con cristales polarizados. Tocó la puerta un par de veces y esperó hasta que un hombre de unos cuarenta años, con el cabello canoso y ojos azules abrió la puerta y le preguntó:

—¿Giovanna Donati?

—Sí. Usted debe ser el licenciado Ricci, ¿cierto? —Extendió su mano para saludarlo con cortesía.

—Enzo Ricci, un placer. Siéntate donde gustes.

La oficina era un completo caos. Lo primero que Giovanna encontró a su derecha fue una mesa redonda con seis sillas; a su izquierda, un escritorio de madera oscura, rectangular, cubierto por cientos de documentos, dos laptops y

una impresora láser. A penas había espacio para la taza de café que reposaba humeante.

La chica se sentó en una de las sillas frente al escritorio y esperó hasta que él se ubicara en su lugar. Tenía esa expresión en el rostro que revelaba su sabiduría y los años de experiencia dentro del medio periodístico.

—Giovanna, no tengo mucho tiempo, así que seré breve.

Ella asintió y guardó su móvil dentro de la cartera que bajó a sus pies.

El editor en jefe resultó ser un parlanchín, después de casi media hora de entrevista; prácticamente, ella había hablado un par de minutos. Lo único relevante fueron sus funciones y responsabilidades, todo lo demás era casi igual a su anterior trabajo.

Por supuesto que aceptó, a pesar de que el sueldo no era lo que ella esperaba. En Londres, por cubrir las vacaciones de una colega durante quince días, ganó más de lo que él le ofrecía mensual. Pero ella lo vio como una oportunidad para establecerse en su ciudad y adquirir experiencia. El dinero no sería un problema, de hecho, repudiaba una gran parte de su fortuna por lo que este representaba en su vida.

Era el segundo paso que daba para reconstruir su futuro, el primero había sido regresar.

En el instante que salió del edificio, lo primero que hizo fue llamar a su mejor amiga y darle la buena noticia. Abrianna la invitó a cenar para festejar.

De camino a casa, recibió una llamada de su madre. Desde el martes, que había regresado, solo le había escrito un par de mensajes, informándole que se encontraba en Ravena. Decidió contestar a través del manos libre.

—Hola.

—Hija, ¿cómo estás? —saludó Antonietta.

—Hola, mamá. Todo bien, ¿y tú, cómo estás?

—Extrañándote mucho, pero feliz porque estás de regreso.

—Sí, yo también estoy contenta.

—¿Cuándo nos vemos? —preguntó con ansiedad.

Antonietta vivía con la ilusión de recuperar el afecto de su hija y esperaba que con su regreso la joven le diera la oportunidad de rehacer su relación. Dos años sin verla habían sido muy difíciles para ella.

—No lo sé, mamá, en estos días estoy bastante complicada. —Giovanna prefirió excusarse, que admitirle que no deseaba encontrarse con ellos. Primero quería retomar las citas con su psiquiatra.

—Vale. —Pasado un silencio, Antonietta expresó—, cuando puedas me llamas y así organizo una comida en casa.

Otro silencio.

Giovanna había llegado al punto de no tener ningún tema de conversación ameno con sus padres. Las pocas veces que respondía sus llamadas, se reducían a escuetas oraciones.

—De acuerdo, mamá. Hablamos luego, que voy conduciendo.

Se despidió de la manera más amable que pudo e intentó no recordar el pasado. Aun aguardaba dentro de su corazón y en su mente sentimientos oscuros hacia sus padres.

Al caer la noche y con la emoción de una quinceañera antes del baile, Giovanna entró al restaurante, feliz, inquieta y con ganas de contarle a su amiga todos los pormenores de su nuevo trabajo; sin embargo, cuando sus ojos verdes se toparon con el rostro de Cícero, se detuvo en seco.

«*Qué mierda hace él aquí, ¿quién lo invitó?*». Pensó, apretando la mandíbula.

«*No seas tonta, Gio, si la respuesta la tienes frente a ti, es obvio, pero... ¿por qué lo trajo? No lo entiendo*».

CAPÍTULO 3

Por un segundo se planteó la idea de marcharse, lo menos que deseaba era volver a verlo. Él traía recuerdos y emociones que prefería dejar atrás, pero su mejor amiga no merecía un desplante. Así que avanzó, posando su mirada en la figura delgada de Abrianna. Quería estrangularla porque tenía tantas cosas que contarle, pero ahora, con él ahí, le sería imposible.

—Buenas noches —saludó, llegando a la mesa donde la esperaban.

Abrianna se levantó y la abrazó en silencio, con los ojos cerrados y una sonrisa.

—¡Felicidades, Gio!

—Gracias, Abi —contestó y se abrazó de nuevo a ella—. ¡Estoy feliz!

—¡Claro! Tienes que estarlo, es un gran periódico.

Cícero se levantó de su silla, inclinó la cabeza y la besó en la coronilla. A él le pareció que ese día, iba vestida muy elegante y hermosa.

—Felicidades, loca. Lo conseguiste.

—Gracias, y por supuesto que lo conseguí —bufó y blanqueó los ojos. Él siempre era tan irónico con ella, que desconfiaba hasta de sus escasos halagos.

Los tres se sentaron, y mientras el camarero les servía agua natural y les entregaba el menú, Abrianna comenzó a preguntarle sobre la entrevista y, por supuesto, no le dio ninguna explicación sobre la presencia allí de Cícero.

—Empiezo el lunes, así que estoy entre nerviosa y emocionada —aseguró Giovanna, sonriendo, y se giró hacia su amiga—. Y tú, ¿cuándo comienzan tus clases?

—El catorce de septiembre.

—¡Debes estar muerta del miedo! —supuso Giovanna.

—Ni te lo imaginas, porque es otro idioma, otra cultura. Un mundo completamente desconocido para mí.

—Pero justo ahí está la parte emocionante, ¿no te parece? Que todo sea nuevo —añadió Giovanna.

Durante este tiempo, Cícero se dedicó a leer todo el menú e ignorar por completo la conversación. No tenía nada que decir sobre el tema de la India, además de que el exquisito perfume de Giovanna lo estaba volviendo loco.

Así estuvo el hombre hasta que Abrianna le pidió ayuda para elegir su plato.

—Hay costumbres que no cambian —comentó Giovanna, negando con la cabeza—. Cícero no estará en la India para pedir tu comida.

—Lo sé, pero mientras esté a mi lado...

—Si quieres, también puedo pedir por ti, Gio —sugirió este, sarcástico.

—¿Para que me pidas culebra rostizada? —inquirió, siguiendo su juego—. No, gracias.

La risotada de Cícero motivó las miradas de varias personas a su alrededor. Incluyendo la de Giovanna, que sentía un cosquilleo en la boca del estómago cada vez que lo veía sonreír de aquella manera tan espontánea.

—No comiencen. —Los detuvo Abrianna, en el momento que vio la postura de ambos. La cara de Giovanna se tornaba roja, y Cícero comenzaba a soltar necedades.

Llegó el camarero y pidieron su comida.

—Te juro que estoy sorprendido de que hayas decidido quedarte en Ravena —comentó Cícero—. Después de tanto tiempo viviendo fuera del país.

—Ya no hay nada ni nadie que me lo impida —contestó Giovanna.

—¿Y Doménico? —indagó Abrianna, incapaz de ocultar su miedo.

—Él tiene prohibido acercarse a mí, además, estoy segura de que nunca regresará a Italia.

De pronto, un joven interrumpió la conversación.

—¿Giovanna?, ¿eres tú?

La mujer alzó la mirada y sonrió cuando reconoció el rostro de quien la saludaba. Se levantó de su silla.

—Sí, claro. ¿Cómo estás? ¡Tanto tiempo!

—¡Estás bellísima! —saludó Joshua y la abrazó con ternura—. Mucho tiempo sin saber de ti.

Joshua había sido un amante increíble y ella, durante el tiempo que estuvieron juntos, la pasó divinamente. Y como no, si aquel hombre poseía las manos más habilidosas que Giovanna había conocido. Eso, sin hablar, de lo que le hacía con la boca. En definitiva, tenía que revivir esos fogosos encuentros.

Cícero se inclinó hacia el lado de su prima y le susurró al oído:

—Exnovio, segurísimo. —Volvió a su lugar y comenzó a detallar al recién llegado. No le pareció para nada adecuado ni correcto que ese hombre la abrazara con tanta euforia. Parecía como si quisiera devorarla ahí mismo.

Abrianna sonrió, afirmando con la cabeza, mientras pensaba en cómo es que dos personas podían ser tan incompatibles, pero a su vez, tan iguales. Ella siempre había querido que su primo se fijara en su mejor amiga, y aunque lo intentó un par de veces, se dio cuenta de que era misión imposible. Él consideraba a Giovanna muy inmadura e inestable. Esos dos eran como el agua y el aceite.

—Pero, ¿estás de visita o volviste para quedarte? —preguntó Joshua y le agarró la mano.

—Tengo planes de quedarme.

—Por ahora —añadió Cícero e intercambió la mirada entre Giovanna y su amigo.

Giovanna lo fulminó con la mirada, y por educación, decidió presentarlos.

Abrianna se puso de pie y lo saludó con un par de besos en la mejilla, en cambio, Cícero, lo ignoró por completo.

—Fue un gusto encontrarte, Gio. Me gustaría, si es posible, invitarte a tomar algo este fin de semana —sugirió Joshua, sacando el móvil del bolsillo, con la intención de que ella le dictara su número de teléfono.

Cícero cruzó la mirada con su prima, luego giró el rostro hacia Giovanna y su amigo.

«*¡Qué escena tan ridícula! Solo falta que se arrodele y le pida amor eterno*», pensó, molesto y un poco confundido. No comprendía porque le incomodaba tanto la presencia de aquel hombre.

—Este fin de semana es imposible, Giovanna está comprometida conmigo —interrumpió Cícero, cruzó los brazos sobre el pecho y fijó la mirada en Giovanna.

—Es mi cumpleaños, y Gio nos ayudará con los preparativos de la fiesta —aclaró Abrianna y le lanzó un puntapié a su primo por debajo de la mesa.

Giovanna no podía creer hasta dónde podía llegar Cícero por joderle la noche. El muy descarado, lo que tenía de apuesto lo tenía de egoísta; era de los que pensaba que si él no era feliz, nadie podía serlo.

«*Qué se muerda de la rabia, pero voy aprovechar todas las oportunidades que la vida me ofrece. Porque cuando él pudo formar parte de un «nosotros», prefirió olvidar y rechazarme. ¡Ahora que se pudra!*», caviló.

—Me encantaría salir contigo, Joshua. Como dice Abi, este finde estaré a tope por su cumpleaños, pero después estaré libre y encantada de volver a verte.

—Perfecto.

Cícero negó con la cabeza y se echó a reír ante la declaración del joven. Quien, después de intercambiar los números de teléfono, se despidió y salió del restaurante.

—¿Se puede saber por qué tenías que traerlo esta noche? —preguntó Giovanna a su amiga, con los ojos clavados en Cícero.

—Solo puedo decir, en mi defensa, que se ofreció a traerme... Es culpa suya que al llegar aquí se bajó del auto.

—No necesito invitación para cenar con mi prima —aclaró, apuntándolas con el dedo índice.

—¡Eres un impertinente! —exclamó Giovanna.

—Fue novio tuyo, ¿cierto?

—Déjala, Cícero. —Le reclamó Abrianna.

—Sí, lo fue —dijo con un resoplido—. Pero, ¿eso a ti qué te importa?

—¿Tienes una lista? —preguntó él, mordaz.

Abrianna los miró con exasperación.

—¡Basta, chicos! —demandó con énfasis. Sabía que si los dejaba seguir terminarían enemistados.

Giovanna se levantó de su silla, dio dos pasos y se sentó sobre el regazo de Cícero, sorprendiéndolo por completo. Si él creía que era la misma chica inmadura que se había ido hacía dos años, estaba muy equivocado.

—Sí, tengo una. —Le acarició el rostro con las yemas de los dedos e inclinó la cara para susurrarle al oído—, y te confieso que aún guardo un espacio para tu nombre. Así que cuando quieras..., cariño, ya sabes. —Le mordió el lóbulo de la oreja y se levantó para regresar a su lugar.

Cícero se quedó paralizado, con los ojos muy abiertos y fijos en ella. La confesión lo agarró desprevenido. Fue Abrianna quien relajó la tensión, soltando una carcajada. Él tardó unos minutos en reponerse, entre su delicioso olor y sentir otra vez su cuerpo sobre él, perdió la cordura.

—¡Tu amiga está loca! —aseguró y se fue al baño.

El camarero sirvió los platos y dejó las bebidas sobre la mesa.

—Lo aplastaste —aplaudió Abrianna y comenzó a comer.

—Un poco, para que aprenda a no joderme tanto la vida. —Sonrió, satisfecha.

—Hablando de Cícero, voy aprovechar que no está para pedirte algo.

—Si quieres que le cuide las espaldas en tu ausencia, ¡olvídalo!

—¡Oh, Gio! Me voy preocupada.

—¿Sigue con la mujer esa? —preguntó, casi segura de la respuesta.

—Sí, por nada del mundo la deja. —Se quejó—. Ya no sé qué hacer.

—Tú y él no parecen primos, sino gemelos. ¿Quién te dijo que podías hacerlo cambiar de parecer?

—Aún no me resigno a que la ame tanto como para seguir siendo un cabrón por ella. ¡Por Dios, Gio!

—Por Dios, ¿qué? —Soltó los cubiertos sobre el plato y la miró a la cara—. Si la ama tanto como tú y yo creemos, no la dejará nunca. Al menos que sea ella quien termine esa relación.

—¿Y si el esposo los descubre? —Se cubrió el rostro con las manos—. ¡No, Dios!

—Valentina no tiene un pelo de estúpida, Abi. La conocemos muy bien, y sabes que jamás permitirá perder su estabilidad económica, mucho menos su estatus dentro del grupito de arpías que tiene como amigas.

—Mi grandulón no merece una mujer así. ¿Por qué tenía que fijarse en ella?

—Porque el corazón muchas veces nos traiciona, se entrega a la persona menos indicada —lamentó, moviendo los hombros con desinterés, y volvió a tomar los cubiertos.

—Seguimos hablando luego, ahí viene —murmuró Abrianna, entre dientes, y agarró la copa de vino para beber un trago.

Cícero regresó, inquieto y aún sonrojado. Sin cruzar la mirada con Giovanna, se ubicó en su silla y comenzó a comer.

A la salida, Abrianna percibió la incomodidad entre ellos, así que, antes de

que estallara la tercera guerra mundial se despidió de su amiga y rodeó el brazo de Cícero, para guiarlo hasta su auto.

CAPÍTULO 4

El sábado, la casa de Abrianna amaneció en un completo caos. Todos se habían reunido para festejar su cumpleaños veintiséis.

Como cada año, después de la muerte de su madre, tanto su abuela, Vincenza, como su tía, Caterina, la despertaban para ser las primeras en felicitarla. Ambas se esmeraban para que Abrianna no sintiera tanto la ausencia de su madre, la cuidaban y protegían muchísimo, como a una hija.

A media mañana, y como habían acordado días antes, Cícero pasó buscando a Giovanna y juntos terminaron de organizar algunos detalles para la fiesta. Por esa razón llegaron los dos a la casa para colmarla de atenciones.

—¡Un feliz cumpleaños para la mujer más bella del mundo! —exclamó Cícero, y la rodeó con sus brazos para hacerla girar un par de veces.

—Gracias, pero suéltame, que me estoy mareando —pidió, muerta de la risa.

Giovanna, que se encontraba a unos metros de distancia, los contemplaba con una sonrisa en la boca. Eran tan idénticos físicamente, que en vez de primos parecían hermanos, con los cabellos claros, de ojos azules, y tan altos como su abuela, Vincenza.

Tuvo que esperar hasta que Cícero la soltara para poder felicitarla.

—Feliz cumpleaños, amiga querida. ¡Qué la vida te dé todo lo que sueñas y mucho más! —La abrazó con infinito afecto, y le susurró—. Sabes que te quiero como si fueses mi hermana.

Abrianna se aferró a ella y le contestó:

—Tú eres la hermana que la vida me regaló.

Pasaron el día juntos, en familia, disfrutando de la piscina y comiendo todo

lo que doña Vincenza les preparaba.

—Ay, muchacha, gracias a Dios que volviste. Te extrañábamos mucho — declaró Caterina, acariciándole el rostro—. Sabes que ocupas un lugar muy importante en nuestro hogar.

—Lo sé, ustedes también son muy importantes en mi corazón —enfaticó y bajó la mirada al suelo para que no se percataran de sus ojos llorosos.

Porque era completamente cierto, aquella familia se convirtió, cuando ella más lo necesitó, en su punto de apoyo. En ese hombro donde llorar, en la casa donde vivir y las personas en quien confiar. La madre de Cícero, Caterina, la había cuidado con tanto cariño que estaba segura que jamás tendría como pagarle tanto afecto.

Tan solo era una niña cuando su mundo se derrumbó, pero ahí estuvieron ellos para cuidarla y protegerla hasta de sus propios padres. Ya habían pasado más de diez años, de aquellos días oscuros, llenos de lágrimas y muchas pesadillas. Diez años, donde cada mañana, agradecía por vivir un nuevo día y por tener a su lado personas maravillosas como esa familia.

—Abrianna me comentó sobre tu nuevo trabajo, ¡felicidades mi niña! — expresó Vincenza, de pie, bajo una sombrilla.

—Gracias, *nonna*. La verdad es que ha sido una noticia maravillosa para mí.

El área de la piscina contaba con dos sombrillas grandes, cuatro tumbonas y tres sillas. Abrianna estaba acostada junto a Giovanna en las tumbonas, tomando el sol, mientras que Cícero, su madre y la abuela, conversaban bajo las sombrillas.

—Ven, Gio, acompáñame a la cocina, que seguro ya están listos los espaguetis, así me ayudas a traer los platos. —Le pidió doña Vincenza, quien preparaba unos espaguetis a la boloñesa que no tenían comparación.

Giovanna se levantó de la tumbona, colocó su vaso de *Coca Cola* sobre la

mesa y le siguió los pasos.

Y en ese momento el móvil de Abrianna comenzó a sonar.

—¡Es mi padre! —gritó, eufórica, al reconocer el tono; se inclinó hacia la mesa para agarrar su móvil y contestar.

Su tía sonrió y volteó la cara para mirar a su hijo.

—Ya me extrañaba que no la hubiese llamado antes —protestó.

—No te enfades, mamá. Ya la había llamado, de hecho, fue el primero que la felicitó, a las doce en punto.

—Oh, qué bueno. Por un momento pensé que...

Cícero la interrumpió:

—A tío Fabio jamás se le olvidaría el cumpleaños de Abi.

—Deja de reprocharme y ve a la cocina. Seguro que tu abuela y Giovanna necesitan que las ayudes.

El hombre obedeció sin refutar, y cuando llegó, encontró a su abuela de pie, explicándole con detalle cuál era su secreto para preparar la salsa boloñesa. Se quedó parado bajo el marco de la puerta, simplemente, observándolas.

—Unas hojas de albahaca frescas debe ser lo último que agregues, luego dejas reposar la salsa unos minutos y estará lista. —Completó su explicación y comenzó a servirla con una cuchara grande, sobre los platos llenos de espaguetis.

—Qué divino huele, seguro estará deliciosa —alabó Giovanna.

—Mi niña, como me gustaría que volvieras a vivir con nosotros. ¿Recuerdas lo bien que la pasábamos?

—Por supuesto, jamás podría olvidarlo, pero creí..., que era momento de volver con mis padres. Las cosas ya estaban más calmadas, y yo seguía siendo menor de edad. No quería traerles algún problema legal.

—Tus padres sabían que aquí estabas muy bien y segura —sentenció y levantó el mentón, con orgullo—. Yo hablaba a diario con tu madre, y

bastantes consejos que le di. —Terminó de servir la salsa y fue hasta el refrigerador para buscar el queso parmesano.

—No se preocupe, *nonna*, que ya todo eso quedó en el pasado.

—¡Muchacho, que susto me has dado! —exclamó la abuela, llevándose el trozo de queso al pecho—. ¿Qué haces ahí, fisgoneando? —Le reclamó.

Cícero sonrió y caminó hasta ella para rodearla con sus brazos.

—Deja la peleadera, *nonna* y dime en qué puedo ayudarte —preguntó, zalamero.

—Lleva esos platos a la mesa de la piscina y regresa, para que me ayudes con la botella de vino y unas copas limpias.

—Como usted ordene, mi generala —bromeó y caminó junto a Giovanna con los platos.

Cuando llegó la noche, comenzó la verdadera fiesta. Cícero había invitado a toda la familia, a los amigos de Abrianna del instituto y a excompañeros de la universidad. El salón de la casa fue decorado por completo, cubierto por globos, luces, flores y velas. Con la ayuda de Giovanna, a quien él le había delegado la tarea de decorar; debía admitir que estaba realmente perfecto.

El pastel era el favorito de su prima, y también había contratado los servicios de un cáterin para que se encargaran de la comida y bebidas.

Recorrió con la mirada el lugar, verificó que todo estuviera como él lo había planificado, y asintió con un movimiento de cabeza, orgulloso. Quería que Abrianna se divirtiera y se llevara a la India un bello recuerdo de su fiesta. Y ahora, que la veía tan bella y bailando como una loca junto a Giovanna, estaba seguro de que lo había logrado.

Ahora, de lo único que debía preocuparse era evitar ser capturado por los brazos de Giovanna, en cuanto lo atrapara para bailar, podía despedirse de su noche libre.

El domingo en la tarde, después de un almuerzo en familia, Giovanna y Cícero acompañaron a Abrianna hasta el aeropuerto. Al llegar, Cícero bajó las maletas de su auto y comenzó a caminar desde el estacionamiento hacia la terminal de pasajeros, detrás de las chicas, quienes iban abrazadas y conversando.

—No olvides llamarme cuando llegues. —Le pidió Giovanna.

Abrianna asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—No lo olvidaré, además, quiero saber qué tal te va en tu nuevo trabajo.

—Te voy a extrañar, Abi —confesó y apretó su cuerpo contra el de ella.

—Yo también, amiga, pero estaremos en contacto siempre.

Tras pasaron las puertas automáticas del aeropuerto, y la temperatura del lugar les refrescó la piel. Afuera estaba haciendo mucho calor.

—Revisa que tengas toda la documentación necesaria —aconsejó Cícero.

—Sí, tranquilo. Revisé antes de salir de casa.

Ya en el mostrador de la aerolínea, Abrianna realizó su registro y entregó su equipaje. Solo se quedó con su mochila de cuero, marrón; regalo de su madre, y su cazadora negra. Caminaron hasta la puerta de Control de Seguridad, donde comenzaron a despedirse.

Cícero besó la sien de Abrianna un par de veces y la abrazó con nostalgia.

—Gracias por traerme, chicos, y por apoyarme en todo momento. —Sentía una gran desolación, pero estaba resuelta a seguir con su viaje.

—Nada que agradecer, eres mi familia —dijo, aún aferrado a ella.

Giovanna agarró el antebrazo de Cícero y lo empujó hacia atrás para poder abrazar a su amiga.

—Te deseo mucho éxito en este nuevo camino y, por favor, me saludas a don Fabio. Dile que lo extraño muchísimo.

—Se lo diré. —La abrazó, y en ese momento aprovechó para susurrarle—:

Cuida de Cícero, por favor, aunque aparenta ser fuerte, no lo es. —Se separó de ella y volvió a abrazar a su primo.

—Te quiero, grandulón.

La expresión de Cícero se ensombreció, pero luego miró a su prima, recordando que aquellos eran sus últimos minutos juntos.

—También te quiero, pequeña. No olvides llamarme cuando llegues.

Abrianna se limpió un par de lágrimas y se separó de él.

—Sí, adiós... Cuídense mucho.

Giovanna y Cícero la vieron alejarse hasta desaparecer de su vista.

La puntada en el pecho de Cícero era tan fuerte que se llevó la mano al corazón y bajó la mirada al suelo para que Giovanna no lo viera llorar.

—Sé que es lo mejor para ella, pero a ti no te mentiré, odio que se marche justo ahora que decidí regresar —soltó de golpe Giovanna, entre lágrimas.

Cícero la hizo girar para abrazarla, tomándola por sorpresa. Era la primera vez, en mucho tiempo, que él la acercaba a su cuerpo de aquella manera tan íntima.

La cara de ella se hundió en el cuello de él, permitiéndole a sus fosas nasales llenarse de su olor, a menta con un toque cítrico.

¡Por Dios, que podía reconocer ese olor a kilómetros!

Era él, solo Cícero, nadie más.

Al principio dudó en devolverle el abrazo, pero su cuerpo la traicionó y se aferró a él con la misma intensidad con que la sujetaba.

Mientras ella lloraba, él le acariciaba la espalda con una mano, y con la otra le rodeaba el cuello.

—Puedes llorar, te prometo que no le diré a nadie sobre tus lágrimas.

Cícero sonrió y la alejó de su cuerpo.

—No necesito llorar para sentir mi corazón partirse en dos.

Él tocó su cara.

Giovanna asintió con sutileza, con los ojos muy abiertos por el recelo. Aquella declaración fue suficiente para romper la pequeña burbuja imaginaria que ella acababa de crear.

CAPÍTULO 5

Giovanna estaba segura de que siempre recordaría su primer día de trabajo en el periódico más importante de su ciudad. Porque estaba más que preparada para cumplir con los objetivos planteados y hacer lo que le daba sentido a su vida: investigar, redactar y publicar noticias de gran interés.

Su jefe le había ofrecido escoger entre deporte y sucesos, a lo que ella se decidió por la última opción. Ya que estaba consciente de sus deplorables conocimientos en deportes.

El día había sido largo y agotador, llegó al *Ravena24ore* a las ocho de la mañana, encontrando muy pocos compañeros. Lo que le permitió tener un poco de tiempo para organizar su espacio de trabajo. Era bastante meticulosa con eso.

A penas desayunó algo, porque pasó la mañana leyendo todas las noticias de la actualidad local. Sobre todo, de los eventos de interés para la comunidad, como la crónica criminal y algunas noticias de política, que estuvieran relacionadas a su área. Aunque sabía, por la explicación que Ricci le había dado, que el periódico contaba con un hábil politólogo, quien se encargaba de investigar y publicar todo lo referente a ese tema.

Minutos antes de salir a comer, se le acercó la misma chica que el viernes le había ayudado.

—Hola, eres la nueva, ¿cierto?

—Sí, Giovanna Donati. Un placer conocerte. —Se levantó de la silla y la saludó estrechando su mano.

—Un gusto, Giovanna. Soy Andrea.

La joven de cabellos rojos, ojos grises y la piel blanca, llena de pecas,

estrechó su mano.

—¿Eres periodista o del personal administrativo? —indagó, mientras se volteaba para apagar el monitor y agarrar su cartera.

—Periodista —confirmó—. Llevo la «prensa rosa», me ocupo de investigar toda la vida social de los famosos y personalidades del espectáculo. Incluido los escándalos de los deportistas —explicó Andrea.

—Voy saliendo a almorzar, ¿deseas acompañarme?

—Claro, me encantaría. Así te muestro los mejores restaurantes de la zona, mientras averiguo algo de ti —admitió con talante risueño.

Después de una hora, donde conversaron gratamente, regresaron al periódico. Subieron al cuarto piso y, en medio de un largo pasillo de escritorios, Andrea se despidió. Sus puestos de trabajo quedaban en lados opuestos.

—Si necesitas alguna cosa, me llamas a mi extensión. ¿De acuerdo? Es la 239.

—Muy bien, gracias —contestó, feliz por conseguir, en su primer día, una nueva amiga.

Giovanna giró y, a medida que avanzaba, algo llamó su atención.

Era un hermoso ramo de flores, que en el momento que lo tuvo frente a ella, descubrió un pequeño sobre blanco. Lo sacó de entre los tallos y lo abrió.

Bienvenida a casa.

Deseo que todo vuelva a hacer como antes.

Felicidades por el trabajo.

Tuvo que releerlo un par de veces para comprender lo que decía. Estaba extrañada. Volteó la cara de un lado a otro, como si buscara al dueño. Luego de unos minutos, sentada en su silla, supuso que había sido Cícero, porque no

había otra persona, además de Abrianna, que supiera que sus flores favoritas eran los tulipanes.

«Sí, definitivamente, tiene que ser él, porque quién más podría enviarme este detalle tan bonito y no escribir su nombre», pensó, blanqueando los ojos.

—¿Qué haré contigo, Cícero Liotta? —Se preguntó, acercando su cara a uno de los tulipanes para poder oler su fragancia.

Y con las flores a un lado de su mesa, Giovanna demostró, a lo largo de la tarde, que estaba comprometida al cien por ciento con su trabajo. No solo leyó las últimas noticias, sino que ya tenía planificado realizar un reportaje sobre una mujer que había sido, presuntamente, asesinada por su pareja, la semana anterior.

Para ella, había una gran diferencia entre presentar un reportaje, a dar una simple noticia, que por lo general, perdía interés y vigencia con el tiempo. Porque con el reportaje, el periodista debía realizar una exhaustiva investigación y hacer el planteamiento desde distintos puntos de vistas; incluso, podía asumir una postura frente a los hechos o hacer alguna denuncia.

Y, el caso de la mujer asesinada, le despertó su lado investigativo. Por lo que, le redactó un correo electrónico a su jefe, solicitando su autorización para adentrarse en aquella noticia. Debía hacer una investigación de campo, entrevistar fuentes confiables, familiares de la víctima; ir a la policía y solicitar copia del expediente, la lista de testigos, en fin, todo lo necesario para realizar un reportaje honesto y con un margen de error mínimo.

Andrea la sacó a las ocho de la noche de la oficina.

—Te recomiendo que no mal acostumbres a Ricci.

—¿De qué hablas?

—Tenemos un riguroso horario de trabajo, y la gran mayoría se esfuerza por cumplirlo a cabalidad. Si Ricci ve que te gusta quedarte hasta tarde, al

cabo de unos días, nos lo exigirá a todos.

—¿Y por qué haría eso?

—Porque él es tan obsesivo con el trabajo como tú. Y al ver que no es el único loco, pues...

Giovanna soltó una fuerte carcajada y le prometió intentar cumplir con el horario establecido, para no molestar al resto de sus colegas.

Cerca de las diez de la noche, después de llegar a casa, darse un baño y cambiarse de ropa, Giovanna se bajó de un taxi frente al edificio de Joshua, su ex.

Habían intercambiado mensajes durante la tarde, así que, en el momento que él la invitó a su casa, ella aceptó gustosa.

Era algo que deseaba, y si podía obtenerlo, ¿por qué no?

En cuanto entró al lugar, Joshua se comportó de forma caballerosa, servicial y atenta. Bebieron un par de copas de vino, degustaron algunos aperitivos y escucharon el último disco de Laura Pausini.

Tanto preámbulo tenía a la mujer inquieta, no podía quedarse hasta tarde, porque al día siguiente tenía que levantarse muy temprano. Además, Joshua no era un desconocido, tenían suficiente confianza como para ir directo al motivo de su visita.

Hacía casi una semana que no tenía relaciones sexuales, y con toda la tensión de los últimos días, era lo que realmente le provocaba.

Así que decidió tomar la iniciativa, se levantó del sofá, dejó su copa de vino sobre la mesa del salón y caminó, contoneando las caderas, hasta el cuarto de él.

Joshua sonrió con picardía, la conocía y pudo entender su insinuación. Caminó tras ella, y en fracciones de segundos la tomó por detrás. Besándole el cuello y recorriendo con sus manos todas las curvas de su cuerpo.

La besó desde la nariz, pasando por su mejilla, hasta detenerse en sus labios.

—Te extrañé. —Se apresuró a decir.

Ella prensó los labios y frunció el ceño, extrañada.

—Mentiroso. —Lo contradijo.

Él se rio entre dientes.

—Si no crees en mis palabras, te lo demostraré.

Giovanna echó los brazos sobre su cuello y lo apretó, pegándolo más a ella.

—Me parece perfecto.

Sus labios se encontraron, y Joshua profundizó el beso, introduciendo la lengua dentro de su boca, para saborearla.

Con un gruñido bajo, la levantó del suelo y la llevó hasta el borde de la cama. La arrastró junto a él sobre el colchón, y luego rodó hasta que quedó debajo de ella.

Giovanna sonrió con gratitud al percatarse de que él recordaba la manera exacta en que disfrutaba.

Le quitó la camisa para acariciarle el pecho, los hombros y luego sus brazos. Él se levantó un poco y tomó el dobladillo del vestido para sacárselo de un tirón por la cabeza, dejándola solo con sus bragas.

Determinada a disfrutar cada minuto de aquella noche, comenzó a torturarlo hasta que su pene se puso rígido debajo de su cuerpo, mordisqueó la carne de su cuello y probó su sabor.

—¡Déjame penetrarte, ahora! —jadeó y la miró directo a sus ojos verdes.

Ella asintió con la cabeza y esperó hasta que él abriera la primera gaveta de la mesa de noche. Con las manos temblando y los ojos dilatados por el deseo cubrió su miembro con un preservativo, tan rápido como pudo.

—Hoy seré tu humilde esclavo.

Giovanna lanzó una risotada y cubrió con una mano su dureza.

—Siempre —bromeó.

—Guíame dentro de ti —rogó, mientras le rodeaba la cintura.

Ella vibraba por la lujuria que él despertaba en ella. Se levantó un poco sobre sus rodillas y comenzó a frotar la punta de su pene entre sus pliegues húmedos. En cuanto encontró la entrada, se dejó caer un poco, tan solo unos centímetros, para torturarlo y así disfrutar más.

Él cerró los ojos y deslizó sus manos desde su cintura hasta las caderas, para apretar su carne y hundirse por completo en ella.

Giovanna se estremeció, y fue una sensación increíble, placentera e inquietante. Se sentía por completo llena de él, no solo por su carne, sino por sus manos, que le recorrían el cuerpo mientras su boca saqueaba sus pezones duros e hinchados.

—Cabálgame —demandó él, con voz ronca.

Ansiosa por darle lo que pedía comenzó a moverse, primero de forma suave y seductora, luego con ímpetu. Una y otra vez, osciló sobre él, subiendo y bajando. Ambos con la respiración acelerada y los cuerpos sudorosos emitían sonidos de goce, mientras ella aumentaba el ritmo.

—Me estás matando...

Y eso fue lo último que ella le escuchó decir, hasta que el clímax los alcanzó con fuerza. Con los labios unidos como sus cuerpos, hallaron la libertad que solo el placer les podía dar.

Una hora después, Giovanna entraba a su casa; se dirigió directamente hacia su cuarto, donde prendió la luz y el televisor. Dejó la cartera sobre la mesa de noche, se desvistió y se dio un baño.

Mientras lavaba su cuerpo, recordó los ruegos de Joshua, pidiéndole que pasara la noche con él. Era un hecho lamentable, que aún no podía controlar.

Le era imposible dormir junto a un hombre.

Su psiquiatra le había recomendado varias terapias, pero ni siquiera cuando era más joven, logró dormir con sus padres. Con la única persona con la que pudo dormir alguna vez, ni siquiera lo recordaba. Sin embargo, su psiquiatra le había insistido en continuar con los tratamientos.

Cuando terminó de aplicarse las cremas faciales, apagó la luz de su cuarto y, mientras caminaba hasta su cama, apuntó en su mente que debía pedir una nueva cita con su doctora. Las últimas consultas habían sido vías telefónicas, y ahora que había regresado, era tiempo de chequear si las dosis de medicamentos que tomaba a diario seguían siendo las correctas.

CAPÍTULO 6

*Aeropuerto Internacional Indira Gandhi,
New Delhi, India.*

A cada paso que daba, sus emociones aumentaban y hacían más fuerte su determinación, pero también su agotamiento. Eran casi las tres de la madrugada de aquel martes, y el viaje había sido bastante traumático por tanta turbulencia.

Miró su reloj y calculó la diferencia de horario entre Nueva Delhi y Ravena. Debía llamar a su primo Cícero, para avisarle de su llegada.

Sacó el móvil y buscó el contacto entre las llamadas recientes.

—Hola, grandulón.

Se detuvo un minuto en la pared más cercana para no obstaculizar a los pasajeros que venían detrás, y descansó la espalda en la superficie fría.

—Hola, pequeña. ¿Llegaste bien? —habló él, con voz triste, haciendo que Abrianna rememorara las lágrimas de despedida.

Escuchar esa voz familiar calmaba sus ansiedades.

—¡Sí!, llegué bien, estoy aún dentro del aeropuerto. —Se arregló el largo cabello rubio con una mano e intentó recogerse con la elástica que llevaba en la muñeca—. Cumpló mis promesas, te dije que al llegar serías el primero a quien llamaría. —Decidió comenzar a caminar hacia migración. Estaba sola y era tarde.

—¿Qué tal el viaje?

—Horrible, casi un día entre un vuelo y otro. Además, hubo mucha turbulencia.

—Mierda, un viaje de muerte —exclamó con tono molesto.

—Lo sé, tengo un sueño tremendo. —Un bostezo brotó de su boca—. Oye, no olvides que me prometiste venir a visitarme. Ya te extraño.

—Yo también cumplo mis promesas, iré pronto. Te voy a extrañar mucho, Abi. —Cícero dejó escapar un suspiro.

—Gracias. —Hizo una pausa—. Y, por favor, cuida a Gio por mí... Para de molestarla cada vez que tienes una oportunidad. —Le pidió, recordando a su mejor amiga.

—Esa loca no necesita que nadie la cuide —bromeó.

—¡Claro que sí! —exigió, aunque sonriendo, pues sabía que Cícero estaría al pendiente de su amiga—. Ya voy a pasar por migración, luego hablamos.

—Muy bien, ten cuidado con todo a tu alrededor. No confíes en nadie —advirtió, inquieto.

—Lo sé, ya me quedó claro.

—Te quiero mucho.

—Yo te quiero más —contestó ella, con nostalgia—. Adiós, te mando un beso.

—Otro para ti.

Al colgar, Abrianna sintió un enorme vacío en el estómago, quizá por la inseguridad que le generaba no tener la protección de su primo a su alrededor, pero estaba decidida a comenzar una nueva vida.

Al estar más tranquilo por saber que Abrianna había llegado bien, Cícero aprovechó que tenía el móvil en la mano para contestar los mensajes que Valentina le había enviado. Desde la noche del martes no había vuelto a verla ni siquiera había querido responder a sus llamadas.

Pero había algo en aquella mujer que lo volvía loco, algo inexplicable que

lo arrastraba hacia ella como un tsunami de lava ardiente, con una necesidad casi enfermiza. Cícero terminó de teclear y envió el mensaje.

- ¿Cuándo y a qué hora?

Molesto, por toda aquella situación, lanzó el teléfono sobre el escritorio y decidió seguir trabajando en el nuevo software que estaba programando.

Ahora más que nunca necesitaba de toda su concentración, porque aquel proyecto generaría a su empresa los ingresos económicos que tanto había deseado meses atrás. Eso sin incluir la reputación que ganarían dentro del medio informático.

Cícero era el CEO de *ACL Smart Technology*. Era el líder de la empresa que había construido junto a Alonzo y Luigi, amigos de la universidad. Los tres eran Ingenieros en Sistemas, pero cada uno se especializaba en un lenguaje de programación diferente, lo que los convertía en grandes socios y en un extraordinario equipo de trabajo.

La compañía funcionaba en un pequeño edificio de cinco plantas, cubierto por vidrios polarizados, lo que le daba un aspecto moderno. En el último piso se encontraban las oficinas de los socios y la sala de juntas, además del nombre de la empresa, adheridas a los cristales en letras metalizadas.

Pero lo que se había llevado la mayor inversión eran los equipos informáticos de última tecnología, con los que le suministraban servicios a múltiples empresas.

Fue su secretaria, una señora de unos cuarenta años y tanto, pelo negro, ojos marrones y fuerte carácter, quien lo interrumpió para avisarle que lo esperaban en la sala de juntas. Cícero hizo un respaldo de todos los datos recientes y apagó el monitor. Se levantó de su silla y siguió los pasos de Tina.

Al salir de la oficina, traspasó la elegante recepción, donde una joven rubia

atendía la central telefónica. Recorrió el pasillo alfombrado hasta que llegó a la sala. Cuando abrió la puerta, encontró a sus amigos conversando gratamente.

Los saludó con un apretón de mano, y se ubicaron en sus respectivos lugares. Fue Alonzo, quien dio inicio a la agenda.

Luego de tres horas, donde acordaron los cambios que requerían para terminan el proyecto, discutieron sobre todos los detalles para la implementación del sistema que debían instalar en las oficinas del cliente, R&M Bank.

—Esperemos no tener ningún inconveniente —dijo Luigi, poniendo aparte su tableta.

Cícero dejó de mirar las carpetas que tenía entre sus manos, y comentó:

—Si hacemos todas las pruebas necesarias, no debería salir ningún error.

—Ya sabes, viejo. No somos perfectos, puede haber algún detalle.

—Esperemos que no —comentó Cícero.

—Por último, pero no menos importante, está la invitación que nos ha llegado de los organizadores de la convención tecnológica. Ya están preparando el evento y, este año, a diferencia de los anteriores, harán una recepción previa, solo con los directivos de las compañías —explicó Alonzo.

—¿Para qué? —Quiso saber Cícero.

—Quieren hacer un análisis de la anterior convención y pedir sugerencias para mejorar la organización de este año.

—Me parece una buena estrategia, a fin de cuentas, somos sus clientes —consideró Luigi.

—No puedes asistir solo, otra vez, tu reputación está por los suelos —dijo Alonzo, apuntando a Cícero con el dedo índice.

—Me importa una mierda lo que hablen de mí —refutó este, molesto.

Luigi se mordió la lengua y reprimió su impaciencia. Tenía tantas ganas de

terminar aquella conversación, como los demás, pero su amigo, a veces, podía caer en la absoluta terquedad.

—No solo es tu reputación, también es la nuestra —contraatacó Luigi—. Muchos creen que algunos de nosotros dos es tu pareja.

—¿Qué dices, viejo?, ¿bromeas? —Abrió los ojos, completamente sorprendido.

—No, en lo absoluto —respondió Alonzo.

—Vale, está bien —repitió varias veces las dos últimas palabras, mientras levantaba las manos con resignación—. Lo haré, me tocará buscar una dama de compañía.

Ante tal afirmación, sus amigos lanzaron una sonora carcajada.

Por la confianza que se tenían, sus amigos conocían la situación sentimental de Cícero. Así que aceptaron con gratitud su buena disposición para resolver el pequeño mal entendido.

El miércoles, Abrianna pasó casi toda la noche sin poder dormir, por la ansiedad que sentía y por todas las cosas nuevas que estaba viviendo; necesitaba hablar con Giovanna. Ella era la única con quien podía conversar libremente. Así que, miró su reloj y calculó la diferencia de horario, en Ravena estaba amaneciendo. Decidió enviarle primero un mensaje.

- Hola, Gio. Espero estés bien.
- Ayer, entre tantas cosas, no pude contestar tus mensajes. Cuando puedas me escribes.
- Un beso, mi bruja.

Dejó el teléfono sobre la mesa y caminó hacia el baño. Activó el hidromasaje y se dio una ducha de agua caliente. Un rato más tarde, con una toalla en la cabeza y cubierta con su bata de baño, se dirigió a la cocina, en busca de algo para comer.

La voz del cantante Gianluca Grignani llenó el lugar, interrumpiendo el silencio del apartamento. Era el tono de las llamadas de Giovanna.

*Eh! Una donna senza inibizioni
Senza fili di padroni
Gli occhi un poco lucidi sei bella
Persa dietro a quegli occhiali
Grandi e grossi come due fanali
Gli occhi sempre lucidi
Sei bella*

Abrianna corrió de vuelta hasta su cuarto y contestó:

—Buenos días, princesa —saludó con la dulce entonación de su peculiar voz aguda.

—Buenos días, mi bruja —respondió Giovanna, que aún se encontraba reclinada al cabecero de su cama—. ¿Cómo estás?, ¿cómo va todo? Cuéntame de don Fabio, ¿cómo te recibió?

—Muy bien, estoy contenta, emocionada, aunque tratando de acostumbrarme a mi nuevo entorno..., ya sabes. Y papá, bueno... Está tan feliz como yo.

—Me alegro por ambos. —Giovanna se aclaró la garganta—. Al parecer, ayer fue un día muy ocupado... No contestaste mis mensajes.

Aunque en Ravena era todavía muy temprano, ya el sol comenzaba a bañar de luz la ciudad.

—Sí, un poco. Acompañé a papá a la embajada italiana, era el cumpleaños de su jefe.

—¿El embajador?

—Sí.

—¡La fiesta debió ser tremenda! Lo digo por la hora en que te estás levantando —afirmó con ironía.

—El cumpleaños terminó bastante temprano..., fue otra cosa lo que me desveló.

—¡Cuéntamelo todo! —chilló Giovanna, emocionada, y recogió su melena cobriza con una elástica.

Abrianna se echó a reír, sabía lo curiosa que era su amiga.

—En el vuelo de Abu Dhabi a Nueva Delhi conocí un hombre bellísimo. Uff, ¡babearías si vieras lo bueno que está!

Giovanna silbó al otro lado del teléfono.

—Amiga, ¿y esa novedad? Tú, ligando tan rápido —bufoneó—. Me sorprendes.

—¡No! —alargó la palabra—. Créeme, la sorprendida fui yo, cuando me lo topé anoche en la embajada.

—¡Vaya!, ¡estamos de suerte! —clamó, asombrada—. Definitivamente, mis clases de seducción han dado frutos.

—No seas tonta, no he seducido a nadie. Él me sedujo a mí, y yo me dejé..., con premeditación y alevosía, lo confieso —declaró con picardía.

Giovanna liberó una risotada.

—¡Muy bien! Jugando a la caperucita roja, pero dame detalles. ¿Cómo le sabe la boca?

—¡Ay, por Dios, Gio! —exclamó, muerta de risa.

Abrianna volvió a la cocina, pulsó el botón de manos libre y colocó el móvil sobre la encimera para continuar la conversación.

—Pero ¡qué lenta! ¿No lo has besado, mujer? Te he dicho miles de veces que no avances con un hombre sin besarlo primero. Luego le sabe feo la boca;

o peor aún, que bese asqueroso; luego habrás desperdiciado ese valioso tiempo —explicó con seguridad.

—Es posible que nos veamos hoy, así que..., quizá..., pueda pasar. Bueno, es lo que deseo. Pero no sé si él lo intente.

—Pues, no esperes por él. Propicia el momento, no dudes en ir por lo que desees. Sé astuta.

—Lo intentaré, pero cálmate... Poco a poco —dijo Abrianna, intentando convencer a su amiga—. Recuerda que, en asuntos de hombres, tú y yo somos muy distintas.

—Totalmente, mi bruja, totalmente —aseguró, sin poder ocultar su sonrisa.

—Y tus cosas, ¿cómo están? —preguntó Abrianna, cambiando el tema, mientras se servía leche con cereales y frutas frescas, en un bol de vidrio.

—Muy bien, el trabajo me tiene cautivada, mis compañeros son muy profesionales; siento que voy a aprender un montón con ellos. Son periodistas con una carrera consolidada, y eso me motiva mucho.

En su voz, Abrianna descubrió algo nuevo en su amiga, inspiración y seguridad. Vital en su vida.

—Tu felicidad es mi felicidad, ¿lo sabes? —dijo desde lo profundo de su corazón.

—Lo sé, aunque me duele que estés lejos de mí, físicamente, sé que ir a la India era tu felicidad; y solo por eso, permito que estemos lejos.

Giovanna y Abrianna se conocían desde el instituto, donde estrecharon un vínculo de hermandad inquebrantable. Giovanna había reprobado el grado, pero en el momento que Abrianna llegó, encontró un apoyo en su vida, esa persona que, sin saber, te ayuda a superar tus miedos, inseguridades, y te inspira a continuar en la vida con un objetivo claro.

Sus lazos de amistad se habían mantenido así a través de los años. Junto a Cícero y Doménico, ellas habían compartido toda su adolescencia, este último

era el ahijado del padre de Giovanna.

—Mi visa de trabajo es por dos años, no seas exagerada. Estás como Cícero, dramatizando.

—Bueno, brujís, debo colgar. El deber me llama y mi belleza necesita dos horas para estar radiante —aseguró, levantándose de la cama para ingresar al cuarto de baño—. Escríbeme para saber qué sucedió con «el buenote».

—Lo haré.

—Y recuerda, lánzate. ¿Hasta cuándo vas a esperar por el hombre perfecto? Ya te dije: No existen.

—Bueno, este es «casi perfecto».

—Lo dudo, pero bueno, cuídate, ¡besos!

—Adiós, tú también te cuidas.

CAPÍTULO 7

Aquella tarde, después de dos días sin ningún tipo de comunicación, por fin habían acordado encontrarse en el chalet y, para compensar su ausencia, Valentina tenía planificado quedarse con Cícero toda la noche.

Él calzó las manos debajo de sus nalgas cuando ella se alzó sobre él, rodeándole con las piernas su cintura. Comenzaron a besarse con urgencia y pasión. Cícero avanzó a ciegas los pocos metros que lo separaban de la habitación, mientras Valentina le aferraba la cabeza para continuar besándolo. Se separaron cuando él la dejó sobre la cama y acarició su vientre plano con la mano. Un volcán de excitación encendió todos sus sentidos, se estremeció cuando Cícero rodó por el colchón hasta ubicarse sobre ella.

—Dime que me amas —pidió la rubia—, que no hay ni habrá otra mujer en tu vida.

Los labios de Cícero le recorrieron el cuello hasta llegar a su hombro, que mordisqueó varias veces, antes de contestar.

—Te amo, te amo con locura.

Con esa respuesta, levantó su cabeza y buscó su boca para devorarla apasionadamente. Se desnudaron con urgencia, mientras él acariciaba sus pechos, sus brazos, sus piernas; hasta que llegó a su centro, donde se dio un festín.

Ambos, con la piel húmeda por el sudor, y las mentes nubladas por el deseo, olvidaron todo lo que se interponía entre ellos. Esa tarde solo existían ellos dos y sus almas, amándose sin control.

Ella acariciaba su cuerpo con sus pequeñas manos, de arriba y abajo, arrastraba sus uñas por sus musculosos brazos, por su espalda, hasta que

descendió a la curva de sus nalgas, que apretó con fuerza.

—Soy la única mujer de tu vida, ¡dímelo! —exigió, mientras abría sus largas piernas y las envolvía alrededor de sus caderas.

—Eres y siempre serás la mujer de mi vida. —La complació, y se extendió por completo sobre el cuerpo femenino.

—Siempre serás mío, così hermoso. Siempre.

Cícero alzó un poco sus caderas para poder ubicar su pene entre la abertura viscosa y caliente.

—¿Estás deseándolo tanto como yo? —preguntó él, y en sus ojos se reflejaban las ganas de poseerla.

—Sí, te deseo. Penétrame ahora, no me hagas esperar más —rogó y empujó hacia delante con un áspero gemido.

Algo perverso brilló en su mirada y se hundió en su interior, llenándola por completo.

Valentina jadeó porque deseaba eso, lo necesitaba tanto como el aire para respirar. Aquellos encuentros se habían convertido para ella en indispensables.

Cícero comenzó a embestirla fuerte, rápido y hasta el fondo. Necesitaba sentirla temblar, sentir cómo su cuerpo se erizaba, segundos antes de alcanzar el placer. Juntos se movieron en sincronía, se apretaron y besaron mientras una tormenta los envolvía. Y en ese juego macabro pero extraordinario, duraron unos cuantos minutos.

Torturándose.

Complaciéndose.

Disfrutando de cada trozo de piel.

Ella abrió más las piernas y posó otra vez las manos alrededor de sus nalgas, para presionar su carne. De pronto, una fuerte y salvaje sacudida hizo que los dos se tensaran mientras disfrutaban del orgasmo. A él, el cuerpo se le

puso rígido y terminó cediendo al placer que le producía liberarse dentro de ella.

Sus bocas entreabiertas se cubrieron y se llenaron con sus lenguas. Él se dejó caer encima de ella y cerró los ojos, esperando a que el ritmo de sus respiraciones volviera a la normalidad.

Ella se sintió dichosa y complacida, todo lo que quería lo tenía, incluyéndolo a él, Cícero Liotta.

—Me pertenesces hoy —aseguró ella, con la voz áspera y la garganta reseca —, mañana y siempre. Ninguna mujer podrá tener lo que es mío.

—Eres una mujer muy caprichosa, Valentina. —Rodó, apartándose de ella, y se ubicó a su lado, frente a ella para contemplarle sus hermosos ojos azules.

La rubia soltó una carcajada.

—Pero a ti te encanta tal y como soy, ¿o no?

—Para mí, eres perfecta.

Ella volvió a reír y, por un corto tiempo, permanecieron en silencio, llenándose de caricias, besos y miradas apasionadas.

La burbuja romántica explotó cuando Valentina le informó que debía ausentarse por varios días, ya que tenía que acompañar a su esposo a la ciudad metropolitana de Bolonia.

—¿Y cuándo regresarás? —indagó él, en voz baja.

—La próxima semana.

—¿Por qué tantos días?

Ella se quedó mirando fijamente los ojos aguamarina de su amante y levantó la mano para acariciar su rostro.

—Stefano está esperando que su jefe lo ascienda, pero para conseguirlo, primero debe lograr que el gobierno regional le apruebe unos nuevos proyectos para la provincia de Ravena.

—Odio a los políticos. Nunca hacen nada sin esperar algo a cambio —

comentó con el ceño fruncido.

—¡Claro que no! —exclamó, levantándose de la cama para enfrentarlo—. Stefano es un político dedicado a su cargo y al pueblo.

—Lo defiendes porque es tu marido, pero bien sabes que la mayoría de sus colegas son unos corruptos.

—No pienso discutir contigo sobre la moral de mi marido. —Se levantó de la cama y comenzó a vestirse, molesta.

Cícero se quedó inmóvil sobre la cama.

Por un momento pensó en mantenerse callado para no terminar la noche discutiendo con ella, pero si no le decía todo lo que estaba pensando en ese instante, estaba seguro de que explotaría por la ira contenida.

Salió de la cama, y mientras recogía su ropa esparcida por el suelo, comenzó a gritarle.

—¡Creo que cuando conozcas el otro lado de ese hombre, será demasiado tarde! —Se detuvo frente a ella y la apuntó con el dedo índice—. Y te aseguro que no estaré ahí para recoger tus pedazos.

—¡Cállate! No sabes lo que dices. No lo conoces, solo lo atacas por despecho, porque él puede disfrutar libremente de mí, y tú no.

—Estás ciega. —Cuando terminó de vestirse, tomó sus objetos personales y se dispuso a alejarse—. ¿Y sabes qué? No pienso seguir perdiendo mi tiempo contigo.

—¿Qué insinúas?, ¿piensas abandonarme? —preguntó, agitada, con la cara enrojecida y los brazos en jarra.

—¡Creo que es lo mejor, Valentina! —exclamó, alzando el tono de su voz, y se apretó el puente de la nariz.

—¿Por qué estás diciéndome esto? —Tembló de miedo.

—Vamos a darnos un tiempo.

Valentina parpadeó, se puso pálida y, luego, sintió una súbita punzada en la

boca del estómago. Sabía que podía perderlo.

—No, no pienso dejarte ir. Y no puedes dejarme como si fuera un trapo viejo, ¡maldita sea! —Le gritó con rabia, sintiendo un ataque de pánico.

—Deja de gritar, a veces te comportas como una mujer histérica. Lo único que te pido es tiempo. Ambos estamos alterados, y lo mejor es poner distancia.

—¿Me lo prometes? —habló de forma sumisa y bajando la mirada hacia sus manos, que retorció sin parar—. ¿me juras que solo serán unos días?

—Sí, creo que es lo mejor —soltó con voz fuerte y decidida.

Valentina consideró aquellas palabras y suavizó su voz.

—Bien, lo acepto. Pero ten bien presente que eres mío, Cícero Liotta, que tu amor, tu cuerpo y todos tus pensamientos solo me pertenecen a mí. A nadie más.

Él miró el cuerpo de Valentina desde los pies desnudos hasta su hermosa cara y, por primera vez, vio en ella algo distinto, algo que nunca antes había tomado en cuenta:

Egoísmo.

Arrogancia.

Prepotencia.

Seguridad absoluta.

El hombre asintió con un ligero movimiento de cabeza, antes de darle la espalda y abandonar el lugar.

El viernes once de septiembre, muy temprano en la mañana, Giovanna recibió el correo que tanto había esperado de su jefe. Ricci, en un par de líneas, le autorizaba la investigación sobre el caso de Victoria y le pedía

mantenerlo informado en todo momento del proceso.

—¡Oh, por Dios! —exclamó, eufórica.

No pudo evitar ponerse de pie e ir hasta el escritorio de Andrea. Necesitaba compartir con alguien la buena noticia. Cuando la distinguió, a los lejos comenzó a sacudir las manos.

—¡Tengo la autorización! —chilló al llegar a su lado.

—¿De qué hablas? —preguntó Andrea con el ceño fruncido.

—Ricci. —Volvió a chillar—, Ricci me dio la autorización para el reportaje de la mujer asesinada.

—¡Nooo! —alargó la palabra, sorprendida—. No te lo puedo creer. ¡Tan pronto confió en ti!

—Sí, te juro que aún no me lo creo.

—Felicidades, amiga. Con ese reportaje, comenzarás con pie de plomo y demostrarás tu verdadero talento.

La abrazó sin importarle las miradas extrañadas del resto de sus compañeros.

—Exacto, porque sé que con este tipo de investigaciones puedo brillar más.

—Y conseguir tu propia columna.

—¡Ay, Dios quiera! —La liberó de su abrazo.

Tan pronto como se apoyó del escritorio de Andrea, la conversación fue interrumpida por la llegada de un antiguo compañero de trabajo.

—Hola, Andrea. ¿Cómo estás?

—Hola, Giorgio. Por aquí todo bien.

—¿No me presentas a tu amiga?

Andrea blanqueó los ojos.

—Giovanna, te presento a Giorgio. —Lo señaló con el dedo índice—. Giorgio, ella es Giovanna.

—Un gusto conocerte —saludó la joven.

Giorgio era un hombre de unos cincuenta años, de cabello gris, ojos marrones y piel blanca, llena de pequeñas cicatrices.

—El gusto es mío, preciosa. ¿Cómo no te vi antes? —Le preguntó al estrecharle la mano.

—¿Será porque es nueva? —replicó la pelirroja.

—Entonces, permíteme presentarme como es debido. Además de periodista, soy politólogo, por lo que me responsabilizo de todas las noticias políticas del momento y escribo una columna semanal en el periódico.

Mientras Giovanna intentaba soltarse del agarre, Andrea terminó su presentación.

—Para hacerte corto el cuento, Giorgio se encarga de todo lo relacionado con la política de Ravena, es decir, investiga cómo, cuándo, dónde y quiénes trabajarán en los cargos políticos de la ciudad. Fin del cuento.

—¡Oh, qué bien! Felicidades —alabó Giovanna, y tiró fuerte de su mano.

—Como puedes ver, tengo mucha experiencia y estaré encantado de ayudarte en todo lo que necesites: contactos, noticias inéditas, entrevistas exclusivas, fechas... Todo lo que requieras.

—Gracias, muchas gracias por el ofrecimiento. Lo tendré en cuenta.

—Adiós, Giorgio —añadió Andrea, directa y cansada de tanta palabrería. Ladeó la cabeza hacia un lado y lo miró fijamente a los ojos.

—Siempre tan amable, compañera —enfaticó las palabras y giró por completo su cuerpo hacia Giovanna, para poder despedirse de ella con besos en las mejillas.

—Adiós, hermosa. Nos estamos viendo por los pasillos.

—Encantada, Giorgio. —Recibió los besos, sorprendida por la confianza tan repentina e inesperada del hombre.

Cuando se encontraron solas, solo bastó verse a los ojos para soltar la risa contenida.

—Este señor está loco, ¿observaste cómo me agarró?

—Giorgio es el típico donjuán, aquel que se cree irresistible y está convencido de que todas morimos por una noche de pasión con él.

—¡No! —exclamó, abriendo mucho los ojos—. Oye, pero está frito de la cabeza. ¿No está casado?

—Obvio que no, por Dios Santo. ¡Quién podría soportar semejante compañero de vida! Estoy segura de que ni él mismo soporta su enorme ego.

Giovanna se tapó la boca con la mano y tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar que la fuerte carcajada retumbara en el lugar. Bajó la vista, un poco avergonzada, al darse cuenta de que varios compañeros las observaban con caras de «¿y a este par de locas qué les pasa?».

Cuando regresó a su escritorio, lo primero que hizo fue investigar todo lo que había sido publicado hasta la fecha sobre el caso que, a partir de aquel día, Giovanna etiquetó como: «¿Por qué Victoria?».

Mientras continuaba leyendo en silencio, iba anotando lo más relevante, como: antecedentes de la víctima; los nombres del esposo; de los padres, quienes eran los que más declaraciones habían dado a la prensa; la lista de testigos oculares; testigos a cargo y a descargo; y, por último, a los abogados de ambas partes.

Después de muchas llamadas, logró, al final del día, una entrevista con los padres de Victoria. Sería el próximo martes, a las once de la mañana.

Dichosa por lo alcanzado, ordenó su escritorio, apagó el equipo y se fue a su casa.

Dos horas más tarde, enfundada en un precioso vestido negro, con los labios pintados de rojo, a juego con sus tacones altos, Giovanna ingresaba al club nocturno que solía visitar junto a Abrianna, antes de irse a vivir a Londres.

Le encantaba aquel lugar por el ambiente, la buena música y los bellos hombres que frecuentaban el club. Se ubicó en la barra y le pidió un Wistonic al barman; cuando dio el primer sorbo, de inmediato se recordó de Ian. Le agradecía la paciencia que había tenido al enseñarle a degustar diferentes bebidas con *Whisky* escocés. Suspiró con melancolía porque deseaba que, al igual que ella lo recordaba con cariño, él hiciera lo mismo.

No pasaron ni veinte minutos cuando un elegante caballero se sentó a su lado, regalándole una hermosa sonrisa, que por supuesto, Giovanna le devolvió con chulería.

—Hola. —El hombre acompañó el saludo con un guiño—. ¿Qué hace una mujer tan bella como tú aquí tan sola?

—Hola, como puedes ver, sola pero feliz —ironizó. Odiaba los infinitos clichés sobre las mujeres libertinas—. ¿Crees que haya algún problema con que una mujer desee tomarse un trago sin compañía masculina? —indagó. Se llevó el vaso a los labios y dio un sorbo, mientras le sostenía la mirada.

—No —respondió, y acto seguido extendió su mano derecha para presentarse—. Emilio, y si me permites acompañarte, sería un placer para mí.

—Un gusto conocerte, Emilio. Me encantaría compartir contigo algunas copas. —Estrechó su mano y le gustó el olor que desprendía su cuerpo.

Aquel hombre, para los ojos de Giovanna, era un pecado hecho realidad, completamente apetecible. Su piel tan oscura como sus cabellos negros azabache, contrastaba con su blanca dentadura, que mostraba cada vez que le sonreía con picardía. Y como afrodisíaco adicional, unos ojos verdes de infarto.

«¿Puede existir algo más sexi que la sonrisa de un hombre? Sí, unos labios carnosos, y este hombre los tiene». Pensó la joven y se humedeció los labios con la lengua.

—¿Cuál es tu nombre?

—Giovanna.

Una hora más tarde, cuando ambos acabaron su quinto trago, ella le hizo su pregunta favorita.

—A ver, Emilio, debido a la confianza que ya tenemos, me atrevo a preguntarte: ¿por qué te acercaste a mí, por una buena conversación, por compañía, en busca de una amiga o simplemente por una noche de sexo fácil? —soltó de forma coqueta.

El pobre hombre casi se ahoga. A ella le dio tanta pena su reacción, que dejó el vaso en la barra y comenzó a darle palmaditas sobre la espalda.

—Respira, no pasa nada. No tienes por qué contestar. —Aunque lo intentó, no pudo evitar reírse.

Emilio tardó un par de minutos en recuperarse. Con los ojos cristalinos y las orejas un poco enrojecidas, contestó:

—Por compañía.

—Hmmm, qué lástima. Yo estaba segura de que tus intenciones eran otras. En fin...

—¿Como cuáles? —preguntó con la expresión hambrienta. Porque la chica le dejaba claro lo que quería y, aunque no estaba acostumbrado a mujeres tan seguras, se sintió atraído por ella, como si no existiese otra mujer en el lugar.

—Emilio, querido, mi imaginación es un poco... ¿Cómo te lo digo para que no suene a...?

Calló de golpe en cuanto sus ojos creyeron ver un rostro familiar. Fue muy rápido, como el destello de una cámara. Había mucha gente en el club que iba de un lado a otro entre las mesas y la barra, pero estaba casi segura de que era él.

Imposible.

¡Maldición!

CAPÍTULO 8

Cícero, ajeno al escrutinio de Giovanna, estaba buscando un lugar donde sentarse con sus dos amigos. Si alguien le hubiera dicho que aquel club estaría tan abarrotado de gente, se habría negado a ir. Odiaba esperar.

—¿Por qué no buscamos otro lugar? —gritó Cícero, abriéndose paso entre la multitud.

—No seas rezongón y camina hasta el fondo, que seguro encontramos una mesa —respondió Alonzo.

—Esperen. —Luigi levantó las manos para detenerlos—. Ahí hay una mesa libre.

—¡Al fin! —dijo Cícero, y bufó.

Los tres esperaron unos minutos hasta que el camarero dejara la mesa limpia, para sentarse y comenzar a disfrutar la noche. Tenían muchos motivos por los que celebrar, así que, después de una agotadora semana de intenso trabajo, unos tragos era el plan perfecto.

El camarero dejó sobre la mesa tres cervezas frías y un pequeño tazón con frutos secos.

Cícero dio un trago largo y cerró los ojos para disfrutar de su sabor. Cuando se disponía a dejar la botella sobre la mesa, levantó la mirada hacia la barra, donde apareció la última mujer que deseaba ver aquella noche.

Giovanna.

Imposible no reconocer aquellas largas y flacas piernas, su piel blanca, llena de pecas, y ese cabello tan bello que la diferenciaba de las demás. Pero hubo un detalle que le confirmó que era ella, cuando la vio recoger su larga melena para dejarla caer sobre su hombro derecho, dejando al descubierto su

cuello, el cual estaba decorado con un hermoso tatuaje de un ave fénix.

Mirándola desde la distancia, volvió a reconocer que era una mujer muy bella, aunque, por supuesto, no era su tipo. Se repitió un par de veces.

Blanqueó los ojos cuando la vio acercarse y susurrarle algo al desconocido que tenía a su lado.

«Déjala en paz, al fin y al cabo, ella no es familia tuya», pensó al mismo tiempo que aquel hombre besaba el hombro de su amiga.

Le quitó la mirada y se unió a la conversación de sus amigos. Intentando olvidarse de que ella se encontraba en aquel lugar.

—Cícero, ¿ya decidiste a quién llevar a la convención? —preguntó Luigi.

—Lo veré cuando se acerque la fecha.

—Pero si será en pocos días. —Le reclamó Alonzo, negando con la cabeza.

—¿Qué tanto ves? —indagó Luigi, y volteó la cabeza hacia la barra, intentando descubrir qué o quién tenía a Cícero disperso—. ¿No es Giovanna?

—Sí. —Fue lo último que dijo Cícero, antes de levantarse de la mesa y caminar hacia la barra con las manos cerradas en puños.

—No sabía que había regresado —comentó el joven y tomó un trago más de cerveza, mientras detallaba el hermoso cuerpo de la chica.

Para Giovanna, la presencia de Cícero, era como un golpe en el estómago. Aunque intentó con todas sus fuerzas seguir con sus planes, algo dentro de ella cambió por completo en cuando vio sus ojos aguamarina.

—Entonces, ¿qué intenciones crees tú que tengo? —Volvió a preguntar Emilio, entornando los ojos, y un brillo amenazador los iluminó.

—Me gustaría, si tú estás de acuerdo, ir a otro lugar más íntimo —propuso, buscando poder alejarse de Cícero lo más pronto posible, ya que era la razón de su tormento.

—Por mí, encantado de ir contigo a donde sea.

Emilio se puso de pie y llamó al barman para pagar los dos últimos tragos

que habían pedido. Dejó un par de billetes sobre la barra y, cuando giró hacia la salida, junto a Giovanna, se topó con un cuerpo, tan grande, como el de él.

Cícero lo miró como quien ve un insecto insignificante.

—Buenas noches, querida. —La saludó Cícero, poniéndose entre el hombre y su amiga.

Ella se estremeció al oírlo y percibir su olor tan particular, que identificaba a metros de distancia: menta con un toque cítrico; por lo que no tuvo el valor de enfrentarlo al instante.

—Y este, ¿quién es? —preguntó Emilio, con desdén, indiferente a la presencia de aquel muchacho. Estaba seguro, por su aspecto, que era unos diez años menor que él.

—Buenas noches, Cícero —respondió Giovanna, al fin, cuando no tuvo más opción que voltearse hacia él. Pero para su desgracia, al intentar levantarse, sintió como si el lugar girara sobre su cabeza, y la cartera que tenía sobre sus piernas se le cayó al suelo.

«No, no estoy ebria, solo que me levanté muy rápido y por eso me mareé un poco. Nada más». Reflexionó, confusa.

—¿Cuánto has bebido? —Le reclamó Cícero, con un tono fuerte. Recogió la cartera del suelo y la ayudó a mantenerse de pie.

—Oye, la chica está conmigo —bramó Emilio y lo empujó. Para él, aquel chico era un completo extraño, y no iba a permitir que abusara de Giovanna.

La paciencia de Cícero siempre era escasa, pero en este caso, se reducía a cero; sin embargo, consciente de que estaba en un lugar público y que sus dos amigos lo estaban observando, respiró profundo e intentó solucionar su problema.

Un problema con nombre de mujer: Giovanna.

—Esta chica es mía, así que te agradeceré que nos dejes en paz y evites muchos problemas —replicó con los ojos entrecerrados, echando fuego,

dispuesto a todo.

—Estaba sola. —Lo retó Emilio.

—Exacto, estaba —gruñó—, pero ahora se viene conmigo. —La sentó de regreso en su silla y se movió, de manera que la relegó a su espalda—. Y si me vuelves a tocar, me darás el placer de clavarte la cara contra el puto suelo.

Ninguno retrocedió.

La cabeza de Giovanna se había convertido en un bombo, lo que le generó un pequeño dolor en la boca del estómago.

—Emilio, lo siento. Disculpa a mi primo y su mal genio. Como puedes ver, no le gusta verme feliz —declaró la chica y no le importó mentir sobre su parentesco.

La rabia que sintió Cícero al ver cómo ella seguía coqueteando con aquel hombre, frente a él, fue tan grande, que pulverizó su cordura. La agarró por la cintura y se la echó a los hombros para salir caminando en medio de la multitud.

Quizá fue por los siete vasos de Wistonic, pero la escena, a Giovanna, le pareció muy graciosa. Con la cabeza colgando levantó su mano y se despidió de Emilio, entre risas.

Al llegar a su auto, Cícero la bajó poco a poco y le quitó con ternura el cabello que tenía pegado del rostro.

—¿Puedes mantenerte de pie?

—Obvio, no estoy borracha. Y ya deja de hacerte el superhéroe, que bien sabes que no eres más que un patán que acaba de destruir mi noche de sexo y pasión —balbuceó las palabras.

—Sí, sí, claro. Yo soy el malo, y tú la santa paloma.

—Aquel es mi auto, no puedo dejarlo ahí —señaló, tambaleándose.

—No le pasará nada, lo buscas después. Además, sería una locura que conduzcas tan borracha.

—Contéstame algo.

—No.

Ella ignoró su respuesta, como siempre, e igual le preguntó:

—¿Por qué disfrutas amargándome la vida? A ver, guapo, si tú no quieres ser feliz, ese es tu problema, pero hay personas que nos levantamos todos los días con ganas de vivir la puta vida como nos dé la gana.

Cícero abrió la puerta de su Ferrari, la sentó en el puesto del copiloto, lanzó su cartera hacia el suelo del auto y le arregló el cinturón de seguridad. Había algo, en lo más profundo de su corazón o su estómago, no tenía ni remota idea, pero le encantaba discutir con ella. Era tan deslenguada y siempre lo enfrentaba con esos argumentos tan rebuscados. Se veía adorable, dándoselas de mujer valiente y liberal.

—Te estoy hablando, ¡contéstame! —Le espetó y puso mala cara.

Él guardó silencio, cerró la puerta y subió al vehículo. Cuando llevaba como tres cuadras recorridas, le contestó:

—Bla, bla, bla. ¿Por qué no te callas y duermes un poco?

—Liotta, te odio.

—No más que yo a ti.

—Cretino.

—Altanera.

—Patán.

—Loca.

—¿Sabes que eres el tipo más feo del mundo?

—Ajá.

—Oye, te lo digo en serio. Es por eso que vives amargado.

—Ya habló la reina del drama. La psíquica que lo sabe y lo ve todo. —

Prendió el aire acondicionado y le subió el volumen a la radio.

Giovanna se sentía envuelta entre miles de sentimientos. Por una parte,

feliz, porque él, a pesar de su mala forma, no la había dejado sola en aquel club, cuando se sintió mareada; pero por otra parte, decepcionada.

¿De qué?

¿Pero qué esperaba ella de él?

¿Por todos los hombres infieles del mundo! ¿Por qué tenía que haber aparecido Cícero esa noche?

La ansiedad le provocó fumar un cigarro. Se agachó con la cabeza dándole vueltas y recogió su cartera de debajo de sus pies. La abrió, sacó la cajetilla y su precioso Zippo, decorado con la bandera de su amado país.

—Si algo le pasa a mi Jaguar, me lo pagarás. —Lo amenazó, prendió el cigarro y dio una larga calada.

—¿Pero ¿qué mierda haces?! —gritó, bajando la velocidad—. ¿Cómo se te ocurre fumar dentro de mi auto?

—No me grites, imbécil. ¿Qué tiene tu auto que no se puede fumar adentro?

—Bótalo —exigió, bajándole el cristal de su ventanilla—, lánzalo por la ventana ahora mismo.

La chica blanqueó los ojos y lo lanzó, pero antes, le dio una rápida y profunda calada.

—Listo, ¿feliz? —Giró su cuerpo hacia él y le sacó el dedo corazón.

—No vuelvas a fumar en mi auto.

—Sí, don perfecto. —Imitó su voz y comenzó a reírse a carcajadas—. Eres un Neandertal.

Cícero volteó la cara hacia su ventana para que ella no viera su propia risa, la verdad era que estaba muy borracha, y eso la hacía ver muy divertida. Era imposible molestarse con ella.

—¿Por qué tuve que ir a ese club? —murmuró él, bajito, con la mirada fija en la carretera, arrepentido de haber aceptado la invitación de sus amigos.

Diez minutos después, cuando él creía que ella se había quedado dormida,

comenzó a ver que se removía en su asiento.

—Gio, ¿te encuentras bien?

—No, mucho. Tengo el estómago revuelto, creo que el sabor de la nicotina me puso peor.

—Qué asco. —Arrugó la cara.

Giovanna comenzó a sentirse verdaderamente mal, no solo tenía la cabeza girando sobre su cuerpo, ahora sentía escalofríos y unas ganas horribles de vomitar.

La primera arcada le vino de improviso.

—¡Maldición, no! Te lo ruego, no vomites dentro de mi Ferrari —suplicó, aterrado y, como pudo, se estacionó a un lado de la avenida. Los autos que tenía detrás comenzaron a tocar sus bocinas, furiosos por el cambio de vía tan brusco que él había dado.

Se bajó corriendo y, al llegar a su lado, abrió la puerta y la sacó a rastras para que pudiera vomitar en medio de la acera. Giovanna devolvió todo lo que había bebido y comido aquella noche, tanto, que estaba segura de que hasta el propio estómago lo había expulsado. El dolor de cabeza se le acentuó y le ardía la garganta.

—Me siento mal —balbuceó muy débil y con el cuerpo cubierto de sudor.

—¡Oh, mierda, qué asqueroso! Huele fatal. —Con el estómago revuelto, intentó ayudarla. Echó las manos por detrás de su cuello y tiró de su camisa hacia delante, para limpiarla con ella. No encontró nada más a la mano.

Primero limpió su cara y luego parte del cabello.

—No vuelvas a beber tanto, Gio. A veces puedes ser tan imprudente.

Terminó el trabajo, botó la camisa en un contenedor de basura que se encontraba cerca y la tomó entre sus brazos para subirla de nuevo al auto.

—Lo siento, no me di cuenta de cuánto tomé.

—¿Pensabas irte con un completo desconocido? ¿Y si resultaba ser un

asesino o un proxeneta o miembro de alguna red de tráfico de personas u órganos?

Aunque le reclamaba, en su voz se reflejaba más la angustia que el reproche. Porque eso fue lo que hizo que él tomara la decisión de llevársela esa noche: cuidarla.

Simplemente, eso.

Y nada más.

Ella se encogió de hombros, porque ante sus reclamos, no tenía cómo defenderse; él tenía razón, a veces se exponía demasiado. Sin embargo, no iba a admitirlo frente a él, así que le replicó:

—Deja de sermonearme, no eres mi padre. Ya te dije que lo siento. Fin de la historia.

—Vamos a casa, pequeña.

Giovanna le colocó las manos en sus hombros desnudos y se aferró a su cuello para acercarlo a ella. Sus senos reaccionaron al roce de su cuerpo de forma inesperada, pero más que evidente.

Y por primera vez, en mucho tiempo, sintió vergüenza, por lo que enterró la cara en el cuello de él.

Demonios, ¿por qué la afectaba tanto?

CAPÍTULO 9

Lo primero que Giovanna recordó cuando abrió los ojos fue encontrarse entre los brazos de Cícero, inhalando su olor. Ahora, con la luz del sol pegando fuerte sobre sus ojos, quiso morir cuando todos los detalles de la noche anterior inundaron su mente.

—Oh, Dios. ¡Muero! Estoy segura que de esta sí que muero. ¡Qué dolor de cabeza tan cabrón! —Cubrió sus ojos con el brazo y se giró para enterrar la cara entre la almohada.

Pero el dolor la obligó a levantarse. Se echó por los hombros la manta de la cama, y arrastró los pies hasta la cocina. Abrió una de las gavetas y agarró un vaso para servirse un poco de agua. Luego, buscó un par de analgésicos y se los bebió, con la esperanza de sentirse mejor. No sabía qué era más fuerte, si el dolor de estómago o la migraña.

Con pocas fuerzas, se dejó caer sobre el sofá del salón. A pesar de que tenía sueño, los recuerdos la mantenían con una sensación desagradable en el cuerpo.

Mientras intentaba borrarlos de su mente, el móvil, que se encontraba debajo de su cuerpo, aun dentro de la cartera, comenzó a sonar. Se removió con pereza y contestó la llamada:

—¡Hola! —saludó Abrianna, emocionada; acababa de alojarse en su nueva residencia en Agra. La ciudad donde comenzaría, en pocos días, a dar clases.

—Hola, brujís. —Hizo una pausa y pidió en voz baja—. Por favor, no grites.

—¿Qué tienes? ¿Estás enferma?

—Sí, tengo una jodida migraña y, para completar, me arde el estómago.

—Ay, amiga. ¿Por qué no vas a casa de la abuela? Así podrá cuidarte — sugirió mientras comenzaba a ordenar su ropa dentro del armario.

—No, no quiero molestar.

—No me jodas, Giovanna. Nunca has sido una molestia en mi casa; además, a la abuela le encantará prepararte uno de sus caldos, de esos que curan hasta el alma.

—Calla, calla, que empiezo a recordar su sabor y me dan ganas de vomitar.

—Pero, ¿a ti de verdad qué te pasa? Desembucha, que te conozco.

Tras un momento de silencio, los ojos verdes de Giovanna adoptaron un semblante de vergüenza.

—Anoche me comporté mal, y ahora quiero morir, literalmente.

—¿Qué hiciste con exactitud?

—Nada, tampoco te imagines cosas que no son.

—Ya, suéltalo.

Abrianna escuchó en silencio todo lo ocurrido, y cuando supo que su primo había dejado sola a su mejor amiga, sabiendo lo mal que estaba, soltó una maldición.

—Cícero me va a oír. ¿Cómo pudo irse y dejarte en ese estado de semiinconsciencia? Debió pasar la noche contigo.

—¡No! —exclamó Giovanna—. Ni se te ocurra reclamarle nada. Todo lo contrario, gracias a él llegué sana y salva.

Abrianna no estuvo de acuerdo con aquella afirmación, pero tampoco quería crear más problemas entre Cícero y Giovanna, porque lo importante era que su amiga estaba bien; bueno, medianamente bien.

—¿Tomaste algo para el dolor?

—Sí, tranquila. En cuanto me sienta mejor, me doy un baño y me preparo algo para desayunar. No te preocupes. —Giró su cuerpo y se sentó con las piernas cruzadas y la manta sobre sus muslos.

—Cómo me gustaría estar ahí contigo.

—No seas tonta, que estoy bien. Además, cambiemos de tema, mira, que no te escaparás de mí, «caperucita roja».

Abrianna no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Qué ha pasado con tu lobo feroz? —preguntó Giovanna—. ¿Se han vuelto a ver?

—Sí, me llevó a conocer lugares maravillosos mientras estuve en Delhi, pero...

—Contigo siempre hay un «pero», Abi —replicó Giovanna, masajeándose la frente con la yema de los dedos, y los ojos cerrados—. Te dije que nadie es perfecto. Pero, bueno, ¿qué pasó?

—Ay, no lo sé, brujís —exclamó Abrianna, llena de dudas—. Te juro que a veces actúa de una forma tan extraña.

—Si me lo explicaras, quizá entre ambas logramos entenderlo. ¿Qué es lo que te parece extraño?

Abrianna colgó la última prenda de ropa en el armario y se sentó en el borde de la cama.

—Cuando estamos juntos es súper especial, atento, cariñoso..., pero luego, puedo pasar días sin saber de él —confesó, soltando todo el aire de sus pulmones.

—¿Días?

—Sí, por ejemplo, hoy, desde que llegué a Agra lo he estado llamando y no me contesta ni me devuelve las llamadas.

—Un momento —replicó Giovanna, alzando la voz—, te prohíbo andar por ahí, suplicando amor o demostrándole que estás loca por él.

Abrianna bajó la vista al suelo y negó, pensativa.

—Vale, no volveré a hacerlo. Solo que él me pidió que le informara cuando llegara a la ciudad y, fíjate, lo hice y me ignoró por completo.

—Quizás esté ocupado, no te desesperes, dale unas horas, a ver si responde. ¿Te parece?

—Está bien —aceptó la rubia y, en su voz, imprimió resignación.

—¿Te gusta mucho?

—Sí, más de lo que te puedas imaginar.

—Entonces, ve con calma. Deja que la relación fluya, y vive el momento. Mientras él no esté, sigues con tu día a día, sin quebraderos de cabeza. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Ya te sientes mejor o aún te duele mucho la cabeza?

—Poco a poco va disminuyendo... Voy a intentar comer algo.

—Me parece bien, entonces no te quito más tiempo. Te escribo en la noche para saber cómo sigues.

—Vale, un beso, amiga.

—Un beso, adiós.

El sol brillaba en lo más alto del cielo y calentaba la ciudad de forma agobiante. Después de bañarse y dormir algunas horas, Giovanna salió de su casa hacia el club; estaba preocupada por haber dejado su auto toda la noche en aquella zona. En cuanto lo halló, sonrió, recordando sus locuras y la actitud tan protectora de Cícero.

Lo que la chica no sabía, era que Cícero en ese momento salía de su casa rumbo a su compañía.

Dentro del Ferrari él escuchaba las voces de su grupo favorita, U2, con la balada: *Ordinary Love*.

*The sea wants to kiss the golden shore
The sunlight warms your skin*

*All the beauty that's been lost before
Wants to find us again.*

*I can't fight you anymore
It's you I'm fighting for
The sea throws rock together
But time leaves us polished stones.*

*We can't fall any further
If we can't feel ordinary love
And we cannot reach any higher
If we can't deal with ordinary love.*

La canción se interrumpió por el timbre del móvil que sonó en el interior del auto; desde la pantalla táctil del equipo de sonido, Cícero aceptó la llamada.

—¿Buenas?

—Hola, papá —dijo Giovanna, con tono infantil.

Cícero no pudo evitar echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada. Sabía que lo estaba llamando así por haberla sacado del club, cargada sobre sus hombros.

—Hola, loca. ¿Sigues borracha o ya estás mejor?

—¡Estoy viva! —exclamó con ironía—. Y tú, ¿qué haces?

—Llegando a la oficina.

—¿Hoy? —preguntó, extrañada.

—Sí, quería adelantar algo de trabajo.

—Y si te invito a comer, ¿te vienes conmigo?

Un largo silencio.

—¿Estás pidiendo un indulto? —preguntó él.

—De ti, jamás —contestó ella, al instante.

—¿Dónde? —Quiso saber Cícero.

—La *Gardèla*.

—Acepto solo porque me gusta el lugar.

Giovanna sonrió.

—Bien, nos vemos allá.

Cícero se desvió de su rumbo y, veinte minutos después, tomó la avenida Guglielmo Oberdan. Giró a la izquierda, con dirección a Francesco Baracca, para llegar a Ponte Marino, una pequeña calle donde se ubicaba el restaurante favorito de Giovanna: *La Gardèla*. Famoso por su cocina casera y sus deliciosos postres.

Al llegar, estacionó a una cuadra del lugar y sonrió al descubrir el auto de Giovanna.

Le había parecido extraña su invitación, pero no tenía nada urgente en la oficina, y su compañía siempre era refrescante, aunque fuera solo para discutir.

Una de las cosas gratas de ese restaurante era su terraza externa, donde se podía disfrutar del clima veraniego y le permitía fumar a Giovanna. La vislumbró en la tercera mesa, bella y elegante, como siempre. Cabello cobrizo, ojos verdes, como el cuarzo aventurina; cara ovalada, de nariz recta y alargada.

—Hola, tú.

—Hola, ¿todo bien? —preguntó ella, levantándose para darle un beso en cada mejilla.

—Sí, ¿conseguiste dormir algo? —Se interesó Cícero.

—Muy poco. Desperté con un dolor de cabeza horrible.

—Eso te pasa por beber tanto.

—No empieces, Liotta. Ya no soy una niña.

Se sentaron y se quedaron mirándose, midiendo sus fuerzas. Cícero fue quien bajó la vista hacia el mantel de cuadros blancos con rojo, y cambió el

rumbo de la conversación.

—¿Hablaste con Abi?

—Sí, esta mañana. ¿Y tú?

—No. Ayer pensé en llamar, pero estuve todo el día agobiado con tanto trabajo. Entre reuniones con clientes y la programando de los nuevos sistemas, se me pasó el día.

El restaurante era atendido por sus dueños, Mauro y Brunella, quienes ya conocían los gustos de una de sus más fieles clientas, Giovanna Donati, que era amante de los vinos que, Mauro, como sumiller, le brindaba en cada encuentro.

Cícero pidió de entrada una *Insalatina di carciofi freschi e lunghetti di bresaola*, y Giovanna, devoró un Carpaccio de salmón marinado en sal gruesa y eneldo, mientras él le preguntaba cómo le iba en su trabajo.

—Excelente. Tengo muy poco tiempo como para tener mi propia columna, pero quizá, en unos meses lo consiga. Mis redacciones han estado casi perfectas.

—¡Quién diría que tú, que reprobaste el segundo año del instituto, ahora seas una extraordinaria periodista!

—Eres un imbécil. Lo sabes, ¿verdad?

—Era broma, loca. No te enfades.

Giovanna sacudió la cabeza.

—Te gusta joderme, no puedes evitarlo —protestó.

—Y si lo sabes, ¿por qué te enfadas? —comentó, burlándose de su cara arrugada—. Por cierto, eres una traidora.

—¿Yo? —dijo, recibiendo su plato principal: Lasaña verde al horno.

—Sí, tú. ¿O quién es la dueña del Jaguar blanco que está estacionado a una cuadra?

—Esa preciosidad británica es mía.

Cícero bramó.

—¡Británica! Por Dios, mujer, ¿qué dices? En el dos mil ocho, Ford Motor vendió las marcas y tecnologías de Jaguar y Land Rover al grupo automotriz indio Tata Motors, por aproximadamente de dos mil trescientos millones de dólares.

—No importa de dónde sea, amo ese carro, es mío y lo manejo yo. No tú.

—Todo el mundo sabe que no hay mejor carro que un Ferrari.

—Cállate, Cícero, me aburres. No pienso caer en tu juego de cuál es más grande o mejor. Por eso no tienes novia —aseveró con ironía.

—Lo dices porque debes ser muy estable con tus parejas.

—¿Celoso, Liotta?

—¿De ti?, jamás.

—Si tú quieres..., podemos...

—¡Por Dios, Gio!

—Vale, tú te lo pierdes...

—Hablando de cosas más interesantes. ¿Cómo está Abi? ¿qué te cuenta? —preguntó.

—La India la recibió con los brazos abiertos —respondió, gesticulando con los brazos sus palabras.

—¿Por qué lo dices? —Frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—Primero, está con don Fabio y, segundo, creo..., creo; no estoy segura de que le gusta un nativo.

—¿Un indio? —preguntó, sorprendido.

—Pues, no me lo afirmó, pero deduzco, por su descripción, que es un indio.

—Exactamente, ¿qué te dijo?

—¿Y a ti qué te importa la vida amorosa de tu prima? Déjala en paz.

—Solo me preocupo por ella.

—Cícero, ya Abrianna creció. Es una mujer independiente. ¡Ya deja de

tratarla como si fuera una cria! Y eso va conmigo también, eh.

—Siempre cuidaré de las dos, no importa la edad que tengan. Y te prohíbo volver a beber como anoche. Eres una completa irresponsable.

—Vale, ya te dije que lo siento.

—Y no vuelvas a plantearte la descabellada idea de salir con un desconocido.

—Vale —repitió, blanqueando los ojos.

El camarero, con amabilidad, retiró los platos para servir los postres.

—Mmm, ¡qué rico está esto, Dios! No hay en el mundo algo más divino que una copa de *mascarpone* —exclamó, chupando la cucharita.

—No seas tan golosa.

Giovanna levantó la mano hacia donde se encontraba el camarero y, con señas, le pidió la factura.

—Ni se te ocurra pagar la cuenta —señaló Cícero, con cara de espanto.

—¿Por qué no?

—Porque yo soy un caballero y debo...

—No seas Neandertal, Cícero. —Lo cortó con una sonrisa—. Vivimos en un siglo donde las mujeres pagamos todo lo que nos da la gana.

—Me importa una mierda. Se feminista con los maricas que te buscas de novios, conmigo te guardas la cartera y cierras la boca.

—Recuérdame no invitarte a comer nunca más.

—Vale, lo haré —dijo él, con tono despreocupado.

Mientras disfrutaron de sus postres, guardaron silencio.

—Me voy —anunció Giovanna, terminando de comer el último bocado de su copa—. Un morenito me está esperando —mintió.

—¡Morenito! ¿No estabas con un inglés?

—¿Y cómo sabes eso?

—Me lo dijo Abi.

—Cielo, Ian y yo solo éramos amigos; además, estoy en contra del racismo, viva la diversidad de razas —afirmó, tomando su cartera y colocándose de pie —. Pero si quieres, me puedo quedar con un chico de ojos azules, medio patán pero guapo —propuso, alargando cada palabra.

—Gio, ¡basta!

—Pero como no quieres... Buenas tardes, bombón. —Le dio dos besos y salió del restaurante.

Ella se retiró, mientras que Cícero, se quedó un tiempo más, sonriendo, a consecuencia de las locuras de su amiga y; sobre todo, pensando en todo lo que le había dicho de su prima. Después de unos minutos, pagó la cuenta y salió.

Subió a su auto, prendió el motor para poder activar el aire acondicionado, y sacó del bolsillo delantero de su pantalón, el móvil.

CAPÍTULO 10

Agra, India.

Hacía tiempo que Abrianna no salía a correr. Entre los preparativos para el viaje y la llegada a Agra, había detenido su rutina diaria de ejercicios; pero esa tarde lluviosa, su cuerpo imploraba movimiento.

Cuando llevaba veinte minutos corriendo, se cortó la música de sus auriculares al entrar una llamada.

—¿Sí?

—Hola, pequeña.

—¡Cícero! ¿Cómo estás? —saludó, jadeando.

—Todo bien, pero ¿qué te pasa?, ¿por qué resoplas?

—Salí a correr y estoy un poco sofocada.

—¡Sofocada o destruida! —dijo él riendo.

—A mí no me causa risa, Cícero. Tenía días sin hacer ejercicios, ya lo necesitaba.

Se detuvo en medio de un bonito jardín de flores, refugio de diversas aves y bellas mariposas.

—Cuéntame, ¿cómo te ha ido en la India? —Se apresuró a indagar.

—Todo bien, organizando todo en mi nueva residencia. El lunes comienzo a trabajar.

—¿Algo más?

—¿Qué quieres saber, exactamente, Cícero? —Odiaba cuando él se comportaba de esa manera tan sarcástica.

—Solo contéstame algo, ¿te fuiste a la India a trabajar o a buscar novio? —interrogó, evidentemente molesto.

—Imagino que hablaste con Gio —resopló, indignada—. Vine a trabajar, eso lo tengo claro.

—¿Mi tío lo sabe?, ¿ya le contaste?

—No, porque no hay nada que contar.

—Puedes contármelo ahora, si no quieres que ahonde por mi cuenta. —Le advirtió.

—Cícero, no es nada, solo le dije a Giovanna que había conocido a un chico en una reunión que asistí con mi papá el martes. Eso es todo.

—¿Algo más?

—¡No! —gritó.

—¿Lo volviste a ver?

—No —repitió, molesta.

—Escúchame, Abrianna, he investigado sobre los hombres de ese país, y muchos son unos casanovas. Creen que todas las mujeres occidentales son libertinas y no les importa jugar con sus sentimientos, con su tiempo y su cuerpo. No quiero que eso te suceda.

Ella abrió la boca para defender a Anand, luego la cerró y volvió a abrirla para protestar.

—Bien lo dijiste, muchos, no todos. ¿Cómo puedes saber si él es así? —masculló con los dientes apretados.

—No, no lo sé, pero no puedo permitir que te arriesgues. ¿Me escuchaste bien? —Le espetó de golpe.

—Sí, te escuché y te entendí bien, Cícero Liotta.

—No te molestes conmigo, Abi. Comprende que solo cuido de ti.

—Vale, pero, tal parece, que has olvidado que ya no soy una pequeña mocosa, ya puedo cuidarme sola —admitió, alicaída.

—Te quiero mucho, ¿lo sabes?

—Sí, lo sé, pero tienes que confiar en mí; más ahora que no estás a mi lado

en cada momento —contestó ella con nostalgia.

Abrianna se sentó en una de las banquetas de madera, dobló las piernas debajo de ella y resopló, decepcionada con ella misma. Pocas veces le había mentido a su primo.

Entendía su preocupación, él había asumido el cargo de hermano mayor desde el momento que empezaron a vivir juntos. Su tía, Caterina, todas las mañanas, antes de salir al instituto, le recordaba a su hijo cuidar de su prima.

—Tengo ganas de verte, todos aquí te extrañamos.

—Dile a mis tíos y a la abuela que los quiero mucho. —Sonrió bajo la lluvia.

—Se los diré. Debo irme.

—Un beso, primo.

—¡Cuídate mucho, Abi!

Ella se quedó pensando en todas las palabras de Cícero.

«Anand no es un casanova y, si llega a engañarme, ¡lo estrangulo!».

Reflexionó.

La fuerte luz entraba por la ventana de su cuarto, logrando iluminar por completo el interior. Afuera, el sol brillaba con intensidad, provocando un incómodo calor. Cícero despertó aquel domingo con pocas ganas de ir a la casa de sus padres, pero era una costumbre almorzar ese día en familia, y su abuela era capaz de ir a buscarlo hasta el mismísimo infierno, con tal de reunirlos a todos. Las tradiciones, para los suyos, eran innegociables.

Salió de la cama y estiró sus brazos, intentando quitarse la pereza.

—¡Qué sueño! —bostezó.

Caminó hacia el armario, sacó ropa limpia y se fue al baño. Después,

preparó café y un par de sándwiches rellenos con mermelada de arándanos. Con todo servido sobre una bandeja de madera, se sentó en la terraza que daba justo al mar. Una vez allí, tomó un trago de café y mordió el sándwich.

Los pájaros cantaban entre la vegetación y el sonido de las olas rompiendo contra las rocas le recordaron porqué había comprado aquel apartamento.

Cícero vivía en Millano Marittima, en un precioso apartamento a tan solo cincuenta metros de la playa. Pero en el décimo piso, desde la terraza se tenían las mejores vistas, lo que había hecho que se enamorara por completo de su hogar.

Un soplo cálido de brisa llegó hasta él desde el mar, al mismo tiempo que su teléfono móvil comenzaba a sonar en su cuarto. Dejó sobre la bandeja el sándwich y, antes de levantarse, se tomó otro trago de café.

Cuando lo agarró, en la pantalla pudo ver que tenía dos llamadas perdidas de Valentina. En cuanto volvió a repicar, bufó, con pocas ganas de contestar. Pero la insistencia lo estaba volviendo loco, así que decidió averiguar qué le pasaba.

—Hola —saludó y regresó al salón.

—¿Por qué me ignoras? Esta es la quinta vez que te llamo —exageró, como siempre, imprimiendo ansiedad en su pregunta.

—Estaba desayunando, ya deja la paranoia. No te estoy ignorando.

—Lo siento, cosi hermoso, pero necesitaba escuchar tu voz. Te extraño.

—¿Dónde está Stefano? —preguntó, extraño por la hora de aquella llamada, mucho más, siendo domingo.

—Dándose un baño.

—Creo haber dejado claro que necesitábamos mantenernos distanciados por un tiempo. —Se pasó las manos por el cabello con un gesto de frustración y empezó a moverse de un lado a otro por todo el salón.

—¿Cuánto tiempo más quieres? —Ella sintió una opresión en el pecho

como si la punta de un cuchillo ardiendo le atravesara.

—No lo sé, Valentina. ¡Mierda, no me presiones! —Sacudió la cabeza.

—¿Que no te presione?! —repitió, furiosa, y perdió el control—. ¿De verdad crees que me quedaré sentada, esperándote? ¡Ni de coña!

—Perfecto, si es así como quieres que terminen las cosas, así será — decretó y colgó la llamada. Ni siquiera dejó que replicara su decisión.

Cícero se paró en medio de la terraza con la mirada perdida en el mar y gruñó una maldición entre dientes. Por un instante se arrepintió de sus últimas palabras, conocía a Valentina y sabía que estaba furiosa. Pero él también estaba más allá de eso, estaba cansado de toda esa situación. Por segunda vez, en corto tiempo, se planteó la idea de terminar definitivamente con ella.

Ya sin hambre, volvió a sentarse, pero sin parar de mover de forma frenética la pierna derecha, de arriba abajo. Repitió sus palabras y sintió dolor en lo más profundo de su pecho, penetrando en su corazón. Pero ¿no merecía él a alguien que lo amara libremente?, ¿Qué fuera suyo en todo momento? Sin tener que esconderse de nadie.

¿Por qué tenía que seguir arriesgándose por una mujer que nunca le iba a pertenecer?

Y la pregunta que siempre lo torturaba martilló su ego: ¿Cuánto en realidad lo amaba ella?

A diferencia de Cícero, Giovanna disfrutaba de la paz que le proporcionaba su hogar. Desayunó en la cama, viendo su programa favorito. Cuando acabó, se dirigió a la cocina y, tras activar el lavavajillas, se dedicó a limpiar el apartamento.

Adiós a su día de descanso.

Durante toda la mañana escuchó música, cantó y bailó como una loca. Sin darse cuenta, llegó la hora del almuerzo, y como no quería volver a ensuciar la

cocina, además de que tenía pocas provisiones en su despensa, pidió por teléfono una pizza Margarita y una *Coca Cola*. Hizo una nota mental de que debía ir al supermercado.

Al terminar, buscó las carpetas donde tenía la información del caso, agarró su portátil y se sentó en la mesa del comedor.

Necesitaba organizar todo con mucho cuidado y así poder redactar la entrevista que iba a realizarles a los padres de Victoria, el martes. No obstante, había algo en aquel caso que le generaba una extraña sensación, como un miedo que se extendía bajo sus pies. Un pasado cargado de recuerdos oscuros en los que Doménico era el único protagonista.

La tristeza se apoderó de ella y, por un segundo, deseó tener cerca a su amiga; junto a ella se sentía un poco a salvo.

Mientras estudiaba los detalles, se preguntó cómo puede cambiar en un segundo la vida de una persona.

Un segundo, solo un instante bastaba para destrozarse toda tu vida. En unos, de un modo irremediable, como la muerte, pero otros quedaban vagando, sumergidos en sus propias pesadillas. Y cuando no logras despertar del todo, entonces deseas haber muerto. Porque cada vez que vuelves a revivirlo, que tu mente regresa a ese instante, te castigas y cuestionas por qué no actuaste diferente, o cómo le permitiste llegar tan lejos, si al final, ese cuerpo era tuyo, no de él.

Pero en lo más profundo de tu ser, algo grita y te recuerda que solo eras una chica joven e insegura, sin la malicia o la experiencia que tienes ahora. Que, por desgracia o dicha, todos esos hechos, son los que la forjaron como la mujer que es. La que ahora le daba la seguridad de decidir cómo, cuándo y con quién disfrutar de su cuerpo y de su vida.

Aunque estaba segura de que gran parte de su trauma lo había superado, momentos como ese, donde intentaba comprender, ¿qué le había hecho Victoria

a su agresor para que llegara al punto de matarla?

Y si al final resultaba cierto aquello que su mente se negaba a admitir, que había sido su propio esposo, la persona que dormía cada noche junto a ella, quien había jurado ante Dios, amarla, protegerla, estar con ella en la enfermedad y tiempos difíciles; entonces, te das cuenta de que quizá nunca estuvo a salvo. Ni Victoria ni ella misma.

Porque cuando más segura te sientes o creas sentirte, el mal puede volver y atacar; y en un segundo, apagar la luz de tu vida, sin que te des cuenta.

CAPÍTULO 11

Días más tarde, Giovanna estacionaba su Jaguar a una cuadra del edificio de *Ravena24ore*; a ella, aquella mañana de septiembre, le pareció la más calurosa de todas. Dos años en Londres le habían hecho casi olvidar el clima de su ciudad.

Cuando llegó al cuarto piso, se encontró con un par de cosas que no le gustó para nada. La primera, que el mensajero del periódico colocaba sobre su escritorio un nuevo ramillete de tulipanes, otra vez, sin nota. Y la segunda, que frente a ella se aproximaba Giorgio, con la sonrisa más estúpida que había visto en su vida.

De pronto, pensó que no era casualidad encontrarse con ambas cosas al mismo tiempo.

¿Y si era él quién le enviaba las flores?

Podría ser, ¿por qué no?

—Pero ¡qué mañanera! ¿Cómo está lo más hermoso de esta oficina? —La tomó por los hombros y le dio un beso en cada mejilla.

—Hola, Giorgio. Muy bien, gracias. Buenos días para ti. —Puso las palmas de las manos abiertas en el pecho del hombre, intentando poner distancia.

—Buenos días, preciosidad. ¿Qué tal el trabajo?

—Todo marcha sobre ruedas.

—Me agrada escucharte tan entusiasmada. Debo confesarte que, desde tu llegada, tengo una motivación extra cada mañana para venir a la oficina — confesó con picardía mientras sacaba un tulipán del ramillete y se lo colocaba frente a su cara.

—Gracias, Giorgio —respondió, políticamente.

Giovanna sabía muy bien cómo manejar aquel tipo de hombres, esos que se creían unos adonis. Con una personalidad narcisista, que en realidad terminaban siendo personas inseguras y de baja autoestima, que se ocultaban detrás de esas máscaras de individuos seguros y exitosos. Por todo eso, Giovanna decidió seguirle el juego, recibir la flor y sonreír ante su actitud galante y seductora.

Al cabo de unos minutos y después de compartir algunas noticias, el hombre se despidió, dejando que Giovanna pudiera corregir las observaciones que Ricci le había enviado en un correo la noche anterior, después de recibir la entrevista que ella había elaborado.

Con todo listo, salió de la oficina y se encaminó hacia el café donde había citado a los padres de Victoria. En cuanto llegó, los vio conversando, sentados en una mesa, ubicada al final del local. Pudo reconocerlos por las fotos y entrevistas que ellos habían dado a diferentes medios de comunicación.

El encuentro se alargó más de lo que Giovanna esperaba. Los señores, llenos de tristeza y con la necesidad de buscar ayuda en cualquier persona, respondieron desde las preguntas más sencillas hasta los detalles más dolorosos.

Repetieron una y miles veces que lo único que pedían era justicia, que si había sido el esposo o un tercero el que había acabado con la vida de su hija, ellos lucharían hasta que el o los culpables pagaran.

Por supuesto, y a pesar de que Giovanna los presionó para que hablaran un poco más sobre la relación entre su hija y su esposo, fueron bastante prudentes. La joven supuso que estaban siendo bien asesorados por sus abogados, para que no dieran declaraciones que pudieran perjudicar el caso.

A Giovanna, la entrevista la afectó más de lo debido. Al salir del café, se dirigió hasta su auto, y al sentarse frente al volante, se quedó quieta, mirando

la gente transitar de un lado a otro. Tras unos minutos con un nudo en la garganta, se reprochó, pues, era una periodista y debía ser profesional, ante todo. No podía permitir que un reportaje la afectara hasta el punto de querer llorar.

Quizá fue la cara desolada de aquellos padres o el conocer, por parte de la madre de la joven, todos los planes y sueños que Victoria tenía, y que ya no se harían realidad.

Todo hizo que aquel sentimiento de miedo, que estaba escondido en lo más profundo de su ser, regresara a su estómago. O el saber cómo la madre había encontrado el cuerpo sin vida de su hija, leer las declaraciones de Gian, el esposo y presunto asesino, donde juraba que no tenía nada que ver, pero que, a su vez, no tenía la coartada que probara su inocencia.

O simplemente, era el hecho de haber regresado a Ravena, después de tanto tiempo, lo que la tenía tan sensible.

No lo sabía.

Por eso decidió llamar a la doctora Brina, su psiquiatra.

Media hora después, regresó al *Ravena24ore* con un reportaje completo y una cita con su doctora el jueves.

Después de varios días, Giovanna volvió a contemplar los cuadros que colgaban de la pared. Desde su última visita, había olvidado algunos detalles.

—¿Cuánto hace que regresaste? —Le preguntó la doctora.

—Un par de semanas.

—¿Y por qué no habías venido a verme?

—No lo vi necesario.

La doctora levantó una ceja y le sonrió con ternura.

—Hace más de dos años que no te veía.

—Pero la llamé un par de veces —contestó, todavía con la mirada fija en los cuadros.

—Solo porque necesitabas las indicaciones de los medicamentos. —Le refutó.

—No solo por eso, también me gusta hablar contigo.

—Y si eso es cierto, ¿por qué no habías venido a verme?

Giovanna bajó la mirada hacia la doctora y soltó el aire de sus pulmones.

—Pensé que no me hacía falta.

La doctora se levantó de su silla, rodeó el escritorio y se sentó a su lado.

—¿Y qué ha cambiado?

—Mientras hacía mis maletas, en Londres, una fuerza expansiva me colmaba, tenía la ilusión de volver a ver a Abi, de estar en mi ciudad, volver a mi apartamento... No lo sé, todo eso hizo que regresara cargada de esperanzas e ilusión.

—¿Por qué hablas en pasado?, ¿qué ha cambiado?

—Todo.

—Explícamelo, por favor.

—A los pocos días de estar aquí, Abi se fue a la India...

—Y volviste a sentirte sola —replicó la doctora.

—Sí —admitió, avergonzada—, supuse que podía estar tranquila sin ella, como había estado en Londres, pero la verdad es que no. La extraño muchísimo.

—Y antes de tomar la decisión de regresar, ¿sabías que ella se marcharía?

—Sí, de hecho, fui la primera en saberlo.

—¿Cómo te sientes respecto a eso?

—Mal.

—¿Por qué?

—Bueno, Abi es una gran persona, que merece ser feliz y, sé, que este viaje le dará mucha satisfacción, tanto en lo profesional como en lo personal. Pero, a pesar de saberlo, me siento egoísta porque quiero que regrese, porque no me siento segura si ella no está aquí, y porque quiero compartir con ella, como antes.

—Creo que estás siendo muy dura contigo misma. Sé que te alegras por los triunfos de tu amiga, que le deseas lo mejor. Pero recuerda, somos seres humanos, con virtudes y defectos; y necesidades de afecto. Además, ambas sabemos lo que significa Abrianna en tu vida.

—Claro que me alegro por ella.

—Estoy segura de eso, así como sé que puedes seguir con tu vida, aunque ella no esté físicamente aquí.

—Sí, puedo hacerlo. Lo haré —intentó sonar convincente.

—¿Qué más ha pasado?

Pasaron unos minutos en silencio. La doctora Brina tomaba nota en su cuaderno, mientras Giovanna volvía a contemplar los cuadros.

—Giovanna, estás muy dispersa. ¿Qué más te preocupa y no me has contado?

—Conseguí trabajo en el *Ravena24ore*. Cubro todos los sucesos de la ciudad. Ahora estoy a cargo de un reportaje sobre el asesinato de una mujer.

—Hizo una pequeña pausa y fijó la mirada en la doctora—. Todas las evidencias señalan al esposo como el principal sospechoso de haberle quitado la vida mientras tomaba un baño.

La doctora dejó de escribir y se inclinó hacia Giovanna.

—Y por un momento te sientes identificada porque, en tu mente, crees que pudiste haber tenido el mismo final que ella...

—No, logré defenderme. —Negó varias veces con la cabeza y comenzó a morderse la mejilla interna, nerviosa.

—Y si lo sabes, ¿por qué te afecta tanto?

—Porque me da miedo de que llegue el día en que logre amar a un hombre, tan ciegamente, que ese sentimiento me haga vulnerable.

—No puedes tener miedo del futuro. Ya lo hemos hablado, Giovanna. No todos los hombres son como Doménico. Sabes perfectamente que lo que sucedió con él, no fue culpa tuya, ni hiciste algo para provocarlo. Simplemente, sucedió.

—Visto los hechos, es mejor estar sola.

—¿Te refieres a la parte emocional? Porque sabemos que eres sexualmente muy activa.

—No engaño a nadie, todos saben a lo que vamos.

—Sabes a lo que me refiero. Prefieres conformarte con escasos momentos de intimidad con esos hombres, que arriesgarte e intentar relacionarte más allá de lo físico.

—Brina, has estado a mi lado por años, sabes que sin ti, aún estaría perdida en el fondo de mis pesadillas. Pero, en mi caso, sola estoy mejor, lo sabes.

—La soledad no es buena consejera.

—Tampoco estoy sola. Tengo a Abi, a mis padres...

—Háblame de Cícero, ¿por qué no está incluido en esa lista de afectos?

Giovanna volteó la cara, esquivándole la mirada. Se frotó la frente y contestó:

—Él está bien.

—No te he preguntado cómo está, sino por qué no lo incluyes en la lista, si ambas sabemos lo que sientes por él.

—Olvídate de lo que te conté, es pasado; ahora que volví a verlo, me da cuenta de que solo era una fantasía mía.

La doctora le dedicó una sonrisa complaciente. Hacía mucho tiempo que

sabía cuándo Giovanna intentaba mentirle.

—Comprendo. Y solo por curiosidad, ¿sigue con la mujer casada? Se llama Valentina, ¿cierto?

Al ver la reacción de la joven, la doctora confirmó sus sospechas de lo que en verdad significaba Cícero para ella.

—Sí, sigue con ella y la ama muchísimo. Es todo para él, y aunque su familia se oponga, no la dejará. Nunca.

—¿Por qué estás tan segura de ello?

—Cícero adora a su familia, pero guarda un sentimiento especial por Abrianna; en pocas ocasiones los he visto discutir, y la causante ha sido, precisamente, Valentina. A ella la odia por varias razones, de hecho, sus discusiones han llegado al punto de distanciarse por días. Cosa que para Cícero es difícil de llevar; sin embargo, siempre la ha preferido, antes que a nadie.

—Para no ser alguien importante, estás muy bien informada de su vida, ¿no te parece? —debió la doctora, Brina, con sarcasmo.

—¡Por favor, deja de cuestionarme! —Se puso de pie y alzó los brazos—. Simplemente, lo sé porque soy la mejor amiga de su prima, y ella se desahoga conmigo. Nada más.

—De acuerdo, lo comprendo. —Dulcificó su tono de voz—. Pero recuerda, negar tus sentimientos, sean los que sean, solo te traerá frustración y dolor. Ya lo hemos hablado, debes aceptarlos y reconocerlos sin miedo a las consecuencias.

—¿Cuántos de tus pacientes dejan de tener miedo?

—No puedo darte una cifra exacta, porque cada uno de mis pacientes es un mundo diferente. Y tengo como premisa no compararlos. Sin embargo, puedo confesarte que muchos lo han logrado.

—¿Cómo?

—Lo primero, aceptando lo sucedido; segundo y, quizá lo más importante, teniendo la fuerza para tomar el timón de sus vidas y eliminar los monstruos del pasado. Comprendiendo que cada día es una nueva oportunidad para empezar.

—Tienes razón, cada día es como una página en blanco, lista para ser llenada.

—Exacto.

—¿Crees qué debo seguir con el medicamento?

—Sí, aunque te bajaré las dosis. Por lo que, necesitarás un poco de atención; así que, cualquier cambio que percibas, debes llamarme. ¿De acuerdo?

—Sí, no te preocupes.

Brina le entregó las nuevas indicaciones, pero le recordó:

—Giovanna, puedes dejar de tener miedo, si te lo propones; no eres débil. Aunque los recuerdos siempre estarán, eres tú quien les da el poder de controlar tus emociones. Aprovecha esta oportunidad que has decidido darte en Ravena, disfruta de tu trabajo, de tus seres queridos y deja el pasado atrás.

—Lo haré, te lo prometo. Y sabes que cumplo mis promesas —dijo, guardando las hojas en su bolso.

—Lo sé. Recuerda que estoy a tu disposición a todas horas, no importa el día.

—Gracias, por todo.

Giovanna la miró con ternura e infinito agradecimiento. Antes de conocerla, había visitado a un sin fin de terapeutas, uno más frío que otro. Con ninguno se sintió cómoda, hasta que entró al consultorio de Brina. Ella fue diferente desde el primer día, con su sonrisa sincera, una paciencia enorme y ese calor humano, que es esencial percibir cuando crees que tu vida es una completa mierda.

Nunca tendría cómo pagarle todo lo que había hecho por ella.

CAPÍTULO 12

—¿Y cómo te sentiste después de ver a la doctora Brina? —preguntó Abrianna, mientras guardaba en su carpeta de trabajo los exámenes que habían realizado sus estudiantes de primer año.

—Bien, la verdad es que la extrañaba. —Giovanna caminó hacia la cocina y se sirvió un poco de café.

—¿Le preguntaste sobre los medicamentos?, ¿te los suspendió?

—Sí, claro. Estoy cansada de estar tomando esas drogas; pero no, solo me redujo las dosis —respondió, resignada.

—No son drogas, y por nada del mundo dejes de tomártelas.

Giovanna tomó un sorbo de café y regresó a su cuarto para buscar la ropa que usaría aquel viernes para ir a trabajar.

—Que no, tranquila —aseguró—. Sé que, aunque me sienta estable, no puedo suspenderlas. ¡Tampoco estoy loca!

—Es por tu bien.

—Tranquila, brujís, no te preocupes por mí, que allá debes tener un montón de cosas más importantes.

—Te extraño.

Giovanna quiso decirle que ella la extrañaba mucho más, que a veces deseaba dejar todo y tomar el primer avión rumbo a la India. Pero no lo hizo, en cambio, soltó una carcajada y bromeó.

—Obvio, no puedes vivir sin mí.

—Tonta. —Sonrió y apagó la portátil. Pronto la llamaría *Memsaab* Kamlesh, la dueña de la residencia donde la rubia se alojaba.

—Oye, ¿y qué ha pasado con Anand? No me digas que me estás

escondiendo algo.

—¡No! Es que me he tomado con calma todo lo que se refiere a él, luego de que un troglodita me llamara hace unos días para reclamarme...

Giovanna resopló, malhumorada. Dejó la taza de café sobre la mesita de noche y soltó un par de insultos hacia Cícero.

—Discúlpame, fue mi culpa. No debí comentarle nada sobre Anand.

—No hay problema, ya sabemos cómo es —dijo con resignación.

—Bueno, brujís, espero que todo mejore con tu chico, así le demuestras al imbécil de tu primo que debe aprender a confiar en ti.

—¡Ay, me encantaría que lo conocieras! Es tan caballeroso, tan amable... y tiene unos ojos hermosos, que resaltan su piel oscura. A veces creo que es demasiado perfecto para ser real.

—Solo te pido que disfrutes el momento y no permitas que la negatividad de Cícero nuble tu felicidad.

—Sí, lo haré.

—Mereces ser feliz, amiga.

—Gracias, tú también.

Hora y media más tarde, Giovanna tomaba asiento frente a su escritorio. Aquel viernes debía terminar de redactar el primer artículo de su reportaje y enviárselo a Ricci, quien le había pedido que se reunieran después del mediodía.

Pasó toda la mañana sumergida en el trabajo, ni siquiera acompañó a Andrea a tomar un bocadillo, como acostumbraba todas las mañanas. Su mente estaba centrada en el reportaje, porque si lo hacía bien, podía ser el inicio de una próspera carrera dentro del periódico. No quería ser una más, deseaba tener su propia columna, y lucharía hasta conseguirlo.

Después de leerlo como mil veces, lo envió por correo electrónico, y

mientras esperaba a que su jefe la llamara, comenzó a revisar las últimas noticias. Desde que había llegado a la ciudad, lo hacía con frecuencia.

Llevaba como una hora leyendo cuando se encontró con un apellido que le revolvió la bilis.

Palmieri.

Cerró los ojos e intentó tranquilizar su respiración.

No era el lugar ni el momento para entrar en una crisis nerviosa.

Sabía que hacía años que el padre de Doménico, Alexandro Palmieri, trataba de adentrarse en el mundo de la política, pero sus primeros intentos habían sido estériles. Lo último que supo de aquella familia era que se habían ido a vivir fuera del país; luego volvieron los padres, dejando a su único hijo estudiando en California.

Por lo que leía, Palmieri ahora presidía un partido político e intentaba ganar las primarias para ser el candidato de su partido a las próximas elecciones.

Giovanna negó con la cabeza, sintiendo el estómago revuelto. Un escalofrío recorrió su cuerpo y los vellos se le erizaron, como si la temperatura hubiese descendido abruptamente.

No pudo seguir leyendo porque Giorgio tocó su hombro izquierdo, sorprendiéndola.

—Hola, preciosura.

La joven se sobresaltó y giró la silla para responder.

—Hola, disculpa. Estaba concentrada y...

Él sonrió mientras se acercaba a darle un par de besos en las mejillas.

—¿Te he asustado? Lo siento, hermosa.

—No te preocupes, no pasa nada.

—Vengo de donde Ricci, me pidió que te diga que te está esperando.

—Oh, gracias. Voy de inmediato.

—Suerte, muñequita. Aunque estoy seguro de que no la necesitas —aseguró y se acercó más, para acariciar su brazo.

—Gracias, Giorgio. Muy amable de tu parte. —Se levantó rápido para detener su contacto, tomó toda la documentación que creyó necesaria y se encaminó a la oficina de su jefe.

Antes de tocar la puerta, cerró los ojos y suspiró, nerviosa.

—Entra, Giovanna —gritó Enzo, desde su escritorio.

Ingresó al lugar y, como siempre, la oficina era un completo caos. No podía entender cómo su jefe lograba encontrar algún documento entre tanto desorden. Ah, eso sí, que nunca le podía faltar una taza de café caliente sobre el escritorio.

—Hola, Ricci. Buen día.

—Hola, Giovanna. ¿Cómo estás? Siéntate, por favor.

—Gracias —respondió con cortesía, pero en realidad quería preguntarle sin rodeos por el reportaje. Los nervios la estaban matando.

—¿Quieres un café o agua?

—No, gracias. Estoy bien.

—Vale, entonces vamos directo al asunto.

La joven tomó una bocanada de aire y lo miró directo a los ojos, mientras él intercambiaba su mirada entre el monitor y la cara de ella.

Pasaron minutos, pero ella lo sintió como una eternidad.

—Tengo que admitir que tienes talento. —Fue lo primero que soltó de golpe—, pero lo ensucias cuando dejas a un lado a la periodista y comienzas a redactar la mujer.

—¿Qué dices? No entiendo. —Frunció el ceño y arrugó la cara, incrédula.

—Opacas la noticia con tu opinión —criticó con dureza—, y tu deber, como reportera, es plasmar la información basada en los hechos, no en conjeturas, interpretaciones o; peor aún, en las afirmaciones de terceros, como

es el caso de los padres de la víctima.

—Pero...

Ricci la interrumpió.

—No tienes excusas, Giovanna.

La mujer le mantuvo la mirada, aunque por dentro se estuviese muriendo de la pena.

—Esta crónica está en pleno desarrollo y hasta que no exista una sentencia irrevocablemente juzgada, no puedes asegurar ni negar algún hecho; además, es evidente que los padres de Victoria han influido en tu opinión. Ahora, yo te pregunto: ¿qué pasaría si el juez dictaminara que el esposo es inocente?

—Todo indica que...

Él volvió a interrumpirla.

—¡Contéstame! ¿Qué pasaría si es absuelto?

—No sucederá, no es inocente.

—¿Y tú quién eres para afirmarlo?, ¿la juez que lleva el caso? —ironizó y se puso de pie—. Si quieres ser la mejor en este oficio, debes separar la mente del corazón. Redactar sin filtros, apegada a las pruebas y; nunca, óyeme bien, nunca más vuelvas a imprimir tus suposiciones.

—Lo comprendo, no volverá a pasar.

—La clave de un buen reportaje es que sea el lector quien, al terminar de leer, comience a hacerse preguntas, a crear conjeturas o asegurar el veredicto. Es el lector quien puede darse esas libertades, nosotros los periodistas solo plasmamos los hechos y punto.

—Gracias por tus consejos, sé que todo lo que dices es para que mejore y, créeme, lo haré.

—Tienes hasta las cinco de la tarde para realizar las modificaciones. Y si has escuchado con atención mi orientación, será publicado en la edición de mañana.

—Antes de la cinco estará en tus manos. —Y con esa determinación volvió a su escritorio.

Giovanna apagó la portátil en cuanto terminó de enviar el correo electrónico a Ricci y estudiar un poco lo que le había asignado para la próxima semana. Caminó hasta el escritorio de Andrea, pero ya no estaba. Por la hora, solo quedaban algunos empleados.

Se dirigió a su Jaguar, aparcado junto al edificio, pero cuando se sentó frente al volante, distinguió un papel blanco pegado al parabrisas. Dejó su cartera en el asiento de al lado y se bajó con curiosidad.

Solo le bastaron unos segundos para que todo diera vueltas alrededor de ella. Frenéticamente comenzó a mirar de un lado a otro, como si buscara algo o a alguien. Se pasó la mano izquierda por la cara, en un principio inconsciente del movimiento, pero luego, para limpiar su rostro mojado por las lágrimas, unas lágrimas que comenzaron a rodar sin freno.

Su mano temblorosa sostenía una foto. La repasó muchas veces, hasta que cayó en la cuenta de que había sido tomada el día que Abrianna se había ido a la India. Aparecía envuelta en los brazos de Cícero, con el rostro pegado a su pecho; y él, besando su cabeza.

En conjunto y sin saber los motivos, cualquiera podría deducir que era un gesto de amor entre una pareja de enamorados.

Dios, nada más lejos de la realidad.

Le dio la vuelta a la foto, buscando algún mensaje, pero no había nada.

Incapaz de permanecer calmada por más tiempo, comenzó a hiperventilar. Se acercó a la puerta del auto y buscó dentro de su cartera el móvil. Ahora más que nunca necesitaba ayuda.

«Cálmate, Giovanna, no entres en pánico. No puede ser él. No, no ha vuelto. Cálmate, no pasa nada». Se repitió varias veces.

—¿Brina?

—¿Sí?

—¡Ha vuelto! —Sollozó, sintiéndose acorralada.

—A ver, necesito que te calmes. No entiendo de qué me hablas. —La doctora, que aún se encontraba en su consultorio, se puso de pie, asustada por el estado en el que escuchaba a la chica—. ¿Qué pasa?, ¿quién ha vuelto?

—¡Doménico, ha vuelto!

Comenzó a llorar sin control, olvidando dónde estaba. La doctora le concedió unos minutos para que drenara toda la angustia y el miedo que sentía.

—¿Por qué estás tan segura de eso?

A Giovanna las palabras no le salían, estaba paralizada.

—¿Lo has visto? —insistió la doctora, forzándola a responder.

—No, pero me ha dejado una foto pegada al parabrisa del auto. Fue en el aeropuerto, la tarde que Cícero y yo despedíamos a Abi, y yo aparezo abrazada a él. ¡Ellos se odian, Brina! —clamó, aterrada.

—Giovanna, cálmate. No tiene por qué ser él. Por favor, respira e intenta pensar con claridad. No puedes, a las primeras, asegurar que todo lo malo que te ocurre tiene que ver con ese hombre.

—Claro que es él.

—¿Por qué insistes en traerlo a tu vida?

—¿Quién más puede ser?

—Cualquiera.

—¿Como quién?

—Valentina, por ejemplo. ¿O no has pensado en que puede ser ella? —replicó, buscando tranquilizarla.

—No lo sé...

—Es probable que los viera por casualidad y, en un arrebató de celos, tomó la foto, y como ella sabe que no puede reclamar nada públicamente, se

esconde haciendo estas estupideces.

—¿Eso crees? —gimoteó.

—En el estado que estás ahora mismo te será imposible ver más allá, analizar los hechos y buscar todas las opciones. Pero necesito que me escuches para que puedas serenarte.

—No quiero que vuelva —explotó en llanto.

—Y no tiene porqué ocurrir, Giovanna. Sácalo de tu vida y de tu mente. Eres tú quien lo trae al presente, una y otra vez.

—No quiero tener miedo —imploró, levantando la mirada hacia el cielo, como pidiéndole a Dios que le cumpliera aquel deseo.

—Lo sé.

—Odio sentirme tan vulnerable, odio saber que cualquier detalle que se relacione con él, aunque sea lo más insignificante, me trastorne la vida. ¡Estoy harta de vivir así!

—¿Por qué no vienes al consultorio? Y así podemos hablarlo mejor.

Después de unos minutos, pensó que la doctora podía tener razón. Quizá se había precipitado en asegurar que era Doménico el autor de aquel mal momento.

—¿De verdad crees que fue ella? —balbuceó, respiró profundo y se limpió la cara con el dorso de la mano.

—Mi niña, no lo puedo asegurar, pero lo más importante ahora es que te sosiegues, te controles y logres, con prudencia, conducir hasta aquí. ¿De acuerdo?

—Sí, tienes razón. —Tomó una bocanada de aire, miró de nuevo a su alrededor y subió al auto—. Por un momento entré en pánico, pero haré lo que me pides. Voy para allá.

CAPÍTULO 13

El domingo, Giovanna despertó agotada, tanto mental como físicamente, la última semana había sido muy intensa en el periódico.

Después de lavarse la cara y los dientes, salió de su cuarto rumbo a la cocina, moría por una taza de café caliente. A pesar de que deseaba dormir hasta tarde, su mente no dejaba de pensar en el nuevo artículo que estaba redactando. Tenía que entregárselo a Ricci a más tardar el miércoles, para que él pudiera corregir cualquier error y le diera la autorización de publicar.

Abrió el cajón superior de la cocina, sacó una cápsula de café y la colocó dentro de la cafetera. Activó la máquina y, mientras esperaba, buscó su taza favorita.

Tomando el primer sorbo escuchó en la distancia sonar su móvil. Regresó a su cuarto, porque ahí lo había dejado desde la noche anterior, cargándole la batería. Lo desconectó y contestó la llamada.

—Hola, mamá.

—Hija mía, ¿cómo estás?

—Muy bien, ¿y ustedes? —Tomó otro sorbo de café.

—Extrañándote mucho. ¿Cómo te ha ido? —indagó, preocupada por el futuro de su hija. Quería, más que nada en la vida, que Giovanna se quedaría en Ravena, así podía ella recuperar a su pequeña.

—Bien, mamá. Ya tengo trabajo.

Antonietta se llevó la mano libre hacia la cara, sorprendida por la respuesta de la chica.

—¡Oh, hija! Qué alegría me da saberlo. Eso quiere decir que te quedarás.

—Sí, claro. Esa es la idea, retomar de a poco mi vida aquí.

—Quiero verte, hija. ¿Será posible que vengas a casa?

Giovanna guardó silencio un par de minutos y después de ponderar, le contestó:

—Está bien, mami. Iré hoy a verlos.

—Ay, qué felicidad, hija mía. Se lo diré a tu padre de inmediato, seguro se pondrá tan feliz como yo de volver a verte.

—También me alegrará verlos.

Antonietta no pudo evitar sonreír, estaba feliz.

—Voy a preparar todo, nos vemos en un rato.

Giovanna asintió con la cabeza.

—Seguro, nos vemos al rato.

—Un beso, hija. Adiós.

—Un beso, mamá.

Agra, India.

Aquel mismo día, pero horas más tarde y una vez terminado el recorrido por el Taj Mahal, Anand, que planeaba alargar la compañía de Abrianna, decidió invitarla a comer.

—¿Te gustaría acompañarme a cenar?

—¿Dispones del tiempo? —ironizó la joven.

Ella no tenía ni la menor idea de todas las horas de sueño a las que Anand había renunciado por cumplir con sus compromisos empresariales. Ese día había acudido a dos reuniones y realizó infinidad de llamadas, todo para poder estar con ella unas cuantas horas.

—Sí, ¿y tú?

—Desde luego, dame un minuto para llamar a mi chofer.

Mientras realizaba la llamada, Anand caminaba junto a ella con un deseo enorme de tomarla de la mano. Pero la sociedad india no acostumbraba a ese tipo de comportamiento en público, eran mal vistas las expresiones de afecto entre las parejas.

—Vamos, subamos al auto. —La invitó.

Dentro del Aston Martin, protegidos por los cristales tintados, él cedió al impulso de besarla. Había pasado mucho tiempo anhelando ese primer contacto, probar su boca y oler su aliento, sentir esa corriente inexplicable que recorría su cuerpo de forma involuntaria.

«Qué deliciosa es la vida cuando se te permite disfrutar de lo que te gusta, sin pensar en las consecuencias», pensó él.

Anand sorprendió el cuerpo de Abrianna, su arrebató le robó las palabras. Ella se abandonó al deseo, permitiendo dar paso a sus sentimientos y fantasías, porque también lo había ansiado.

Durante el paseo, había detallado, en varias oportunidades, sus labios carnosos y suaves, imaginándolos otra vez sobre los suyos.

Antes de que la sorpresa abandonara su rostro, ya se encontraba entre los brazos de Anand. Su corazón le martillaba como el aleteo de un colibrí, y podía notar el de él contra la palma de su mano abierta, mientras se aferraba a su pecho, que había admirado apenas unos minutos atrás.

La tomó larga e intensamente, penetrando su boca, asaltándola con su lengua, devorándole los labios con arrebató. Jadeó, y esta vez no fue por la sorpresa, sino al darse cuenta de cuánto le gustaba estar junto a él.

Cada vez que ella respiraba, se embriagaba de Anand y de su delicioso olor a canela, naranja y menta.

Se reconocieron.

Él se estremeció al descubrir cuánto comenzaba a quererla y lo mucho que le costaría si tendría que alejarse de ella.

Abrieron con lentitud los ojos, y las mejillas de la joven se ruborizaron. Él estaba nervioso, intentó liberar la presión de sus hombros soltando un suspiro. Detalló la mirada de Abrianna y descubrió un aro miel dentro del azul zafiro de sus ojos.

Dios, era perfecta.

Sin querer tomar distancia, Anand comentó:

—Espero que te agrade el restaurante al que pienso llevarte.

—¿Cómo se llama?

—Sky-Deck.

—Suená bien, seguro me gustará. Lo importante para mí, es pasar tiempo contigo.

El restaurante se ubicaba en la parte superior del edificio, ofreciendo unas vistas panorámicas de las dos piscinas externas del hotel, además de presenciar los cambiantes colores del Taj Mahal, con cada hora que pasaba.

Con una iluminación cálida y música instrumental de fondo, era la combinación perfecta para generar una experiencia romántica y elegante. La decoración de las paredes, techos y suelo eran beige con apliques en madera. Hermosas lámparas de cobre colgaban de las vigas. Velas blancas y jarroncitos con rosas rosadas adornaban los centros de mesa. Era muy acogedor.

El camarero despejó la mesa y les entregó la carta de vinos.

—¿Qué deseas beber? —preguntó Anand, recorriendo con la mirada la inmensa lista de vinos.

—¡Tienen excelentes vinos aquí! —exclamó ella—. Recomiéndame uno tú.

—En honor a tu país, te sugiero un *Marchesi de' Frescobaldi*. Es exquisito, lo he probado en varias oportunidades.

—Un italiano que se respete, jamás come sin un buen vino —comentó Abrianna y le guiñó un ojo.

—Dos copas de *Marchesi de' Frescobaldi* —solicitó Anand.

—En seguida, señor. —Apuntó el joven y retiró las cartas.

—El *Sky-Deck* se destaca por su cocina internacional. Espero estés disfrutando del lugar.

—Lo disfruto, simplemente, estando contigo. Lo demás es superficial.

Él la miró con inmensa ternura.

—No sabes lo que siento cada vez que estamos juntos, así como ahora. Ven aquí. —La tomó de la mano y la sentó sobre su regazo—. Por el Dios Ganesha, que no hay mujer más bella que tú.

Con un leve movimiento de cabeza, Anand besó sus ojos, la punta de su nariz y cada mejilla, hasta morder con suavidad su mentón. Sus labios rozaron los de ella, iniciando una onda expansiva por todo su cuerpo. Sus manos abiertas acariciaban su espalda de arriba hacia abajo.

Abrianna, que le rodeaba el cuello con sus brazos, hundió sus dedos en la sedosa cabellera negra de él, trayéndolo hacia ella, y ahondando más entre su boca. La fricción entre sus cuerpos liberó una llama interna, cada uno gozó de sus emociones y sentimientos.

Anand depositó sobre los labios de ella miles de besos muy pequeños, que recorrieron toda su boca.

—Me entristece saber que no podré verte tan seguido como deseo —lamentó, pegada a sus labios.

—¿Por qué?

—Porque yo trabajaré aquí, y tú en Delhi. —Calló, mostrando la tristeza y decepción en su mirada.

—¡Espera!... ¿Crees que la distancia me impedirá verte? —preguntó Anand, arqueando las cejas.

Abrianna le sonrió con la esperanza reflejada en su cara.

—No lo sé, tienes tanto trabajo que...

—Mírame, nada podrá alejarme de ti. Ni mis horarios ni los hoteles, nada —sentenció.

Él le mordió el labio inferior mientras sus narices se tocaban, para, finalmente, halarlo y chuparlo, sorbiendo su aliento.

La presencia del camarero los sorprendió. Ella regresó a su silla, sintiéndose un poco avergonzada.

Él apretó los labios, que se convirtieron en una fina línea, mientras el camarero servía las copas de vino y les entregaba el menú.

—¿Qué deseas comer? —inquirió Anand.

—Una crema de espinaca, luego unos Gnocchi.

—Muy bien. Y el señor, ¿qué va a ordenar? —consultó el camarero.

—Me apetece un Risotto de calabacín.

—Ahora mismo, señor.

Un perturbador silencio se instaló entre los dos.

Mientras ella bebía un poco de vino, Anand detallaba con atención cada gesto que hacía, deseaba guardar en su memoria toda la velada.

—¿Cómo van las clases? —Quiso saber, intentando retomar una conversación relajada.

—Muy bien, de hecho, no me esperaba un recibimiento así.

—¿Por qué? Los indios somos famosos por nuestra hospitalidad.

—No lo sabía... Me han sorprendido gratamente. Mis alumnas son maravillosas, y el personal docente es muy agradable.

—Te voy a estar llamando para saber cómo estás —advirtió—. Y si necesitas algo, lo que sea, me llamas o me envías un mensaje o un correo electrónico.

—Estaré bien, pero gracias por preocuparte.

—Nada que agradecer.

Cenaron mientras conversaban de muchas cosas. Cada uno quiso saber más

detalles de la vida del otro. El nivel de confianza, para el poco tiempo que tenían conociéndose, era inmenso. No sabían cómo explicar lo que estaban sintiendo, todo fluía con naturalidad.

—Veo que te gusta el oro —afirmó ella, señalando la muñeca de él.

—Soy indio. —Sonrió, balanceando la cabeza de un lado a otro—. Forma parte de mi carga genética.

La joven se carcajeó por el comentario.

—Es un diseño muy fino —acotó y le acarició la pulsera con los dedos.

—Es la colección *Panthère, de Cartier* —informó, mostrándole la cadena que colgaba de su cuello.

El teléfono de Abrianna sonó. Ella se volteó con rapidez para sacar el móvil del fondo de su bolso y responder. Sin levantar la vista hacia Anand habló.

—Hola, Gio.

—Abi...

Escuchar el tono frío de la voz de su amiga activó sus alarmas.

—¿Qué te sucede?

—¡Volvió! —gritó.

—¿Cuándo?

—No lo sé. —Se lamentó, entre lágrimas—. Pero ahora sí estoy segura de que está en la ciudad.

—¿Cómo lo sabes?, ¿fue a verte? —preguntó con el corazón acelerado.

—No, su padre ha sido elegido como candidato para las próximas elecciones. Acabo de leer que necesitaba tener a toda la familia reunida para dar una buena imagen en la campaña electoral. —Sollozó.

—¡Tienes que salir ya mismo de Ravena! —aseveró, levantándose de la silla y tomando su bolso.

—Abi, ayúdame, estoy perdiendo el control... Te necesito.

—Gio, cálmate. Dame unos minutos, encontraré la forma de alejarte de él —prometió y se giró, dándole la espalda a Anand.

La rabia le hizo hervir la sangre a Abrianna, un nudo en la boca del estómago se apoderó de su cuerpo. No le importaba con quién estaba ni dónde.

—Abi, no quiero verlo, no lo quiero cerca de mí —suplicó, sintiendo cómo toda su vida volvía a desvanecerse—. Dime, ¿qué hago?

Abrianna sintió su desesperación y comprendió que Giovanna estaba teniendo un ataque de pánico.

—¿Dónde estás?

—En casa de mis padres —balbuceó—. No los había visto, mamá me llamó esta mañana y no pude negarme a venir.

—Quédate allí y espera a que yo te llame.

—¡Quiero irme contigo! —afirmó entre gimoteos.

—Déjame hablar con papá, espera mi llamada. —La alentó y cortó la llamada.

Ambas sabían del inmenso aprecio que Fabio sentía por Giovanna, la consideraba como una hija.

Cuando se giró, descubrió que Anand estaba parado casi encima de ella. De golpe, se echó hacia atrás, sobresaltada, no lo había visto aproximarse. Notó el calor de su cuerpo y el fuerte pecho rozando sus senos.

—¿Qué sucede? —exigió saber con el ceño fruncido, aunque intentaba ocultar la incomodidad que sentía porque ella le había dado la espalda.

—Mi mejor amiga, Giovanna, tiene un problema extremadamente delicado, y debe salir de nuestra ciudad. —Le confió con la voz cargada de miedo y ansiedad.

—Déjame ayudarte —pidió, agarrándola por los hombros, sorprendido por cómo le había afectado a ella aquella llamada.

Con sus palabras le hizo pensar que estaba realmente preocupado por ella y

por su amiga, el corazón le dio un salto en el pecho y la conmovió.

—Disculpa, Anand, debo irme. Gracias por ofrecerte, lo aprecio mucho, pero esta situación es muy complicada. No se trata de mí. —Bajó la mirada hacia sus manos.

—Por lo menos, permite que mi chofer te lleve a tu residencia —insistió.

—Sí, claro. Muchas gracias.

—¿Te puedo llamar? —preguntó, rodeándole la cara con sus manos.

—Siempre —sentenció.

—Me tienes hechizado, te adoro y valoro el amor que demuestras por tus seres queridos. Espero algún día llegar a ser uno de ellos.

Anand le dio tres besos suaves en los labios y la envolvió entre sus brazos. Desconociendo la sensación de protección que ese simple gesto despertó en ella.

—Lo eres. —Fue lo único que logró responder ante esa afirmación de afecto tan prematura de él. Sin embargo, era cierto. Ella también sentía muchas cosas por él.

CAPÍTULO 14

Media hora después, Abrianna conversaba con su padre por teléfono. Él estaba al tanto de su pasado, por lo que, movería cielo y tierra para resguardar a la joven. Comenzaron a planificar su ingreso a la India y su inmediata salida de Ravena.

Debía llamar a la única persona en la que Giovanna podía confiar y dejarse ayudar: Cícero.

Su primo era su respaldo, su muro de contención, su guardián; y no solo para ella.

—Hola, Cícero.

El hombre se encontraba en casa de sus padres, como cada domingo.

—Abi, ¿sucede algo? —inquirió al escucharle la voz temblorosa.

—No a mí.

—¿Qué le pasó a mi tío? —Se levantó del sofá, donde estaba sentado junto a su padre, viendo un partido de fútbol.

—¡Cícero, cállate y escúchame! —gritó fuera de sí, le quedaba poca paciencia—. Déjame hablar y te lo explico. —Tomó aire e intentó tranquilizarse—. Mi papá está bien, es Giovanna.

Un mutismo acompañó ambos lados del teléfono.

—Necesito que la busques, está en casa de sus padres.

—¿Por qué? —Fue lo primero que le salió de la boca—. ¿Ahora qué le pasa a esa loca?, ¿qué hizo?

—Todo indica que Doménico volvió. No está segura, pero está muy alterada, fuera de sí.

—¿Cuándo?

—No lo sé, no tengo ni idea. Únicamente te pido que la busques y la saques de la ciudad.

—¿Y a dónde la voy a llevar?

—Por lo pronto, llévala contigo esta noche, a tu casa y; luego, puede ser a la casa de mis tíos, en Venecia.

—¿Qué? —Alargó la palabra. No podía creer lo que su prima le estaba pidiendo.

—Es provisional, hasta que pueda venir aquí lo más rápido que se pueda.

—¿Estás loca? No va a querer estar sola conmigo.

—Cícero, es una emergencia familiar.

—¡Joder! Sabes mejor que nadie cómo se pone Gio cuando siente a ese pendejo cerca.

—Me sabe a mierda lo que pienses. ¿Qué te pasa? Es Giovanna.

—Está bien, está bien —afirmó en tono glacial—. Déjame ver cómo hago.

—Búscala ya, te está esperando.

—¿Por cuánto tiempo será esto?

—No lo sé, quizá un par de semanas... o un mes. —Abrianna hablaba por la experiencia que tenía al realizar sus propios trámites.

—¡Oh, mierda! —exclamó varias veces.

Cícero sabía que desde el momento que aceptara asumir esa responsabilidad, se enfrentaría al reproche y a los gritos enfurecidos de Valentina; a quien estaba extrañando con desesperación; de hecho, había planificado reconciliarse con ella en los próximos días. Pero tampoco podía decirle que no a su prima.

Soltó todo el aire de sus pulmones y le dijo:

—Iré, iré, quédate tranquila.

—Gracias, gracias de todo corazón. Eres el mejor del mundo, grandulón.

Desde su antiguo cuarto, Giovanna escuchaba los gritos y reproches que su madre le decía sin piedad a su padre. Salió de prisa, bajó las escaleras y entró en la sala. Una vez más, el pasado destruía lo que más amaba: su familia. Sentía las lágrimas correr por sus mejillas, y un fuerte dolor en el pecho, ocasionado por los recuerdos.

—¡Cállense! —gritó, liberando parte de su furia y de su miedo.

El silencio se apoderó del lugar. Su padre, al verla tan alterada, se aproximó a ella.

—Hija —habló con un deje de tristeza en su voz.

—¡Basta! ¡Ambos son culpables!, porque no supieron cuidarme, protegerme cuando más lo necesité. —Les reclamó con la cara roja e hinchada de tanto llorar.

Su madre se dejó caer en un sillón y comenzó a sollozar con pena. Le dolían las palabras de su hija, pero en el fondo, sabía que eran ciertas. Nunca previó el peligro, nunca su sentido de madre le advirtió.

Se sentía culpable.

Giovanna, en medio del salón, los fulminaba con la mirada. Quería vaciar la ira en ellos.

—Y después de que se enteraron, ¿qué hicieron? —chilló, limpiándose con brusquedad las lágrimas que le bajaban—. ¿Qué hicieron? —Volvió a interpelarles, dejando escapar todo ese dolor que le consumía por dentro.

—Fue una decisión difícil, pero toda la familia consideró que era lo mejor para ti y para él —recordó su padre, intentando librarse un poco de su responsabilidad.

—¡La familia! —satirizó y comenzó a fingir que reía—. Con una familia así, ¿quién necesita enemigos?

—En su momento, tú también estuviste de acuerdo —intentó recordarle su madre.

—¡Tenía dieciséis años, por Dios! ¡Era una niña y estaba aterrada! — censuró en medio del llanto, produciéndole una voz entrecortada.

—Hija, perdóname —suplicó su padre y caminó hacia ella—. Daría mi vida por retroceder el tiempo. —Se detuvo, sujetándole la cara y mirándola a los ojos—. ¡Eres todo en mi vida, mi única hija! Te amo más que a nadie.

—Tú eras mi héroe, papá, mi mundo..., mi más grande amor. —Le confesó y un dolor oprimió su corazón—. Hasta el día que negociaste mi inocencia con tu mejor amigo por un poco de dinero. Ni siquiera planteaste la posibilidad de entregarlo a la justicia.

—Doménico era como un hijo para nosotros, además de ser mi ahijado.

—¡Pero yo era tu hija!

Se soltó con violencia y retrocedió algunos pasos. Quería mirarlo a los ojos y reprocharle por todos los años que no lo había hecho abiertamente, y así poder liberar un poco ese rencor que le comía el alma.

—Sabes que el dinero no fue idea nuestra. Ellos quisieron dártelo para compensar...

—¿Compensar qué?! —vociferó fuera de sí, a pleno pulmón—, ¿mi virginidad?, ¿mi pudor?, ¿mi inocencia?, ¿mi estabilidad emocional?... ¡Dígame, padre, ¿qué fue lo que intentaron compensar?! —increpó.

—Giovanna, cálmate —imploró su madre. Se levantó lentamente del sillón y comenzó a restar espacio entre ellas.

Giovanna se derrumbó en medio de la sala, gritando el nombre de su mayor pesadilla y maldiciéndole el resto de sus días.

Cerraba sus ojos con fuerza, y los destellos de lo vivido aparecían ante ella. Intentaba desvanecerlas, batiendo su cabeza ferozmente de un lado a otro, pero nada hacía que desaparecieran. Después de tanto tiempo, su pesadilla no

había acabado, ella sentía que apenas comenzaba.

—¡Te odio, te odio con todas mis fuerzas, Doménico! ¡Me destruiste! —decía en un mar de lágrimas. Las manos le temblaban, dobló las piernas debajo de ella, y con la mirada perdida se abrazó, intentando crear un escudo que la preservara de él.

La frente se le cubrió de sudor e intentó respirar mientras sentía profundas arcadas.

Sus padres tenían el corazón destrozado, más al ver a su pequeña en ese estado, era desconsolador. Ambos la acogieron entre sus brazos, intentando protegerla.

Hundió el rostro en el cuello de su madre y descargó el poco llanto que le quedaba, ya no tenía fuerzas.

Estaba exhausta.

El timbre de la casa los sacó del aturdimiento en que se encontraban. Al cabo de unos segundos, Giovanna levantó la cara y, a través de sus pestañas humedecidas, distinguió a una de las personas que más amaba en la vida.

Cícero, dada la confianza que gozaba, por los años de amistad con la familia de Giovanna, ingresó con pasos ligeros, dejando atrás al ama de llaves que, con amabilidad, le había abierto la puerta.

—Buenas tardes —saludó y se adentró en la sala, mientras se quitaba la cazadora.

Desvió la vista hacia las tres personas en el suelo y las escudriñó con rapidez.

—Buenas tardes, muchacho —respondió Duilio, levantándose para saludarlo con un apretón de manos.

—Un gusto verlo, señor. Señora —saludó en dirección a la mujer con una leve inclinación de cabeza, luego de estrechar la mano del hombre.

—Hola, Cícero —respondió ella con voz cansada.

Sin mucho rodeo y sin importarle las posibles reacciones, les hizo saber el motivo de su presencia.

—¿Estás lista, Gio? —Le preguntó sin dejar de mirarla.

El corazón de Giovanna pasó de un estado sombrío a uno de esperanza. No pudo evitar que se le escaparan un par de lágrimas, ya no de dolor, sino de un sentimiento inexplicable.

Una vez más, Abrianna y su familia velaban por ella. Su agradecimiento era infinito.

—Estoy lista —confirmó, mirándolo con una inmensa devoción.

Él llegó hasta ella, que se tambaleó al ponerse de pie, la tomó de la mano y le dio un par de besos en las mejillas. Necesitaba inspirarle seguridad y protección.

—Muchacho, ¿para dónde van? —exigió saber Duilio.

Cícero no tenía ni idea, todo había sucedido muy rápido; solo esperaba ayudar en la medida de sus posibilidades.

—Abi me llamó y me comentó lo sucedido, así que, llevaré a Gio a un lugar seguro por unos días, hasta que ella esté más calmada. —Les informó, levantándole con su mano derecha el mentón a Giovanna.

—A tu casa, vamos a tu casa, Cícero.

Por un segundo, el hombre se tensó; su casa era sagrada, su templo. Ni siquiera a Valentina la llevaba ahí. Pero ya estaba metido hasta el cuello en aquel problema, no le quedaba de otra que seguir adelante.

—Bien, recoge tus cosas.

Ella hizo contacto con los ojos de sus padres. Ambos, aunque deseaban retenerla, sabían que lo más prudente, en ese momento, era dejarla estar con quien realmente le aportara tranquilidad; no deseaban más reproches. Concebían que su hija se sintiera más segura con Cícero, por todo lo que había hecho por ella en el pasado.

Sin perder más tiempo, Giovanna tomó su cartera y se despidió, un tanto distante y fría, de sus padres.

Era inevitable, después de tantos años, no sentir rencor. La terapeuta y ella seguían trabajando en esos sentimientos negativos, aunque no eran suficientes los avances. Aun así, siempre le hacía ver que no era racional cargar con esos resentimientos, porque, al final de cuentas, solo se provocaba más dolor ella misma, ocasionando un distanciamiento innecesario.

Al salir de casa los deslumbró el ocaso.

Infinidad de nubes rojizas, naranjas y amarillas teñían el cielo, desplazando el hermoso gris azulado. Una brisa fresca del atardecer los impregnó de un aroma floral, afrutado y cálido, como el jazmín, moviendo a su paso las flores y los altos pinos que resguardaban la entrada de la casa. El sol, que rehusaba marcharse, deslumbraba en belleza y resplandecía con su intenso color naranja.

Giovanna cerró los ojos, decidida a relajarse y a disfrutar de ese instante. Percibió el olor de las flores, inhaló profundamente para embriagarse de ellas, y comenzó a oír el trinar de los pájaros. Todo a su alrededor conspiraba para calmarla y distanciarla de sus demonios.

Cícero, que se encontraba de pie, apoyado en un lateral del Ferrari, la observaba con parquedad. La dejó ser, dándole todo el tiempo que necesitaba para volver en sí. Eran muchas las cualidades de Giovanna que él adoraba, aunque su alocada lengua era su favorita; eso sí, que ni muerto se lo hacía saber.

—Cícero llamando a Giovanna, cambio —bromeó, ubicando una mano frente a su boca, fingiendo hablar por un *Walkie Talkie*.

—Sabes que no te soporto, ¿verdad? —musitó ella, abriendo lentamente los ojos—. ¿No puedes darme ni cinco minutos?

—Ya te di suficientes. Voltea, que quiero que veas algo.

La tomó con suavidad por los hombros y la hizo girar, reclinándola sobre su pecho. Sostuvo sus manos y las entrelazó con las de él, al nivel de su vientre.

—Mira para arriba. —Le pidió—. ¿Sabes cómo se llaman esas formas blancas que salen como finas líneas del cielo?

—No, pero me imagino que es por el reflejo del sol entre las nubes.

—No te pregunté cómo se forman, te pregunté si sabes cómo se llaman —replicó, poniendo los ojos en blanco.

—No, no lo sé.

—Los dedos de Dios —contestó, observando lo que para él, era una maravilla de la naturaleza.

—¿Quién te dijo eso? —consultó, incrédula. Como buena periodista, quiso saber la fuente de esa afirmación.

—¿Crees que eres la única que lee? —Le preguntó, apretándola entre sus brazos—. En el arte, la mano de Dios es la forma de representar la intervención divina, la protección o la bendición en un determinado lugar.

—¿Quieres decir que Dios está aquí con nosotros? —preguntó ella, ladeando la cabeza para mirarlo a los ojos.

—No, solo te comento que esas líneas blancas que salen en medio de las nubes naranjas son sus dedos —explicó, intentando distraerla un poco. Al abrazarla, la sintió tensa; sabía lo difícil que era para ella salir de aquella crisis.

Giovanna alzó de nuevo la vista y detalló el espectáculo que la naturaleza le obsequiaba esa tarde. En lo alto del cielo, entre una espesa capa de nubes pintadas con los tonos más cálidos de una paleta, emergían ferozmente gruesos destellos de luz, como si rompieran el techo y lo traspasaran sin pedir permiso. Era una imagen hermosa.

—¿Crees que Dios me está bendiciendo en este momento? —inquirió y se

aferró más fuerte al abrazo, cuando una nueva brisa la alcanzó.

—¿Por qué no? Sé que, en estos últimos años, nuestra relación con Dios no ha sido la más cercana, pero quizás, esté allí —murmuró cada palabra cerca de su oreja y levantó la mano derecha de ambos, para indicar lo alto del cielo.

—Ha vuelto.

—¿Cómo lo supiste?

—Escuché una conversación telefónica entre mi padre y el señor Palmieri. Papá le recordaba que, a pesar del tiempo, seguía vigente el alejamiento que debía mantener Doménico de mí.

—Por un momento creí que ya no eran amigos.

—No creo que lo sean, mi madre no lo permitiría.

—Fueron muy cercanos.

—Lo sé.

—Quiero que estés tranquila, conozco bastante a Doménico, y sé que su padre tiene mucho poder sobre él. Si el viejo le prohíbe algo, él lo hará.

—Han pasado muchos años, Cícero. No tenemos ni idea de quién es Doménico hoy en día.

—Estoy seguro de que seguirá viviendo de los euros de su padre. Siempre fue un derrochador, que vivía el momento y pasaba de todo.

—Puede ser, no lo sabemos.

—Lo que quiero es que te mentalices que conmigo estarás bien, que no permitiré que nada ni nadie te haga daño. ¿De acuerdo?

Ella simplemente asintió con la cabeza.

CAPÍTULO 15

El silencio se ocupó de cada espacio y de cada uno. Ambos intentaban resistirse a sus demonios y a sus pasados. Una noche en común para ambos, una que lo había cambiado todo. Para ella, el prólogo de su emancipación; para él, el epílogo de un amor imposible, porque estaba seguro de que nunca la amaría.

—Vamos, sube al auto —ordenó.

Necesitaba distraerse. De nuevo, él recordaba situaciones que prefería olvidar.

—No te pongas mandón.

—¿Ya cenaste? —indagó mientras le abría la puerta.

—Obviamente, no. ¡Mira la hora! —Se quejó ella, señalando su reloj de mano—. Además, no tengo mucha hambre, lo que quiero es dormir.

Cícero asintió, serio. Comenzaba a comprender la magnitud que implicaba cumplirle el favor a Abrianna. Cerró la puerta y con pasos largos bordeó el vehículo.

—¿Quieres pasar por tu casa y buscar algo de ropa?

—Sí, por favor. Te lo agradezco.

Ella buscó en la pantalla táctil del equipo de sonido alguna canción que le agradara, sin tener éxito.

—¿Qué clase de música oyes, Cícero? —reclamó por no encontrar nada de su agrado.

—¡Disculpa! Es mi auto, por si lo olvidas. Puedo oír lo que me dé la gana.

—¡Ay! Este es gusta. —Seleccionó un álbum, y la voz de Coldplay estalló con la canción *Always In My Head*. Enseguida y sin dar mucho tiempo para

disfrutar del tema, presionó la canción *True Love*.

Ninguno de los dos entonó la balada, cada uno iba inmerso en sus pensamientos y en lo que significaban las letras de esa canción en sus vidas. Cícero observó a Giovanna cuando se volteó en el asiento para contemplar el panorama por la ventana, evitando el contacto visual entre ellos.

Desde la ventanilla tintada de su Bentley negro, observó cómo se aproximaba un Ferrari rojo y se estacionaba a las puertas del edificio que él tenía vigilado desde hacía días. Le resultó muy fácil averiguar su dirección y el número de su móvil. Cuando aterrizó en suelo italiano, su único propósito había sido volver a verla.

Las fotos y videos que le enviaba a diario el detective privado que había contratado mientras él vivía en California, no eran suficientes para calmar sus anhelos. Afortunadamente, ya no necesitaría de sus servicios, pues él mismo se encargaría de todo. Nunca dejaba nada a la suerte, él construía su destino.

Necesitaba verla en persona, detallar su cuerpo perfecto. Cerró los ojos y recordó el olor de su piel, la belleza de su rostro, y cómo sus grandes manos acariciaron cada centímetro de sus redondeadas curvas.

De inmediato, tuvo la necesidad de acomodar su pene erecto entre sus pantalones, solo con recordar sus encuentros sexuales sentía un escalofrío de excitación. Pero debía ser paciente, todo llevaba su tiempo y algo de dedicación.

En los días anteriores, mientras la seguía, descubrió dónde trabajaba y cuál era el horario que mantenía. Iba anotando cada dato en una pequeña libreta que llevaba por nombre: «mi chica».

Inhaló lo último que le quedaba de su cigarrillo, bajó un poco el cristal de

la ventanilla para lanzarlo, mientras expulsaba el humo de su boca.

Nada lo preparó para lo que vio a continuación. Se removió en el asiento de cuero beige, sintiendo cómo la ira crecía dentro de él, como una mezcla efervescente que lo consumía por completo. Necesitó de todo su autocontrol para no bajarse del vehículo y enfrentarse de nuevo con ese cabrón. No lo podía creer, otra vez, Cícero Liotta se interponía en su camino.

—¿Qué demonios hace con ese bastardo? —Se cuestionó—. ¿Por qué la trae, si ella salió temprano en su Jaguar?

Lo observó bajar del Ferrari, rodear el auto y abrirle la puerta a la única persona que le había marcado su vida. Aunque estaba relativamente lejos, no perdió detalle de la sonrisa que Giovanna le regaló al descender. Torció la boca en un gesto de asco y repulsión.

¡Cuánto lo odiaba!

¿Quién se iba a imaginar que ese hijo de puta la antepusiera a ella, que a él, que fue su mejor amigo?

Daría su vida si fuese necesario por volver a tenerla entre sus brazos, por verla sonreír junto a él y que cada gesto de amor por parte de ella, fuesen exclusivamente suyos.

¿Hasta cuándo iba a permitirle ocupar su tiempo con aquellos insignificantes hombres?

Pero ahora todo sería distinto, él había regresado a su país, a su ciudad, con su familia y se juró que volvería a tener todo lo que era suyo. Y Giovanna Donati era suya.

Después de un buen rato, cuando ya había oscurecido, Giovanna volvió a salir junto a ese hombre y subió con una pequeña maleta al Ferrari. Él trató de seguirlos, dejando entre ellos una distancia prudente, pero Cícero aceleró de prisa y tomó la autovía. Los perdió en el tráfico de la noche y maldijo un par de veces cuando tuvo que detenerse por un semáforo en rojo.

Luego de recoger algunas de sus pertenencias y sus antidepressivos, llegaron al apartamento de Cícero, en el décimo piso de un edificio en Milano Marittima, Cervia, muy cerca de las costas del mar Adriático. Era un bonito apartamento recién remodelado, con dos habitaciones y una terraza con una vista de las más hermosas e impresionantes, motivo por el cual, Cícero, decidió comprar ese lugar.

En verano, se perdía bajo un cielo despejado y azulado, un apacible mar, que obsequiaba con la brisa costera sus peculiares olores a salitre, arena mojada, pescado, mariscos y sal; y en su orilla, una gruesa arena, formada por piedrecitas blancas, negras y grises. La vista era absolutamente deslumbrante.

La reja de hierro se cerró tras el Ferrari, y Cícero se estacionó en una de sus dos plazas. Se bajó sin articular palabras y fue hasta ella para ayudarla a descender. Sacó la pequeña maleta del portaequipaje y la condujo hasta el ascensor.

Al entrar al piso, él la llevó hasta el dormitorio de huéspedes y colocó sobre la cama sus pertenencias. Mientras ella colgaba su ropa dentro del armario, él marcó el número de su pizzería favorita para pedir una pizza cuatro estaciones y dos *Coca Cola*.

Giovanna no podía creer que hubiera aceptado llevarla a su casa, entendía lo que para él significaba su privacidad, su espacio y su refugio. Un lugar sagrado, donde solo llevaba a su familia.

Se sentó en la cama e inspeccionando el resto de la habitación, pensó: «¿Qué soy para él?, ¿qué sentirá realmente por mí? Si estoy aquí, es porque no le soy del todo indiferente, ¿o sí?».

Después de cenar y dejar los platos dentro del lavavajillas, Giovanna salió hacia la terraza a fumarse un cigarrillo.

—Sabes que odio que fumes —protestó él, llegando a su encuentro.

—Sí, pero no puedo evitarlo, es un vicio —contestó, moviendo la mano derecha, la cual sostenía el cigarro.

—Lo siento, pero es el único y último que fumas aquí.

—Eres insoportable —aseguró con la mirada perdida en la inmensidad del mar.

—Y tú eres muy tonta al querer morir de cáncer —dijo, de mal humor, y dio media vuelta, dejándola parada en el borde.

A sus veintiocho años, nunca se había planteado vivir con ninguna mujer, ni siquiera por algunos días. El poco tiempo libre que le dejaba su trabajo, lo invertía en ayudar a su madre en la empresa familiar, además, era testarudo y difícil de entender. Odiaba los cambios y, sobre todo, que invadieran su espacio personal.

Le resultaba de lo más absurdo que su primera experiencia de convivencia con una mujer, sería con una chica que tenía un carácter peor que el suyo: Giovanna Donati.

No la iba a tener fácil.

Giovanna regresó a su habitación, se dio un baño rápido y, sin perder mucho tiempo, se vistió con un ligero camisón de seda blanca. Se alisó la melena cobriza, calzó sus acolchadas pantuflas y caminó primero a la cocina, donde se sirvió un poco de agua fresca para poder tomarse el antidepresivo; esa noche lo necesitaba más que nunca.

Luego, se dirigió hasta el cuarto de él, que afortunadamente, había quedado con la puerta abierta.

Lo descubrió sobre la cama con el control remoto en una mano y la otra debajo de su cabeza. Sus largas y musculosas piernas cruzadas por el tobillo,

enfundadas en un pantalón pijama negro, de algodón, lo que le permitió disfrutarlo a plenitud.

Sus ojos viajaron a lo largo de todo su cuerpo, desde el torso desnudo hasta los grandes pies. La posición del brazo bajo su cabeza acentuaba sus fuertes músculos y de la anchura de sus hombros. Todo eso solo la hizo ser más consciente de lo bello que era.

Cuando sus miradas se encontraron, ella sintió un leve temblor recorrer su cuerpo. Intentó hablar con tono casual y distraído mientras se subía a la cama, junto a él.

—¿Qué estás viendo?

—Fútbol, hoy juega Ravena FC.

—Hmmm, interesante.

—En tu cuarto hay un televisor —replicó con ironía.

—No quiero estar sola —murmuró con la cara un poco sonrojada.

Cícero puso el televisor en silencio y giró con lentitud su cuello para confirmar que había sido ella la que acababa de decir esas cuatro palabras. Vio cómo las mejillas de Giovanna se ruborizaban. Retiró el brazo que sostenía su cabeza y le perfiló el borde del rostro con el dorso de la mano. Sus ojos recorrieron cada centímetro de su cara ovalada, de piel aterciopelada y con algunas pecas, de labios gruesos y nariz recta.

—¿Quieres tomar algo para dormir?

—Aún no me drogo, gracias.

—No seas tonta, toma algo para que te relajés, así podrás dormir mejor.

—No, prefiero recordar todo lo que me hagas.

—Gio —reclamó, molesto; odiaba sus bromas—, creí que habías olvidado lo que pasó entre nosotros.

—El que lo olvidó fuiste tú.

—Duérmete.

—De acuerdo, pero no vengas a abrazarme —dijo con un mohín.

Se volteó, dándole la espalda; agarró las mantas y se cubrió.

—Ni en tus sueños —refutó él, en voz baja, mientras estiraba la mano sobre la cabecera de su cama para apagar las luces del cuarto.

Giovanna cerró los ojos y se dejó llevar por la embriaguez del sueño.

Era difícil verlo en la oscuridad de la habitación, pero su olor era inconfundible. Antes de que Giovanna lo vislumbrara, él ya sabía todo lo que iba a suceder, todo sobre ella y sobre el amor que sentía. Miró inerte el cuerpo que se aproximaba a ella, todo era claro y confuso a la vez; desde una aparente inmovilidad, que era como un futuro oculto y agazapado.

Intentó levantarse cuando él le cortó el movimiento y le sujetó con fuerza ambas manos sobre su cabeza. El grito de terror y reproche quedó ahogado en su garganta, volvió la cabeza a un lado para que no la besara, odiaba sus besos y cuando le susurraba al oído cuánto la amaba. No la sorprendió que comenzara a tocarla mientras la veía directo a los ojos.

Sus pies buscaron un punto de apoyo sobre la cama, sin conseguir grandes resultados, ya que los fuertes brazos de él, la apretaban contra el colchón.

—Dime que me amas —murmuró en su cuello.

—¡Suéltame, por favor! —suplicó ella con el pánico recorriendo todo su cuerpo.

—¡Dímelo! —exigió él, colérico, sintiendo el desprecio de la mujer. Sus ojos azules eran como fosas de oscuridad, mucho más profundos y vacíos que la crueldad misma.

—Te quiero —tartamudeó con la cara llena de lágrimas. Su mente infantil no entendía qué había hecho para provocar en él deseos carnales.

—Yo te amo —aseguró y esbozó una sonrisa placentera al escuchar que ella lo quería. Nunca quiso hacerle daño, solo pedía lo que él consideraba

suyo. Y ella era suya.

Una mala decisión, guiada por un deseo prohibido, un deseo de que ellos duraran para siempre, que ella dejara de resistirse y que comprendiera la imposibilidad de alejarse de él.

Soltó sus manos para comenzar a desvestirla, momento que ella aprovechó para convulsionar histéricamente con golpes y sacudidas, expresándole el horror y la repulsión que sentía cada vez que la atacaba. Por más que intentaba zafarse, más fuerte la apretaba él.

Miles de súplicas brotaban de su boca, calladas por feroces besos, llenos de lujuria y pasión. Giovanna sentía que, de nuevo, el mundo se le venía encima y estaba sola, tan sola, que él podía disfrutarla cuántas veces quisiera.

El olor a sudor y sexo les invadió los sentidos. Sus manos hundiéndose en su piel suave y tierna para sujetarla, y su boca succionándole los pequeños senos la agobiaban. Sintió el recorrido de la mano entre sus cuerpos y el corazón se le desbocó como fiera herida.

¿Cómo no luchar por su libertad?

¿Cómo resignarse a que la obligue?

Las náuseas llegaron a su boca y se contrajo en torno a él, para impedirle su ingreso. Cuando intentó detenerlo, una fuerte embestida la arrastró a los infiernos. Clamó de dolor, un dolor que le destrozaba el alma en mil pedazos. Era el inicio de la tortura.

Una vez más.

CAPÍTULO 16

Giovanna despertó sobresaltada, sudando, gritando y dando golpes en el aire. Se encontraba aún entre la realidad y la pesadilla. Cuando estas volvían, a sus sueños, era como revivir cada palabra, cada gesto, cada caricia de él. Y la tortura continuaba.

Cícero despertó entre patadas y arañazos. Se acercó a ella, la sujetó con fuerza y la tumbó en la cama. Comenzó a hablarle bajito al oído con voz tierna y suave, procurando calmarla.

—Despierta, Gio. Estás conmigo... Mírame. —Le susurraba, cogiéndola entre sus brazos.

—¡No, no! —balbuceó entre lágrimas.

Él nunca había presenciado una escena así, de hecho, pensaba que la joven ya lo tenía superado. Se sintió aterrado por Giovanna y por él, al sentirse inútil, sin saber cómo ayudarla. Jamás se imaginó la profundidad de su herida, la gran tensión psicológica que sufría cuando recordaba lo vivido.

No le pasó desapercibida su palidez.

«Maldito estúpido. ¿Cómo no pudiste ver lo difícil que era para ella?», pensó.

Comenzó a acariciarle la espalda de arriba abajo y en círculos. Le besó el cabello con afecto mientras intentaba despertarla. Parecía tan sola y destrozada, que no pudo mantenerse inerte. Comprendía que, después de tanto tiempo, seguía sin superarlo. Y ahora que sospechaba de la presencia de ese inhumano, estaba alterada y asustada. Todo aquello la había destrozado.

—¿Volviste a mi mundo o sigues perdida en el tuyo? —bromeó un poco para relajarla. La tensión en el ambiente los afectó a los dos.

Giovanna reventó en llanto, se abrazó con firmeza a él y se permitió vaciar toda la angustia, toda la desesperación que vivía cada vez que sus recuerdos y alucinaciones llegaban como tsunamis a su mente. Se aferró a sus brazos, como si fueran su tabla de salvación. Lloró y lloró hasta que no quedó más, ni una gota de lágrima por derramar.

—Shh, shh... No llores, no estás sola —murmuró varias veces para calmarla—. Yo te cuido —aseguró, intentando llenarla de confianza y seguridad.

—¿Qué hice para merecer esto? —Se cuestionó.

Cuando ella se volvió para mirarlo con sus ojos verdes nublados y bordeados de rojo por el llanto, él no pudo evitar sentirse afectado.

Sintió una gran lástima por ella.

—Nada, Gio. Eras apenas una niña, ¡por Dios!

—¿Por qué a mí? —Quiso saber.

Esa era la eterna pregunta sin respuesta. La doctora Brina le insistía en que dejara de buscar motivos o excusas para comprender lo sucedido. Simplemente, ocurrió; solo le quedaba aceptarlo y superarlo.

—No lo sé..., cuando lo tuve cerca, no pensé en preguntarle eso.

—Siempre te estaré agradecida por partirme la cara —dijo, sorbiendo por la nariz.

—Se lo merecía.

—Aun así, era tu mejor amigo.

—Tú también eras mi amiga —exclamó y se inclinó un poco para besarle de nuevo el cabello.

—¿Siempre lo supiste? —Bajó la cara, avergonzada—. Nunca antes hemos hablado de ello.

—Me engañó, siempre me decía que su noviazgo había ocurrido porque ambos se querían, a pesar de ser él, el ahijado de tu padre, además de que

todo lo que sucedía entre ustedes era consensuado.

—¿Consensuado?! —gritó, histérica y llena de rabia—. ¿Y le creíste? — Se sacudió de entre sus brazos, incorporándose un poco, y colocó la palma de la mano en su pecho, para distanciarlo de su cuerpo. Necesitaba verlo a la cara.

—Bueno... ustedes siempre estaban juntos, era tu sombra. No lo sé... Sí, le creí. Lo siento.

En ese momento, él se cuestionó con dureza el no ver las señales que Giovanna enviaba.

¿Cómo pudo ser tan ciego?

¿Por qué nunca se lo preguntó?

Las respuestas llegaron a su cabeza como disparos al corazón, contundentes y certeros. Su mundo giraba en torno a otra persona, a una mujer de ojos verdes, cabellos castaños y hermosa. La había conocido durante su último verano en Venecia, y que nunca pudo lograr que lo amara tanto como él a ella.

Porque así había sido y era la vida amorosa de Cícero, un completo desastre.

—Nunca nadie se dio cuenta, ni tú ni Abi, ni mis padres... —censuró con la voz ronca.

—Hasta que te lastimó el rostro —protestó y la presionó contra su cuerpo.

—Sí, nunca olvidaré ese día, Cícero —suspiró, subió la mirada al techo y comenzó a recordar la escena—. Por fin tuve el favor de enfrentarlo. Él jamás se esperó esa reacción mía, todo fue tan rápido. Solo recuerdo el golpe sobre mi cara y, próximo a eso, todo se oscureció.

—¡No digas más!, que me dan ganas de salir a buscarlo y darle otra paliza —dijo él, en voz baja y con ligero atisbo de amenaza.

—Ya no tiene diecisiete años. —Le hizo saber.

—Yo tampoco.

Giovanna, encerrada en sus brazos, levantó la cara y buscó sus ojos. Cuando sus miradas se encontraron, ella confirmó lo que él significaba en su vida. Su gran amor.

—¿Me das un beso?

Él dejó escapar un suspiro.

—No, Gio. No creo que esté bien.

Su honestidad le hacía daño y, aunque él tenía razón, ella lo necesitaba en ese momento, como nunca antes.

—No me rechaces, no esta noche, por favor.

—Gio, detente. No quiero hacerte daño, hoy estás muy sensible.

—Necesito sentir tus manos por todo mi cuerpo, solo así podré olvidar las de él. Volví a reconocer mi cuerpo cuando estuve contigo, hace muchos años.

—Éramos unos muchachos.

—Aunque tú estabas ebrio, yo no. Y sí, lo reconozco, me aproveché de ti. Sé que no lo recuerdas, pero me hiciste sentir amada, deseada, femenina, limpia... Gracias a esa noche, comencé a valorarme y retomé mi camino.

La mente de Cícero se debatía en un mar de contradicciones. No quería hacerle daño ni ilusionarla con un imposible, pero veía como una crueldad despreciarla en ese momento; sabía que no era la ocasión de ser sincero.

—Solo esta noche, yo no...

Ella tomó su boca como un sediento toma agua en medio del desierto, desesperada, anhelante, dichosa.

Repartió pequeños besos por el contorno de su mandíbula, mientras él permanecía quieto y se dejaba hacer. Ella adoraba la textura de su barba recortada y lo que su piel sentía cuando la rozaba; era una sensación que, por más tiempo que pasara, nunca podría olvidar.

Giovanna se incorporó.

—Cícero, quiero que me beses a mí, que esta noche sea nuestra, que me

sientas y pienses en mí, no en ella.

Como si una daga de hierro ardiente traspasara su garganta, así sintió él las palabras de Giovanna. Con brusquedad, la alejó de su cuerpo, tomó su cara entre sus manos y la interrogó.

—¿Qué has dicho?, ¿de qué hablas? —preguntó con el alma en la boca. No podía creer lo que sus oídos escuchaban, se había cuidado de ser discreto y ocultar su relación con Valentina. ¿Cómo era posible?

—Lo sé, punto —confirmó con la mirada baja. Se sentía una intrusa, sabía que era su mayor secreto y, ponerlo en evidencia, podría ser devastador para su relación.

—Tú no sabes nada —aseguró y murmuró una maldición.

Se estremeció ante los reproches de él. Levantó la mirada y vio la decepción en sus ojos. Sufría por la verdad, una verdad ya dicha.

—No me importa, todos tenemos nuestros secretos y demonios.

—Ella no es un demonio —afirmó él, más calmado; necesitaba convencerla de que todo era falso, que borrara de su memoria lo que sabía.

—Olvídate de ella por esta noche, Cícero. Entrégate a mí por completo. Olvídala... por mí. —Se esforzó por controlar el nerviosismo de su voz, que traicionaba su aparente seguridad.

Los ojos azules aguamarina de Cícero centellearon de excitación, y su rostro reflejó la promesa de una entrega absoluta.

Giovanna pudo ver en su mirada la intensidad del deseo, la lujuria y la necesidad de desbordar todo ese sentimiento que represaba en su alma. Quizá no para ella, pero estaba allí y era el momento de expulsarlo.

¿Y por qué no podía ella aprovecharlo y entregarle lo mismo?

Si lo miraba desde una perspectiva amplia, la situación era hasta ridícula.

Ella lo amaba, cuando estaba segura de que él amaba a Valentina. Y lo peor

de toda esta tórrida historia era que Valentina solo se amaba a ella misma.

Pero lo que Cícero no sabía era que Giovanna estaba dispuesta a todo por él. Al fin de cuentas, formaba parte de su naturaleza, había nacido bajo el signo de Escorpio, y según el calendario chino, en el año de la serpiente. Teniendo como elementos el agua, correspondiente a Escorpio, y el fuego, proporcionado por la serpiente.

Su personalidad era como un río caudaloso que se mezclaba muy bien con el poder y el brillo del fuego, generándole la fuerza y una valentía que no dudaba en jugárselo todo por lo que sintiese y deseaba.

En cambio, Cícero, como buen pisciano, conocía su debilidad; nacido en el año del conejo, era sensible, fiel y preocupado. Pero era reacio a los cambios y a lo nuevo. Se conocía, sabía que tenía una gran necesidad de afecto, y lo menos que deseaba aquella noche era involucrarse con Giovanna.

Sin embargo, minuto a minuto, lo que había comenzado como un simple consuelo hacía ella, se convertía en una poderosa atracción. Bajó la cabeza poco a poco, centímetro a centímetro, permitiéndose detallarla en todo su esplendor. A ella, el corazón se le paró por un instante.

Un beso, el primer contacto más tierno e íntimo que un hombre y una mujer pueden darse. A ella le produjo un escalofrío que le recorrió todo su sistema. Recordó lo suaves y divinos que eran sus labios solo al instante de tenerlos pegados a su boca. Por fin volvían a ser suyos.

Sus alientos se fusionaron con el aire caliente, húmedo y espeso de la noche. Lo que inició como un beso casto, se transformó con rapidez en un indómito y desbocado arrebató, lleno de ansia, intrépido e inmoral.

Su boca se movía sobre la de ella con poder. La boca de Giovanna se abrió, dándole acceso total, y Cícero deslizó su lengua hasta lo más profundo.

La chica respondió y sus lenguas se acoplaron para dar riendas sueltas a todo lo que deseaban.

¡Y cómo negarlo!

Ella se disolvió entre sus brazos, jadeó al sentir sus pechos y caderas amoldándose como si fueran uno solo, se estremeció al sentirse plena y segura entre sus brazos. Él abandonó su boca y bajó la cabeza para acariciar y besar su cuello, probó el sabor dulce de su piel y la descubrió febril.

Las manos de Cícero viajaron por todo su cuerpo, reconociendo, por primera vez, sus curvas. La ayudó con torpeza a quitarse el camisón de seda, bajando los dedos hasta el final de la prenda y, con un rápido movimiento, se lo quitó por la cabeza, antes de desprenderse rápidamente de su pantalón.

Se ubicó junto a ella, acostándose sobre un costado para detallarla.

Con el semblante encendido de lujuria, Giovanna lo miró con timidez a los ojos. Quizá, en la cama fuera atrevida y perversa con otros hombres, pero con Cícero, todo era distinto. Él era único, el dueño de su corazón, y eso marcaba una amplia diferencia en su desempeño.

El corazón de Cícero latía con fuerza, acarició con su cara la unión de sus pechos, absorbiendo su agradable olor floral. Deslizó su lengua por uno de los redondeados senos, hasta que su boca encontró el pezón; lamió su punta, lo chupó casi entero y lo mordisqueó con suavidad un par de veces.

Giovanna, en respuesta, arqueó la espalda y dejó escapar un gimoteo. Mientras él, que con una de sus manos tenía prisionero su otro pezón, lo liberó y empezó a descenderla con lentitud, hasta su vientre.

Queriendo excitarla más, bajó la mano por dentro de sus piernas, sorprendiéndose al encontrarla muy húmeda.

Todo el cuerpo de Cícero era duro e increíblemente masculino, como si fuera tallado en acero. Un calor emergía entre ambos, dejándola con un nudo grueso en el fondo del pecho y deseando más de él.

Ella necesitaba verlo, guardar en su mente cada parte de su cuerpo. Comenzó a rozar con las manos sus brazos rígidos y atléticos, su pecho cálido

y ancho como un bloque. Con las uñas recorrió los músculos de su abdomen y la forma en V que formaba su vientre. Se emocionó cuando lo sintió agitarse. Él, al igual que ella, cedía ante el deseo.

La cabeza de Giovanna se inclinó hacia atrás, con los ojos entrecerrados y la boca abierta, entregándose al placer de sus caricias. Cícero se levantó para cubrir con su cuerpo el de ella, en toda su extensión; dejó las manos apoyadas a cada lado de su cara mientras ubicaba la punta del pene erguido entre los pliegues internos de Giovanna.

La penetró poco a poco, gozando cada centímetro de su fervor, de su viscosidad y de su entrega.

Y en ese exacto segundo, todo se paralizó. El tiempo, los sonidos, su pasado, los demonios, todo se desvaneció. En ese instante no existía nada más que ellos dos, entregándose y aceptándose en cuerpo y alma, como nunca antes había ocurrido.

Porque, ¿qué podía pasar cuando dos almas solitarias se encontraban y descubrían que podían amarse?

¿Fingir?

¿Aceptarlo?

¿Rendirse?

O simplemente, creer que era cuestión de piel, de química; nada más.

Giovanna estaba consciente de que era mucho más que atracción física lo que hacía que ella se entregara a él con tanta libertad, que dejara que él tomara el control de su cuerpo y emociones sin ningún tipo de limitantes.

Con él podía lanzarse al abismo de sus demonios y, aun así, sentirse en paz, protegida. En ese momento, envuelta entre sus brazos, en vez de sentirse indefensa y cautiva, se sentía la mujer más poderosa y atractiva. Sentía que nada malo podría ocurrir.

Así, cubierta por el cuerpo, el calor y la esencia del hombre que amaba,

comprendió que sus heridas, esas que habían gobernado su vida a su antojo desde hacía muchos años, en realidad no eran insuperables.

CAPÍTULO 17

Desde un sueño profundo el despertador lo halaba con fuerzas. A penas llevaba un par de horas durmiendo. La promesa de tener sexo sola una vez la había incumplido.

—Debo ir a la oficina. —Se lamentó con los ojos aún cerrados y con pocas ganas de levantarse, mientras la mujer se liberaba de sus brazos—. Debo pedir algunos días de vacaciones. Te llamaré más tarde, espérame aquí.

Cícero se movió entre las sábanas y se despegó del cuerpo desnudo de Giovanna. Se sentó, comenzó a estirar los brazos y a graznar con la garganta.

—¿Por qué haces ese ruido?, ¿qué te pasa?

—Nada, no me pasa nada.

—No es normal.

—Son mis alergias.

—Alergias, ¿de qué?

—No pienso darte una detallada lista porque son varias. Casi todas las mañanas, al despertar, siento una irritación o como si tuviera flema en la garganta.

—¡Qué asco!

—No veo por qué debería darte asco, ni que lo echara sobre ti.

—Pero, ¿por qué no vas al médico?

—Ya te lo expliqué, son mis alergias. Ahora, no me demores con tus preguntas absurdas, que debo ir al trabajo.

—Yo también tengo que ir al mío. Lo mínimo que debo hacer es dar una explicación y entregar mi carta de renuncia —susurró con melancolía—. Quiero salir por la puerta grande y agradecerles por la oportunidad que me

brindaron. —Se levantó y salió de la cama—. ¿Por qué destruye todo lo que quiero? No importa cuántos años pasen, él seguirá tras mi sombra —afirmó, ingresando al baño.

—Gio, escucha lo que dices. Eres tú quien destruye tu vida, no él. Solo tú le permites tener poder sobre ti —remarcó—. No te vayas. Quédate y enfréntalo.

—Estás loco, ¿verdad? —exclamó y se inclinó para abrir la ducha.

Cícero ingresó al baño.

—No te buscará mientras estés conmigo —argumentó y comenzó a lavarse los dientes. Ignorando por completo su cuerpo desnudo a pocos pasos de él.

—¡No puedes protegerme siempre! —expresó con tristeza—. Es más fuerte que yo, Cícero. Lo que mi cuerpo siente no lo puedo explicar, solo sé que quiero estar lo más lejos posible de él.

El hombre terminó lo que estaba haciendo y se plantó frente a ella.

—Solo te pido que, por hoy, no vayas al trabajo. Mejor duermes un poco y luego intenta hablar con Abi —propuso, mirándola a los ojos—. Y así, con la mente más clara, decides qué hacer con el trabajo. ¿Te parece?

—No pienso quedarme todo el día encerrada —refutó, pero al ver cómo él blanqueaba los ojos, lo reconsideró—. Aunque tienes razón, creo que debería descansar un par de horas. Lo que sí haré es pedir una cita para esta tarde con la doctora Brina.

—¿La doctora Brina? —indagó, extrañado.

—Mi psiquiatra.

—Si llegas a concertar la cita, me avisas para llevarte.

—No quiero ser una carga, sé que tienes muchos compromisos.

—Tranquila, desde que Abrianna me llamó, tuve claro que debo ser tu chofer, además de tu niñoero. —Después de soltar aquellas palabras, se dio cuenta de que había sonado como un reclamo, pero ya estaba dicho y punto.

No tenía intención de suavizar nada entre ellos. La verdad era que despertar junto a Giovanna lo había aturdido más de lo que esperaba.

Sin olvidar que era la primera vez en su vida que compartía su casa con una mujer. Y él odiaba los cambios drásticos.

A Giovanna le quedó claro con la declaración de él, que se sentía comprometido por Abrianna. Que todo lo que estaba haciendo era porque ella se lo había pedido, nada más.

Poco a poco iba conociéndolo.

—No me gusta tener chofer, menos un niñoero. Es más sexi un guardaespaldas. —Intentaba cambiar un poco el humor de ambos.

—Termina de ducharte, que debo irme —refunfuñó, saliendo del baño.

Giovanna salió de la ducha y cubrió su cuerpo con una bata de paño. Se sorprendió frente al espejo cuando observó unas oscuras ojeras alrededor de sus ojos. Odiaba verse demacrada, débil, como si estuviese enferma; pero estaba segura de que con un poco de descanso y luego de aplicarse algo de maquillaje volvería a lucir normal.

—Voy a usar tu cepillo de dientes.

—¡No! —Se negó Cícero, quien entraba al cuarto con una taza de café en la mano—. Tengo nuevos. Espera y lo busco.

—¡Tarde! —La oyó decir.

—¡Mierda! —insultó entre dientes.

En cuanto Cícero abandonó el apartamento, Giovanna llamó a su jefe.

—¿Crees que mañana te sentirás mejor? —Le preguntó Ricci, preocupado.

—No te preocupes, es solo un malestar estomacal. —Mintió y eso la hizo sentir verdaderamente mal.

—No te automediques, ¿entendido? Mejor ve al médico para que te indique el tratamiento adecuado.

—Sí, eso haré justo después de hablar contigo.

Se despidieron después de unos minutos. La pesadumbre causada por las mentiras que le había dicho a Ricci la dejó triste. Marcó el número de Brina, y mientras esperaba, caminó hasta la cocina y se sirvió un poco de agua.

—Hola, Amber, soy Giovanna. Necesito comunicarme con Brina —dijo, apenas la secretaria contestó el teléfono.

Giovanna esperó ansiosa hasta escuchar la voz pausada de su doctora.

—Hola, Gio, ¿a qué debo tu llamada? ¿Todo bien?

—Hola..., quisiera verte hoy, ¿será posible?

—Dame un minuto...

Giovanna aguardó en silencio, pidiendo a los cielos que no tuviera la agenda llena.

—Tengo pacientes hasta las cuatro, luego debo atender un compromiso fuera de aquí..., pero puedo cancelarlo. Por tu tono, presiento que es necesario que nos veamos hoy, sí o sí. ¿O me equivoco? —preguntó, sin pausa.

—No, no te equivocas.

—Entonces, te espero a las cuatro.

Tenía poco tiempo para desayunar, antes de que la pastilla comenzara a hacerle efecto, por lo que decidió prepararse un bocadillo sencillo con un vaso de jugo. Descartó el café, a pesar de que el olor la tenía vuelta loca, porque la cafeína contrarrestaría el sedante que había tomado.

Giovanna durmió profundamente por cinco horas, lo cual le sucedía cada vez que recurría a los somníferos. Era algo que evitaba hacer, para no caer en la dependencia. Al despertar, revisó su móvil y contestó los mensajes de su amiga Andrea; ignoró los de su madre y leyó varias veces los de Cícero:

11:15 a.m.

- Cuando despiertes me llamas, quiero saber de ti.

11:30 a.m.

- ¿Estás viva?

01:10 p.m.

- Bueno mujer, ¿por qué duermes tanto? Envíame un mensaje.

01:25 p.m.

- No olvides comer algo.

Le gustó saber que, a pesar de ser un incordio en su vida, se preocupaba por ella. Decidió no responderle, dejarlo en «visto», quizá era lo mejor. En cambio, llamó un par de veces a Abrianna, tenía la imperiosa necesidad de saber en qué estaban los trámites de su traslado a la India. Pero al tercer intento, desistió, miró la hora en la pantalla del móvil y supuso que estaba dando clases.

«*Volveré a intentarlo esta noche*». Hizo nota mental y comenzó a vestirse. En dos horas debía estar en el consultorio de su psiquiatra.

—¿Cuántos de tus pacientes logran salir del ciclo de recuperación? — preguntó Giovanna.

—Tengo un porcentaje muy alto, aunque hay quienes deciden nunca recuperarse —contestó la doctora.

—¿Por qué crees que es decisión de la persona y no son los hechos quienes tienen el poder?

—Hoy, en cuanto te vi entrar, me recordaste a aquella adolescente que llegó por primera vez hace años, atrapada en el síndrome del trauma de la violación, dejando a un lado el aspecto sentimental para, simplemente, enfocarte en la supervivencia.

—Sí, lo sé. En cuanto me enteré de que Doménico estaba en la ciudad entré en pánico, luego, mi mente quiso negarlo. —Hizo una larga pausa y añadió con un hilo de voz—: No sé si me entiendes.

—Claro que lo entiendo, de hecho, forma parte del ciclo de recuperación —afirmó, mirándola a los ojos, y comenzó a enumerar cada etapa—: conmoción, negación de lo ocurrido, depresión, cambios repentinos de ánimo, cólera y, por último, y lo más difícil de conseguir es aceptar el hecho de que tu vida ha cambiado para siempre, pero que debes seguir adelante.

—La teoría suena perfecta, pero la realidad de quienes lo vivimos es completamente diferente.

—Estoy de acuerdo, pero te confieso que me siento bastante desilusionada al ver cómo el regreso de tu agresor ha destrozado todo lo que pensé y creí que teníamos consolidado.

—Quizá sea porque me negaba a esa realidad.

—¿A su regreso?

—Sí.

—Giovanna, cuando un adolescente sufre un ataque sexual, su vida puede transcurrir en tres etapas; la primera: va desde el momento de la agresión hasta las cuatro semanas, tiempo que tú viviste sin ayuda profesional. —Hizo la acotación—. La segunda y, para mí, la más compleja: ese primer año, cuando se suelen presentar fuertes depresiones, bajo nivel de autoestima, cambios drásticos de humor, hasta pensar en el suicidio. —La doctora se inclinó hacia la joven y le tomó las manos—. Pero aquella niña que conocí, a pesar de estar destrozada tenía, un espíritu poderoso. ¿Recuerdas lo que me expresaste cuando te pregunté sobre el suicidio?

—Sí.

—Aquellas palabras nunca las olvidaré: «*Le permití tomar mi cuerpo, pero jamás mi vida*». —La citó—. Ahora, te preguntó, ¿dónde está esa niña

valiente, que no dejó que aquel monstruo le robara la vida?

—Aterrada —explotó con rabia—. Juré ser fuerte, le prometí a Abrianna y a su padre que lograría salir de esta pesadilla, pero no puedo. No soy valiente. —Comenzó a llorar—. Y ahora, ellos no están en mi vida para protegerme.

La doctora soltó el aire que había estado aguantando, se acercó un poco más y le habló al oído:

—Eres muy valiente, no sabes cuánto, pero es necesario que reconozcas tu flanco débil.

—¿Cuál?

—Que no confías en ti lo suficiente, Gio. Debes ser como el ave fénix que te tatuaste en la espalda. Y para conseguirlo, lo primero que debes hacer es dejar de aparentar que eres una chiquilla caprichosa, que mantiene relaciones sexuales con todo aquel que le provoca, porque esa no eres tú. No es la verdadera Giovanna.

—No soy una chiquilla caprichosa, y estoy con esos hombres por placer.

—No —replicó con un tono de voz severo—, estás con esos hombres por venganza.

—No, no es así.

—Sí, sí lo es. —La enfrentó—, porque a ninguno le has dado la oportunidad de verte como una mujer que puede ser amada, sino, solo como un cuerpo con el cual pueden obtener placer.

—Sabes perfectamente que no es así. Solo evito el amor, por eso mantengo los sentimientos fuera de la cama.

—Todas esas cosas que haces tienen dos objetivos: vengarte de los hombres y mutilar tu corazón. Porque crees que no eres digna de ser amada, por el simple hecho de sentirte incompleta, vacía, destruida. Y al final, lo único que logras es darle poder a él.

—Claro que no.

—Por supuesto que sí, mira cómo ha destrozado tu vida con solo llegar a la ciudad.

—Estoy enfadada —gritó, furiosa, con la cara enrojecida y las mejillas empapadas de lágrimas—. No merecía lo que me ocurrió..., no lo merecía. Y todo me hace sentir sola, culpable por perder la fuerza de luchar, y desgraciada por no poder estar sola mientras él está cerca. Odio, odio con todas mis fuerzas sentirme tan vulnerable, tener miedo de todo y de todos los que me rodean.

—Gio, el hombre es un ser social por naturaleza; desde que nacemos, debemos aprender a vivir en comunidad y aceptar que necesitamos de los otros para sobrevivir. Así que me sorprende es esa rabia que sientes por tener que recibir ayuda.

—Debes saber por qué.

—No, explícate. —Se movió con inquietud en su silla y volvió a tomar su cuaderno de notas.

—Hace años que creí haber superado esto que llamas «ciclo de recuperación», porque aprendí a vivir sola y logré rehacer mi vida. Me gradué, conseguí trabajo, regresé a mi ciudad y me establecí, convencida de que todo estaba superado.

—Pero esa no es tu realidad.

—No, era una vida fingida.

La doctora Brina asintió ante aquella declaración.

—Y entonces, ¿qué harás ahora que ya tienes claro todo? Porque quiero que sepas que tú eres la única con el poder de cambiarlo.

—No te voy a mentir, me siento atrapada entre lo que debo hacer y lo que realmente deseo.

—Me gustaría oír tus dos opciones.

—¿Puedo encender un cigarrillo? —pidió Giovanna, al sentir que no podía

controlar más la ansiedad.

—No, aquí no. Y sabes muy bien que deberías dejar de fumar.

—Lo he intentado varias veces, pero al final, recaigo.

—En otro momento hablaremos de ese vicio, ahora retomemos nuestro tema. Cuéntame, ¿cuáles son esas opciones?

—Deseo huir, dejar todo atrás y encontrar un hueco donde pueda esconderme y estar segura de que nunca me encontrará. —Inspiró hondo y bajó la vista al suelo—. Pero hay otra parte de mí, quizá sea esa niña valiente que recuerda, la que sigue ahí, dentro de mí, gritándome que lo enfrente, que no huya, que ya soy grande y fuerte como para poder quitármelo de encima — tartamudeó las últimas palabras hasta que el llanto la calló.

—Claro que esa niña sigue ahí, solo debes dejarla salir y así poder enfrentarte, no a Doménico, físicamente, sino a su fantasma. A ese recuerdo recurrente de él, que lo único que te genera es represión, aislamiento, pánico. Y todo eso es tóxico.

—Lo sé, porque eso es lo que siento.

—Entonces, no le des más poder. Canaliza tus fuerzas en ti, en tu día a día, en las cosas nuevas que te dan felicidad y satisfacción.

—Como el periódico.

Brina abrió mucho los ojos y sonrió, satisfecha de ver que comprendía su punto.

—Exacto, como tu nuevo trabajo, y todo lo que haces por la comunidad con cada noticia que publicas. En eso debes centrarte.

—Gracias por no abandonarme. —Giovanna sonrió y se encogió de hombros, porque, una vez más, la doctora volvía a tener razón.

—¡Jamás! Cada uno de mis pacientes son el motor de mi vida, y nunca descansaré hasta verte recuperada y feliz. Créeme, jamás te abandonaré, estaré a tu lado siempre que me necesites, incluso, si es como amiga, no como

doctora.

CAPITULO 18

Al salir del consultorio, revisó el móvil y resopló al descubrir cinco llamadas de Cícero, por lo que decidió llamarlo.

—Hola.

—¿¿Dónde coño estás?! —gritó—. Te he llamado un montón de veces.

—Deja de gritarme, Neandertal, que no estoy de humor para aguantarme tus patanerías. ¿Dónde más voy a estar? En el consultorio de Brina.

—¿Cómo ha ido? —preguntó, calmándose, como si minutos atrás no hubiese estado molesto.

—Bien. —Se limitó a decir—. Ya salí, así que me voy a casa.

—No —soltó de golpe—. Espérame ahí, voy por ti.

—No es necesario, gracias. Puedo tomar un taxi.

—Deja de comportarte como una niñita insufrible. Te dije, esta mañana, que iría por ti. Además, estaba pensando en pasar un momento por tu casa, para que busques un poco más de ropa; luego podemos ir por tu auto.

—Ah, pues sí, es buena idea. Necesito mi auto.

—Lo dejaste en casa de tus padres, ¿cierto?

—Sí.

—Bien, envíame la dirección, voy para allá.

Obsesivo y temperamental, golpeando con el puño derecho el escritorio del jefe de campaña de su padre, Doménico Palmieri, se incorporó de su silla y miró a la cara al pobre empleado, que sudaba, nervioso.

—No me pueden obligar a ir con ellos a todas partes. ¡¿Qué carajos se creen que soy?, ¿su títere?!

—Doménico, tu padre te mandó a traer porque necesita mostrar una imagen familiar perfecta, y para eso debes estar junto a él en cada discurso.

—Me sabe a mierda su carrera política, no seré su juguete.

—Entonces, debes hablarlo con él, directamente. Puede que lo convenzas; de ser así, tendrás que regresar a California.

—Ni lo sueñes —bramó y salió de la oficina.

Por haber tenido que acompañar a sus padres fuera de la ciudad, no pudo seguir a Giovanna. Le habría gustado saber qué hacía, a dónde había ido, si volvía a comer con aquella pelirroja. Pero quizá, lo que realmente lo tenía loco, era saber por qué había estado con Cícero Liotta.

Recordó el aspecto que tenía cuando salió de su casa, con los cabellos ondulados y de un color rubio cobrizo, la piel blanca llena de pequeñas pecas marrones y esos hermosos ojos verdes que lo volvían loco. Su chica era absolutamente perfecta.

Pensó que, además de las flores, debía enviarle otro regalo, algo que la hiciera recordar el tiempo que pasaron juntos. Pero, de pronto, frenó sus locas ideas. Giovanna aún no estaba preparada para saber de su regreso, primero debía buscar la manera de hablar con ella. Tenían que conversar de tantas cosas importantes que, con solo pensar en ello, le dolía la cabeza.

Cerró los ojos e inspiró profundo, buscando tranquilizar esa fiera que tenía dentro, porque ahora todo iba a ser diferente entre ellos. Su prioridad era liberar a su chica de los recuerdos del pasado.

No volvería a cometer los mismos errores, esta vez, la conquistaría y la amaría por el resto de su vida. Porque sin ella, su vida no tenía ningún sentido.

Cícero, al recibir la dirección, apagó de inmediato el computador y se despidió de su secretaria, Tina. En pocos minutos estuvo frente al consultorio. Estacionó junto a la calle y se encaminó hacia el primer piso del edificio. Entró y muy cerca distinguió a Giovanna, conversando con otra mujer.

—Buenas tardes —saludó con una leve sonrisa.

Giovanna, de espalda, escuchó aquella voz gruesa, varonil y arrogante, y cerró los ojos al ser consciente de que en la próxima consulta, Brina la bombardearía con preguntas sobre Cícero.

—Hola —susurró Giovanna.

—¿Llegué muy tarde?

—¿Y tú eres...? —Brina preguntó con una sonrisa en la cara, y dejó la pregunta suspendida en el aire mientras miraba a la joven. Ella sospechaba que aquel hombre era el famoso Cícero, de quien Giovanna sentía tanto afecto.

—Cícero Liotta. —Extendió el brazo para presentarse con cortesía y un fuerte apretón de mano.

—Hola, Cícero. Qué gusto me da conocerte. Soy la doctora Brina, la psiquiatra de Giovanna. —Le encantó al fin poder ponerle un rostro al joven que tanto mencionaba Giovanna.

—El placer es mío, doctora.

—No quiero quitarte más tiempo, gracias por quedarte conmigo este rato. —Giovanna se despidió con premura, evitando cualquier conversación entre Cícero y su psiquiatra. Conocía a Brina y sabía que no restaba mucho para que sometiera a Cícero a un interrogatorio.

—No hay problema. Recuerda, tenemos cita la próxima semana.

Giovanna asintió, le dedicó una sonrisa sincera y tomó el brazo de Cícero, mientras salían del consultorio. Él, la observó de reojo, caminaba de prisa y evitaba mirarlo a la cara. Aun así, pudo ver que tenía los ojos enrojecidos y la

nariz un poco hinchada.

Había llorado.

—¿Por qué no contestaste mis mensajes? —Le preguntó, abriendo la puerta del auto para ella.

—Estuve ocupada.

Él la miró en cuanto ella se ubicó en su puesto, y alzó las cejas, incrédulo.

—¿Siempre eres así? —Hizo una pausa y esperó hasta que ella volteara la cara hacia él—. ¿Tan dulcita y encantadora?

Giovanna blanqueó los ojos y se encogió de hombros.

—Con hombres como tú, siempre —aseguró.

—¿Cómo yo?

—Sí, bipolar.

—No soy bipolar. ¿Por qué piensas eso? —Quiso saber, aún con la puerta del auto abierta, parado frente a ella.

—¿Cómo no! Esta mañana amaneciste de buen humor y, de la nada, comenzaste a botar espuma por la boca —exageró.

Ante tal afirmación, el hombre soltó una fuerte carcajada. Cerró la puerta y rodeó el Ferrari. En cuanto se acomodó en el asiento, prendió el motor y murmuró:

—Loca, dulce y encantadora. ¡Vaya combinación!

Giovanna abrió la boca para contratacar, pero como no supo qué decir, prefirió guardar silencio. Y así permanecieron los veinte minutos que duró el recorrido hasta la casa de la joven. La carretera ondulaba bajo un cielo teñido de tonos naranjas, el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte y la brisa fresca movía los árboles.

Cícero cruzó a la izquierda, redujo la velocidad y se detuvo junto al bordillo de la calle. Ella le pidió que la esperara dentro del auto.

—No tardaré, serán unos minutos.

—¿No quieres que te ayude a bajar el equipaje? —Le preguntó, saliendo del auto.

—No, no pienso llevar tantas cosas. Solo lo necesario para unos días.

—Bien. —Aceptó y volvió a su asiento, pero dejó la puerta abierta. Buscó una de sus canciones favoritas de U2 y subió el volumen para disfrutar la balada mientras esperaba.

Al caer la noche, Giovanna y Cícero ingresaban al estacionamiento del edificio. Él le indicó dónde aparcar y, en cuanto salieron de los autos, le entregó un dispositivo para que pudiera ingresar al garaje. Así ella podría tener la libertad de entrar y salir cuando quisiera.

Hacía menos calor que el día anterior, pero todavía lo suficiente para que Giovanna despertara con el cuerpo cubierto de sudor y, al salir de la cama, fuera directo al baño.

Cícero la encontró dentro de la ducha. El vapor, producto del agua caliente, inundaba el baño. Giovanna, de forma inconsciente, pegó al vidrio templado las nalgas y, Cícero, parado en medio del recinto, exclamó para sí una maldición. Podía ver la silueta de su cuerpo y adivinar qué parte frotaba con jabón.

Sorprendido por todo el fuego que ella despertaba en él, abrió la puerta y entró con una gran erección. Giovanna, que seguía de espaldas a él, no lo sintió llegar hasta que su cuerpo la cubrió desde atrás.

De solo sentir las manos sobre sus redondeados pechos gimió y ladeó la cabeza, para que él pudiera besar su cuello con dulzura. Cícero bajó una mano hasta el clítoris y comenzó a masajearlo con lentitud, mientras le devoraba la boca con un beso profundo.

Al poco tiempo, Giovanna quedó flácida contra la pared fría de la ducha. Él la obligó a darse la vuelta y pegó sus cuerpos. Se acercó a su oreja y le mordió el lóbulo, produciendo descargas eléctricas por toda su piel.

La penetró con violencia, mientras el agua caliente recorría sus cuerpos. Ninguno habló, ninguno quiso romper aquella escena tan erótica y perfecta. Las mejillas enrojecidas, las manos apretando la carne, los pezones erizados, los muslos de Giovanna alzados sobre los brazos de Cícero, y en el vientre, una sensación punzante por el deseo de volver a llegar al éxtasis.

Los únicos sonidos que se estrellaban contra el vidrio templado eran los jadeos ansiosos, los sollozos de placer y muchos clamores roncós y profundos, que se mezclaban con el traqueteo del agua al chocar contra el suelo.

El orgasmo les llegó al mismo tiempo y él la empujó con fuerza contra la pared, para que su pene llegara hasta lo más profundo. Giovanna lo devoró con la mirada mientras se mordía los labios para contener sus gemidos, porque comenzaba a adorar esa parte tan salvaje y pura de Cícero.

Aquel último gesto tuvo un efecto devastador en él, provocando que eyaculara dentro de ella con violencia. Las piernas le temblaron y casi cayó de rodillas.

Giovanna, al percibir sus temblores involuntarios, se removió para soltarse. Cícero, casi sin fuerzas, le permitió colocar los pies sobre el suelo; pero la amenazó al oído cuando ella intentó despegarse.

—No te atrevas a sacarme, aún no terminamos.

Giovanna no pudo ocultar la impresión que le causó aquella declaración y, sin parar de reír, le respondió con voz desafiante:

—Estoy más que preparada para todo lo que desees darme.

—¿Para todo? —Ladeó la boca con una sonrisa sarcástica.

—¿Qué parte de mí quieres ahora?

Él no contestó, solo se esforzó la siguiente hora por complacerla. Impaciente por hacerla gozar hasta dejarla sin aliento, sin fuerzas y con ganas de querer regresar a sus brazos. Aunque, lo que realmente deseaba era que ella no buscara consuelo en otro que no fuera él.

Nunca lo admitiría en voz alta, pero tenía la incontrolable necesidad de marcarla, hacerla suya; a pesar de que saberlo lo encolerizaba.

Se bañaron con urgencia y vistieron lo primero que encontraron. Cícero, desayunó solo, se preparó un sándwich con mermelada de arándanos y un café; mientras que Giovanna, como perdió tiempo maquillándose, solo pudo probar el café.

Cuando ambos estuvieron listos, salieron del apartamento. Mientras bajaban en el ascensor, Giovanna se preguntaba cómo podían tener momentos tan íntimos, y otros tan fríos y distantes.

«*Contigo nada es seguro*». Pensó ella, mirándolo.

Al llegar al estacionamiento, Giovanna le comentó con sarcasmo:

—¡Qué color de auto tan feo!

—Cállate, ignorante.

—Uff..., qué mal gusto tienen los hombres con los autos. —Giovanna no sabía por qué tenía tantas ganas de amargarle el día, pero las pullas salían de su boca sin control.

—Gio, vuelve a hablar mal de mi bebé y te irás caminando con esos tacones hasta tu trabajo.

—Ay, por favor —bufó en tono burlón—, como si no tuviera el mío aquí.

Cícero presionó el puente de su nariz, bajó la mirada al suelo y respiró profundo, intentando llenarse de paciencia.

—Acordamos que durante esta semana y mientras no sepamos con exactitud dónde está Doménico, yo te llevaría y pasaría por ti al final del día.

—Está bien, demuéstreme si esto sirve o es pura fama. —Siguió con la

mofa.

—Olvídalo, te vas caminando —sentenció y con la llave a distancia desbloqueó las puertas del auto.

Giovanna corrió lo más rápido que pudo con los altos tacones, tambaleándose; abrió la puerta del copiloto y entró de un salto, muerta de la risa, antes de que Cícero la dejara ahí, parada. Sabía que era capaz de hacerlo.

CAPITULO 19

No había resultado fácil la conversación con Ricci, mentirle con tanto descaro, cuando él se mostraba verdaderamente preocupado por su salud, pero Giovanna tuvo que hacerlo, y se odiaba por ello. Luego, llegó Andrea, y como para mantener una mentira hay que decir un montón más, no le quedó otra opción que repetir la historia.

—Espero que hoy te encuentres mejor —comentó Andrea.

—Sí, claro. No te preocupes, ya me siento bien —indicó, quitándole importancia al asunto—. Pero cuéntame, ¿alguna novedad?

—Bueno, nada relevante, pero déjame advertirte que tu admirador, ayer estuvo a punto de llamarte.

—Mi admirador, ¿quién? —preguntó, abriendo los ojos, sorprendida.

—¡Por Dios, mujer! ¿En qué mundo vives? Hablo de Giorgio.

—¡Ah, ese! ¿Y qué quería?

—No lo sé con exactitud, pero en cuanto se enteró de que te encontrabas enferma, a cada tanto se metía en la oficina del jefe, preguntándole por ti.

—Oh, ¡qué pesado!

—Ni te lo imaginas. A veces puede llegar a ser tan insoportable. —Bufó, fastidiada.

—Espero no encontrármelo hoy, porque no tengo ni humor ni paciencia.

—Ojalá que no. Oye, cambiando de tema, ¿almorzamos juntas?

—Sí, pero quizá una hora más tarde, porque tengo mucho trabajo acumulado y quiero adelantar todo lo posible.

—Genial. Entonces, nos encontramos en recepción a las tres, más o menos.

—Perfecto.

Durante la mañana, se dedicó a contestar los correos electrónicos, a leer las noticias de los sucesos relevantes e investigó sobre el caso de Victoria. Quería saber si había algún avance en el juicio.

A las cuatro y cuarto fue directo a la oficina del editor en jefe, para establecer el calendario editorial de sus publicaciones. Ricci le fijó dos días: miércoles y sábados. Pero, teniendo en cuenta que debía enviarle el borrador del contenido veinticuatro horas antes, debía tratar de ser lo más precisa y meticulosa posible.

Luego, se dedicó a conversar por teléfono con un colega, sobre los robos que habían sucedido en un par de tiendas, dentro de un centro comercial. Aquella noticia tenía revueltos los noticieros, y Ricci le asignó redactar una columna completa, para publicarla el miércoles.

Al final del día y después de enviarle el documento por correo electrónico a su jefe, Giovanna apagó el computador y organizó toda la documentación que tenía sobre su escritorio.

Estuvo tan concentrada, que olvidó enviarle un mensaje a Cícero, avisándole de su hora de salida. Cuando subió al ascensor y buscó el móvil dentro de su cartera, exclamó una maldición. Tenía cinco llamadas de su madre, un par de Abrianna y cientos de mensajes de Cícero.

- Terminé de trabajar, puedes pasar por mí cuando quieras.

Salió del edificio y una brisa fresca golpeó su piel. Ya comenzaba a oscurecer, así que decidió no alejarse mucho de la entrada. Pegó la espalda a la pared de un quiosco, mientras comenzaba a fumar un cigarrillo. No quería admitir que, en cada momento del día, aun cuando trabajaba, pensaba en lo que había sucedido entre Cícero y ella aquella mañana. Odiaba que su cuerpo, al recordar las manos de él sobre ella, se estremeciera con tanta fuerza. Lo odió

a él por hacerla sentir especial, y se odiaba a ella misma porque quizá, Cícero, actuaba así con todas, ya que, durante el tiempo que se amaron, nunca pronunció palabra alguna, como para hacerla sentir única.

Sin embargo, ahí estaba, devorándose los sesos en un intento fallido de suponer lo que realmente significaba ella para él.

Todo.

Nada.

Tragó saliva e intentó ignorar ese dolor que solía sentir en su pecho cuando pensaba en Cícero Liotta. Respiró hondo para tranquilizarse, necesitaba respirar y así evitar llorar. Porque desde el domingo, sentía que perdía fuerzas, y lo detestaba.

Así que, tiró el cigarro al suelo y comenzó a inhalar por la nariz y expulsar despacio el aire por la boca, como le había enseñado Brina. La tranquilidad apenas le duró un instante, pues vio, al final de la calle, un Ferrari acercándose.

Cícero ni siquiera se bajó del auto, en cuanto llegó a su lado, gritó a través de la ventanilla.

—¡Sube! —ordenó y le bajó el volumen a la radio.

La chica subió y, como percibió su mal humor, prefirió mantenerse callada. El ambiente era tan tenso que Giovanna se sintió cansada de tener que vivir aquella situación, porque si así serían los días junto a él, prefería regresar a su casa y vivir su infierno sola.

—¿Por qué mierda nunca contestas mis mensajes? —exigió saber él—. ¿Te cuesta mucho tomarte unos segundos para escribir unas líneas?

—Tuve un día complicado.

—¿Y crees que yo no? —Frunció el ceño, cuestionándola.

—La verdad es que el tiempo se me pasó volando y no me di cuenta de las llamadas de mamá y de Abrianna, tampoco vi tus... mensajes.

—Nos preocupamos por ti, ¿puedes entenderlo?

—Lo siento, estaré más pendiente.

—Quiero que me des el número directo de tu oficina, donde pueda contactarte cuando decidas no atender tu móvil.

—Te lo enviaré en un mensaje.

—De acuerdo —dijo y aprovechó que el semáforo tenía luz roja para mirarla a los ojos y preguntar—. ¿Le devolverás las llamadas a tu madre?

—No.

—Tarde o temprano deberás enfrentar esa situación.

—Ahora no, Cícero.

Minutos después, llegaron al apartamento, él se quedó en la cocina, y Giovanna se fue directo al cuarto de huéspedes, donde tenía sus pertenencias. Buscó un pijama y se dio un baño rápido.

Cícero aprovechó la ausencia de la joven para llamar a su prima.

—Hola, grandulón.

—¿Cómo está lo más bello de toda Italia? —expresó él, con cariño.

—Muy bien, y ustedes, ¿cómo están?

—Yo, volviéndome loco con tu amiguita.

—Por favor, no es para tanto. Si están hechos el uno para el otro —afirmó con sarcasmo.

Cícero bufó.

—Nada más lejos de la realidad. Es una completa desordenada.

—¿Por qué dices eso?

—Ha hecho de mi casa una cueva, por donde miro hay ropa de ella regada por todos lados: tacones, vestidos, medias y en vez de usar su propio cepillo de dientes, decidió utilizar el mío —bramó con fuerza, las últimas tres palabras.

—Creo que exageras un poco.

—Créeme cuando te digo que me está volviendo loco.

—Solo te pido un poco de paciencia, por favor.

—Sabes que lo hago es por ti.

—Y te lo agradezco, ¿cómo están mis tíos? Entre tantas cosas, no los he llamado esta semana.

—Mi madre, muy bien. Un poco complicada con la empresa, lo mismo de siempre. Discutiendo con *nonna* por todo. Y mi padre, en el medio de las dos, buscando puntos en común para llevar la fiesta en paz.

—Veo que nada ha cambiado —comentó Abrianna con una sonrisa placentera al recordar algunas anécdotas de su hogar.

—Y nunca cambiaran, te lo aseguro. Esas mujeres son más tercas que un centenar de mulas —aseveró él.

Abrianna sintió melancolía, las echaba de menos. Ambas siempre intentaron cubrir ese espacio que su madre había dejado. La consentían, la llenaban de mimos y la hacían sentir querida y protegida. Pero su madre ya no estaba, y ella no dejaba de extrañarla desesperadamente.

«*Una madre es un ser único e irremplazable*», pensó.

—Tanto la madre como la hija. ¡Eh! —acotó, intentando animarse.

Cícero enarcó una ceja.

—Tal para cual.

—¿Cómo has sentido a Gio?, ¿está más calmada?

—Un poco. A veces tiene pesadillas y eso la deprime, pero hoy amaneció de mejor ánimo.

Abrianna asintió.

Cícero había querido cumplir su palabra de no dormir con Giovanna, pero le era imposible negarse cada vez que veía el miedo reflejado en su rostro. Ella le aseguraba que, durmiendo junto a él, se sentía protegida y eso le permitía relajarse y caer en un sueño profundo. Ante esa premisa, él no podía

ser cruel y rechazarla.

—No sabes cuánto te agradezco lo que estás haciendo —dijo Abrianna con dulzura—. Y estoy segura de que Gio también te lo agradece.

—Debería expresar ese agradecimiento dejando de fumar en mi casa. Dejará todo prendado de ese olor —censuró, molesto, pero intentó disimular su impaciencia.

—Compréndela, por favor, la ansiedad la supera. Todo está resultando muy difícil para ella.

—Lo sé, no sabes lo mal que me sentí cuando la vi derrumbarse ante los recuerdos. Fue horrible, Abi, nunca lo imaginé. Ella es tan fuerte, tan decidida y luce tan perfecta que, me sorprendió.

Por la manera en que se expresó, Abrianna concluyó que esos días habían sido intensos entre ellos. Sabía que Giovanna confiaba en él, pero también conocía los sentimientos de su amiga. Quizá Giovanna no le revelara mucho ante la intimidad que estaban compartiendo, por miedo a entregarse demasiado, y Abrianna esperaba que, a pesar de la situación, su amiga no saliera con el corazón destrozado. Porque conociendo a Cícero, este podía llegar a ser muy cruel.

—Todos tenemos nuestra debilidad, Cícero. Y lamentablemente, Doménico es la suya.

Cuando Giovanna salió a la sala, lo vio de pie, en medio de la terraza, hablando por teléfono; dedujo, por lo que hablaba, que era con Abrianna.

—Quiero hablar con ella. —Le pidió.

Cícero asintió con la cabeza.

—Abi, Giovanna acaba de llegar y quiere hablar contigo. —Cícero hizo una pausa—. Luego continuamos hablando, un beso.

—Un beso, grandulón.

A los pocos segundos Giovanna gritó:

—¡Mi bruja!

—Hola, brujís. ¿Cómo estás?

—Mejor, aunque a veces un tanto inestable. —Le confesó, y se le humedecieron los ojos—. Hasta que me vea muy lejos de él, no dejaré de sentirlo.

—Es normal, amiga. Pero no te preocupes, mi padre moverá cielo y tierra para traerte.

Intentaba alegrarla un poco, aunque lo que realmente deseaba era estar allí con ella y apretarla fuerte en un abrazo.

—¿Cómo va eso? —preguntó con ansiedad.

—Papá conversó con el embajador de La India en Italia, le aseguró que se agilizaría el proceso del visado.

—Oh, ¡qué bien!

—Sí, seguro que en unos días papá te llame y te diga cuándo enviar tu pasaporte y todos los requisitos al consulado en Roma.

—Perfecto, voy a seguir trabajando hasta que todo esté listo. Llegado el momento, hablo con mi jefe.

Esas palabras estaban cargadas de una inmensa amargura y decepción, pues, en realidad, amaba su trabajo. Pero el poder del miedo era más fuerte que sus ambiciones profesionales. Tenía que irse. Alejarse de él.

—Deja de preocuparte, Gio, seguro que cuando regreses te vuelven a contratar.

—No lo creo, pero ya no importa.

—Gio, en todo este proceso, hay algo que no será de tu agrado.

—Algo... como ¿qué?

—Pues, hay que ponerse algunas vacunas antes de ingresar al país.

—¡Mierda! ¡Ay, no!

—Lo sé, pero yo lo hice, así que usted, señorita, debe hacerlo también. Mi

padre estará más tranquilo.

—¿Son muchas?

—Poquitas..., unas... cinco.

—¡Qué! Por Dios, quedaré como un colador de espaguetis —exclamó.

—¡No seas cobarde! Si yo pude, tú también.

—Si no hay otra opción, lo haré. Todo por estar contigo.

—Y lejos de tus demonios.

Por el rabito del ojo, Giovanna, que había salido de la terraza mientras conversaba, distinguió a Cícero, entrando en la cocina. Sus miradas se encontraron y una nueva ansiedad la estremeció. Lo iba a extrañar, lo sabía. Le fue imposible no recorrer su cuerpo, solo llevaba puesto sus habituales pantalones de dormir. Quedó paralizada.

Pero se obligó a dejar de pensar en quimeras, su prioridad debía ser ella, su seguridad. Y para conseguirlo, se desprendería de todo.

—Cambiano de tema, cuéntame de tu chico —susurró Giovanna, intentando que Cícero no escuchara. No quería causarle nuevas discusiones.

—Bien, todo bien.

—Mmm..., te conozco, Abi, sé cuándo algo te inquieta, aunque no te tenga en frente. Así que cuéntame lo que pasa.

—No lo sé, quizá sean solo ideas mías.

—Cuéntame y, así, entre las dos, lo aclaramos.

—Creo que me apagó el teléfono... o quizá esté en algún lugar sin señal.

¡Ay, no lo sé!

—¿Por qué crees que lo apagó?

—No estoy segura, Gio, pero sospecho que algo me oculta.

—Creo que son ideas tuyas.

—Sí, ¿verdad?

—Abrianna, su mundo no gira alrededor de tu eje.

—Vale, más específica imposible. ¡Amigas como tú! —dijo, de mal humor; dio media vuelta y se sentó en el borde de la cama.

—Solo te digo lo que necesitas escuchar.

—Sí, tienes razón. Anand es un hombre muy ocupado. Seguro que administrar tantos hoteles debe ser muy absorbente. Además, estos días se la ha pasado conmigo en Agra, sé que descuidó sus responsabilidades para estar a mi lado.

—Y entonces, ¿de qué te quejas?

—Lo sé, lo sé. No tengo motivos —sentenció—. Es que... lo extraño.

—¡Eso es maravilloso! Quiere decir que sientes algo por él.

Giovanna acompañó un grito de euforia con una agitación de mano.

—No te voy a negar que me gusta muchísimo, besa rico y...

—¿Y qué, mujer? Habla claro.

—No sé cómo explicártelo... Me gusta todo, todo de él.

—¡Oh, es lo máximo! Pronto lo conoceré y te daré mi opinión.

—Gio, tú le encontrarás algún defecto. Te conozco.

—¡Qué calumnia!

—Por supuesto, si hasta al chico que quieres le encuentras defectos.

—De ese ni hablemos.

—Cierro el pico, entonces. Bueno, te tengo que dejar. Debo hacer algo.

—Muy bien, hablamos pronto. Y espero que tu bello tormento dé señales de vida.

—Gracias. Pórtate bien con mi primo.

Giovanna esbozó una sonrisa placentera al recordar los infinitos reclamos que Cícero le hacía a cada momento.

—Pero, ¿si soy un ángel!

—Te gusta fastidiarlo.

—Un poquito, es tan testarudo que me divierte como no tienes idea al verlo

gruñir por tonterías —admitió—. Pero prometo portarme bien.

—Un beso, brujís.

—Otro para ti.

CAPÍTULO 20

Tenía días sin verla y esa sensación de vacío lo estaba volviendo loco. Le urgía saber por qué no había vuelto a su casa. Necesitaba información, pero tenía que ser de alguien muy allegado a ella, para tener una información certera.

Y ahí, su mente brillante le dio la idea, era descabellada, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario. Se removió sobre el asiento de su Bentley negro, sacó el móvil de su bolsillo y llamó:

—¿Sí?

—Padrino, ¿cómo está?

—¿Quién habla?

—Doménico.

Hubo un largo silencio, que Doménico acabó cuando soltó una petición:

—Por favor, no me cuelgue, lo necesito. ¡Usted sabe lo que significa en mi vida!

—Muchacho, no creo que sea conveniente mantener esta conversación, puede traerme...

Doménico lo interrumpió.

—Nadie tiene que saberlo, será entre usted y yo. ¡Como siempre!

—Primero contéstame algo, ¿te mantendrás alejado de ella o romperás tu palabra?

—Se lo prometí y lo he cumplido. Desde que me marché no la he vuelto a ver. Padrino, yo..., he vivido todos estos años arrepentido, y la distancia ha sido el peor castigo ¡Créame!

Otra vez se hizo un incómodo silencio.

Duilio llegó a querer tanto a Doménico, que cuando cumplió un año de vida, le pidió al padre ser su padrino. Tal vez fue porque durante un largo tiempo su esposa y él no lograban concebir un niño; quizá, por ello, cuando sus amigos, Emilia y Alexandro Palmieri, tuvieron a Doménico, él canalizó todos sus anhelos en ese pequeño.

Cuando Doménico cumplió dos años, el matrimonio de Duilio y Antonietta vio materializado su sueño de ser padres, al nacer Giovanna.

Ambos crecieron juntos, asistieron a la misma escuela, vacacionaban en los mismos lugares. Para Duilio, Doménico era un hijo más, a quien amó profundamente. Por eso jamás esperó esa traición, por eso le dolió tanto y aún le dolía.

A pesar de los años, reconocía que, al principio, cuando Giovanna se atrevió a contarles lo que estaba sucediendo, él no le creyó; quizá porque era demasiado inverosímil ante sus ojos. Ella no acusaba a cualquier chico, no, su dedo apuntaba al joven que él amaba como a un hijo. Le costó mucho admitir una verdad tan terrible, pero los hechos eran determinantes e imposibles de ocultar.

—Te creo, Nico. —Duilio lo volvió a llamar con cariño, como solía hacer —. ¿Cómo estás? Tu padre me contó que te graduaste en California.

—Sí, espero que esté orgulloso de mí, padrino. Estudié lo que usted tanto quería, ¿se acuerda?

—Por supuesto, hablamos mucho de ello.

—Y cuénteme, ¿cómo está?, ¿cómo está mi madrina?

—Estamos bien, sobreviviendo a los achaques de la edad.

—¿Y cómo está... ella?

—Sabe que estás en la ciudad.

Doménico apretó con fuerza la mandíbula, tanto, que casi sintió el crujir de los huesos.

«¡Maldición!», gritó, una y mil veces en su mente.

Todos sus planes quedaban destrozados ante esa noticia, respiró profundo, apretó el puño de su mano izquierda e intentó aparentar calma. No podía mostrar cuán afectado estaba.

—¿Cómo lo tomó?

—No muy bien, aunque espero que haya creído en mi palabra. Le aseguré varias veces que cumplirías tu promesa.

—Padrino, debe creerme. Yo regresé porque mi padre, prácticamente, me obligó; de lo contrario, seguiría en California, donde he construido mi vida.

—Lo sé, lo sé, muchacho. Confío en ti y sé que tu padre te necesita en estos momentos. El mundo de la política es muy exigente, y él requiere del apoyo de todos ustedes.

—No sabe lo que necesitaba hablar con usted, padrino. Siempre tuvimos esa conexión.

—Ahora las cosas son diferentes, Doménico. Antonietta sigue muy afectada. Aún no supera lo... —No quería repetir la palabra: violación. Porque eso fue lo que ocurrió, pero su mente lo bloqueaba con un ingenio único—, ni lo perdona.

Doménico necesitaba sacarle más información, ya sabía el motivo por el cual Giovanna había abandonado su casa, estaba seguro. Sin embargo, le urgía descubrir dónde estaba y con quién.

—Siento profundamente escuchar esas palabras, estoy seguro de que si ella me diera otra oportunidad, le demostraría que he cambiado.

—Es complicado, muchacho.

—Claro, lo entiendo. Pero me preocupa Gio, no quiero que mi corta estadía en la ciudad, desequilibre su vida. Esa nunca ha sido mi intención.

—Desde el domingo no ha contestado nuestras llamadas, pero sabemos que está bien. Se fue a vivir con aquella chica... Abrianna, ¿la recuerdas?

—Sí, sí, claro. Era su mejor amiga en el instituto.

—Gio quiere mucho a toda su familia. Tiempo atrás vivió con ellos.

—Lo importante es que ella esté bien.

—Claro, es por eso que Antonietta y yo hemos decidido no obligarla a nada, en cuanto Cícero vino a buscarla, dejamos que se marchara con ellos. Pero estoy seguro que con el tiempo y al ver que tú respetas el acuerdo, ella volverá a casa.

Doménico se llenó de paciencia y dijo todo lo que su padrino quería escuchar para quedar en paz. Repitió, una y otra vez, que estaba arrepentido, que ahora era un hombre correcto y responsable, que cumpliría la promesa de permanecer alejado.

Puras mentiras.

En cuanto colgó, prendió el motor de su auto y comenzó a pensar mientras conducía. Debía encontrar la forma más efectiva de acercarse a ella sin disparar las alarmas. Ahora estaba más inquieto al saber por qué la había visto junto a Cícero, días atrás. Su cuerpo se tensó, las manos le temblaban, tenía la piel sudorosa y movía frenéticamente los dedos de las manos sobre el volante.

Se detuvo cuando el semáforo cambió la luz de amarillo a rojo, aprovechó para anotar los nuevos datos en la pequeña libreta que llevaba por nombre: «mi chica». Bajó un poco el cristal de la ventanilla y prendió un cigarrillo. La ansiedad lo estaba matando, necesitaba de ella, a ella.

—Pronto, pronto volveremos a estar juntos. Te lo juro por mi vida — sentenció.

Al despertar, Cícero, aprovechó que sentía a Giovanna relajada y

adormecida junto a él, para hablar sobre su decisión de irse a la India. Giró su cuerpo y le tocó el hombro desnudo un par de veces. Esperó hasta que ella volteara la cara y abriera los ojos.

—Gio, hay algo que quiero conversar contigo.

—¿Umm? —Ella abrió completamente los ojos y se estiró.

—Creo que debes analizar la posibilidad de quedarte en la ciudad..., que no viajes a la India..., de momento. —Se lo planteó de forma sutil, para evitar que se sobresaltara.

Giovanna se cubrió con las mantas, porque lo menos que deseaba en ese momento era comenzar el día hablando o pensando en Doménico.

—No hay ninguna posibilidad, Cícero. Ya te lo expliqué, sentir la presencia de ese desgraciado cerca de mí me aterra, me supera y...

Él haló las mantas y descubrió su cabeza. Tenía el cabello todo revuelto y los ojos hinchados, pero de alguna manera, a él, le pareció hermosa.

—Según sé, Doménico debe tener unos quince días en Ravena, tú lo supiste hace cuatro días y, fíjate, ha respetado el acuerdo de mantenerse alejado de ti —dijo y le apartó el cabello de la cara.

Al ver que la chica comenzaba a reflexionar sobre su comentario, Cícero la presionó un poco.

—¿De verdad quieres renunciar al periódico?

La preocupación ensombreció sus ojos verdes.

—Por supuesto que no.

—¿Quieres dejar la ciudad, tus amigos, tu familia y tu hogar?

La chica no contestó, se aferró al cuerpo de él y comenzó a llorar. Había luchado durante mucho tiempo por controlar sus miedos, por callar su mente y adormecer a los demonios que intentaban resquebrajar su coraza. Porque, cuando a un ser se le robaba la inocencia, no solo le rompes una parte física de su cuerpo, sino que le quitas las ilusiones, le destrozas el alma y la

arrastras a un mundo de tinieblas, difícil de salir.

—Date una oportunidad, testaruda. No veo la necesidad de salir huyendo, como si fueras culpable de algún delito. Él está en Ravena, es cierto, pero no te ha molestado en absoluto. Y si llegara a hacerlo, yo estoy aquí para protegerte —aseguró y le tocó la mejilla.

—Tienes razón, pero no sé si pueda...

—Además, no puedes dejar las terapias, ¿o crees que no las necesitas?

—Las necesito, ahora más que nunca.

—Entonces, no te apresures. Vamos a darle un mes, ¿te parece? —preguntó él, y comenzó a acariciarle la espalda con movimientos lentos, de arriba hacia abajo.

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos, pensando si ese tiempo era el adecuado. Como ella se mantuvo callada, Cícero agregó:

—Aprovecha este tiempo para seguir con tus terapias, habla con la doctora, pídele ayuda para controlar tus miedos y que te brinde las herramientas necesarias para que, llegado el momento, puedas tener el valor de verte frente a frente con Doménico, sin que entres en una crisis. ¿Qué opinas?

—Tengo que regresar a mi casa —murmuró y levantó la mano para limpiarse las lágrimas.

Giovanna lanzó aquel comentario y mantuvo la respiración mientras él subía la mirada al techo. Para la chica, esos segundos que Cícero se tomó para pensar, se convirtieron en años.

—Si lo prefieres, puedes quedarte conmigo. Creo que sería lo mejor, aquí estás segura. Estando sola, podrías deprimirte y recaer, mientras que conmigo, estarás más ocupada, aunque sea haciéndome la vida de cuadritos y; bueno, de alguna forma nos hacemos compañía.

Giovanna no consiguió las palabras adecuadas para describir lo que su cuerpo y su corazón sintieron al escuchar su ofrecimiento, sentía tanta

felicidad que volvió a llorar, pero, esta vez, por culpa de la presión que sentía en su pecho. Como si fuera a darle un ataque al corazón.

—De acuerdo, haré lo que me dices. Así podré seguir con mi trabajo, lo cual me sirve para distraer mi mente. No tienes ni idea de lo mucho que amo lo que hago, es como haber cumplido mi sueño profesional.

—¡Oh, por fin coincidimos en algo, mujer! —Sonrió con sarcasmo.

Pero aquella sonrisa Giovanna la percibió tan sensual y erótica, que no pudo evitar acercar su boca a la de él y morderle el labio inferior. Todo comenzó con pequeños mordiscos, nada inocentes, por supuesto; lo besó, disfrutando de la sensación de su boca sobre la suya.

Sus manos recorrieron su pecho, y le gustó lo duro que era. La suavidad de su piel, combinaba con el vello que sentía bajo sus palmas, pero detuvo las caricias en sus pezones para apretarlos y frotarlos hasta que los sintió endurecer.

Giovanna sonrió y chupó su boca. A juzgar por la rigidez en su cuerpo y la respiración agitada, a Cícero le excitaba cada caricia, tanto como a ella.

Él le cubrió el cuerpo y besó su cuello, arrastrando la lengua hacia abajo, por medio de sus pechos, hasta que llegó al abdomen y la sumergió en su ombligo.

—Ah, demonios —exclamó ella, con voz entrecortada.

Luego, lo que vino superó algunos sueños húmedos de la mujer. Cícero no tuvo que esforzarse mucho, aprovechó su erección matutina para torturarla un largo rato.

Después de un baño rápido, solo les dio tiempo de vestirse y tomar un café. Continuaron con la rutina que habían establecido, bajaron juntos el ascensor y caminar hasta el Ferrari. Cuando Cícero abrió la puerta del copiloto, Giovanna le informó que se iría en su auto.

—No me parece prudente —alegó Cícero y cerró la puerta.

—Entiéndeme, necesito sentir que tengo el control de mi vida.

—¿Y qué hay de malo en que yo te lleve?

—No hay nada de malo, solo que, no quiero ser una molestia ni para ti ni para nadie.

—Bien, como quieras. —Sin decir más, rodeó el auto, subió, encendió el motor y salió como una bala, molesto. Odiaba que fuera tan testaruda.

Veinte minutos más tarde, Giovanna estacionaba su Jaguar frente al *Ravena24ore*, bajó e ingresó al edificio sin darse cuenta de que a unos pocos metros, detrás de un quiosco, Doménico la observaba con un brillo en los ojos.

Al entrar, se topó con Andrea, quien conversaba muy entretenida con Martina, la recepcionista. Giovanna se unió a ellas hasta que llegó Giorgio, su presencia disolvió la charla. Después de acordar con Andrea ir a desayunar juntas, caminó hasta su escritorio, donde encontró un nuevo ramo de tulipanes.

Colocó su cartera sobre la silla, movió algunas flores y sacó de entre los tallos un pequeño sobre blanco.

***Todo estará bien, no tienes que preocuparte por nada.
Estoy aquí y cuidaré de ti.***

CAPÍTULO 21

Cícero se encontraba reunido en la sala de juntas con sus socios, quedaban pocos días para la entrega e instalación del nuevo sistema de comunicación en las oficinas de R&M Bank.

—Las pruebas fueron implementadas y todas han resultado exitosas — declaró Luigi, eufórico.

—¿Eso quiere decir que tenemos luz verde para iniciar la instalación? — preguntó Cícero, levantando la mirada de su laptop hacia el rostro de su amigo.

—Por completo.

—¡Excelentes noticias! Podremos cumplir con las fechas establecidas en nuestro proyecto —celebró Alonzo.

—Correcto. —Luigi le hizo una seña a su secretaria, quien procedió a entregar una carpeta blanca, tanto a Cícero como a Alonzo—. En estas carpetas están los informes de los resultados obtenidos en las diferentes pruebas que le apliqué al sistema para verificar su efectividad, el nivel de seguridad y la velocidad de los datos.

—Buen trabajo, colega —dijo Cícero con una gran sonrisa—. Ahora nos enfocaremos al cien por ciento en la instalación.

—Déjame a mí y en pocos días habremos terminado —solicitó Alonzo, intercambiando mirada entre sus socios.

—¿Estás seguro de que podrás solo? —preguntó Cícero y frunció el ceño—. Puedo ayudarte.

—No lo haré solo, tranquilo. Me llevaré a los mejores técnicos que tenemos en *ACL Smart Technology*. Ya verán, en un par de semanas el trabajo

estará listo.

—De acuerdo —aceptó.

—Luigi, ¿qué dices? —indagó Alonzo. Necesitaba que todo el equipo estuviese en sintonía con las decisiones.

—Sí, me parece bien.

—¿Qué más tenemos pendiente? —Cícero señaló a Tina.

La secretaria se puso de pie y repartió las tres invitaciones a la convención tecnológica. Cada tarjeta era para dos personas.

—Necesitamos confirmar, por medidas de seguridad y por la organización. Será el viernes dos de octubre, a las siete de la noche.

—Esto ya lo habíamos acordado, irá Cícero —respondió Luigi.

Tina se giró y miró a su jefe, esperando su confirmación.

—Sí, iré. —Levantó ambas manos y las dejó caer con desgano sobre la mesa de juntas.

—Recuerda que no puedes ir solo. —Le recordó Alonzo, apuntándole con el dedo índice.

—Tengo pensado ir con Giovanna.

Hubo un momento de silencio, las tres secretarias intercambiaron miradas discretas, hasta que la fuerte carcajada de Alonzo retumbó.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, y no veo el motivo de tu risa.

—Es que no lo puedo creer. ¿De verdad?, ¿Giovanna y tú, están...?

—No —dictaminó con los ojos bien abiertos, sorprendido por la insinuación—. ¿De qué vas, viejo? Solo somos amigos.

Cícero taladró con la mirada a Alonzo, quien asimiló que no se encontraban solos. Aquel tipo de conversación, tan personal, era reservada solo para ellos.

Tina, que poseía la mayor experiencia, el liderazgo y confianza dentro de la empresa, leyó entre líneas e intervino.

—Bueno, no habiendo más en agenda, nosotras nos retiramos. —Miró a sus compañeras y las apresuró para salir de la sala.

Cuando los tres quedaron solos, Alonzo y Luigi sometieron a Cícero a un interrogatorio que duró casi media hora.

Mientras Giovanna iniciaba la investigación del reportaje del sábado, sonó su móvil.

—Hola, brujís —saludó Abrianna.

—Hola, princesa, ¿cómo estás?

—Muy bien, amiga; y más porque te tengo noticias de tu visado.

Giovanna guardó silencio y después de un largo suspiro contestó:

—Tenemos que hablar de ese tema.

—¿Qué?

—Estoy pensando en quedarme —soltó de golpe.

—¿De qué hablas? —preguntó Abrianna, sorprendida.

—Espera, déjame explicártelo.

—Sí, por favor, porque, a menos que te hayas vuelto loca, no entiendo nada.

—Cícero y yo lo hablamos esta mañana, él cree que lo mejor es que siga con las terapias e intente controlar el miedo...

Abrianna la interrumpió.

—No quiero saber lo que piensa o cree Cícero, ¿qué quieres tú?

Giovanna se tomó su tiempo en contestar, pero cuando lo hizo, estaba segura de aquellas palabras.

—Quiero hacerlo, quiero quedarme y seguir con mi vida de forma normal. Amo mi trabajo, me gustan mis compañeros y necesito continuar con las

terapias.

—¿Y qué pasa con Doménico? —indagó Abrianna, con gran preocupación.

—Cícero asegura que, si después de tanto tiempo no me ha molestada, lo más seguro es que no lo hará.

—¿Y tú piensas lo mismo? Porque de todas las personas, eres la que más lo conoce.

—Abi, han pasado demasiados años desde que lo vi o compartí con él. Si te soy sincera, no tengo ni idea de en qué se ha convertido. No sé si está arrepentido o, por el contrario, sigue siendo un monstruo oscuro y peligroso.

—Ese es mi miedo, Gio. Y no sé si estás preparada para enfrentarlo, sea como sea.

—Lo sé, pero no tengo intención de averiguarlo, amiga. Mientras más lejos esté de él, mucho mejor.

—Está bien. Si es tu deseo, te apoyo. Pero dime, ¿cómo van las cosas entre ustedes?

Giovanna levantó la mirada y, al ver el ramo de flores, sonrió.

—Cícero es..., no sé ni por dónde empezar.

Abrianna se carcajeó, ella, más que nadie, conocía el temperamento de su primo. A veces podía ser un amor y, otras, un dictador.

—Sé que no es fácil vivir con él, más bajo las condiciones en que se dieron las cosas —aseguró Abrianna, blanqueando los ojos.

—A pesar de que toda esta situación, por momentos, me paraliza, delante de él intentó ser fuerte, porque no deseo su lástima. ¿Me entiendes?

—Sí, claro. Pero él debe comprender que, para ti, no es fácil tener que revivir toda la mierda del pasado, más con la presión de que tienes a Doménico cerca.

—¡Y Cícero lo entiende! Soy yo la que no lo entiende a él o, mejor dicho, a su cambio constante de humor.

—¿Por qué lo dices?

Giovanna se cambió el móvil de mano para tomar un lápiz y comenzar a dibujar garabatos sobre su libreta de notas. No podía quedarse quieta, hablar de Cícero le generaba como una angustia en el pecho.

—Por ejemplo, hay días que decide hablarme lo mínimo o ignorarme por completo, luego llego al trabajo y consigo un ramo de tulipanes sobre mi escritorio. Dime si eso no es de locos.

—¿Cícero te envió tulipanes al trabajo?! —preguntó Abrianna, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Sí y, créeme, estoy tanto o más sorprendida que tú.

—Ahora, me pregunto: ¿Valentina sabrá que tú y él están viviendo juntos? Porque ambas sabemos que es una loca.

—Creo que lo sabe.

—¿Por qué lo crees?, ¿qué pasó?

—Hace una semana, para ser exacta, al salir del periódico, encontré una foto pegada del cristal delantero de mi auto.

—¿Una foto?..., ¿y qué tiene que ver eso con Valentina?

—Abi, la foto fue tomada en el aeropuerto, el día que te fuiste.

—¿Y?

—Solo aparecemos Cícero y yo..., abrazados —tartamudeó la última palabra.

—¿Crees que la tomó ella?

—Si te soy sincera, al principio, pensé que podía ser Doménico, pero Brina está convencida de que tuvo que ser Valentina, que de pronto nos vio en el aeropuerto y, obvio, como no puede reclamar, por su condición, tomó la foto y decidió dejarme un mensaje como: «los vi».

—Tiene sentido, esa mujer es una arpía y, si los vio, debe estar muerta de los celos.

—Pues me importa un rábano que esté celosa, la verdad es que Valentina es insignificante en mi vida. Tengo cosas más importantes de la cual preocuparme.

—Sí, sí, claro. Tú, olvídate de esa mujer, Cícero y tú no tienen tiempo que perder por esa tipeja.

—Estoy de acuerdo. —Giovanna volteó la cabeza y descubrió que Giorgio venía hacia ella—. Oye, Abi. seguimos con esta conversación más tarde, ¿sí?

—Claro, hablamos luego.

—Bien, un beso.

—Otro para ti, brujís.

Giorgio llegó hasta ella con una sonrisa más grande que su cara.

—¿Cómo está lo más hermoso de esta oficina? —La tomó por los hombros y le dio un beso en cada mejilla.

—Hola, Giorgio. Buenos días.

—Buenos días, preciosidad. ¿Qué tal el trabajo?

—Muy bien, gracias.

—Vengo con noticias frescas. A pocas cuadras de aquí, han inaugurado un restaurante japonés, del que todos dicen que es exquisito. ¿Te parece si vamos a degustar de esos manjares?

—Oh, Giorgio, lo siento mucho, pero hoy será imposible. Me he comprometido previamente con otra persona.

—Nada que disculpar, preciosa. El error fue mío al no decirte a tiempo, pero otro día será. ¿Cierto?

—Claro, con gusto —contestó con una sonrisa fingida.

En cuanto Giorgio se fue, Giovanna levantó el teléfono y marcó la extensión de Andrea, tenía que contarle lo que acababa de pasar. Con ella podía reírse abiertamente.

En la tarde, al llegar a casa, Giovanna encontró a Cícero en la cocina, abriendo las puertas de la despensa y anotando sobre una servilleta.

—Hola, ¿qué haces? —preguntó, soltando la cartera al suelo y quitándose los zapatos al lado del sofá.

—La lista de la compra, ¿o crees que la comida llega sola a casa?

—Hmmm, veo que sigues de mal humor.

—Giovanna, vamos a poner unas normas mínimas de convivencia, ¿te parece?

—¿Tengo alguna posibilidad de negarme? —respondió, sarcásticamente, con otra pregunta.

Cícero soltó un bufido y apretó el puente de su nariz con la mano derecha.

—Hemos decidido seguir viviendo juntos, así que necesitamos organizar las tareas de la casa.

—De acuerdo, ¿qué me toca?

—Lo primero que te pido es que recojas el desastre de ropa y zapatos que tienes por todo el apartamento.

Giovanna se giró sobre sus talones y dio una rápida mirada al lugar.

«Mierda, en qué momento dejé todo eso», pensó, avergonzada.

—Bien, eso puedo hacerlo.

—Mañana viene la señora que hace la limpieza y, además, se encarga de tener toda mi ropa organizada, así que...

—¿Puedes pedirle que también se encargue de la mía? —preguntó con una sonrisa ingenua y los ojos achinados.

—De verdad, que eres una desvergonzada, floja y oportunista. —Con cada palabra que Cícero le decía ambos comenzaron a reír.

—Lo siento, grandulón. Soy la niña de mami.

—Ya me quedó claro, mujer independiente...

—Oye, no te pases. Soy bastante independiente, lo que sucede es que no

nací el día que repartieron las habilidades para mantener un hogar. —Levantó las manos y las dejó caer con resignación—. Pero sé hacer la compra, si quieres puedo ir.

—Vamos juntos, no me fio de ti. —Entró a su cuarto y salió colocándose una cazadora de cuero.

Ella volvió a ponerse los zapatos y levantó del piso su cartera.

—Cícero, no olvides anotar cien frascos de mermelada de arándanos — comentó con tono burlón y bajó la cabeza para que no la viera sonreír.

Cícero negó con la cabeza, pero aquel comentario hizo que regresara a la cocina y verificara qué cantidad de su mermelada favorita le quedaban. Giovanna, que se encontraba parada bajo el marco de la puerta, se burló de él.

—Yo, por lo menos, desayuno; tú te vas a trabajar con un café negro en el estómago. Si *nonna* supiera lo mal que desayunas, te daría un par de nalgadas.

—Ni se te ocurra ir de chivato.

—Usaré esa información cuando lo considere necesario.

—¡Cállate, Liotta! Eres un cretino.

Después de comer una pizza preparada al horno por Giovanna, decidieron ver el primer capítulo de una serie sobre Vikingos. La chica estaba tan cansada que a los pocos minutos se quedó profundamente dormida. Cícero terminó de ver dos capítulos más con ella abrazada a él, luego, apagó el televisor y; seguro de que ella no lo notaría, fijó su cara entre el cuello. Le encantaba su olor, cosa que nunca admitiría frente a ella.

CAPÍTULO 22

Abrir el periódico y encontrarse con los reportajes de Giovanna lo llenaban de un orgullo indescriptible y le aseguraban que la chica seguiría en la ciudad. Estaba satisfecho por la información que había obtenido de su padrino; de nuevo, demostraba que era más inteligente que los demás.

Ahora solo debía concentrarse en recuperar a Giovanna, no quería cometer ningún error por causa de su ansiedad, debía ser precavido y dar un paso a la vez. A ella no iba a gustarle que él irrumpiera en su vida de golpe, debía ser poco a poco, hasta el punto de que ella pensara que él la necesitaba tanto como ella a él. Porque no había duda de que era así, solo que ella lo había olvidado.

Siempre supo que Giovanna era la mujer perfecta para él, desde que tenía memoria, ella lo había sido todo en su vida. No hubo ni habrá mujer en su corazón que no fuese su chica, sin ella no estaría completo nunca.

Aquel viernes, despertó antes que sus padres y huyó de casa, evitando ser incluido en otro estúpido e innecesario mitin político. Así pudo estacionar a pocos metros del *Ravena24ore* y esperar hasta que Giovanna llegara.

Sucedió como él esperaba, tenía anotado al detalle todos los datos en su pequeña libreta: la hora aproximada en que ella llegaba al trabajo, cuándo salía con la joven pelirroja; dónde, con quién y la hora de su almuerzo, su horario de salida, todo.

A las ocho en punto de la mañana, vio su Jaguar blanco detenerse a una cuadra de distancia; sonrió por la emoción de verla de nuevo.

«*Las cosas no pueden salir mejor*», pensó y un golpe de adrenalina le colmó el cuerpo.

Tenía un nuevo dato y le urgía comprobar si era auténtico. Así que bajó del Bentley negro, dio una profunda calada a su cigarrillo, lo lanzó al suelo y sacó del bolsillo derecho de su pantalón el móvil. Marcó los números de memoria, los había repetido cientos de veces, pero aquella mañana sí presionaría la tecla: llamar.

Giovanna, después de apagar el motor del auto, giró su cuerpo para agarrar la cartera que había lanzado a la parte trasera y, mientras cerraba la puerta, escuchó el timbre del teléfono. Como tenía la mano derecha ocupada sosteniendo un cigarro, vicio que Cícero le tenía prohibido dentro del apartamento, se tardó en conseguir el móvil en la cartera. Al final, contestó sin ver quién era.

—¿Sí?

Como nadie le contestó, miró extrañada la pantalla y; al leer: número privado, volvió a preguntar:

—¿Quién habla?

Nada, no escuchaba nada.

—Lo siento, no le escucho; si me oye, vuelva a llamar. —Colgó y, sin darle importancia, lanzó el aparato otra vez al interior de la cartera e ingresó al periódico.

Dios, volver a escuchar su aterciopelada voz lo estremeció, casi se mareó; después de tantos años, finalmente podía verla y oír cómo se dirigía a él. Estaba hermosa, siempre lo había sido y, ese día, vestida tan elegante, con el cabello suelto, ondeando por el viento, consideró que era perfecta.

La última vez que estuvieron juntos había cometido un error, permitió que un brote de ira destruyera la perfecta relación que habían construido por años; no obstante, eso nunca más iba a suceder.

Juró no volver a golpearla, justificaba aquella agresión por los celos que dominaron su mente.

Ahora el tiempo había pasado, pero tampoco podía permitirse esperar demasiado, no quería que llegase un intruso y se interpusiese en su camino. Giovanna era merecedora solo de su amor, de nadie más. Le daría todo lo que pudiera llegar a soñar y desear, la cuidaría de todo y de todos; cuando estuviera con él, no necesitaría de nada más, y serían de nuevo la pareja perfecta.

Al caer la noche del viernes, Cícero se ofreció a preparar la cena para los dos. Al principio, Giovanna había preferido salir a comer a *La Gardèla*, su restaurante favorito, pero Cícero estaba cansado y no le apetecía salir.

La convenció, ofreciéndose a preparar una comida exquisita, digna de una princesa. La chica dudó de sus habilidades culinarias, aunque prefirió callar; en cambio, comenzó a ayudarlo a picar los ingredientes que él iba pidiendo.

Así pasaron las primeras horas de la noche, comiendo y conversando sobre cómo les había ido en el trabajo. Giovanna se levantó de la mesa para buscar otra botella de vino; sin darse cuenta, ya se habían bebido una entera.

—¡Qué bueno está el vino! —exclamó Cícero, tomando el último trago de su copa.

—Te dije que te gustaría.

—¿Dónde lo probaste?

—En *La Gardèla* —respondió mientras abría la botella.

—Mmm, es muy bueno.

—¿Saco el helado del refrigerador o...?

—Sí —respondió él con rapidez sin permitirle a ella otra opción.

Giovanna dejó el vino sobre la mesa y regresó sobre sus pasos. Justo en ese momento escucharon el timbre amortiguado de un móvil.

—Es el mío —anunció Cícero y se levantó.

Cuando miró la pantalla no reconoció el número, aunque igual atendió:

—¿Sí?

—¡Mi cosi hermoso! —dijo una voz femenina al otro lado.

—¿De dónde me llamas? —preguntó Cícero, sorprendido. Daba por hecho que no lo volvería a llamar, ya que habían pasado casi dos semanas sin saber nada de ella.

Y como no quiso que Giovanna notara su cambio ni que escuchara la conversación, decidió salir del apartamento.

—Del móvil de una amiga. Y tú, ¿dónde estás?

—En mi casa —respondió y cerró la puerta tras de sí.

—Debes estar sorprendido por mi llamada, pero la verdad es que ya no soporto tu distancia. No puedo estar sin ti.

Giovanna, que había observado una ligera transformación en el semblante de Cícero, cuando contestó, no dudó en pegar la oreja a la puerta, luego de que él saliera al pasillo.

—¿Y Stefano?

—Está de viaje, ¿podemos vernos?

Con esa respuesta, Cícero supuso el por qué lo estaba buscando ahora y no antes. Estaba sola y quería compañía.

—¿Para qué?

—Necesitamos hablar.

—Hoy no puedo.

A Valentina, el aguijón de la desconfianza la pinchó, y como estaba acostumbrada a que Cícero, le notificara siempre qué hacía o con quién estaba, no titubeó en preguntar.

—¿Estás con otra mujer? —Directa y sin rodeos.

—Sí, pero no es lo que estás pensando.

—¿Ah, no? Explícamelo, pero despacito para no perderme ningún detalle —exigió, irónica.

Él sabía que estaba furiosa por el tono de su voz.

—¿Por qué debo darte todas las explicaciones que exiges?

—Porque soy tu mujer y necesito saber. ¿Con quién estás?

Cícero suspiró, entre dientes; odiaba cuando Valentina adoptaba su lado celoso y posesivo.

—Tengo una emergencia familiar y Abi me pidió apoyo —explicó con pausa, intentando tomar el control de sus emociones.

—¡Abrianna! ¿Por qué será que no me extraña escuchar su nombre en esta historia? Ahora lo entiendo todo.

—Valentina, deja tus insinuaciones. Mi familia es lo primero para mí, y tú lo sabes. Como lo es tu esposo para ti, así que deja el juego de palabras.

—¿Con quién estás? —repitió, furiosa, alargando cada palabra.

—Estoy con Giovanna. —Le confesó y cerró los ojos, a la espera del grito inminente que le retumbaría los tímpanos.

—¡Con esa!

—Sí, estoy con ella —ratificó.

—¡Sabes que la odio! Tu «amiguita» ha sido siempre insoportable conmigo.

Cícero levantó una ceja y preguntó:

—¿Estás celosa?

—¿Yo?, ¡jamás! Esa niña no me llega ni a los talones, es lo más insignificante para mí. ¿Cómo te atreves a preguntarme semejante estupidez? —inquirió con el rostro rojo por reprimir las lágrimas de la furia.

—Valentina, sabes perfectamente que entre ella y yo no hay ni habrá nunca nada. Solo es la mejor amiga de mi prima y necesita que la ayude. Me parece infantil de tu parte que sientas celos de ella.

—Pero, ¿está viviendo contigo? —Solo con suponer aquel hecho, Valentina sintió que la sangre se le convertía en lava ardiente.

—Giovanna está solucionando unos problemas personales, será por pocos días, así que no te compliques. Pronto regresará a su casa.

—¿Estás admitiendo que vive contigo?

—Deja de gritar y, ¿sabes qué? Lo mejor es que nos veamos hoy y aclaremos las cosas. ¿Te parece?

—No sé si después de saber toda esta mierda desee verte.

Él sabía que a ella le gustaba hacerse de rogar.

—Te espero en tu chalet. Adiós.

Giovanna, cuando escuchó que se despedía, rápidamente despegó la cabeza de la puerta y corrió para entrar al baño, justo antes de que él ingresara al apartamento.

Abrió la ducha y, mientras dejaba el agua correr, se quitó la ropa a tirones. Estaba enfadada, muy enfadada con ella misma por ser tan ilusa, y con él, por... no sabía por qué exactamente, pero quería odiarlo.

Sabía de la existencia de Valentina en la vida de Cícero, pero las palabras que usó para referirse a ella, la devastaron.

Cícero cerró la puerta y, como no vio a Giovanna en la cocina, fue directo hasta su cuarto, al escuchar el agua de la ducha correr, prefirió acercarse a la puerta del baño y avisarle con un grito que tenía que salir.

Giovanna terminó de bañarse, secó su cuerpo y las últimas lágrimas que derramaba por ese imbécil, porque hacía mucho tiempo que ningún hombre la lastimaba tanto como él. No podía seguir dándole poder a ese sentimiento que seguía creciendo dentro de ella. En el pasado, cuando tuvo la oportunidad de tenerlo por una noche, donde ambos entregaron sus cuerpos, pero solo ella su corazón, Giovanna juró que nunca mendigaría amor, ni a Cícero ni a ningún

hombre.

Y lo había cumplido, hasta que las circunstancias actuales arrastraron su vida hasta él. Era como si el destino se empeñara con unir sus caminos.

«El destino», repitió en su mente, varias veces.

Giovanna no creía en el destino, estaba segura de que ella misma, con esfuerzo y perseverancia, construía su presente y su futuro. Y por esa razón, no era la típica dulcinea que cuando está frente a un problema, espera con paciencia por un valiente caballero que la rescate, porque su vida se encontraba muy lejos de parecerse al de una princesa de cuentos de hadas.

Lo vivido desde muy joven la había convertido en una mujer decidida, valiente, emprendedora y, ¿porque no?, bastante deslenguada e impredecible.

Sin hablar de su relación con los hombres, quizá la doctora Brina tuviese algo de razón y solo los buscaba cuando necesitaba llenar, por un corto tiempo, su cuerpo de afecto.

«Tomo lo que me gusta, le doy un mordisquito y desecho lo que sobra». Pensó, satisfecha y sin remordimientos.

Salió del baño y, al no escuchar ningún ruido, comprobó que Cícero se había ido con Valentina. Apretó los labios y suspiró profundo, llenándose de valor.

—¡Vamos, pequeña! Que la vida es una, y la noche es joven —proclamó.

Llegó a su cuarto, abrió las puertas del clóset y buscó entre la poca ropa que tenía en esa casa, la que más le gustaba como le quedaba. A ese estilo ella lo llamaba: «angelita perversa». Porque lograba conseguir lo imposible.

Ya vestida, salió al salón, donde recogió su móvil y siguió hasta el baño para comenzar a maquillarse y secar su cabello. Ahí aprovechó para llamar a Joshua, con quien tenía días sin hablar.

—¡Qué gusto tan grande escuchar tu voz!

—Hola, Joshua. ¿Cómo estás?

—Pues... extrañado por este milagro.

La chica se carcajeó.

—¿Es que una amiga no puede llamarte para saber cómo te encuentras?

Ahora fue él, quien la acompañó con una risotada.

—¿Por qué no vienes a casa y hablamos mejor?

—¡Hablar! —exclamó con ironía.

—Tengo una exquisita botella de vino, que me encantaría beberme contigo.

Ven —persistió. Moría por estar con ella.

—Hmmm, no era lo que tenía planeado, pero tu ofrecimiento me agrada. Iré

—confirmó y colgó la llamada.

CAPÍTULO 23

Cícero regresó un par de horas después y se extrañó al encontrar el apartamento a oscuras. Por un momento, creyó que, por la hora, Giovanna estaría acostada, por lo que caminó hasta su habitación y, al no encontrarla, la buscó en el cuarto de huéspedes. Los latidos de su corazón se desbocaron cuando no la halló en toda la casa.

Lo primero que se le ocurrió fue llamarla al móvil y saber dónde estaba. Maldijo un millón de veces por aquel acto tan irresponsable de la joven, sabía que no podía andar sola por la ciudad, y menos sin haberle avisado. Marcó su número unas cinco veces, siempre con el mismo resultado.

—Vamos, contéstame —habló solo en medio del salón—. ¿Dónde estás y por qué no atiendes mis llamadas? —Dejó un mensaje en el contestador automático.

Colgó, furioso, y comenzó a caminar de un lado a otro, preocupado por el paradero de Giovanna. Forzando su mente aturdida, pensó que quizá su prima podría saber algo. De inmediato, la llamó.

—Hola, grandulón. —Abrianna lo saludó con un bostezo. Aún no amanecía en Agra—. ¿Olvidaste las cuatro horas y media de diferencia que tenemos?

—Lo siento, sí. Lo olvidé por completo, pero...

—¿Pasó algo? —La joven se incorporó de la cama y sintió cómo el sueño se esfumaba.

—No quiero que te alarmes, quizá no sea nada, pero llegué a casa y no encontré a Giovanna. ¿Sabes algo de ella?

—No, no. ¿Cómo que llegaste y no está?, ¿qué pasó?, ¿discutieron? —Lanzó las preguntas una tras otra, casi sin respirar.

—No, no, para nada. De hecho, antes de irme, estábamos cenando y conversando con tranquilidad.

—Cícero, Giovanna no es loca. Algo tuvo que ocurrir para que saliera sin avisar. Porque, dudo mucho que esté comprando algo o visitando a alguien a esta hora. Dime, ¿qué pasó mientras cenaban?

—Nada, créeme. —De pronto, recordó la llamada de Valentina. Cerró los ojos y suspiró—. Creo saber qué pudo molestarla.

—¿Qué? —Quiso saber Abrianna.

—Recibí una llamada de Valentina, y seguro...

Su prima lo interrumpió.

—¿Hasta cuándo esa mujer en tu vida? ¿No ves que solo te traerá problemas? —Lo punzó, aprovechando el momento. Odiaba con todas sus fuerzas a esa mujer, que lo único que hacía era utilizar a su primo.

—No pienso volver a discutir contigo por Valentina, menos ahora. Mi prioridad es saber dónde diablos se metió tu amiguita.

—Vale, lo siento, tienes razón, discúlpame; pero no entiendo qué tiene que ver la llamada de Valentina con Giovanna. ¿Por qué piensas que fue eso lo que la molestó?

Cícero enmudeció, la verdad era que no sabía cómo explicar el tipo de relación que mantenía con Giovanna, porque ni él mismo lo entendía. Lo que no esperó fue que su prima manejara cierta información y que, su silencio, lo único que hizo fue darle validez a sus deducciones.

—Te involucraste con ella, ¿verdad? ¿Es eso?... Sí, claro que es eso. ¡Joder, Cícero! ¿Por qué ahora? Sabes a la perfección lo mal que está Giovanna con todo esto de Doménico, como para que vengas ahora a joderle la vida, enredándola en tu complicada vida amorosa.

Él frunció el ceño, confuso.

—Sé muy bien que mi vida es una mierda, pero te aseguro que jamás

planifiqué involucrarme con ella. No así, no de este modo —confesó en voz baja.

—¡Ah, no! Entonces, ¿por qué le envías flores al trabajo? —preguntó en tono mordaz—. No seas descarado, sabes muy bien que, a mí, querido primo, no puedes engañarme. Conozco tus métodos de seducción, y las flores forman parte del plan.

—¿De qué hablas?, ¿flores? Nunca le he enviado flores a Giovanna.

La noticia les cayó como un balde de agua fría y, de inmediato, en sus mentes, un universo de suposiciones y aciertos comenzó a tomar vida.

Doménico.

Aquel nombre resonó en sus cabezas como fuegos artificiales en noche vieja.

—¡Oh, Dios mío, tiene que ser Doménico! Sino fuiste tú, estoy segura de que ha sido él, quien le ha estado enviando flores a Giovanna y, la muy ingenua, ha creído todo este tiempo que eras tú.

—Pero ¿cómo es posible?, ¿por qué Giovanna pensaría eso? ¿Y por qué nunca me lo mencionó? —A Cícero le comenzó un fuerte dolor de cabeza. Se frotó la frente y cerró los ojos por unos segundos.

—Ay, Cícero, sabes bien lo orgullosa que es y; él día que hablamos sobre las flores, me comentó que se sentía confundida por tu manera de actuar. Aseguró que unos días eras un sol radiante y otros una completa tormenta.

—No es fácil vivir con ella. Dejarla entrar en mi mundo ha sido duro, como estoy seguro de que a ella todo esto le ha parecido una locura. Sin embargo, te aseguro que nunca he querido hacerle daño, nunca.

—Si te soy sincera, no sé qué pensar, porque confié en ti para protegerla, y mira cómo ha terminado todo.

—Pequeña, prometo aclarar todo este mal entendido. Pero con la seguridad de que Doménico ha regresado a su vida, todo lo planificado cambia; ahora,

más que nunca, debo protegerla.

—Hasta de ella misma. —Abrianna completó las palabras, sintiendo un nudo en el pecho, a causa del pánico que le provocaba saber que Doménico no había cumplido la promesa de mantenerse lejos de su mejor amiga.

—Me urge saber dónde está, porque...

La puerta del apartamento se abrió, callando a Cícero, quien contuvo la respiración hasta que la vio traspasar la puerta.

—¿Dónde demonios estabas? —gritó, fuera de sí, soltando todo el aire de sus pulmones.

Colgó la llamada sin despedirse de su prima, su mente se nubló cuando la observó sonreír como si no pasara nada. A veces, podía asegurar que Giovanna vivía en un mundo paralelo.

—Deja de gritarme, Neandertal, que estoy de buen humor y no deseo aguantarme tus patanerías —respondió, quitándole importancia al asunto y, caminó directo al cuarto de huéspedes.

Cícero la siguió como un león enjaulado a punto de devorar a su presa.

—¿Dónde estabas, Giovanna Donati? Contéstame, porque te aseguro que has consumido toda mi cuota de paciencia.

—¡Ah, sí! ¿Y por qué tengo que darte explicaciones de mi vida? —Se giró y lo enfrentó cara a cara—. ¿A caso tú me las das a mí? No, principito, estás muy equivocado si crees que seré el juguete que tomas y, cuando te cansas, lo dejas a un lado. ¡Esa conmigo no va, muchachote! —Negó con la cabeza mientras manoteaba, alterada, cerca de su cara.

Fue inevitable que las lágrimas comenzaran a brotar a borbotones de sus ojos, y se odió por demostrarle esa parte débil de ella.

—Si estás molesta por la llamada de Valentina, déjame explicarte que...

Ella lo interrumpió.

—¿Te he pedido alguna explicación? No, ¿verdad? ¿Y sabes por qué? —

No lo dejó hablar, estaba histérica y la ira consumía su cordura—. Porque no me interesa ni tu conversación con esa arpía ni nada que tenga que ver contigo, Cícero Liotta. ¡Por mí, ambos pueden irse a vivir juntos al mismísimo infierno! —decretó y caminó fuera del cuarto.

Cícero la detuvo bajo el marco de la puerta, agarrándola por el brazo.

—¡Suéltame!

—Tenemos que hablar de Doménico —declaró de la peor forma, pues en realidad, Cícero carecía de tacto.

Al escuchar aquel nombre, la mujer se paralizó, abrió los ojos y comenzó a hablar.

—¿Qué sabes de él?

Cícero soltó su brazo y la invitó a sentarse en el sofá del salón.

—No me voy a sentar, dime de una vez, qué tienes que decirme —pidió de forma malcriada.

—Primero, quiero que me digas desde cuándo estás recibiendo flores.

—¿Los tulipanes?

Cícero afirmó.

—¿No me los has enviado tú? —Ladeó la cabeza pensativa, y frunció el ceño extrañada de aquella pregunta.

«Espera un momento, él acaba de nombrar a Doménico y ahora pregunta por las flores. ¿Qué pasa aquí? No, no puede ser verdad», solo con pensar aquello, y sintió cómo el miedo invadía su cuerpo. Caminó hacia atrás, hasta que su espalda tocó la pared fría, y se llevó una mano a la boca.

Se negaba a creer, que fuera verdad lo que estaba suponiendo. No, tenía que ser una inmensa mentira. Una broma de muy mal gusto.

—¿Desde cuándo las estás recibiendo? —Volvió a preguntar, acercándose a ella.

—No las enviaste tú, ¿cierto? Las envió él. —Mordió los nudillos de su

mano temblorosa y apretó los ojos con fuerza mientras negaba con la cabeza varias veces. Lloró en silencio y sola, ahogada en su propio llanto hasta que Cícero se sentó a su lado y la abrazó.

«*No, no, no quiero verlo. Sé que no estoy preparada para enfrentarme a él*», suplicó en silencio, con un pánico que pensó que jamás volvería a sentir.

—No dejaré que te haga daño, lo juro por mi vida —sentenció y la tomó por la cintura para sentarla sobre sus piernas y así poder envolver el cuerpo de la chica por completo con el suyo.

—Sabe dónde trabajo... —balbuceó, aterrada, entre lágrimas—. Olvidé que él también conocía cuáles eran mis flores favoritas. ¡Qué estúpida fui! —exclamó y reventó en llanto.

—No, no seas tan dura contigo. ¡Basta ya de autoflagelarte!

—También fui una estúpida al suponer que eras tú. —Limpió un poco su rostro y aspiró por la nariz.

—¿Dónde estabas? —insistió, cayendo vertiginosamente al abismo de los celos.

Giovanna decidió no contestar, no tenía ninguna obligación ni existía algo entre ellos como para contarle que había estado con Joshua.

No, no iba a hacerlo.

Jamás.

La mente de Cícero se debatía entre dos hipótesis sobre dónde y con quién había estado, pero su ego quiso dejar a un lado la verdad latente de otro hombre. Además, con toda esa información de Doménico, tenía que buscar la manera de ponerla a salvo.

—Quiero llevarte lejos de aquí..., al menos por unos días.

Giovanna levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿A dónde? —Quiso saber y recordó con tristeza la última conversación que había tenido con Abrianna, donde le pedía detener los trámites de su

traslado a la India. ¡Qué ilusa había sido al creer que Doménico la dejaría en paz!

—¿Recuerdas la casa que tiene mi padre en Venecia?

La chica asintió, habían ido un par de veces en verano, años atrás, cuando vivía con su familia.

—Podemos irnos mañana en el primer vuelo, ¿estás de acuerdo?

—No me importa el lugar, con tal de poner distancia entre él y yo.

Cícero la soltó para impulsarse con las manos y poder ponerse de pie, con ella rodeándole las caderas con sus piernas, y los brazos alrededor de su cuello.

—Tengo que hablar con Doménico, llegó el momento de enfrentarlo.

A Giovanna el aire se le escapó de los pulmones, impidiéndole respirar. El miedo le corrió por toda la piel, erizándole los vellos de la nuca. Perdió la fuerza de sus piernas y, aquel miedo de volver a verlo herido por Doménico, la puso más nerviosa.

—No. —Dejó caer sus piernas al suelo y se incorporó frente a él—. No quiero que hables con él ni que lo busques. Prefiero ir a la policía y denunciarlo.

—Eso no tiene sentido, Gio. No hay motivos válidos para poner una denuncia en su contra.

—¡Me ha enviado flores!

—¿Enserio crees que unas simples flores harán que la policía lo detenga? Piensa lo que estás diciendo.

—Con las flores me enviaba notas —agregó.

—¿Dónde están?, ¿fueron escritas a mano o son impresas?

—Las dejé en el periódico y son tarjetas impresas.

Cícero no quiso admitir que Doménico actuaba de forma inteligente, dejando pocas o ninguna evidencia en su contra. Igual que en el pasado.

—No sirven de nada.

—Prométeme que no lo buscarás, por favor —pidió. separándose de él.

—Gio, no puedo...

—Prométemelo.

No quería llevarle la contraria, a pesar de estar seguro de que no corría ningún peligro por el simple hecho de hablar con Doménico, ya los años habían pasado y ambos eran adultos y; como tal, podían mantener una conversación civilizada. Así que le agarró la mano y la haló hacia él para abrazarla.

—No haré nada que te preocupe, es suficiente con lo que tienes ahora. Si no quieres que lo llamé, no lo haré —recalcó, acariciándole la espalda de arriba abajo.

Ya pasada la media noche, cuando Fabio, el padre de Abrianna, llamó a Giovanna. Al despertar, en Delhi vio un par de llamadas de su hija y, al conversar con ella, se enteró de lo sucedido en Ravena.

—¿Cómo está mi niña bonita? —preguntó con ternura.

Escuchar a la persona que la había protegido, cuidado y dado tanto amor por años, cuando su propio padre no lo hizo, terminó de romper la represa de sus emociones. No existían palabras para describir todo el cariño y agradecimiento que sentía por Fabio De Luca.

—Extrañándote mucho, no sabes lo que daría por tenerte a mi lado.

—Lo sé, Gio. Nosotros también te extrañamos mucho, pero estoy seguro de que mi sobrino está cuidando muy bien de ti. ¿Cierto?

Giovanna, que se encontraba en el cuarto de huéspedes, guardando ropa en una maleta, contestó:

—Sí, pero a veces pienso que abuso de su hospitalidad y que, algún día, los obstinaré a todos ustedes con mis problemas y...

—No, cariño, olvídate de eso. Formas parte de nuestra familia, y todo lo que hemos hecho y hacemos es con mucho amor.

Giovanna suspiró, sin poder evitar que un par de lágrimas rodaran por sus mejillas.

—Abi te contó lo de las flores, ¿verdad?

—Sí, por eso te llamo, para pedirte que reconsideres la idea de venirte con nosotros o; de lo contrario, que salgas de la ciudad. Por lo menos mientras averiguamos qué intenciones tiene Doménico.

—¿Qué estás pensando?

—Sabes que nunca hemos hablado con medias verdades, mucho menos con mentiras.

—Sí, lo sé. Dime qué piensas.

—No quiero que mis suposiciones te alteren más, pero necesito que analices todo lo que pudiera pasar, para que, si ese desgraciado intenta algo, logres encontrar una salida. ¿Entiendes?

—Sí.

—Creo que las flores son la punta del *iceberg*; tú, mejor que yo, sabes lo obsesivo que Doménico fue contigo. Y nada nos garantiza que haya cambiado, sino todo lo contrario. Por lo tanto, quiero que estés alerta, que no bajes la guardia nunca. Prométemelo.

—¿Crees que intente acercarse a mí?

—No quiero ni pensarlo, pero tampoco estoy ahí para evitarlo. Por eso, prométeme que estarás atenta a todo lo que te rodee y más cuando estés sola.

—Te lo prometo.

—Bien, ahora necesito hablar con Cícero.

—Espera un momento, que está en su habitación.

En cuanto entró a la habitación, lo vio acostado con un brazo detrás de la cabeza y, en la otra mano, sostenía su teléfono.

—Tu tío, Fabio, quiere hablar contigo —anunció y le entregó el móvil.

Cícero se incorporó, dejó su teléfono sobre la cama y recibió el de Giovanna.

—Hola, viejo, ¿qué tal todo?

La joven decidió regresar sobre sus pasos, no deseaba escuchar la conversación. Con lo que le había comentado el padre de su amiga, tenía para no sentirse en paz por un largo tiempo.

Se acostó molesta, esa noche decidió dormir sola en su cuarto. A pesar, de que se sentía muy mal por todo lo que había descubierto sobre Doménico, también estaba furiosa con Cícero, por las cosas que había dicho de ella y, peor aún, dejarla para irse con Valentina.

CAPÍTULO 24

Venecia, Italia.

Apenas llegaron a la ciudad, Cícero se dio cuenta de que Giovanna se sentía tranquila, su rostro más risueño y el cuerpo menos rígido se lo confirmaban. Aunque no pudo evitar que fumara un par de veces durante el viaje.

Cuando llegaron a la casa, los esperaba frente al portal la señora que se encargaba de su mantenimiento, que, diez minutos antes, Cícero había llamado. Los saludó con afecto y después de conversar durante un rato, les entregó un juego de llaves y se marchó.

Lo que el hombre no sabía era que Giovanna intentaba mostrarse fuerte, animada y fingía normalidad ante él, pero en realidad, las palabras de Fabio seguían retumbando en su cabeza.

«Las flores son la punta del iceberg». Recordaba, una y otra vez.

Al entrar, sonó el móvil de Cícero. Era su madre.

—¿Llegaron bien?

—Sí, ya estamos en casa.

—Me alegro. Oye, hijo, tu tío nos llamó hace unos minutos y nos contó un poco sobre lo sucedido. ¿Cómo está Gio?

—Mejor, mamá.

—Saben que pueden quedarse el tiempo que quieran.

—Sí, sí, lo sé. Gracias por la ayuda.

—Nada que agradecer, Gio es como una hija para nosotros.

—Creo que venir aquí fue una gran idea.

—Estoy de acuerdo contigo, cariño. Si necesitan algo más, me avisan de inmediato.

—No te preocupes y cuídate. Un beso.

—Nos vemos pronto, mi amor. Adiós.

Giovanna cerró la puerta y, luego de abandonar las maletas en el salón, caminó hasta la terraza. Amaba las vistas desde ahí, se podía ver casi por completo el gran canal de Venecia. Hacía muchos años que no visitaba la ciudad y le resultó agradable recordar los momentos felices que vivió allí, junto a Abrianna y Cícero.

La casa era enorme, de hecho, era un palacete del siglo diecinueve, herencia del padre de Cícero. Entre los tres pisos de construcción, había cuatro dormitorios, tres baños, dos salones, cocina, un pequeño huerto en la parte de atrás y su propio embarcadero, a pocos metros de la entrada principal.

Pero lo que hacía de aquella casa acogedora era su decoración, tan elegante como cálida. Giovanna regresó al salón por su equipaje, cruzó el umbral y subió a la habitación donde siempre había dormido con su amiga.

Al llegar, cerró la puerta, se quitó las botas de cuero y fue directo a la cama. Estaba agotada física y mentalmente. Antes de que transcurrieran cinco minutos, se había dormido profundamente.

Horas después, Cícero hundió el codo en la almohada y, gracias a la luz que se filtraba por los pliegues de la cortina, pudo contemplarla por un tiempo. Hasta que la joven movió la cabeza y estiró el cuerpo.

—Gio, es hora de que comas algo. Despierta.

—No quiero —balbuceó—. Tengo sueño.

—Tienes muchas horas sin comer. Anda, levántate.

—¿Qué hora es?

—Las ocho de la noche.

—¡Dios, he dormido todo el día! —expresó, levantándose con pereza y; Cícero, respondió con un asentimiento de cabeza.

—Mientras dormías, fui al mercado y compré comida para varios días. Preparé espaguetis y una ensalada —comentó, entusiasmado, y la ayudó a terminar de ponerse de pie.

—¿Compraste vino?

Cícero emitió un gruñido y su entusiasmo pasó a la decepción.

—¿Te importa más el vino que la comida? —preguntó, exasperado.

—Casi.

—Por lo menos, podrías darme las gracias por proveerte alimentación. — Se obstinó y salió del cuarto.

Ella no quiso contestarle, no estaba de ánimo para comenzar una discusión con él, menos ahora, que su estómago se había despertado y moría de hambre.

Cenaron en silencio, uno muy incómodo y poco frecuente entre ellos en los últimos días. Y cómo no, si todo había cambiado de forma radical desde que él había estado con Valentina, y ella con Joshua.

Ninguno se reconocía.

Con el anochecer, había llegado un viento fresco, por lo que, Cícero, cerró las ventanas. Giovanna regresó a la habitación y, después de lavarse los dientes y cambiarse de ropa, encendió el televisor para distraerse un poco, ya que no tenía sueño. O quizá era una excusa para mantenerse lejos de Cícero.

Él se entretuvo, conversando por casi una hora con Abrianna y su tío Fabio, que ese fin de semana había viajado desde Delhi hasta Agra, para compartir unos días con su hija. Por lo que, el joven aprovechó la ausencia de Giovanna para analizar con detalle las acciones que, hasta la fecha, sabían de Doménico.

Ellos tampoco estaban de acuerdo en que él lo llamara o buscara la forma de enfrentarlo. Consideraban que lo más prudente era conversar con los padres de la joven y así ellos podrían exigirle a los Palmieri, cumplir con el acuerdo pactado, años atrás.

Sus argumentos no convencieron a Cícero del todo, él seguía con la idea en

la cabeza, tenía que hacer algo.

Se despidió de ellos con la promesa de mantenerlos al tanto de cualquier cambio. Dejó el teléfono sobre la mesa del comedor y subió a la última planta, donde sabía que hallaría a Giovanna.

Su paciencia tenía un límite y estaba a punto de rebasarlo. Había pasado todo el día buscándola y no logró dar con ella por ningún lado. Esperó frente a la casa donde sabía que vivía Abrianna, y ni rastro de su chica.

Al día siguiente tenía que viajar con su padre fuera de la ciudad; y necesitaba verla, porque solo saber de ella, tener el control de sus pasos o tenerla cerca calmaba ese sentimiento que, de pronto, crecía en su interior y que, al estallar, lo volvía loco.

Ella debería estar con él, porque cada día que pasaba, perdía la posibilidad de hacerla feliz, y eso le provocaba un dolor inmenso, tan grande como su ausencia. Desde que la había perdido, a su vida le faltaba lo más vital que era su amor. Sin Giovanna, el mundo era intolerable.

Golpeó el móvil contra su frente varias veces, necesitaba pensar en dónde podía hallarla. En los últimos días, conseguía consuelo viendo, una y otra vez, las fotos y videos que guardaba de ella tanto en su portátil como en el teléfono.

¿Dónde podría estar y con quién?

¿Sabía ella el daño que le causaba con su ausencia?

No, claro que no, jamás la culparía de su sufrimiento. Toda la culpa era de él, eso lo había asumido hace años, cuando su temperamento e inmadurez causaron su separación.

—Gio no tiene la culpa —murmuró y encendió el motor del auto—. No debes enfadarte con ella, al fin y al cabo, todavía no hemos hablado. En cuanto

me vea, todo cambiará para los dos.

Cansado de esperar en el mismo lugar, condujo hasta el apartamento de Cícero Liotta. No tardó ni veinte minutos en estacionar cerca del edificio, la oscuridad de la noche y la poca luz en aquella calle, lo ayudaría a pasar desapercibido.

Una vez ahí, decidió llamar de nuevo a su padrino; con seguridad, le sacaría algo de información. Marcó una vez y, al cuarto repique, saltaba el buzón de mensaje. Insistió un par de veces más.

—¡Contéstame, cabrón! —gritó y golpeó con la mano izquierda el volante.

Repitió la llamada unas cinco veces, hasta que dejó de repicar; en cambio, salía una operadora, informándole que el número se encontraba fuera de servicio.

—¡Maldito, cobarde! —rugió con la cara roja, producto de la impotencia—. ¿Cómo te atreves a apagarme el móvil? Viejo miserable.

Abrió la puerta del Bentley negro, bajó y lanzó el teléfono sobre el asiento. Necesitaba calmarse, respirar y pensar con claridad. Se inclinó hacia el interior del auto para agarrar un cigarro y el encendedor. Dio una profunda calada mientras caminaba de un lado a otro, en medio de la calle.

Conocía lo pusilánime que era el viejo Donati, seguro que se encontraba acompañado de la bruja de su mujer y, acobardado, decidió ignorar su llamada. Sentía lástima por esas asquerosas personas, aún no entendía cómo podían ser los padres de una mujer tan perfecta como Giovanna.

—No te queda de otra que llamarla. —Se dijo y, de inmediato, las pulsaciones se le dispararon.

Una de las tantas cosas que él amaba de ella era que lograba que su cuerpo sintiera un frenesí, con tan solo mencionar su nombre. Era como un afrodisiaco; tal vez, como la droga más potente y exquisita que un hombre podía consumir.

Junto a ella, había vivido su primera vez en todo, y no se arrepentía de haberla escogido para descubrir la vida. Porque con ella, el camino había sido y seguiría siendo intenso, incondicional, auténtico y maravilloso.

Por todo eso y más, estaba ahí, de pie, luchando por recuperarla.

Con las manos temblorosas entró al auto para recoger el móvil; salió y levantó la cara al cielo para tomar una bocanada de aire.

Juraría que los latidos de su corazón iban al compás de los repiques del teléfono.

Dos, tres, cinco... Nada.

No contestó.

Apagó el cigarro con la suela del zapato e intentó de nuevo.

Dos, tres, cinco, siete repiques...

—¡Maldita sea! —Lanzó el aparato contra el suelo y vio cómo, al estrellarse, se partía en varios pedazos.

—¿Por qué no me atiendes? ¡Eres mía!

Entre gritos se giró y, con todas sus fuerzas, impactó el puño derecho sobre la ventanilla. Los trocitos de cristal saltaron, dejando la puerta trasera sin vidrio. Con los nudillos ensangrentados, comenzó a patear las ruedas y a golpear la carrocería del auto. Se sentía frustrado, humillado e ignorado, cuando él debía ser prioridad para ella.

—Mía, mía, mía... De nadie más —repitió, cegado por la furia.

Giovanna escuchó cuando su teléfono sonó, estiró el brazo hasta la mesita de noche y lo agarró. Al leer: número privado. Decidió no contestar y cambió la configuración de tono a vibrador. Lo devolvió a su lugar y siguió viendo la serie de Vikingos.

No quería hablar con nadie, su ánimo apestaba y prefería no contaminar a otros con su mala vibra. Lo que no esperó fue la intromisión de Cícero.

—¿Qué quieres, Liotta? —Le preguntó, cuando escuchó que él tocaba su puerta.

—¿Por qué has echado llave?

—Porque este es mi cuarto, lárgate al tuyo.

—Giovanna, abre —pidió con aparente calma.

—No quiero, hazme el favor de irte por donde viniste.

—¿Qué mierda te pasa?, ¿por qué no me dejas entrar?

Giovanna se levantó, furiosa y; pegada a la puerta, le gritó:

—Ah, pero es que al niño le duele que lo ignoren. ¡Me alegro!

—Abre.

—¿Para qué? Ya te dije que no quiero.

—No seas infantil y enfrenta los problemas dando la cara. Si tienes que decirme algo, pues atrévete, cobarde.

Y esa palabra fue suficiente para que la mujer, enardecida, abriera la puerta.

CAPÍTULO 25

Sus miradas se encontraron y, Cícero, pudo leer que de verdad estaba furiosa, Giovanna se llevó las manos a la cintura y levantó el mentón para enfrentarlo.

—¿Por qué has echado llave? —Volvió a preguntar, le había disgustado que lo dejara afuera, lejos de ella.

—Ya te lo dije, ¿eres sordo o qué? Este es mi cuarto, tú vete a dormir en cualquiera de los que quedan libres.

—¿Y por qué quieres dormir sola?, ¿qué hice para que estés molesta conmigo?

Cícero frunció el ceño, extrañado por su comportamiento; días atrás, Giovanna, prácticamente, le rogada para que durmiera a su lado.

«Las mujeres se vuelven locas y no avisan». Concluyó, molesto.

—De verdad que no te enteras, ¿cierto?

—¿Puedes dejar el maldito juego de palabras y soltar todo el veneno que llevas por dentro?, ¿o crees que puedo leer la mente?

—Ah, ahora vas de chistosito. ¡Bravo, Liotta! Sigue así, que ya te veo ganando el premio mayor de la lotería.

El hombre emitió un gruñido.

—¿Por qué tiene que ser tan complicado entendernos?, ¿tanto te cuesta abrir esa boquita y explicarme?

Tic Tac.

Tic Tac.

Su paciencia se agotaba.

Mientras los minutos pasaban, Giovanna iba cerrando, poco a poco, los párpados, prensando los puños y apretando la mandíbula. No podía creer que

él no tuviera ni la más mínima idea de porqué estaba enfadada, obstinada, cansada y harta de él y de todas sus indecisiones.

Mirándola en el estado que se encontraba, podía jurar que era la viva imagen de un cascabel erguida, a punto de trepar sobre su presa. Jamás la había visto tan molesta, por lo que, calló y pensó en las posibles razones de su cambio.

—¡No lo puedo creer!, ¡es eso, ¿verdad?! No, imposible. Es una estupidez —habló, dando vueltas en círculo mientras se frotaba sobre las cejas.

—¿Qué es una estupidez para ti, Cícero?

Él se detuvo y eliminó el espacio entre ellos. Rozándole los labios con su boca le dijo:

—Valentina.

Y antes de que ella brincara sobre él, le agarró las manos y pegó su espalda contra la pared. No tenía escapatoria, su cuerpo estaba inmovilizado.

—¡Suéltame, Neandertal! —Forcejeó hasta que perdió las fuerzas y las ganas de seguir en ese bucle absurdo.

—Si te calmas, prometo soltarte, ¿de acuerdo?

Ella asintió y volteó la cara, odiaba que su cuerpo reaccionara con el simple roce de su piel o con solo oler su perfume.

—Aléjate de mí —exigió con los ojos cerrados.

—No.

—Quítate.

—No.

—Cícero, suéltame.

—Mírame, Gio.

Ella negó con la cabeza.

—Valentina no existe ya en mi vida. Se acabó.

Y el mundo se abrió bajo sus pies, paralizándola en medio de un torbellino

de emociones.

Imposible, le estaba mintiendo, él jamás terminaría con ella. La quería muchísimo y habían vivido demasiadas cosas juntos como para sacarla de su vida de un día para otro.

No.

Imposible.

No podía creer que ahora fuera un mentiroso.

—Habla, dime algo. —Le pidió y soltó sus manos para acunarle el rostro. La forzó a girar la cabeza, y esperó hasta que ella abriera los ojos para poder repetírselo mirándola de frente.

—Se acabó, créeme. Leo en tus ojos y siento cómo tienes el cuerpo comprimido. ¿No confías en mí?

No había palabras que expresaran lo que sintió. Si lograra compararlo con algún hecho vivido, quizá podía semejar al momento en que lo vio por primera vez. Ese instante que sus ojos lo detallaron, dando inicio a un amor juvenil, que fue convirtiéndose, a lo largo del tiempo, en un imposible.

De la misma manera que le llegó la rabia minutos antes, ahora la colmó su propio miedo. Porque si era cierto lo que él le estaba confesando, existía la posibilidad de...

«Mierda, Giovanna. Ya comenzaste a soñar con cuentos imposibles, que solo existen en tu cabeza».

Se reclamó y, la intensidad de lo que sentía, hizo que las lágrimas mojaran su cara.

Cícero quería a esa mujer y no había sido consciente de cómo había pasado o de cuán grande era el sentimiento hacia ella hasta que la vida lo acorraló para demostrarle que era real.

Ahora era consciente de cómo su actitud hacia ella fue cambiando día tras día, de cómo dejó de ser una simple amiga para convertirse en alguien

especial, pero no estaba seguro de que Giovanna quisiera lo mismo que él.

¿Y si ella decidiera irse y dejarlo a un lado como siempre hacía con sus parejas?

¿Cómo podía lograr él ser indispensable en su vida?

Cícero entendió que las palabras sobraban y que si quería que ella le creyera, debía demostrárselo. Así que la besó con suavidad, allanando el camino. Primero le mordió los labios, hasta que los sintió un poco hinchados; después, ignorando su resistencia, penetró su boca, saboreando su delicioso sabor.

Una divina calidez se extendió por todo su cuerpo, así como una sensación desconocida para él. Ese sentimiento que llega de pronto, sin avisar; que colma el alma de forma inexplicable y te hace sentir pleno, dichoso.

Giovanna abrió la boca y gimió al reconocer su sabor. No pudo seguir negándose al placer de sus besos, a acariciarle los labios con su lengua, a rodear su ancho torso con ambos brazos y deslizar las manos por sus nalgas.

Él bajó hacia su mandíbula y, desde ahí, comenzó a repartirle pequeños besos por toda la cara, hasta que llegó al cuello que probó, lamió y mordió con suavidad.

El sentimiento era cada vez más fuerte y la idea de tenerla, no solo esa noche, lo llevó al límite.

Se conocía y por todo lo que había vivido en sus anteriores relaciones, no sería capaz de compartirla con otro hombre, con Giovanna era todo o nada. Y para conseguirla tenía que arriesgarse, porque conocía su pasado, sus fantasmas, los traumas y sus inseguridades. Nada fácil para un hombre como él, que tenía el récord de las peores relaciones amorosas; aunque algo en su interior le gritaba que con ella iba a ser diferente.

Volvió a besarla, esta vez más fuerte, más profundo. Reclamando su cuerpo con desesperación. Trazó con los dedos su abdomen y ascendió hasta sus

pechos. Giovanna se apartó un poco y le permitió desvestirla. Luego, lo hizo ella, porque necesitaba sentirlo piel contra piel.

Ambos cuerpos palpitaban por la anticipación cuando él la abrazó y volvió a besarla, pero, esta vez, de forma premeditada, lenta y tortuosa. La agarró por las nalgas y, con un rápido movimiento, la alzó sobre sus caderas. Ella le rodeó la cintura con las piernas y, con sus brazos, el cuello. Terminando él encajado y envuelto por el cuerpo de Giovanna.

Sus ojos verdes le recorrieron de lado a lado el rostro, hasta detenerse para contemplarse en los azules aguamarina de él. Ese era uno de los rasgos que más le gustaba de Cícero, sus ojos, porque eran diferentes a otros del mismo color.

Por los mil demonios, que ese hombre era lo más bello que había visto en toda su vida y; aunque había tenido la suerte de estar con hombres muy apuestos, ninguno pudo conseguir que ella lo viera como a él.

Cícero comenzó a frotarse contra su pelvis y sintió cómo el calor de su cuerpo aumentaba, tanto como su erección. Giovanna disfrutó, gozó y se estremeció cuando él, con una mano, tomó su pene y empezó a rozar con la punta, una y otra vez, su punto más sensible, hasta llevarla al borde del precipicio, para penetrarla justo cuando ella cayera al vacío.

Giovanna balbuceó su nombre y, él, se hundió en su cuerpo hasta que estuvo completamente dentro de ella. No se detuvo ni le dio tiempo a reaccionar, comenzó a salir y a entrar con fuerza mientras le invadía la boca.

El pulso retumbaba en sus oídos y su respiración estaba muy acelerada.

—¿Te gusta?

—Sí —susurró—. No pares.

—No lo haré, quiero hacerte sentir como nunca nadie lo ha hecho.

—Contigo es diferente.

—Lo sé, lo siento, pero dime cómo te gusta, ¿qué quieres que te haga?

—Solo finge que me amas y bésame a mí, pensando en mí, no en ella — recalcó, celosa. La verdad era que no creía que hubiese olvidado a Valentina, como él aseguraba.

—Ella ya no existe, Gio.

Sus bocas se buscaron con premura, sus cuerpos cubiertos de sudor se entrelazaron mientras se fundían con el vaivén de sus caderas.

De repente, la agarró con fuerza y caminó con ella en brazos hasta la cama. La dejó caer, poco a poco, de espalda a la cama, sin salir de su cuerpo. La cubrió por completo y, mientras una de sus manos le acariciaba los pechos con ternura, volvió a besarla.

Eran movimientos llenos de erotismo, morbo y muchísimo deseo. Con sus almas y sus cuerpos unidos, llegaron al límite del placer que fue creciendo dentro de ellos como una espiral.

Giovanna no cerró los ojos, siempre prefería contemplar su rostro cuando alcanzaban el orgasmo y él se derramaba dentro de ella. Al igual que sentir esas últimas embestidas, donde la piel se le erizaba y las venas del cuello le palpitaban sin control. Amaba todo de él.

Esa era su verdad absoluta.

Minutos después, envueltos entre las mantas y con la firme creencia de que lo vivido había sido especial y perfecto, Cícero se las jugó todas.

—¿Qué tengo que hacer para que confíes en mí? —preguntó, con el cuerpo ladeado para poder verla de frente.

—Nada, nada de lo que hagas me hará cambiar. Soy incrédula por naturaleza, la vida me ha enseñado a no confiar en nadie.

—No es cierto, confías en mi familia.

—Ellos son diferentes.

—Pero confiaste en mí cuando fui a buscarte a casa de tus padres. ¿Qué ha cambiado?

—Todo.

—Explícate.

—Ya no somos los mismos.

—¿Qué dices? Hablas sin sentido.

—El hombre que me ve ahora mismo no es ni la sombra del que llegó ese día a casa de mis padres, obligado por su prima.

Cícero calló, ella tenía razón. Por un segundo, revivió ese domingo; estaba viendo un partido de fútbol con su padre cuando Abrianna lo llamó, exigiéndole que rescatara a su mejor amiga.

¡Qué egoísta había sido!

—Sé que muchas veces fui un patán contigo, pero te pido, por primera vez, que hagas un esfuerzo y confíes en mí. Merezco una oportunidad. Solo una.

Giovanna le sostuvo la mirada mientras se debatía entre un sinfín de respuestas que darle. Pero los latidos desbocados de su corazón sentenciaron su futuro, por todos los cielos, necesitaba creerle y confiar.

Aquella imagen de chica libertina, alegre y que todo le daba igual la había ayudado a seguir de pie, después de haber superado el trauma de la violación, pero, en el fondo, era una simple chica, deseando ser amada por el hombre que adoraba.

—¿Qué quieres de mí, de nosotros? Sabes que yo no...

Cícero la interrumpió.

—Sé quién eres, conozco tu tenacidad, tu inteligencia, tu fuerza; así como tu terquedad, tus miedos, debilidades...

—¿Y qué propones? —Lo interrumpió, porque si lo que entendía era cierto, quería que le hablara claro; no estaba dispuesta a estar con él, mientras sentía que pisaba un terreno minado de explosivos.

—Te propongo un futuro.

—¿Un futuro?

—Sí, juntos. Tú y yo, despertando cada mañana, amándonos cada noche y todos los días.

—¿Hablas en serio? —Ella no podía creer lo que escuchaba, sintió un frío correr por sus venas y los latidos de su corazón se volvieron pesados, provocando que el aire no llegara a sus pulmones.

—Sí, muy en serio. —Él se movió, quedando encima de ella mientras apoyaba el mentón entre sus pechos y la miraba fijamente a los ojos, con intensidad e ilusión.

—¿No te parece que es demasiado? Mejor empecemos a salir y vamos viendo si funciona o no.

—¡Qué! ¿Estás loca, mujer? —Frunció el ceño—. Quiero que sigamos viviendo juntos, pero como pareja. Quiero que todo el mundo sepa que eres mi novia, mi mujer; y así tener un motivo para romperles la cara a todos tus pretendientes, a todo el que te mire con interés.

—¿También me pondrás un bozal de perro? —bromeó con el corazón latiéndole a millón. No podía creer que uno de sus mayores sueños dependiera de un sí de sus labios, para convertirse en su realidad.

Cícero soltó una carcajada y la abrazó, rodando con ella.

—Un bozal no será necesario, quizá me conforme con instalarte un GPS con sonidos, para saber en todo momento dónde y con quién estás.

—Eres un Neandertal.

—Lo sé, pero aun así, te gusto.

—Porque tengo problemas mentales —bufó, blanqueando los ojos.

—Entonces, ¿quieres ser mi novia?

—Mmm..., déjame pensarlo... —Al cabo de un momento, se acopló sobre él, entrelazó sus manos y las elevó sobre su cabeza, tomándolo como prisionero; rozó sus labios brevemente e inició un recorrido de caricias—. Cícero...

—¿Umm...? —Él se dejaba hacer, disfrutando de sus caricias, de su roce, de su olor, mientras sentía cómo el deseo despertaba con fuerza, reflejándose en su cuerpo.

—¿Tienes claro que, si acepto ser tu novia, esta boquita será únicamente mía? —Tomó su labio inferior entre sus dientes y le dio una enérgica mordida, sin llegar a lastimarlo.

—Umm..., sí... —Quiso liberar sus manos y tomarla de la cintura, para calmar el poderoso deseo de sentirse dentro de ella, pero Giovanna no lo dejó; en cambio, afirmó el agarre de sus manos y empezó a rozar sus partes más sensibles, provocándolo, nublando sus pensamientos.

—Y tus ojos... —Detuvo sus besos para perderse en su mirada—. Míos, ¿entendido? —Para ese momento, Cícero había perdido la voz; en la profundidad de sus ojos, pudo ver la inigualable belleza de Giovanna. Sentía que, por primera vez, pertenecía a alguien y, que, ese amor, esa mujer, podía ser solamente suya.

—Sí, Gio..., mis ojos, mis labios, mis manos... Cada parte de mí, será solo tuyo; así como quiero que tú, seas única y exclusivamente mía..., mía.

Ella no podía describir la magia de ese momento, lo sublime que era entregar su cuerpo y alma a la persona que siempre había deseado, que siempre había amado y; que, de alguna manera, siempre había esperado.

Unió sus cuerpos sin liberar sus ojos, sintiendo cómo la llenaba en un plano superior a lo físico.

—Entonces, mi respuesta es sí, Cícero Liotta.

—¿Sí? —inquirió, sintiéndose incrédulo en la misma medida que jubiloso, como si acabara de ganarse la lotería.

—¡Que sí, tonto! Sí quiero ser tu mujer.

CAPÍTULO 26

Cícero la amó toda la noche con la urgente necesidad de marcar su piel con sus besos, sus caricias y dejar en su alma una huella imborrable. Sí, ¿por qué no? Tenía que confesar que era un hombre inseguro o quizá había sido la vida, que lo llevó a creer que el amor no estaba hecho para él.

¿Quién iba a creer lo que estaba viviendo ahora?

Nadie.

Porque ni él mismo lo creía posible.

Giovanna. ¡Por Dios, la tuvo tan cerca y durante tantos años!

Qué, viéndola como lo hacía en ese instante, dormida profundamente entre sus brazos, era como si el destino se hubiese alineado para que todo aquello ocurriera con el único fin de unir sus vidas.

¿Existe un destino?

No quería saber la respuesta, solo deseaba disfrutar de lo que comenzaba a sentir y vivir junto a ella.

Sí, tenía miedo del mañana. Porque con Doménico en Ravena y con intención de acercarse a ella, cualquier cosa podía suceder. Pero había algo que lo motivaba a luchar, y era ese espíritu combatiente que siempre había visto en Giovanna, que cuando todos pensaban que se quebraría en mil pedazos, resurgía como el ave Fénix y les demostraba a todos que era una valiente guerrera. Dispuesta a pelear hasta en contra de sus propios demonios; entonces, él debía ser ese que la sostuviera cuando más lo necesitara, esa roca a la cual aferrarse; quería ser su hombre, su guardián.

Giovanna se removió, quedando de lado, uno frente al otro; y abrió los ojos

con pereza. Cícero recorrió con el dedo índice las partes que creía que resaltaban más en su rostro: el corte ovalado de su mandíbula, la nariz recta, sus expresivos ojos verdes, enmarcados en espesas pestañas negras, pero era la boca su parte favorita. Se acercó para morderle uno de los labios y tiró de este un poco.

—¿Te puedo preguntar algo?

El joven afirmó con un leve movimiento de cabeza.

—¿Qué pasó entre Valentina y tú? Necesito saberlo.

—Sabía que me lo preguntarías... Eres demasiado curiosa y no puedes dejar nada sin respuesta.

—Soy periodista, ¿qué esperabas?

Ambos guardaron un minuto de silencio e intercambiaron una mirada seria.

—Nos encontramos en su chalet, cerca de la costa. La verdad es que no me esperaba nada bueno, porque en cuanto le dije que tú estabas conmigo, se alteró muchísimo.

—¿Y por qué fuiste?

—Tenía que hablar con ella en persona, creí que después de tantos años de relación, ambos merecíamos aclarar los problemas como gente adulta y civilizada.

—¿Y qué sucedió?

—Todo fue muy rápido... Cuando llegué, ella empezó a gritar mil barbaridades, no solo de ti, sino también de mi familia. Después de aclarar varios puntos, comenzó con sus habituales amenazas.

—¿Amenazas? —Frunció el ceño, intrigada. Aquella declaración solo la preocupó aún más.

—Me exigió que aquella misma noche te sacara de mi casa —declaró, fijándose en la reacción de su cuerpo ante sus palabras.

Giovanna quiso poner distancia entre ellos, moviendo su cuerpo hacia

atrás, pero él la detuvo, rodeando con las piernas sus caderas.

—¡Es una arpía! —dijo ella en voz baja.

—Gio, yo jamás haría algo así. Créeme. Por nada ni por nadie te dejaría sola a tu suerte, mucho menos sabiendo que corres peligro. —Le pasó la mano por la cintura y la atrajo hacia él—. Y en ese momento, que Valentina me exigía escoger entre ella y tú, no tuve dudas. Sabía cuál era mi decisión.

—¿Lo sabías? —preguntó y bajó la mirada.

—Sí, fue como si de pronto el alma abandonara mi cuerpo y me permitiera ver más allá del presente. —Le alzó la barbilla hasta que sus miradas estuvieron enlazadas—. Fue como viajar al pasado, a todos esos días cuando tú, con todo ese desorden, locura y arrebatos sacudieron mi vida con el fin de mostrarme qué tenía y qué podía tener.

—No comprendo.

—Tú, Gio. Llegaste a mi vida como un poderoso huracán, destrozando mi mundo de paz, comodidad, estabilidad y una falsa felicidad. Porque los segundos que me tomó evaluar cómo había sido mi vida y cómo era ahora junto a ti, me di cuenta de que era gris y vacía. Tu presencia, día tras día, trajo luz, alegría, le diste un propósito a mi vida; entonces, comprendí que eso era lo que siempre había querido tener.

—Gracias por confiarme lo que pasó, porque no quiero que entre nosotros exista desconfianza ni dudas. Y la verdad es que aún me cuesta creer que todo esto sea real.

—Lo es, estoy aquí y no pienso dejarte nunca. —Rodó hasta quedar encima de ella, mirando sus hermosos ojos verdes.

—Solo quiero la oportunidad de hacerte feliz.

Cícero le hizo el amor con ternura e intensidad, alargando su placer hasta que perdiera la razón, hasta que solo lo recordara a él y creyera en sus palabras y en el juramento de nunca abandonarla.

—Pase lo que pase, permaneceremos juntos —decretó mientras Giovanna gemía al alcanzar el clímax, solo entonces él cayó con abandono sobre ella, al encontrar el suyo propio. Giovanna lo recibió acunándolo en su pecho y lo abrazó fuerte, disfrutando del primer amanecer como su mujer.

El domingo, después de que Giovanna hablara por teléfono casi una hora con Abrianna y su padre, Cícero, con la intención de que mejorara su estado de ánimo y que olvidara un poco toda aquella situación, decidió invitarla a recorrer parte del gran canal de Venecia, por lo que contrató el servicio de un gondolero para todo el día.

A Giovanna la góndola le pareció hermosísima, de un color negro azabache que hacía resaltar el tono rojo de los asientos. En los bordes, un recubrimiento dorado que solo le agregaba elegancia y romanticismo a la embarcación.

Mientras recorrían el canal, el sol comenzó a descender pintando la superficie del mar en tonos naranjas, rojos y amarillos. Una brisa fresca golpeó sus rostros, generando en Giovanna un pequeño escalofrío. Cícero la abrazó mientras escuchaban con atención al gondolero, quien narraba una parte de la historia de Venecia.

—...Las góndolas han sido el medio de transporte utilizado por los venecianos, fuesen ricos o pobres, durante muchos siglos. La única diferencia que existía en la antigüedad era que las familias ricas podían decorarla de una manera más suntuosa, fue por eso motivo que en el año mil seiscientos treinta se decretó que todas debían ser negras.

—¿Y su construcción también está reglamentada? —preguntó Giovanna, súper entretenida con todo lo que escuchaba. Siempre ávida de conocimiento.

El gondolero se balanceó de un lado a otro mientras giraba el rumbo de la barca hacia el interior de un canal más estrecho. Cícero, por un momento, creyó que iban a chocar contra una pared de piedra gris que hacía esquina,

pero no fue así, con una destreza difícil de imaginar, el hombre controló la embarcación y continuó su relato con la misma elocuencia.

—Sí, por supuesto, deben ser construidas a mano, con unos doscientos ochenta trozos de madera, preferiblemente de cerezo, abeto, roble o caoba; con elementos metálicos para la punta de la popa y la proa. Debe medir unos once metros de largo y tener un peso de cuatrocientos kilogramos más o menos.

—Vaya, ¡cuántas exigencias! —exclamó Cícero, sorprendido.

—Ah y olvidé el remo —dijo, sacándolo un poco para que pudieran detallarlo—. Debe medir cuatro metros con veinte centímetros de largo. Así podemos apuntalar con el fondo del mar, previniendo las altas mareas.

—¿Tu padre era gondolero? —Le preguntó Giovanna.

—Sí, vengo de una familia tradicional, heredamos este oficio a nuestros descendientes.

—Y si alguien desea ser gondolero, pero su padre no lo es, ¿se puede?

—Hasta los años ochenta no, pero ahora, aunque es un proceso bastante complejo y con una selección exhaustiva, sí se puede.

—¿Este oficio es solo para hombres? —Volvió a preguntar, girando la cabeza de un lado a otro, detallando otras góndolas.

—No está escrito en ninguna parte, pero como puedes ver, es evidente que los hombres nos hemos apoderado de este trabajo. Sin embargo, puedo darte una excepción.

—¿Hay una mujer?

—Sí, la hija de un gondolero solicitó su certificado en el dos mil nueve, con solo veintitrés años.

—¿Enserio?, ¿y qué pasó? —Giovanna abrió los ojos, a la expectativa.

El gondolero sonrió mientras, Cícero, que prestaba en ese momento poca atención a la conversación, tocaba el agua del mar con su mano derecha, para

saber qué temperatura tenía.

—Aprobó todos los exámenes y tuvieron que aceptarla. Hoy en día sigue trabajando y es famosa por ser la primera gondolera.

—¡Ay, qué bien! Me alegro por ella.

—Gio, deja de acribillar al pobre hombre con tantas preguntas. Te invité a un paseo, no a recolectar información para un reportaje.

Giovanna blanqueó los ojos y bufó.

«*Hombres, no saben disfrutar del verdadero placer de hacer turismo*», caviló.

—¿Quieres cenar en aquel restaurante? —sugirió él, señalando un hermoso lugar a pocos metros de distancia.

—Sí, me parece buena idea. Nunca hemos comido ahí.

El lunes, al amanecer, Giovanna llamó a Ricci, para disculparse por no asistir al trabajo ese día, pero como debía tener listo el reportaje de ese miércoles, no le quedó más que asegurarle que estaría sin falta al día siguiente.

Cuando volvieron a encontrarse con la encargada de la casa para entregarle las llaves, ambos sintieron nostalgia. Para Giovanna, esos tres días en Venecia habían sido los más hermosos de su vida, por primera vez, después de muchos años, se sintió libre, segura, protegida y amada.

No podía pedir nada más.

Por su parte, Cícero, intentó que ella negociara con su jefe y así quedarse toda la semana, su plan era permanecer el mayor tiempo posible encerrado con ella en la habitación. Lo bueno de ser uno de los dueños de *ACL Smart Technology*, era que podía ausentarse sin dar muchas explicaciones. Para él, fue tan fácil como enviarle un correo electrónico a Luigi y a Alonzo, notificándoles que se tomaría unos días libres.

Pero ambos tenían un mismo pensamiento, que durante esos tres días habían compartido mucho más que sexo, comida y paseos.

Se habían comprometido a luchar para que esa nueva relación fuera tan sólida como una roca, habían entregado sus almas para convertirlas en una sola.

Vivieron a plenitud esos días con la fuerza que les exigía la pasión, disfrutando de los diferentes estados de ánimo que les generaban todos esos nuevos sentimientos que de golpe iban llegando a ellos.

Hablaron de sus miedos, de los demonios que acechaban, también recordaron entre risas episodios de cuando eran jóvenes y ella disfrutaba haciéndolo enojar por todo. Gozaron de amar y de ser amados.

CAPÍTULO 27

Después del viaje a Venecia, los días pasaron con sorprendente rapidez. Cícero se había vuelto más sobreprotector y sin el consentimiento de su novia, le había instalado una aplicación en el móvil, que servía para rastrear su ubicación. Solo debía tenerlo encendido y con suficiente cobertura.

El viernes a las siete de la noche, Cícero llegó a la convención tecnológica con Giovanna tomada de su mano. Ella llevaba un precioso vestido azul marino hasta la rodilla. La caída de la tela resaltaba sus curvas sinuosas de una manera sexi pero elegante. La parte superior del vestido tenía un diseño corazón, ajustado a sus pechos, que parecía revelar y proteger al mismo tiempo sus encantos.

Los organizadores del evento habían alquilado el salón principal de uno de los hoteles más lujosos de Ravena. Cuidando de cada detalle al máximo, no escatimaron en contratar a la mejor empresa de cáterin, invitaron a los dueños de una de las bodegas de vino italiano más aclamada, para la degustación de los empresarios y, para amenizar el evento, escogieron a una de las bandas de música más pegadas del momento.

—Según el itinerario, primero hablará el presidente de la asociación de empresarios. Luego servirán la cena y, por último, los saludos, que es lo que yo más odio de estas reuniones —comentó Cícero, a un lado, de ella y con la mano izquierda posada sobre la espalda de Giovanna.

—¿Por qué?

—Es aburrido escuchar cómo los directivos comienzan a competir unos contra otros, sobre quién ha facturado más o qué empresa compró el mejor equipo tecnológico y; al final, pierden horas enfrascados en esas idioteces.

—Típico de los hombres, no me extraña para nada. Les encanta pavonearse, y más cuando están frente a sus iguales —aseguró y le dedicó una encantadora sonrisa.

Él la acercó más, haciendo presión en su espalda, y con la mano derecha le acarició el mentón, en un breve gesto de afecto.

—No generalices, no todos somos así.

Una azafata pasó con una bandeja de canapés, mientras otro empleado ofrecía copas llenas de champaña.

—Ay, por favor, Cícero...

Giovanna calló al distinguir a una rubia muy parecida a Valentina.

¡Mierda!, ¡mierda! ¡No puede ser! ¡La mosca que faltaba!

—Cícero, no voltees, pero justo en este instante está entrando Valentina, junto a su esposo.

—¿¿Qué?! —exclamó, sorprendido, y no pudo evitar girarse de golpe.

—¡Oh, mierda! La muy arpía viene directo hacia nosotros. ¿A qué juega esta mujer? —Giovanna la recordaba muy bien, su imagen la tenía archivada en su memoria, dentro de la carpeta: personas indeseables.

—Cálmate y no caigas en sus provocaciones —exigió Cícero, inclinándose para susurrarle al oído.

—No se atreverá, mientras esté con el pendejo de su marido, fingirá demencia.

—Liotta —saludó—, qué gusto encontrarte aquí.

Cícero se giró hacia el político, con su habitual expresión inescrutable, en cuanto este lo llamó.

—Stefano. —Soltó a Giovanna para estrechar la mano del hombre—, ¡qué casualidad! —dijo, sarcástico, ante la suposición de que Valentina conocía ese evento y lo convenció de asistir.

—Soy amigo del presidente de la asociación de empresarios, así que

cuando me envió la invitación, no dudé en venir.

Stefano Mazzeo, siempre buscando codearse con la clase influyente y adinerada de la ciudad. Pasaba días entre reuniones, eventos sociales y actos políticos, todo con el fin de asegurar votos.

—Hola, Cícero. Me alegra encontrarte esta noche. ¿Cómo estás? —Lo saludó Valentina, ignorando por completo a Giovanna, quien estaba tomada de la mano por Cícero.

—Señora Mazzeo, un gusto saludarla. —Apretó su mano y la soltó de golpe, como si hubiese tocado un hierro ardiente. Un escalofrío desagradable recorrió su cuerpo.

Giovanna se mantuvo callada, solo intercambiando miradas entre los presentes. Literalmente, mordiéndose la lengua con su propio veneno. Quería decir tantas cosas, pero ninguna bonita, desde luego.

Cícero aprovechó la oportunidad para dejar las cosas claras entre Valentina y él.

—Les presento a mi novia, Giovanna Donati.

Para Valentina el tiempo se detuvo, volteó la cara hacia Giovanna, sin apenas respirar y con los ojos muy abiertos. Experimentó un mazazo en el estómago, como si la hubiese impactado un tren a toda velocidad.

Escuchar de boca de Cícero aquella noticia le destrozó el ego, después de tantos años de relación, fue un bombazo brutal confirmar que él ya no le pertenecía. Y viendo cómo miraba a la estúpida mujercita insulsa que se colgaba de su brazo como si fuese un trofeo, lo odió como a nadie en ese momento, con todas las fuerzas de su despechado ser.

—Un placer, Giovanna; Stefano Mazzeo. Y esta hermosa mujer es mi adorada esposa, Valentina. —Stefano no sabía que aquellas mujeres se conocían desde hacía años.

Giovanna estrechó la mano del político, pero evitó repetir el cordial gesto con Valentina, quien solo asintió con la cabeza, sin pronunciar palabra alguna. No podía dejar de mirar el rostro de Cícero, quizá, buscaba algún indicio o un gesto que le asegurara que era falso lo que había dicho.

De pronto, se escuchó la voz de uno de los organizadores, del evento, invitando a los empresarios a ubicarse en sus respectivas mesas, para poder dar inicio al evento.

Stefano miró a la pareja e hizo una pequeña inclinación de cabeza, sonriendo, para luego desaparecer junto a su esposa, entre el selecto grupo de invitados.

La tensión entre Giovanna y Cícero era evidente, ella nunca imaginó que él tuviera una relación tan cercana con el esposo de su amante. Y ver cómo el hombre lo saludaba con tanta amabilidad, la desubicó por completo. Se sintió como si fuera parte de esa traición, como si al saber de aquella infidelidad y callarla, fuera cómplice de ellos.

No le gustó lo que sintió.

Para Cícero, los últimos minutos habían sido los más nefastos de su vida. Era cierto que había coincidido con ellos un par de veces, pero estando solo, pudo manejar la situación con tranquilidad; sin embargo, con Giovanna a su lado, fue como entrar en la boca de un lobo.

—Lo siento, no puedo permanecer un minuto más aquí —confesó y soltó la mano de él—. Tanta hipocresía y cinismo me harán vomitar en cualquier momento —exageró, blanqueando los ojos y comenzó a caminar hacia la salida.

Cícero le siguió los pasos, serpenteando entre el grupo de personas; cuando llegaron a la puerta, él le cortó el paso y bloqueó con su cuerpo la salida.

—¡Espera, Gio! Lo siento —habló con la mirada al suelo.

Ella se inclinó sobre él y le preguntó, molesta:

—¿Cómo pueden vivir así? ¡Por Dios, es horrible y vergonzoso, tanto para ti como para ese pobre hombre!

Cícero se giró, dándole la espalda. Necesitaba tiempo para pensar y poder responder con sinceridad. Ella tenía razón, había vivido engañando a mucha gente durante largo tiempo, y nunca se había detenido a pensar en las consecuencias de sus acciones. Solo se centró en satisfacer sus propias necesidades.

Pero cuando se volteó, ya ella estaba deteniendo un taxi en mitad de la calle.

—Oye, ¿a dónde vas?

—Tengo que irme. No pienso quedarme ni un minuto más cerca de esa espantosa mujer.

—Ya lo sé, yo tampoco quiero quedarme. ¿Será que nos podemos ir juntos?, ¿como llegamos?

La chica bufó, molesta, pero regresó a la puerta del hotel; y para distraerse mientras esperaban a que el chico que estacionó su auto lo trajera, sacó un cigarrillo de la cartera; necesitaba calmar un poco su mal humor.

En cuanto Cícero se dio cuenta de que estaba fumando, se acercó con la intención de pedirle que lo botara, pero el teléfono le sonó, indicándole que tenía varios mensajes. Lo sacó del bolsillo del pantalón y negó con la cabeza al ver que eran de Valentina.

- Te juro que te arrepentirás por lo que me has hecho.
- ¿Quién te crees que eres para humillarme de esta manera?
- Eres un cobarde de mierda, un pobre hombre que no sabe lo que quiere en la vida... No eres más que un fracasado y me vas a pagar bien caro el haberme dejado por esa niñita desabrida.

Al terminar de leer, a Cícero se le erizaron los pelos de la nuca. Respiró hondo un par de veces y subió al Ferrari, intentando que Giovanna no percibiera su preocupación. Lo menos que deseaba era agregar a la lista de problemas el nombre de su examante.

—¿Todo bien? —preguntó Giovanna, mientras entraban al apartamento. Durante todo el recorrido él había estado callado y pensativo.

Cícero la miró y se inclinó para depositarle un beso en los labios.

—No quiero que mi pasado dañe nuestra relación.

Ella se quedó pensando en sus palabras y concluyó que tenía razón. Ambos habían acordado comenzar de cero y vivir el presente.

—De acuerdo, olvidemos lo que pasó y ojalá no tengamos que volver a verla. Porque no creo que este encuentro haya sido casualidad.

—Yo tampoco lo creo, pero ya dejemos ese tema atrás. Mejor dime algo, ¿tienes hambre? —preguntó al recordar que no habían cenado.

—No mucho.

—Ven, acompáñame a preparar algo.

Doménico había pasado una de las semanas más amargas y molestas. Con la sobreprotección de su madre, que al verlo llegar a casa con la mano ensangrentada lo volvió loco hasta que accedió a ir con ella al hospital para que le curaran las heridas.

Para su fortuna, solo tuvieron que suturarle algunos cortes pequeños, aunque el dolor, producto de la inflamación, lo tenía bebiendo analgésicos.

Pasó la semana acompañando a su padre a un sinfín de reuniones con miembros del partido. Ya estaba llegando a su límite, sabía que pronto

acabaría con esa farsa.

Prefirió concentrarse en Giovanna, estaba dándole vueltas a cómo quería que fuese su encuentro con ella. Había estado investigando y la llevaría a comer a ese nuevo restaurante japonés que habían abierto; después pensaba entregarle un ramo de tulipanes, junto al anillo de compromiso que había comprado meses atrás.

Ella iba a volver con él, desde luego; entonces, retomarían su relación y; él, al fin, la tendría entre sus brazos para amarla y poseerla hasta que ambos perdieran la cordura.

Con solo pensarlo, las imágenes de su hermoso cuerpo desnudo invadieron su mente y lo excitaron al punto de ponerse duro como un mástil.

Como había estado ocupado toda la semana, tuvo que ir a primera hora para que le instalaran un nuevo cristal a la ventanilla trasera de su auto, no pudo verla mientras llegaba al trabajo. Sin embargo, logró estacionar el Bentley a un lado de la calle, justo a la hora que ella salía a comer con la pelirroja.

El tiempo pasaba y su chica no salía del edificio, inquieto, se removió sobre el asiento de cuero y buscó la libreta donde tenía todos los datos anotados con precisión. Leyó un par de veces e intercambió la mirada entre los números que había escrito y su reloj.

Sí, era la hora correcta.

«¿Qué ocurre?, ¿por qué no sales del maldito edificio?».

Bramó, corto de paciencia.

Quizá ya era hora de que le hiciera una visita, no sería difícil encontrar la manera y el lugar para ese gran encuentro. Tenía que actuar, y cuanto antes mejor. Pero debía andarse con cuidado y planificar todos los detalles. Se jugaba su futuro, así que debía usar su cabeza además de su gran ingenio. Un reto que esperaba enfrentar con ansias.

Su inteligencia superior y las horas que había invertido en seguir minuciosamente a ciertas personas le permitían trazar patrones de cada una. La gente común vivía sumergida en las mismas rutinas, día tras día, semana tras semana. Eran criaturas aburridas y de costumbres, algo que él aprovecharía a su favor.

CAPÍTULO 28

Fue un día interminable para Giovanna, quien no tuvo tiempo ni para salir a almorzar. Por fortuna, Andrea pidió unas pizzas a domicilio y, gratamente, la acompañó a comer. Ese fue su único tiempo, medio libre, que tuvo.

Su propósito y la razón de todo aquel esfuerzo era que ese lunes tendría nuevas noticias sobre su caso: «*¿Por qué Victoria?*».

El juez tenía previsto dictaminar la sentencia antes del mediodía, por eso duró toda la mañana actualizando información, recaudando datos, y volvió a llamar a los padres de Victoria, para hacerles una breve entrevista telefónica, que publicarían esa mañana en la página web del periódico.

Ricci estaba eufórico, ya que Giovanna había conseguido un par de primicias, generándole al *Ravena24ore* una clasificación elevada durante todo el día.

A las tres de la tarde y después de una agonizante espera, se dio a conocer el resultado del juicio. Gian, el esposo de la víctima, fue declarado culpable de asesinato, y condenado a veinte años de prisión, sin derecho a revisión.

Las pruebas que la fiscalía había entregado no dejaban margen de duda. Las evidencias descartaban que hubiera otra persona involucrada, él había planificado y ejecutado el asesinato solo.

Los abogados defensores buscaban obtener una condena de simple homicidio, en lugar de asesinato, alegando que su cliente no había actuado con premeditación y alevosía, en un intento de conseguir que le rebajaran la pena. Pero no lo consiguieron. Los fiscales habían construido un caso sólido, sin fisuras, probando que, Gian, desde hacía siete meses venía planificando con mucho detalle la manera de deshacerse de Victoria, sin ser descubierto.

Los rumores de que el móvil era económico se vinieron abajo cuando uno de los investigadores intervino la laptop de Gian, y descubrió que este mantenía una relación amorosa con su exnovia, desde hacía un año. Todo había comenzado en un reencuentro de estudiantes, organizado en Facebook.

Los mensajes donde él le juraba amor eterno a su amante y le aseguraba que muy pronto estarían juntos, sin que nada ni nadie les estorbara, les dieron luz a los investigadores que, durante semanas, se dedicaron por completo a recaudar todas las pruebas.

Gian negó tan fehaciente su inocencia, hasta el punto de jurar de rodillas antes el juez, pero todo acabó para él, cuando una tarde, la fiscalía presentó como testigo a la amante. La reacción en el rostro del hombre fue tan colosal que, por un instante, los custodios pensaron que sufriría de un infarto.

Pero no, no debía morir, sino pagar con su libertad lo que había hecho. Y a partir de ese lunes, así sería.

A Giovanna todo aquello la desequilibró. Mientras estuvo en el periódico intentó mantenerse serena, pero en realidad, quería tirarse al suelo y llorar como un bebé. Haber acertado en su teoría de que era él el asesino, la devastó. No pudo evitar verse reflejada en esa historia.

En su mente, solo se repetía una frase: «*¿Por qué Victoria?*».

Tomó una bocanada de aire y siguió acribillándose en pensamientos.

¿Por qué las mujeres seguimos siendo víctimas de nuestras parejas?, ¿qué nos está pasando como sociedad?, ¿será que el aumento de los feminicidios ya nos da igual?... ¿Cómo puede un hombre cometer un crimen así y seguir con su vida, como si nada?... Como si, en lugar de matar un ser humano, hubiese matado un pollo.

No tenía respuesta para ninguna de esas interrogantes, solo sintió miedo, el más auténtico y poderoso miedo. Aquel que lograba paralizar tu vida y hacer

de ti un ser vulnerable.

Pero ¿miedo de qué o de quién?

No, no, no.

Basta.

No podía seguir presa de sus propios fantasmas, de aquellos recuerdos que la ahogaban como un tsunami, arrastrándola a la más cruda desesperación, al más terrible dolor.

Durante el tiempo que duró su recorrido desde el periódico hasta el apartamento de Cícero, lloró. Lloró con amargura e impotencia por todas aquellas mujeres que no lograron salir de sus propios infiernos o que, simplemente, el amor hacia sus parejas no les permitió ver la realidad.

Giovanna se limpió las lágrimas del rostro antes de bajar de su auto y se prometió hacer algo para ayudar a las mujeres que, al igual que ella, habían sido víctimas de abuso sexual. Pensó que quejándose no hacía nada para mejorar las cosas, debía intentar y aprovechar los recursos que tenía a su disposición para influir de alguna manera, así los casos como los de ella misma, no volvieran a suceder.

Una idea brilló en su mente y, al entrar al apartamento, dejó la cartera en el suelo, se quitó los zapatos y caminó directo hacia Cícero, que estaba sentado en la terraza.

—Al fin llegas, ¿qué tal tu día? —La saludó y se levantó para darle un beso en los labios.

Giovanna le rodeó la cintura con los brazos y levantó la cara para devolverle el beso. Sin tacones, la diferencia de altura era un incordio.

—Sin comentarios, pero acabo de tener una idea y quiero saber tu opinión.

—Una idea... A ver, ¿qué será? —Cícero retiró hacia atrás la cabeza y frunció el ceño.

—¿Te unirías a mí para crear una organización humanitaria sin fines de

lucro, que tenga como propósito principal dar apoyo psicológico a víctimas del abuso sexual?

Cícero se sentó con ella sobre sus piernas y, sin pensarlo mucho, contestó:

—Claro, sin dudarlo. Pero ¿por qué solo apoyo psicológico? —indagó y le quitó un mechón de cabello cobrizo que le estaba cubriendo un ojo, para colocárselo detrás de la oreja.

—Sería para comenzar, no quiero crearme expectativas que luego no pueda cumplir. Además, desde mi experiencia, sin la doctora Brina, estoy segura de que no hubiese logrado salir de la depresión. Y para que lo sepas, las terapias privadas son muy costosas.

—Y por lo que he visto contigo son terapias que duran mucho tiempo.

—Exacto, porque el ciclo de la recuperación tiene etapas, y su evolución depende de cada persona. ¡Fíjate en mí! Llevo diez años con esto y aún sufro de crisis o, sin explicación aparente, regresan las pesadillas.

—Vaya, es un proceso difícil.

—Mucho, y aunque el dinero para mí nunca fue un problema, no todas tienen esa condición.

—Veo que ya tienes casi todo pensado, además, cuentas con el dinero para iniciar el proyecto. Entonces, ¿cómo puedo ayudarte?

—No necesito tu dinero, te necesito a ti. Que estés a mi lado, apoyándome sin soltar mi mano. Quiero ayudar, lo sé, lo siento, pero tengo miedo de que, sacando a otras mujeres a flote, me hunda yo.

—Eso no va a suceder. Yo siempre estaré a tu lado. —Primero la besó en los labios, después hundió su rostro en el cuello de Giovanna, para besarla y mordisquearla. —Pero de una vez te digo que en cuanto mi familia se entere querrán participar, sin duda alguna. Principalmente tío Fabio.

La chica se carcajeó y le rodeó el cuello con los brazos.

—Y serán bienvenidos.

Los siguientes diez minutos fueron consumidos por caricias, besos y frases que resumían cuánto se habían extrañado. Las demostraciones de afecto nunca eran suficientes para ellos.

Con el sol completamente oculto, se podían apreciar los destellos de luz que irradiaban las estrellas sobre el manto negro del cielo. La temperatura comenzó a descender y una fuerte brisa impregnó el lugar con ese olor tan característico como el del mar. Fueron juntos hasta su cuarto y, mientras ella se cambiaba de ropa, le iba contando las novedades del caso de Victoria. Él, al igual que gran parte de la población de Ravena, conocía la noticia, gracias a la difusión que todos los medios de comunicación le habían dado.

Después de preparar la cena y que se sentaran a comer, Cícero recibió una llamada del esposo de Valentina, la cual lo inquietó. El hombre lo acusaba de ser el amante de su esposa y lo amenazó con destruirlo como hombre y empresario, si confirmaba la veracidad de ese rumor.

CAPÍTULO 29

A Giovanna le costaba creer lo que escuchaba, al estar tan cerca de Cícero, podía oír parte de los insultos y amenazas que Stefano le gritaba.

—¿Cómo se enteró? —murmuró ella, levantándose de la silla con los ojos muy abiertos y el cuerpo temblando.

Cícero la ignoró, estaba concentrado en su disputa con Stefano, con una aparente calma le iba contestando a cada una de las interrogantes y acusaciones que el hombre le hacía.

—No sé quién está detrás de esta mentira, pero te puedo asegurar, Stefano, que no tengo ninguna relación sentimental con tu mujer. —Se defendió con el rostro enrojecido por la rabia contenida.

—Ruega que no compruebe lo contrario, Liotta. Ya que conocerás de lo que soy capaz. —Lo amenazó con ese acento autoritario que acostumbraba a usar cuando se sentía atacado.

—Cuida muy bien tus palabras, te recuerdo que las amenazas y acusaciones infundadas son un delito en este país. —Le recordó Cícero—. Y no creo que a tu carrera política le convenga un escándalo de este tipo.

La discusión se fue tornando más agresiva, ofensiva y hostil. Hasta que Cícero decidió cortar la llamada y no darle más tiempo para que continuara con sus insultos. Luego, se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Esto no es casual, quizá pienses que estoy siendo paranoica, pero puedo jurar que fue la misma Valentina, quien comenzó a correr el rumor —sugirió Giovanna, con el corazón latiéndole a mil.

—No lo sé, me parece una locura que lo haya hecho. A fin de cuentas, la más perjudicada sería ella.

—Crees conocerla, pero una mujer despechada es capaz de cualquier cosa. Por favor, no te confíes, ella no actúa sin planificar, es muy astuta.

Cícero asintió y se alejó hacia la terraza, pensando que las cosas podrían empeorar.

—Lo sé, ¡qué mierda! —Apretó los puños.

—Cálmate —pidió, eliminando el espacio que los separaba y lo abrazó.

—Lo menos que deseo es causar un problema en mi empresa y, si Stefano se lo propone, con los contactos que tiene nos puede desprestigiar.

—Vamos a buscar una solución, por lo pronto, creo que deberías poner sobre aviso a Alonzo y Luigi —comentó y lo miró a los ojos—. Ellos merecen saberlo y quizá entre todos podamos encontrar una salida.

—Sí, debo hablar con ellos.

Al día siguiente, Giovanna se mantuvo inquieta, se había despertado con un plan que, si funcionaba, podía salvar a Cícero de las zarpas de Stefano Mazzeo. Le preocupaban las consecuencias que podría traer todo aquel problema, de hecho, estaba segura de que Cícero no había dormido nada en toda la noche.

Llegó al periódico y, en vez de ir a su puesto, se desvió para buscar a la única persona que ella sabía que podía ayudarla. Lo encontró sentado tomando una taza de café y leyendo un artículo.

—Hola, Giorgio, buenos días.

—¡Pero qué honor tan grande! Buenos días, preciosidad.

La tomó por los hombros y le dio un beso en cada mejilla.

—¿Cómo estás? —Puso las palmas de las manos abiertas en el pecho del hombre, intentando poner distancia.

—Si te soy sincero, sorprendido por tan grata visita.

—¿Sorprendido, por qué? Trabajamos en el mismo lugar, no veo lo especial.

—Para mí, todo lo que tiene que ver contigo es especial, muñequita — aseguró y se acercó más, para acariciar su brazo.

—Gracias, siempre tan galante.

—Bueno, voy aprovechar que hoy es mi día de suerte para recordarte que sigue en pie la invitación para conocer el nuevo restaurante japonés.

—Por supuesto, me encantaría, pero no sé si pueda acompañarte, por el momento; tengo que resolver una investigación y, como no es mi área, me ha resultado un tanto difícil.

—¿Y por qué no me has llamado? Te he dicho que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Bueno, la verdad es que no he querido molestarte. Sé que eres un hombre bastante ocupado, por lo que preferí intentarlo por mi cuenta.

—A ver, cuéntame, ¿qué estás investigando? —Se peinó el cabello gris con la mano derecha.

—Más bien, a quién. Necesito saber todo lo referente a Stefano Mazzeo. ¿Lo conoces? —Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Obvio, conozco hasta su tipo de sangre —exageró, arrogante.

—¿Enserio? ¡Qué bueno! No sabes el tiempo que me ahorrarás si me ayudas con cierta información suya.

—Pero tienes que ser más específica, dime, ¿qué deseas saber de Stefano?

Giovanna se inventó una historia para que el politólogo no sospechara los motivos de su petición.

—Lo que me pides es información muy delicada.

—Y estoy segura de que solo tú podrás encontrarla, ¿o me equivoco?

Giorgio sonrió y giró la cabeza hacia los lados, comprobando que nadie

estuviese escuchándolos.

—Hagamos un trato. —Volvió a acercarse a ella, para acariciar su brazo.

—Claro, el que sea. —Con una sonrisa falsa, aceptó su caricia.

—Si yo te consigo lo que quieres, tú a cambio me darás lo que siempre he querido desde la primera vez que te vi.

Giovanna apretó la mandíbula con fuerza, casi pudo oír el trillar de sus dientes.

—Te escucho, ¿qué es lo que quieres? —preguntó, casi segura de que le pediría algo personal.

—Una noche contigo, solo una.

Giovanna tragó grueso y sintió cómo su cuerpo se estremeció por la aversión. Sin embargo, sabía que no tenía escapatoria, tenía que conseguir esa información, sea como sea, para que Cícero pudiera enfrentar a Stefano Mazzeo. Primero muerta que permitir que Valentina lograra su objetivo, que no era más que destruir la empresa y el futuro de Cícero. Sin pensar en las consecuencias, aceptó.

—De acuerdo.

Entre los tantos motivos por los que Cícero no logró dormir estaba Doménico. Su mente seguía buscando la manera de acercarse a él y así poder hablar de una vez sobre Giovanna. Confiaba que, con el pasar de los años y siendo ya unos adultos, podrían tener esa conversación que hace diez años no tuvieron.

La última vez que se habían visto, su amistad se había roto por completo. Cícero, al enterarse por su prima de que había golpeado y abusado de Giovanna, se cegó de rabia y al encontrarlo lo primero que hizo fue

abalanzarse sobre él. Cuando la pelea terminó, ambos estaban mal heridos.

Llegó a la empresa, saludó a Tina y, mientras ingresaba a su oficina, le pidió a la secretaria que le coordinara una reunión para ese mismo día con Alonzo y Luigi. Luego estuvo pensando, buscando la forma de comunicarse con Doménico.

¡Bingo!

El padre de Giovanna.

No lo dudó ni un instante, agarró su móvil y lo llamó.

Le costó que Duilio Donati confiara en él y le entregara el número, al principio creyó que su intención era tener un enfrentamiento, pero veinte minutos después, lo convenció de lo contrario. Sin embargo, hubo un detalle que le incomodó a Cícero, descubrir que el señor Donati engañaba a su familia, ocultándoles información. De una forma u otra, seguía protegiendo a Doménico.

«¿Por qué lo hace?».

Se preguntó en silencio antes de colgar.

Al mediodía, Doménico aparcó el Bentley negro muy cerca del *Ravena24ore*, con la firme convicción de presentarse ante Giovanna. No podía seguir esperando el momento correcto, su necesidad iba en aumento y ya no soportaba más permanecer lejos de su chica. Tenía que hablarle, ella debía escucharlo, aceptar sus disculpas y retomar su relación. Para él, era así de simple.

A las dos en punto, recibió una llamada de un número desconocido.

—¿Sí? —preguntó con el ceño fruncido.

—Doménico, soy Cícero. —Pasaron unos segundos y, como Doménico se mantuvo callado, añadió—. No cuelgues, tenemos que hablar.

Ellos habían sido los mejores amigos desde el colegio, vivieron juntos

buenos y malos momentos. Eran inseparables. Pero todo cambió abruptamente cuando de forma inesperada Cícero, sin escuchar su versión de los hechos, decidió creer ciegamente en la historia que Abrianna le contó sobre él.

Nunca le perdonaría su falta de lealtad.

Doménico estaba seguro de que la prima de Cícero había actuado así por celos. Sí, envidiaba a Giovanna por tenerlo a él como pareja.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. —Se sulfuró y no le permitió seguir hablando. Cortó la llamada al distinguir una melena cobriza a lo lejos.

Giovanna salió a almorzar con Andrea, quien había amanecido enferma del estómago y deseaba comer algo ligero. Por lo que, optaron por un restaurante vegetariano, que quedaba a pocas cuadras del periódico. Se sentaron en la primera mesa que vieron disponible y le pidieron al camarero el menú. Como de costumbre, no contaban con mucho tiempo.

Mientras esperaban, charlaban sobre los nuevos chismes de la farándula y, cuando el camarero llegó para anotar sus pedidos, debatían sobre por qué a los hombres les costaba tanto entender a las mujeres. Sus conversaciones siempre eran así, comenzaban con un tema y terminan en otro al minuto siguiente.

A pocos metros, Doménico no lograba dominar la necesidad de contemplarla, cegado por su belleza, resaltada por la elegancia con la que se había vestido ese día. Giovanna poseía una mezcla única y perfecta entre lo sencillo y lo exquisito.

Las pulsaciones se le dispararon, las manos comenzaron a sudarle y un hormigueo le recorrió el cuerpo. Al fin, después de tantos años, hablaría con ella, volvería a tenerla entre sus brazos para amarla como solo él lo hacía.

Infinitamente.

De pronto, sonrió al escucharla soltar una carcajada, con seguridad, por algún comentario gracioso de su amiga. Él la encontró irresistible. A pesar de que no podía ver su cara, por estar sentada de espaldas a la puerta, recordó el color de sus ojos, verdes como la esmeralda. Le llamó la atención un tatuaje que tenía en la parte inferior de la muñeca, no se lo había visto, era un atrap sueños. Le pareció horrible y poco femenino.

Lanzó el cigarrillo al suelo y entró al restaurante.

CAPÍTULO 30

Al traspasar la puerta, un hombre de cabellos grises y bajo de estatura le cortó el camino.

—Pero ¿qué mierda le sucede a este viejo? —masculló Doménico, deteniéndose a un lado para dejarlo pasar.

Su mirada se cruzó por un instante con la pelirroja, quien lo observó fijamente hasta que la presencia de un hombre en su mesa la obligó a desviar la mirada.

—En definitiva, hoy es mi día de suerte —exclamó Giorgio y, sin ser invitado, tomó una silla de la mesa de al lado y se sentó junto a ellas—. Este restaurante me encanta.

Tanto Giovanna como Andrea quedaron perplejas ante la intromisión. Con los ojos abiertos y la quijada a punto de caerles al suelo no supieron qué decir. Cuando reaccionaron, ya Giorgio le estaba ordenando al camarero.

Por su parte, Doménico se encolerizó por el cambio de planes. Fulminó con la mirada al intruso que acababa de destrozar su encuentro con Giovanna. Se quedó de pie unos minutos, observando el comportamiento de su chica con el recién llegado, quería saber qué tipo de relación tenían. Al escuchar que comenzaban a hablar de trabajo, dio media vuelta y con las manos apretadas en puños salió.

Soltó miles de maldiciones mientras caminaba hacia su auto. No podía creer que tuviera tan mala suerte, porque todas las veces que había seguido a las mujeres, nunca había llegado alguien más.

Las chicas volvieron a tener un momento a solas, cuando Giorgio se retiró

al baño a lavarse las manos.

—Dime que es real lo que está pasando —espetó Giovanna, de mal humor—. No puedo creer que sea tan maleducado.

—Pues, créelo, Giorgio es así. No necesita ser invitado para llegar a donde él quiere.

—¡Qué abusador! Me amargó la comida.

Andrea se inclinó sobre la mesa y bajó el tono de voz.

—Entonces, déjame contarte que acabo de ver al hombre más bello de este planeta.

—¿Dónde? —preguntó Giovanna, girando la cabeza de un lado a otro—. ¿Aquí?

—Sí, estaba ahí, en la puerta. —Señaló con la mano—. Pero ya se ha ido. Creo que buscaba a alguien.

—Ay, pobre chico, seguro lo dejaron esperando.

—Te juro que por un segundo pensé en invitarlo a comer con nosotras —confesó Andrea, de forma pícaro y juguetona.

—¿Tanto te gustó? —Le preguntó, confundida. Su amiga no era la típica chica que se ilusionaba con facilidad, todo lo contrario, por eso a Giovanna le sorprendió.

—Sí, de hecho, era tal cual como me lo recetó el médico. —Bromeó.

Giovanna soltó una carcajada.

—Estás loca, amiga.

—¡Por supuesto que estoy loca! —reiteró y, al ver que Giorgio regresaba a la mesa, añadió—. Espero tener suerte y encontrármelo otra vez.

—Ojalá que sí.

Giorgio había dicho que tenía mucha información de Stefano Mazzeo, y era verdad. Esa misma tarde, antes de que Giovanna abandonara el periódico, le entregó en una carpeta todo lo que ella le había pedido, incluso, más.

—Espero que la información te sea útil, y recuerda nuestro pacto. Ya cumplí con mi parte. —Sonrió y deslizó las puntas de los dedos por sus brazos.

—Déjame revisar primero el material y, si está todo correcto, ten por seguro que cumpliré el acuerdo. —Las palabras le sabían a bilis, cerró los ojos y, al abrirlos, fingió una sonrisa.

—Estaré esperando tu llamada, muñequita. —Le guiñó un ojo y agarró un mechón de cabello cobrizo para acariciarlo entre sus dedos.

—Estoy segura de ello.

En cuanto Giorgio se fue, Giovanna abrió la carpeta y comenzó a leer todo el contenido. La organización cronológica de toda la información le demostró que el politólogo realmente era bueno en su trabajo. Por su experiencia, sabía que conseguir esos datos tan específicos y con un valor tan grande debió costarle algunos cuantos favores.

Entre la documentación, había acuerdos firmados por Stefano con empresas privadas, donde él les asignaba proyectos gubernamentales a cambio de dinero. Ese archivo tenía adjunto las fotocopias de los ingresos, como prueba de la corrupción. También unas fotografías del político, en compañía de mujeres mucho más jóvenes que él. Ninguna su esposa. Había tanta información, que a Giovanna le dio dolor de cabeza.

Esa misma noche, al llegar a casa, le entregó la carpeta a Cícero.

—¿Qué es esto? —preguntó, de pie, en medio del salón.

—Tu salvoconducto.

—¿Mi qué?

Giovanna asintió y forzó una sonrisa.

—Ábrelo y te sorprenderás.

Cícero, con el ceño fruncido, caminó hasta la mesa del comedor y abrió la carpeta. Comenzó a leer cada una de las hojas. No había llegado ni a la mitad, cuando se pasó la mano por el pelo y lo revolvió con fuerza. Se sentó en una de las sillas, buscando apoyo, y se le quedó mirando; estaba tenso y necesitaba respuestas.

—¿De dónde sacaste todo esto?

—¡Se te olvida que vives con una periodista! —Blanqueó los ojos y negó con la cabeza—. Esperaba un: gracias. Por lo menos.

—Sé que eres periodista, pero esta información no se consigue tan fácilmente. Además, tu área son los sucesos, no la política.

Giovanna caminó hasta la cocina, abrió el refrigerador y se sirvió un poco de agua. Tantas preguntas la estaban poniendo nerviosa. Jamás le confesaría la verdad.

—Sí, tienes razón, pero tengo amigos en otros departamentos, debemos trabajar en equipo —afirmó Giovanna con orgullo.

—¿Y te dieron toda esta información tan comprometedoras sin pedirte dinero a cambio? ¿Sabes todo lo que puede suceder si esta información llega a la luz pública?

—Leí la carpeta, sé lo que contiene. Simplemente, busqué una forma de contraatacar a Stefano. ¿O pensabas que iba a quedarme de brazos cruzados? —agregó ella, con una mirada sin opción a réplica.

—Mi única preocupación es que tú no te veas afectada en nada de esto. Debí ser yo, quien encontrara una solución.

Dejó el vaso sobre la encimera de la cocina y caminó hasta él. Cícero la tomó en brazos y la sentó sobre sus piernas.

—No pienso ser un florero chino. Si en mis manos está la manera de

ayudarte, no lo pensaré ni un instante, y mucho menos te preguntaré si estás de acuerdo —apuntó Giovanna y hundió su rostro en el cuello de él.

—Lo cierto es que acabas de salvarme el pellejo.

Giovanna no contestó, tenía sentimientos encontrados. Por una parte, estaba feliz por haber podido ayudarlo, pero en lo más profundo de su corazón sentía miedo. No sabía si podría cumplir el acuerdo que aceptó con Giorgio.

Respiró profundo e intentó entretenerse, planeando con Cícero cómo y cuándo sería más conveniente enfrentar a Stefano.

Para Giovanna, aquel amanecer, con la luz filtrándose por la ventana, señalaba que había llegado el día de enfrentarse a la realidad. Movi6 su cuerpo desnudo bajo las mantas y abrió los ojos. Cícero continuaba durmiendo a su lado. Contempló su rostro y la manera en que su pecho subía y bajaba con cada respiración.

Amanecer junto a él, envuelta entre sus brazos, se había convertido desde la primera noche en una necesidad. La había ayudado a ahuyentar las pesadillas y a dormir más serena. Los demonios que retumbaban en su mente, estrujando su pecho y apretando su corazón se estaban quedando en el olvido. Su nueva vida junto a Cícero, le permitía plantearse la idea de ser feliz plenamente, sin sombras ni demonios.

Deslizó el brazo y tocó su pecho. Sus dedos subieron con lentitud hasta su cara, que acarició con ternura. Él sonrió y, sin abrir los párpados, la rodeó con sus brazos y giró con ella hasta colocarla sobre su cuerpo. Los movimientos de ambos eran pausados, soñolientos y muy sensuales.

Cícero apretó las manos contra su piel caliente, rodeando sus caderas e invitándola a subir un poco su cuerpo para poder penetrarla con una lentitud dolorosa.

Giovanna se estremeció al sentirlo por completo en su interior, ahogó un

jadeo mordiéndose los labios, mientras comenzaba a subir y bajar sobre sus caderas.

Sobrepasado por las sensaciones, Cícero se alzó para tomarla de nuevo y, esta vez, colocarla debajo de él. Tocó, acarició y amó cada parte de su cuerpo, hasta que todos los sentidos estallaron, arrastrándolos al vacío.

Desde que habían regresado de Venecia, hacer el amor tenía un nuevo significado para ellos. En cada encuentro entregaban un poco más de su alma y de su corazón.

Juntos se dieron una ducha rápida y, después de vestirse, prepararon el desayuno. Cícero le reclamó cuando ella dejó medio sándwich sin comer, con la excusa de que se le hacía tarde. Minutos después, salían tomados de la mano. Se despidieron en el estacionamiento con un beso largo y profundo.

Giovanna llegó retrasada al periódico, había encontrado tráfico en el centro y, para empeorar las cosas, cuando llegó a su trabajo no encontraba dónde aparcar el auto. Pasó por recepción casi corriendo, saludó con un simple movimiento de mano a Martina.

Al aproximarse a su escritorio, avistó un ramo de rosas rojas. Cuando lo tuvo frente a ella, agarró la tarjeta que colgaba de un tallo y, al leerlo, apretó los dientes y sus mejillas se encendieron.

*Quizá sea pronto, pero no puedo dejar de pensar en ti.
Cuento los minutos y sueño con que me llamarás hoy.
Espero que no te olvides de mí.
Giorgio.*

Su primer pensamiento fue tomar el ramo y lanzarlo a la basura, pero le había dado su palabra y tenía que cumplirla.

¿Qué tan difícil podría ser?

No sería la primera vez que compartía con un hombre que no quería.

Después de pensarlo bien, recordó que, por lo menos, aquellos hombres eran físicamente atractivos para ella y tenían algún encanto. Todo lo contrario de Giorgio, al que repudiaba en todos los sentidos.

Cuando Giovanna regresó de almorzar, le entró una llamada a su móvil. Lo buscó dentro de su cartera y, al ver que era Abrianna, suspiró con desgano.

—Hola, brujís.

—Buenos días, princesa —saludó Abrianna, con la dulce entonación de su peculiar voz aguda—. ¿Cómo estás?, ¿cómo va todo?

Giovanna guardó la cartera y se dejó caer sobre su silla.

—Tengo tantas cosas que contarte, pero ahora estoy en el trabajo y creo que no es el lugar más indicado para ventilar mi vida privada.

—A ver, no me asustes. Por lo menos dime que todo está bien.

—Más o menos.

—¿Qué pasó entre Cícero y tú? —Le preguntó, preocupada por el tono de voz apagado. La conocía y sabía que algo andaba mal.

—No vayas a pegar el grito al cielo, pero me pidió que nos diéramos una oportunidad y..., bueno...

Abrianna soltó un grito de júbilo.

—Ay, qué emoción. Ahora eres mi prima.

Giovanna bajó la mirada hacia el escritorio, cohibida y al mismo tiempo agradecida por su apoyo y cariño.

—Oye, casi me dejas sorda.

—Al fin ese grandulón piensa con la cabeza y no con los pies.

—Te confieso que me tomó por sorpresa, estaba segura de que jamás dejaría a Valentina.

—Ni siquiera la menciones, esa mujer lo único que merece es nuestro desprecio.

—Si supieras lo último que hizo.

—¿Qué pasó? Ahora me lo cuentas todo, no puedes dejarme así.

—El esposo llamó a Cícero y lo amenazó con destruir su carrera y la empresa, si confirmaba los rumores de que era el amante de Valentina. —Le contó, cubriendo su boca y el teléfono con la mano derecha. No quería que sus compañeros la escucharan.

—¿Qué?! ¡No lo puedo creer!

—No sé tú, pero algo me dice que fue ella la que lo provocó.

—¿Ella?, ¿por qué lo piensas? Porque, de saberse, es ella la que tiene más que perder. ¿Por qué lo haría?

—Es una mujer orgullosa, ¿crees que dejaría ir a Cícero, así, como si nada? Fue él quien terminó con ella, quien inició una relación conmigo.

—Pues sí, tienes razón. Estoy segura de que jamás imaginó que fuera él quien la cortara.

—Exacto. Por eso creo que busca venganza y está usando al propio marido como arma.

—Esa mujer es una arpía. Ahora bien, ¿qué tiene pensado hacer Cícero?

—Obtuve una carpeta con información muy delicada de Stefano y se la entregué a Cícero. Con ella podrá negociar con ese señor.

—¿Qué tan delicada es esa información?

—Muy. Podría arruinar por completo su vida política.

—¡Demonios, ¿tan grave es?!

—Sí, no tienes una idea.

—¿Y cómo lograste conseguir esa información?

Giovanna calló, no quería mentirle.

—Giovanna Donati, contéstame. Si tuviste que pagar por esa carpeta, sabes muy bien que yo puedo...

—No, tranquila, no tuve que dar ni un centavo.

Abrianna no parecía muy conforme con su escueta respuesta, por lo que insistió.

—¿Quién te dio esa información?, ¿cómo la conseguiste?

—Aquí, en el periódico. Un compañero que es politólogo conoce a Stefano, la obtuve por medio de él.

—Hmmm, entonces, si no te pidió dinero, ¿qué le diste a cambio?

—Aún nada —respondió con incomodidad.

—¿Cómo que «aún»? Por favor, amiga, dime qué te pidió.

—Salir con él una noche —dijo con un tono confidente.

Abrianna cerró los ojos y soltó todo el aire de sus pulmones. No podía creer que Giovanna aceptara eso.

—¿Y piensas hacerlo? —Quiso saber.

—Le di mi palabra, Abi.

—¡Por Dios, Gio!, no lo hagas. Estoy segura de que te arrepentirás.

Giovanna tomó aire con cierta brusquedad.

—No puedo echarme para atrás, Abi. Él cumplió con su parte del trato.

—Bien, entiendo que te sientas comprometida, pero aun así, me rehúso a creer que no haya otra salida. No sé, ofrécele una alta cantidad de dinero o...

Giovanna soltó una risotada sin pizca de humor, levantó las cejas y negó con la cabeza.

—Si lo conocieras, entenderías que nada ni nadie lo hará cambiar de opinión. Desde que llegué al periódico puso los ojos en mí.

—Y con esto consiguió la oportunidad perfecta para estar contigo. — Completó las palabras de su amiga.

—Exacto.

—Me da igual, no quiero que lo hagas. Si Cícero se entera...

—No, calla —replicó, alarmada. Con solo pensar en que lo supiera se le desbocaban los latidos del corazón—. Por nada del mundo debe enterarse de

esto.

—No estoy de acuerdo.

—Abi, prométeme que no se lo dirás. ¡Prométemelo!

Abrianna aguardó un momento, incómoda por tener que mentirle.

—Sí, lo prometo.

CAPÍTULO 31

Ese miércoles, la agenda de Cícero estaba completamente llena, desde que había llegado a la oficina hasta la hora del almuerzo estuvo reunido en la sala de juntas con sus socios. Alonzo les informó sobre cómo iban las cosas con la instalación del nuevo sistema de comunicación en las oficinas de R&M Bank. Afortunadamente, estaba a punto de terminar.

Luego, a Cícero le tocó salir a almorzar con un cliente, y como sabía que tendría la tarde igual de ocupada, aprovechó para llamar a Giovanna, en el trayecto de regreso.

—¿Qué tal tu mañana?

—Complicada —respondió ella.

Cícero esperó a que le contara algo más, pero Giovanna se quedó callada.

—¿Te pasa algo? —Levantó una ceja, extrañado.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Te siento extraña, como si no quisieras hablar conmigo.

—No digas eso. Es que ando a tope con el trabajo y quizá estoy algo dispersa.

—Eso espero o comenzaré a creer que ya te estás aburriendo de mí.

—Claro que no, déjate de idioteces —respondió con una risita.

—Oye, llegaré tarde esta noche. Voy con Luigi a conocer la empresa de un nuevo cliente.

—No te preocupes, yo estaba pensando en llamar a la doctora Brina, quiero adelantar mi cita para hoy.

—¿Y eso por qué? Tus consultas son los viernes. —Quiso saber, preocupado.

—Porque lo necesito, Cícero. Sabes lo bien que me hace hablar con ella.

—Sí, lo sé. Está bien, pero intenta no salir muy tarde del consultorio.

—No depende de mí.

—Solo te pido que tengas cuidado.

A Giovanna le dolió tener que mentirle, tragó saliva con un nudo en la garganta.

—No te preocupes, estaré alerta.

—Te quiero, loca.

—Estoy segura de que eres el único hombre sobre la tierra que llama «loca» a su novia. Eres un Neandertal.

Cícero se carcajeó.

—Lo sé, pero aun así, te gusto.

—Pues sí, tienes razón. Oye, debo volver al trabajo.

—Espero que tengas una mejor tarde, te mando un beso enorme.

—Otro para ti, te quiero.

Cícero entró a su oficina con Tina a unos pasos detrás de él.

—Le recuerdo que debe llevar el catálogo de muestras, para que el cliente pueda escoger entre los productos que tenemos.

—Dámelo antes de que lo olvide. —Recibió la carpeta y se sentó frente a su escritorio—. ¿Ya Luigi está listo?

—Creo que sí, pero permítame confirmar.

—Tina, debo hacer una llamada, dile a Luigi que en quince minutos estaré listo.

—Perfecto. ¿Necesita algo más?

—No, gracias por todo.

En cuanto su secretaria salió de la oficina, Cícero llamó a Valentina. No le importó que estuviese con el esposo.

—Es la última vez que te tomo una llamada. Entre tú y yo no queda nada más por decir —declaró Valentina, temblándole las manos. Estaba sorprendida por recibir una llamada suya, después de todo lo que había pasado entre ellos.

A Cícero se le escapó una risotada.

—Tu nivel de descaro es impresionante.

—¡Eres un cretino! —bramó, histérica.

—Me importa una mierda lo que pienses de mí, solo te llamo para advertirte que, si no paras con este juego estúpido de usar a tu marido para que acabe con mi empresa, será él, quien terminé destruido o; peor aún, encerrado en una cárcel por corrupto —amenazó, imprimiendo en su voz todo el odio que sentía.

—¿Pensabas que iba a permitirte que me echaras de tu vida como un trapo viejo? ¡Te equivocaste conmigo, Cícero Liotta!

—No, la que está muy equivocada además de loca eres tú. —Se llevó las manos a la cara para frotarse la frente, comenzaba a sentir dolor de cabeza—. Ya te lo advertí, y dile a tu esposo que hoy mismo recibirá un sobre que debe leer con mucha atención.

—¿Qué sobre?, ¿de qué hablas?

—Cuando lo reciba, él sabrá qué hacer con esa información. Y espero que piense muy bien antes de actuar en mi contra.

—¿Cómo se te ocurre amenazar a Stefano? Él es un político honorable y...

—Calla, mujer. No escuchas lo que dices y, ¿sabes qué? No pienso seguir perdiendo mi tiempo contigo. Así que, hasta nunca. —Colgó la llamada sin permitirle replicar.

Cícero alzó la cabeza y vio a Luigi parado bajo el marco de la puerta.

—No le des más importancia al asunto y olvídate de esa mujer. —Le aconsejó su amigo y entró.

—Tranquilo, todo está bajo control.

—¿Seguro? Porque no es lo que parece. —Lo observó y tomó asiento.

—Solo tenía que dejar algunas cosas claras con ella.

—Alonzo y yo pensamos lo mismo, que debes ignorarla por completo o seguirá jodiéndote la vida.

—No podía quedarme tranquilo.

—Sácala de tu vida comenzando por aquí. —Levantó la mano y con el dedo índice señaló su cabeza—. Mientras sigas pensando en ella, tendrá poder sobre ti.

—Tienes razón.

—Viejo, concéntrate en las cosas y en las personas que te sumen, no en las que te resten energía.

—¿Ahora eres psicólogo? —bromeó para quitarle importancia al asunto.

Luigi sonrió y se puso de pie.

—Solo cuando mis amigos lo necesitan —siguió la broma y caminó hacia la puerta—. Vámonos o llegaremos tarde.

—Sí, salgamos ya.

Agra, India.

A Abrianna le costó muchísimo dictar sus clases, sabiendo lo que estaba pasando en Ravena; su mente no dejaba de pensar en las consecuencias que podría traer en la relación de su primo y Giovanna, lo que ella pensaba hacer con ese hombre.

Por un momento, intentó ponerse en sus zapatos e imaginarse que era ella quién debía hacer lo que su amiga estaba a punto de llevar a cabo. Y de

inmediato, se le revolvieron las bilis. No, imposible, ella jamás podría hacerlo.

Salió del colegio y mientras el *tuk tuk* la trasladaba a su residencia, iba pensando en qué hacer.

Lo único que se le venía a la mente era contarle la verdad a Cícero, él debía conocer el precio real de toda esa información.

A fin de cuentas, una mentira traía mil mentiras más. Por lo que, dejó de darle vueltas al asunto y tomó su móvil para llamarlo.

Debía tenerlo apagado, porque de inmediato saltaba el buzón de mensajes. Lo intentó un par de veces, obteniendo la misma respuesta. Optó por dejarle un mensaje de voz.

—Hola, grandulón. Por favor, desde que escuches este audio, llámame. Tengo que hablar contigo sobre Giovanna. Es importante. Te quiero.

Se llevó una mano al pecho y levantó la vista al cielo, pidiéndole a Dios que todo se solucionara. Ella sabía cuánto había sufrido su mejor amiga, y al fin la vida le daba una oportunidad de ser feliz junto al hombre que siempre había querido. Odiaría verla de nuevo desdichada, porque Giovanna no se lo merecía.

CAPÍTULO 32

A las seis de la tarde, Giovanna salió del periódico y manejó directo hasta su casa. Le había enviado un mensaje a Giorgio, confirmándole que esa misma noche se verían.

Entró a su apartamento y se sintió extraña. Hacía semanas que no pasaba por ahí. Todo estaba lleno de polvo y algo desordenado. Caminó hasta su cuarto y se quitó la ropa para darse una ducha. Al salir, se miró en el espejo y contempló su rostro.

«No importa lo que hagas ni con cuántos hombres estés, sabes quién eres y que nada ni nadie podrá cambiar tu esencia. Eres fuerte, la vida te hizo fuerte. Será solo una noche, como cualquiera de las que ya has vivido con otros. Esta no será diferente».

Pensaba con lágrimas en los ojos. Se pasó las manos por el pelo y se frotó las mejillas. De pronto, le vino la imagen de la doctora Brina, sentada en su consultorio, hablando con ella sobre arriesgarlo todo por el amor.

¡Qué irónico!

Ahora comprendía el significado de esas palabras, porque cuando uno ama a alguien, lo da todo, sin reservas. Un montón de veces, Brina le aseguró que cuando encontrara al chico adecuado, todo sería diferente y, sí, tenía razón. Ahora no solo pensaba en ella, sino también en que ese chico estuviese bien, a cualquier precio.

Faltando diez minutos para las siete estacionó su Jaguar cerca del restaurante japonés. Permaneció sentada, tratando de llenar sus pulmones mientras temblaba con la piel cubierta de sudor. Activó el aire acondicionado y, tras unos minutos, logró respirar con calma y sentirse más serena.

Con seguridad bajó del auto, decidida a cumplir con su palabra. Esa noche había escogido un delicado vestido negro, que le llegaba hasta la mitad de las piernas. La tela elástica se ajustada a cada parte de su cuerpo, exagerando sus curvas. Los tirantes de la parte superior se cruzaban sobre su pecho y terminaban sobre la espalda desnuda. El cabello recogido en un moño alto le resaltaba su elegante cuello. Maquilló sus ojos con un delinear negro y aplicó un poco de brillo en los labios.

Lucía hermosa, desde la distancia, cualquiera podía asegurar que se había vestido para alguien especial.

Entró al restaurante y lo distinguió enseguida, estaba sentado en una de las mesas del fondo. Con una sonrisa, tal como había aprendido, Giovanna recorrió el lugar hasta que se detuvo frente a él.

—Buenas noche, Giorgio.

De inmediato, el hombre se puso de pie y eliminó el espacio entre ellos, para recibirla con un abrazo demasiado afectivo.

—¡Muñequita hermosa, qué bella estás! Te aseguro que no hay mujer más hermosa en este lugar. Soy un hombre afortunado. —La tomó por los hombros y le dio un beso en cada mejilla.

Giovanna aceptó el abrazo y fingió estar a gusto con su presencia.

—Gracias, siempre tan amable.

—Siéntate a mi lado. —Arrastró la silla y se ubicó detrás, galante—. ¿Quieres beber algo?

—Sí, vino, gracias.

Giorgio, con un movimiento de mano, llamó al camarero y le pidió un *whisky* para él, y una copa de vino tinto para Giovanna.

—Tengo que confesarte que me sorprendió tu mensaje. Aunque lo deseaba, no pensé que fueras a responderme tan rápido. —Tomó asiento y dejó, de forma intencionada, las manos sobre la mesa—. ¿Te gustaron las flores?

Giovanna se dio cuenta de sus intenciones, bajó los codos y cruzó sus manos sobre las piernas.

—Sí, gracias. Muy lindas.

—Como he visto varios ramos en tu escritorio, se me ocurrió enviarte uno. Claro, no son tulipanes, quería que fuera algo diferente.

—Las rosas están perfectas.

—Me complace, porque todo lo que hago es para agradarte.

—Yo..., gracias —respondió, tratando de sonar amable.

—Y cuéntame, ¿cómo va tu investigación?, ¿te sirvió la información que te di? —Achinó los ojos y ladeó la cabeza.

Giovanna supo que él sospechaba que la excusa que le dio era una farsa. Fingió demencia y cambió el tema.

—Sí, ya terminé con eso. Ahora estoy con otro caso. Bueno, tú mejor que nadie sabes cómo es este trabajo. Ahora una información puede ser importante, y a los pocos segundos pasa a segundo plano.

—Es lo bueno que tiene este mundo. A mí me encanta, ¿y a ti?

—Absolutamente.

El resto de la velada la pasó como un maniquí. Sonriendo, respondiendo con monosílabos y alabando las miles de virtudes de él. Giorgio no paró de hablar en ningún momento. Cuando sirvieron el postre, Giovanna ya conocía la vida de su compañero y de todo su árbol genealógico, puede que hasta la quinta generación.

¡Dios, qué asco de tipo!

—Bueno, me encantaría saber un poco más de ti.

Ella se echó a reír de buena gana. Al fin le permitía hablar.

—Pues no hay mucho que contar, mi vida no ha sido tan estupenda como la tuya.

—Tienes razón, he sido afortunado. Bueno, ¿qué te parece entonces si nos

vamos a un lugar más íntimo? —Se inclinó sobre ella, para acariciar su brazo.

Ella sabía lo que implicaba aquella invitación. Estaba preparada, ya lo había pensado. Aunque con Giorgio debía ser cuidadosa, pues no sabía realmente quién era, mucho menos de lo que podía ser capaz.

Desde su época de estudiante había analizado tantos casos, sabía de chicas que salían con hombres y terminaban torturadas, subyugadas, ya nada le sorprendía. La tenía nerviosa no saber cuáles mañas podría tener Giorgio.

—Creo que la información que te di vale más que una simple cena, merezco un trato más... cariñoso, ¿no crees? —añadió, acercándose a ella, para dejar un beso sobre su hombro desnudo.

—Podemos ir a mi apartamento. —Ofreció un lugar seguro y se levantó de golpe, como si ese beso hubiese sido un hierro ardiente.

—De acuerdo —aceptó con una enorme sonrisa en sus labios.

Él dejó un par de billetes sobre la mesa y se ubicó a su lado, para rodearle la cintura con su brazo.

—Muero por escucharte gemir de placer —susurró en su oído y le mordió el lóbulo de la oreja.

La respuesta de Giovanna llegó pronto, como el destello de un relámpago, en un tris tras, se volteó, quedando de frente a él.

—No puedo —replicó con sinceridad—. Perdóname, Giorgio, pero no puedo hacerlo.

—Disculpa, no entiendo... ¿Qué dices? —Su cara comenzó a teñirse, acentuando más las cicatrices.

—Fija una suma, la que sea. El monto que tú consideres que vale esa información, yo te haré ahora mismo el cheque.

Giorgio se sintió avergonzado por su rechazo, estaban en medio del restaurante y ya algunas personas comenzaban a mirarlos extrañados.

—Me diste tu palabra, aceptaste el acuerdo —susurró, tomándola con

fuerza por el codo—. Yo...

Ella lo interrumpió, agarrándole las manos, tenía que convencerlo. Pero sabía que no debía humillar su ego. Por lo que, intentó manipular la situación.

—Eres un hombre maravilloso, Giorgio. En el periódico todos comentan que eres un extraordinario periodista, brillante, astuto y con un talento envidiable. Y aunque me resultas muy atractivo, debo confesarte que amo a otra persona.

—¿Es por él que me rechazas? —La interrogó con tono autoritario.

—Sí, siempre ha sido él —respondió, tratando de llevar oxígeno a sus pulmones que, por un momento, sintió que le dejaron de funcionar. Le temblaba el cuerpo, el vestido se le pegó a la piel por culpa del sudor, y podía escuchar cómo le latía el corazón.

—¿La información que me pediste era para ese hombre?

—Sí.

—Me tranquiliza que seas sincera, porque en cuanto comencé a investigar, supe que esa información no era para ti.

—Lo siento muchísimo, mi intención jamás fue engañarte, yo... no quería que tú...

—Olvídalo, no quiero saber nada más. Solo te pido que nadie sepa de este encuentro.

—Claro, por supuesto.

—Giovanna, la deuda se mantiene. Espero tus ofertas —añadió y salió, dejándola sola en medio del restaurante.

Minutos después, Giovanna apretaba su cartera entre sus manos y salía del lugar. Por una fracción de tiempo, todo se oscureció y el restaurante comenzó a dar vueltas alrededor de ella. Caminó como una autómatas hasta que abrió la puerta y el frío de la noche golpeó su cuerpo. Se le erizaron los vellos y la

piel se le puso de gallina. Sin saber cómo, tropezó de frente con alguien que venía entrando de prisa.

—Disculpe, yo...

Ella dio un sobresalto y se envaró al reconocer la voz.

—¿Qué haces aquí? —protestó a la defensiva y se alejó de él.

Cícero se abalanzó sobre ella y la agarró por el brazo con tanta rabia, que no se dio cuenta de que le estaba haciendo daño.

—No, la pregunta es, ¿por qué estás tú aquí?

—Deberías estar en...

—No importa dónde debería estar, aquí quien tiene que dar muchas explicaciones eres tú.

—Cállate, no te permito que me grites de esa manera. Y, ¿sabes qué? Todo esto es culpa tuya, imbécil. —Se dio media vuelta y corrió hacia su auto.

—Para, para de correr —gritó, siguiéndole los pasos—. ¡Te he dicho que pares!

Giovanna abrió la puerta del Jaguar y lanzó su cartera al interior. Cuando se giró, Cícero pudo ver que tenía el rostro lleno de lágrimas.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? Nadie lo sabía.

—Y qué importa cómo te encontré. Ahora, contéstame, ¿de verdad pensabas irte con ese tipo? —Levantó el brazo, señalando el restaurante—. ¿En serio, Giovanna?

—¿Qué sabes tú de mí?, no me conoces, no sabes de lo que soy capaz. Además, no tengo que darte explicaciones ni justificarme contigo.

—Sí, sé quién eres.

—No, no lo sabes. Si fuera cierto, no estarías aquí, reclamándome.

—Me engañaste, cuando te pregunté si tenías que pagar algo a cambio, me aseguraste que solo había sido un favor entre compañeros. ¡Qué idiota fui! No supe leer entre líneas y descubrir que, «favor», era regalarle una noche de

sexo a tu generoso compañero.

Ella se lanzó contra él y comenzó a repartir golpes por todas partes. Por unos segundos, Cícero dejó que drenara su impotencia, hasta que le agarró las manos y la inmovilizó, arrastrando su cuerpo hasta la puerta del auto.

—¡Basta! O te harás daño. —Le pidió y, cuando ella intentó soltarse, no se lo permitió.

—Suéltame, no quiero seguir hablando contigo ni hoy ni nunca.

Cícero pegó su frente a la de ella y cerró los ojos, intentando controlar la rabia que burbujeaba por todo su cuerpo. Hacía menos de una hora que había escuchado el mensaje de su prima, y lo menos que imaginó cuando le devolvió la llamada fue enterarse de que su novia había aceptado canjear su cuerpo por la información de Stefano.

Su mundo se paralizó, su mente perversa y endemoniada se imaginó a Giovanna en los brazos de otro hombre, amándola, disfrutando de su cuerpo, de sus gemidos. Olvidó dónde estaba y lo importante que era para su empresa el nuevo cliente. Salió corriendo como si su vida dependiera de ella; pero así era, Giovanna se había convertido en lo más importante de su existencia.

Subió al Ferrari y, de inmediato, activó la aplicación de rastreo que tenía, así dio con su ubicación.

Cícero le soltó las manos para poder abrazarla.

—No merezco que des tanto por mí. Debiste dejar que Stefano hiciera lo que le diera la gana conmigo. Nada es más importante que tú. No debiste aceptar ese trato. ¿En qué estabas pensando? —objetó y sacudió la cabeza.

—No lo sé, sinceramente, actué por impulso. Solo quise protegerte.

—Pero si soy yo quien debe protegerte a ti, Gio. ¡Escucha lo que dices, por Dios! —Levantó la mirada al cielo, que esa noche estaba oscura y sin estrellas.

—Puedo cuidar de mí misma.

—¿En serio? ¿Haciendo estas estupideces? No lo creo.

—Quise cuidar de ti, asegurarme de que estuvieras bien. Siempre ha sido al revés y; a veces, es reconfortante devolver la ayuda.

—No a este precio... ¿Crees que estaría bien, sabiendo que tuviste que entregarle tu cuerpo a un desgraciado abusivo, que se aprovechó de tu desesperación? Y todo por mi maldita culpa, por cogerme a la mujer equivocada... No, no, Gio, no vuelvas a mentirme, ¿entiendes? Nunca más.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza y, cuando alzó la mirada para contestarle viéndolo a los ojos, se sorprendió al descubrir que él tenía el rostro húmedo por las lágrimas.

—No pude hacerlo, tu rostro vino a mi mente como una exhalación y no tuve el valor de irme con él —tartamudeó y rompió a llorar.

Cícero apretó el abrazo y hundió la cara en su cuello.

—Cállate, no quiero escuchar, no quiero conocer los detalles. Simplemente, olvídale. —Buscó sus labios y la besó con premura.

Giovanna olvidó todo y se entregó por completo a él, a sus besos, a sus caricias. Enredó los dedos en su cabello, intentando presionar más su boca contra la de él. Su lengua se movía de un lado a otro, haciendo que su cuerpo se estremeciera de deseo.

—Vamos a casa —suplicó, pegado a su boca.

CAPÍTULO 33

Esa noche y todas las que llegaron después, Cícero las aprovechó para demostrarle a Giovanna cuánto la amaba, cuánto la necesitaba; intentaba pasar la mayor parte del tiempo con ella, para fortalecer su relación.

Al despertar, el jueves, le rogó quedarse con él en la cama, vegetando y haciendo el amor hasta que el hambre los obligara a levantarse.

A ella le pareció una estupenda idea, pero tenía compromisos en el periódico que no podía posponer. Además, debía terminar el reportaje que se publicaría el sábado. A regañadientes, la dejó ir.

El viernes, Giovanna regresó al consultorio de la doctora Brina. En un principio, quiso inventarse una excusa para no ir, la verdad era que no deseaba confesarle lo que había ocurrido con Giorgio. Echando la vista hacia atrás, admitía que había sido un acto supremamente estúpido e irresponsable de su parte.

Sin embargo, necesitaba conversar con ella sobre sus temores, que se habían incrementado desde que supo todo lo referente a Doménico. Por una parte, estaba tranquila, ya que habían pasado los días y él seguía lejos de ella. No volvió a enviarle flores ni notas. Era como si alguien le hubiese recordado que tenía que cumplir con el acuerdo de mantenerse alejado de ella.

Todo estaba claro en su mente, pero su cuerpo se revolucionaba cuando recordaba que él estaba en la ciudad, que podía topárselo en cualquier momento.

—¿Te preocupa que Cícero ya no confíe en ti? —preguntó la doctora.

—Sí, aunque se muestra cariñoso y me repite que todo sigue igual. No le creo.

—¿Piensas que te está mintiendo? —Dejó de anotar en su cuaderno y subió la mirada hacia ella.

—Es posible, sí, puede.

—No le veo sentido, ¿por qué haría algo así?

Giovanna tragó saliva y contestó en voz baja.

—Siente culpa, él sabe que todo lo que pasó con Giorgio fue producto de sus problemas con Valentina.

—Una cosa trajo la otra —añadió Brina.

—Sí, eso es.

—Entonces, te aconsejo que lo hables con él, y que sea pronto.

—No sé si sea el momento adecuado —contestó y se removió en la silla, incómoda—. Desde que regresamos de Venecia, ha estado excesivamente sobreprotector.

—Me parece lógico, teniendo presente que Doménico se encuentra en la ciudad y que ha estado enviado señales de que sigue pendiente de ti.

—¿Lo dices por las flores? —inquirió Giovanna, frunciendo el ceño.

—Por todo. —Brina cruzó las piernas y añadió—. Las flores, las notas donde hace saber que está al tanto de los detalles de tu vida y, si revisamos con detalle, podemos suponer que la foto que dejaron en el cristal de tu auto, donde apareces abrazada a Cícero, también pudo ser él.

—Creí que era la única que pensaba eso.

—Pues no, yo he tratado pacientes que poseen un perfil psicológico como creo que lo tiene Doménico, y es por eso que necesito que tengas todo claro. No olvides ningún detalle.

—Y basada en ese perfil, ¿de qué crees que sea capaz Doménico?

—Imposible adivinarlo, Giovanna. Cada ser humano es único, y aunque pueden repetir un mismo patrón de conducta, eso no quiere decir que todos vayan a actuar de la misma manera ante determinada situación.

—Estoy cansada de huir, de ser la víctima, de ver miedo en los ojos de quien está a mi lado.

—Es normal, han sido demasiados años cargando ese peso sobre tus hombros.

—Ya no soy la misma niña frágil y asustadiza que él conoció.

—¿Hablas de Doménico? —Brina volvió a su libreta.

—Sí.

—Dime algo, ¿qué sientes cuando estás sola y a tu mente llegan los recuerdos? Porque sé que están ahí, que continúan torturándote.

Giovanna guardó silencio, meditando su respuesta. Volteó la cara y contempló los cuadros colgados en la pared.

—A veces deseo tenerlo en frente para descubrir quién soy.

—Explícate.

—Me gustaría saber qué seré capaz de hacer, cómo reaccionaré ante su presencia. ¿Crees que soy masoquista?

—No, para nada. Pienso que quieres saber cuánto poder sigue teniendo sobre ti, ¿cierto?

Giovanna asintió y las lágrimas bañaron su rostro sin control. La doctora se levantó, dejó el cuaderno y rodeó el escritorio para abrazarla.

—No estás preparada para enfrentarlo, no todavía. Déjalo fuera de tu vida y, aunque tengas la idea de buscarlo y darle cara, no lo hagas. ¿Me has oído?

La chica afirmó con un leve movimiento de cabeza y arrastrando las palabras le preguntó:

—¿Por qué crees que pienso buscarlo?

—Tengo diez años tratándote, a veces, puedo leer en tu mirada lo que realmente sientes.

—¡Lo odio con todas mis fuerzas, Brina!

—Lo sé, cariño.

A mediados de octubre, la lluvia llegó y el tiempo empeoró en Ravena. Bajó la temperatura, el ambiente se volvió húmedo y toda la ciudad se llenó de hojas secas.

Como era sábado, Giovanna y Cícero, después de desayunar se fueron al supermercado. Pero algo sucedió que cambió todo por completo. Cícero recibió varios mensajes de Doménico.

- Lo he pensado y tienes razón, debemos hablar.
- Entre nosotros quedaron temas sin aclarar.
- Una amistad de años no puede terminar así.
- Hablemos.
- Solo puedo esta tarde, mañana viajaré con mi padre fuera de la ciudad.
- Estaré esperando tu respuesta.

Después de leer los mensajes, el ánimo de Cícero se transformó. Regresó al apartamento pensando en qué excusa podía darle a Giovanna, para ausentarse ese tiempo sin que ella sospechara nada. No podía inventarse nada relacionado con su familia porque de inmediato Giovanna los llamaría; estaba dándole vueltas al asunto cuando pensó en su amigo Alonzo. Ella no tenía cómo contactarlo.

Seguro de continuar con su plan, le envió un mensaje a Doménico:

- A las 6 de la tarde.
- ¿Dónde nos vemos?

Recibió respuesta de inmediato.

- Espero que recuerdes el chalet que tiene mi padrino en Punta Marina.
- Te veo ahí a las 6.

Cícero tuvo que releer el primer mensaje, no podía creer que el padre de Giovanna le prestara su casa a Doménico. Sabía, por lo que Abrianna le había contado años atrás, que Duilio Donati quería tener un hijo, y cuando sus amigos tuvieron a Doménico y le pidieron ser su padrino, su ansiedad por ser padre aumentó. A los dos años nació Giovanna, una niña, no un varón, como era su deseo.

Sin embargo, se mostró amoroso con su pequeña, pero jamás su amor desplazó al que sentía por su ahijado.

A su mente le llegó una interrogante, pero no deseaba saber la respuesta.

«¿A quién amaba más Duilio Donati, a su hija o a Doménico?»

Almorzaron viendo los nuevos capítulos de la serie favorita de Giovanna, luego durmieron un par de horas y, al despertar, Cícero le comentó que debía salir con Alonzo.

La chica aprovechó el tiempo a solas para adelantar su trabajo. Ricci le había enviado un correo electrónico con nuevas correcciones y sugerencias.

Cícero detuvo el Ferrari a un lado de la calle y caminó hasta la entrada de la casa con el ceño fruncido. Desde lejos, se podía ver que la propiedad estaba abandonada. Pasó al lado de un Bentley negro que estaba aparcado en el garaje de la casa. Supuso que era de Doménico.

Al llegar, tocó una vez y la puerta se movió, alejándose del marco lentamente. Entró y le costó adaptar sus ojos a la oscuridad del interior. Giró la cabeza hacia la puerta cuando escuchó que se cerraba de golpe. Se movió,

desubicado, hasta que un destello de luz le permitió ver que algo se movía a su derecha.

Solo sintió el impacto sobre su boca.

—¡Maldición! —Parpadeó un par de veces y achinó los ojos, intentando ver su cara.

Sus sentidos se activaron y giró al escuchar unos pasos cerca de él. De a poco, logró adaptarse a la oscuridad.

—Bienvenido al infierno, amigo. —Le golpeó con el puño en el estómago.

—Doménico —masculló, inclinándose hacia adelante.

—El mismo de siempre. —Sonrió con maldad y volvió a impactar un golpe sobre el rostro de Cícero.

—¿Qué mierda te pasa?, ¿a qué se debe todo esto? —Se alzó y tomó impulso para clavarle un golpe en la quijada.

Doménico trastabilló hacia atrás, los dientes le rechinaron y se limpió la sangre de la boca. Sus ojos azules brillaron llenos de ira.

—Voy a matarte, Liotta.

—No pienso ponértelo fácil. —Tembló al escuchar su declaración, pero no le demostró miedo. Supo que no era una amenaza producto de la rabia, sino una sentencia. Solo rogaba por que Giovanna se mantuviera a salvo.

Mientras él avanzaba, Cícero retrocedía. Con cada golpe que impactaba contra su cuerpo, usaba toda su fuerza, toda la frustración de no tenerla y todo el odio que sentía por él. Lo aborrecía como nadie en el mundo y había llegado el día de demostrárselo.

—Eres hombre muerto. —Doménico se abalanzó sobre él y rodeó su cuerpo.

Ambos cayeron al suelo.

Cícero comenzó a lanzar golpes y patadas por todas partes, acertando un par de ellas en su costado. Él contraatacó con saña y logró posicionarse sobre

el cuerpo de Cícero, inmovilizándolo por completo.

—Te vi esta mañana besando a Giovanna en los labios. ¡A mi chica! ¿En qué estabas pensando, cabrón?

—A ella déjala fuera de todo esto. Ni se te ocurra acercártele.

—¡Esa mujer es mía! —gritó, desquiciado.

Cícero reaccionó, todo cobró sentido. Ahora entendía por qué, de pronto, Doménico había aceptado hablar con él. Recordó el instante exacto en que recibió el mensaje, acababa de besar apasionadamente a Giovanna en medio del supermercado.

Él estuvo ahí, los había visto, juntos y felices.

¿Desde cuándo los seguía?

—Gio jamás ha sido tuya, bastardo. Solo eres un maldito sádico, que abusó de ella cuando solo era una niña, cuando no podía defenderse.

En un arranque de cólera, pensó en acabar con su vida ese mismo día y no darle ninguna opción.

—¡Cállate! ¿Qué sabes tú de nosotros? —bramó y estrelló varias veces la rodilla contra sus costillas.

A Cícero el dolor lo hizo estremecer, paladeó el sabor de su propia sangre e intentó cubrirse mientras Doménico le propiciaba un golpe tras otro sobre su cara ensangrentada. Todo acabó para él cuando Doménico agarró un listón de madera que se encontraba muy cerca de ellos y lo partió sobre su cabeza.

Tirado en el suelo, boca arriba, intentó ponerse de pie al sentir que él se levantaba, pero no pudo. El dolor en las costillas le impedía respirar con normalidad. Jadeaba como si tuviese una cuerda alrededor del cuello.

—Hoy todo acaba para ti y comienza mi nueva vida, junto a mi mujer.

CAPÍTULO 34

La noche llegó y con ella una lluvia que caía con fuerza. Desde la terraza entraba ese olor tan característico a tierra mojada. Giovanna se levantó de la mesa con los pies descalzos y caminó hasta la cocina para servirse un poco más de soda.

Miró su reloj de mano y arrugó la cara, extrañada. Cícero tenía mucho tiempo que se había ido y ni un mensaje le había enviado, cuando en los últimos días no paraba de intercambiar textos con ella.

Decidió bloquear los malos pensamientos y le quitó importancia. Al volver a la mesa, vio que tenía un par de mensajes en su móvil de Abrianna. Su amiga tenía días llamándola y enviándole mensajes, pidiéndole disculpas por haber fallado a su promesa de no contarle la verdad a su primo.

Giovanna estaba dolida, nunca la había traicionado, jamás; de hecho, si Abrianna no le hubiese contado a Cícero, él nunca se hubiese enterado, porque al llegar a casa esa noche, ella ya estaría ahí, esperándolo.

Desbloqueó la pantalla del teléfono para eliminar las notificaciones y se quedó mirando la imagen que tenía de fondo. Cícero aparecía sobre ella, mordiéndole una mejilla. Sonrió al recordar esa tarde en Venecia y, sin querer, su mente se llenó de recuerdos hermosos.

Cómo le había cambiado la vida desde ese viaje, ahora todo tenía sentido y su felicidad un culpable, un nombre, un rostro, un olor.

Le llegó otro mensaje, esta vez, de un número desconocido; intrigada, tocó la pantalla.

Su mundo entero explotó a su alrededor. Por unos segundos se quedó de piedra, sin moverse, sin respirar. Al final, su cuerpo reaccionó.

Agarró el móvil entre sus manos y detalló la foto que acababa de recibir. Era Cícero, tirado en el suelo con el rostro lleno de sangre. Amplió la imagen con los dedos y, sintiendo que el corazón se le salía por la boca, detalló su cara. Tenía los ojos cerrados, el labio inferior partido y en la ceja una herida abierta.

—¿Qué es esto?! —aulló, temblando de pies a cabeza—. No es verdad, no. No puedes ser tú, amor, no —suplicó, aterrada.

Las respuestas llegaron más rápido de lo que imaginó. Una llamada entrante quitó la imagen de la pantalla. Con manos temblorosas y el miedo oprimiéndole el pecho, contestó.

—Hola, hermosa.

Oír su voz fue suficiente para que sus demonios se aferraran a sus pies y la halaran hasta lo más profundo del infierno.

—¡Dios, no! Por favor, no. —Empezó a llorar y, a medida que se intensificaba su llanto, ella perdía fuerza.

—Veo que no te gustó la foto, lo siento hermosa. Este no era el plan, pero ahora las cosas han cambiado.

—¿Qué le has hecho? —Se abrazó con la mano que tenía libre y lloró amargamente.

—Solo lo que se merecía, pero tú no tienes por qué preocuparte por él, si no quieres que muera...

—No, por favor, Doménico, te lo ruego, te lo suplico, déjalo. No le hagas más daño —imploró, dejándose caer de rodillas.

—Cállate, no supliques por ese bastardo. ¡Olvídate de él!

—¿Qué quieres? Pídeme lo que quieras, te daré lo que quieras, pero déjalo ir. —Se obligó a serenarse.

—Mmm..., no sabes cómo me pones cada vez que me ruegas de ese modo. ¡Maldición, cómo te extrañaba, hermosa! —exclamó, cerrando los ojos y se la

imaginó junto a él—. Sal del edificio, te estoy esperando frente al portal. Y no se te ocurra llamar a nadie.

Giovanna asintió con la cabeza y se puso de pie con el móvil pegado a la oreja.

—Giovanna. —La llamó por su nombre por primera vez en mucho tiempo, y a los dos los recuerdos le inundaron la mente. Ambos se estremecieron—. Sin trucos, ¿entendido? O tu amiguito pagará las consecuencias.

—Voy bajando —declaró con un hilo de voz.

Colgó la llamada, corrió hasta su cuarto y agarró el primer par de zapatos que encontró. Le costó ponérselos porque las manos le temblaban y le impedían hacerlo.

Olvidó todo lo demás y bajó lo más rápido que pudo. En su mente solo estaba la imagen de Cícero cubierto de sangre.

La lluvia fría la recibió, empapando todo su cuerpo, su pelo, la cara y la poca ropa que traía puesta. Él la estaba esperando, apoyado sobre la puerta de un auto, con los brazos cruzados. Ella contempló su rostro durante un segundo, el suficiente para que sus pies parecieran haberse pegado al suelo y se negaran a moverse.

Al distinguirla, él sonrió y abrió los brazos, como si pensara darle una bienvenida con un abrazo. Giovanna se obligó a respirar y el dolor que sintió en el pecho se agudizó tanto que creyó que le arrancaban el corazón. Doménico eliminó la distancia que los separaba y sin esperar algún gesto por parte de ella, la rodeó con sus brazos.

Sentirlo por primera vez después de tantos años pegado a su cuerpo, fue como si le echaran sal a una herida abierta y la dejaran sangrar. Parpadeó para eliminar las gotas de lluvia de sus ojos, junto a las lágrimas que no paraban de brotar. Por dentro, se rompía en miles de pedazos.

Doménico la guio hasta el Bentley y le abrió la puerta del copiloto con

caballerosidad. Cuando ella entró, se ahogaba en su propio llanto. Apoyó la cabeza al respaldo y al verlo rodear el auto quiso salir corriendo.

Pero negó con la cabeza.

Él tenía a Cícero y solo ella podía lograr que lo dejara libre. Por eso sacó fuerzas desde lo más profundo de su ser, y cuando él subió al auto, pudo soportar su presencia.

—¿Tienes hambre? —preguntó él, con una sonrisa, como si no hubiesen pasado tantos años y tantas cosas entre ellos.

—No.

Él se giró, quedando frente a ella, y volvió a abrazarla, sorprendiéndola.

—Ay, el primer contacto después de tanto tiempo —gimió, pegado a su oreja—. ¿También has pensado en eso? —No la dejó contestar y siguió hablando—. Demonios, al fin estamos juntos. —La apretó con fuerza hasta que la escuchó quejarse—. Oh, hermosa, lo siento, yo... no quise lastimarte. —La agarró por los hombros y tomó distancia de su cuerpo—. Es que no tienes idea de lo que había soñado con este momento.

—¿Soñado? —Ella repitió sus palabras.

—Todos estos años, cada día, cada mañana tu recuerdo era lo que me motivaba a seguir adelante. Siempre he estado pendiente de ti, cada paso que has dado, a cada lugar que has ido; lo único que me ayudaba a soportar la distancia era la seguridad de este momento, saber que volverías a estar en mis brazos, que solo debía esperar y crear el momento perfecto.

Giovanna comprendió en ese instante que su libertad acababa de llegar a su fin. Doménico estaba absolutamente desquiciado.

—A partir de ahora nada nos separará —decretó él, seguro de ello.

—¿A dónde vamos? —preguntó, diez minutos después de que él arrancara el auto.

—Es una sorpresa, sé que te va a gustar. No era lo que tenía planificado

para nuestro reencuentro, pero por el momento bastará —hablaba sin parar—. Luego tendremos tiempo para irnos de viaje.

La oscuridad de la noche no le permitió ver hacia dónde iban. Hasta que el auto se detuvo frente a una cabaña que, Giovanna, al voltear la cara y mirar por el cristal de la ventanilla, reconoció de inmediato.

—No, por favor, no quiero regresar a ese lugar —rogó, cubriéndose la cara con las manos.

«La cabaña del rey», así la había bautizado Doménico en su juventud. La había descubierto Cícero, un día mientras hacían senderismo. Estaba abandonada y prácticamente se caía a pedazos, pero a Doménico le pareció un lugar perfecto para descansar de sus padres, cuando lo obstinaban.

Quedaba sobre un acantilado rocoso, que por su altura se podía disfrutar de unas vistas increíbles. La brisa golpeaba con tanta fuerza que hacía trillar la madera de la cabaña. Y si guardabas un poco de silencio, también podías escuchar las olas del mar reventando en la pared rocosa.

Doménico le abrió la puerta y, como ella se aferró al asiento, la tomó por las piernas y la sacó cargada a la fuerza. Aquel lugar representaba para Giovanna el inframundo, un centenar de veces, años atrás, solía llevarla a ese lugar para abusar de ella con total libertad, sin que nadie pudiera escuchar sus gritos de súplica.

Por un instante, creyó que el tiempo no había pasado y que seguía teniendo catorce años.

Sí, Doménico había abusado de ella desde que cumplió los doce, y por unos cuatro dolorosos años continuó haciéndolo.

¿Por qué ella lo permitió?

Por una infinidad de razones que, ahora, siendo una mujer, las pensaba y le parecían las más absurdas e idiotas del mundo. Una niña aterrada puede llegar a ser una víctima fácil.

Mientras la cargaba sobre sus hombros ella pateaba y gritaba, intentando defenderse, pero él siempre usaba su fuerza para coaccionarla.

Con el pie, abrió la puerta y, al ingresar, la sentó sobre una silla de madera. A ella le costó unos segundos adaptarse a la poca luz del interior, pero como estaba alerta, lo seguía con la mirada. Doménico trancó la puerta con un listón grueso de hierro y se giró para encender una lámpara de keroseno. Fue en ese momento que ella pudo ver lo que él había preparado.

—¿No es maravilloso verme después de tanto tiempo? —Le preguntó, sacando de una bolsa una botella de vino y varios trozos de pan.

—¡Te dije que no tengo hambre! —gritó con fuerzas, imprimiendo su odio en cada palabra.

Él negó con la cabeza y sonrió, burlón.

—Deja las niñerías, ya no tienes doce años.

—¿Por qué a mí?, ¿qué te hice para que me jodieras la vida de esta manera?

—Somos uno, siempre seremos uno. Nada puede separarnos.

—Tú y yo no somos nada, ¡nada!

Él se inclinó sobre ella y le dio una bofetada tan fuerte que la lanzó hacia un lado, cayendo al suelo junto a la silla.

—Lo siento, hermosa, lo siento. Fue tu culpa, eres tú la que me hace actuar así, pero sabes que jamás te haría daño. —La levantó del suelo y limpió su ropa—. Ven, siéntate a mi lado y prueba la rica comida que compré para celebrar nuestra primera noche juntos después de diez años.

Arrastró la silla y la ubicó junto a él, esperó hasta que ella tomara asiento, para él servir sobre unos platos plásticos la comida japonesa que había comprado después de haber dejado el chalet de su padrino.

—¿Dónde está Cícero? —preguntó ella, girando la cabeza de un lado a otro, buscando algún rastro de él.

—No importa, él..., él no es nada, Giovanna.

—¿Qué le has hecho? —Se privó en llanto.

—No lo menciones, no lo incluyas entre nosotros... Él no significa nada, ¿o sí?

—Solo dime que está bien, por favor ¡Dímelo! —exigió, convulsionándose sobre la silla.

—¿Por qué contigo las cosas siempre tienen que ser así?, ¿no puedes simplemente ser feliz a mi lado sin pensar en nadie más? ¿Es que no lo entiendes? —Se pudo violento de nuevo y comenzó a lanzar todo lo que tenía frente a él por los aires—. Solo importamos tú y yo.

—Cálmate, vamos a hablar. Dime qué quieres a cambio de él. —Intentó serenarse, debía conseguir manipular la situación. Tenía que usar las herramientas que la doctora Brina le había enseñado, y llevándole la contraria no lograría nada, solo que él acabara con su vida.

Él se detuvo y volteó la cara con el ceño fruncido.

—Él era mi mejor amigo y me traicionó. Los vi juntos, esta mañana. Él te besó, sabiendo quién eras tú en mi vida y el inmenso amor que nos tenemos. ¿Cómo pudo besar a mi chica?, ¿cómo se atrevió a llevarte a su apartamento? ¿Qué clase de hombre le hace eso a su amigo? —bramó violento—. Pero él ya no será un obstáculo entre nosotros.

Giovanna comenzó a negar con la cabeza, con sus pocas palabras, Doménico le confirmaba su terrible sospecha. Había matado a Cícero y, desde ese instante, no le importaba lo que él hiciera con ella.

CAPÍTULO 35

Cícero no supo por cuánto tiempo había estado tirado en el suelo. Al intentar abrir los ojos, lo único que le vino a la mente fue la cara de Giovanna. No tenía que ser un clarividente para asegurar que Doménico iría por ella. Al mover su mano derecha el dolor del pecho se le intensificó, pero apretó los dientes y poco a poco fue levantándose.

Debido al esfuerzo, tenía el cuerpo empapado en sudor, le costaba respirar y sentía que la cabeza le latía al mismo compás que su corazón. Como pudo, se arrastró hasta pegar la espalda a una pared y esperó unos segundos para reponer fuerzas.

Sabía que era de día por las líneas de luz que entraban a través de las ventanas. Vomitó al paladear el sabor amargo de su boca, las arcadas llenas de sangre le producían un asco tremendo. Con el dorso de la mano se limpió la boca y volvió a descansar sobre la pared.

Horas después, con algo más de fuerza, subió a su auto. Le tomó una eternidad llegar hasta él, pero con solo imaginar todo lo que Doménico podía hacerle a Giovanna, la adrenalina se le disparó y, con ella, el valor de seguir respirando.

Cerró la puerta del Ferrari y sintió un latigazo de dolor a un costado. Se quedó quieto, pensando en los diferentes lugares donde podría estar Doménico con Giovanna.

Al poner la reversa fijó la vista en el retrovisor, y no pudo reconocer su rostro. Estaba completamente lleno de sangre seca, los párpados tan hinchados que no lograba ver el color de sus ojos. El labio inflamado y una herida abierta pero cubierta de sangre seca en la ceja.

No quiso perder más tiempo, tenía que encontrarla. Conduciría a todos los lugares que tuvieran alguna vinculación con Doménico. Descartó la casa de los padres, no era tan estúpido. Con seguridad, la llevaría a un lugar alejado de todos.

Desesperado, comenzó a llorar. No por él, sino por ella. Giovanna había luchado durante tanto tiempo por superar los traumas que Doménico le había causado, que ahora era como retroceder el tiempo.

No.

No pensaba permitírselo.

Si tendría que dejar la vida en ello, que así fuese. Pero él la buscaría hasta debajo de las piedras. Jamás la dejaría a su suerte.

Doménico había pasado la mejor noche de su vida, dormir junto a ella era como estar en el mismísimo cielo. Como quería que todo comenzara desde cero entre ellos, no consideró oportuno forzarla a tener sexo. Él podía esperar un día más, hasta que ella estuviese dispuesta a disfrutar plenamente del placer que les producía amarse.

—Oh, ¿recuerdas nuestros años juntos?, ¿la noche que te hice mi mujer? —Acarició su cabello cobrizo y enredó un mechón entre sus dedos—. Desde luego que no los has olvidado, fueron los días más felices de tu vida. —La besó en los labios y le limpió una lágrima que bajaba por su mejilla.

—Necesito orinar, Doménico, no aguanto más. Por favor, déjame salir.

—Ya te dije que aquí hay baño, no es necesario que salgas.

—No está limpio, no huele bien; por favor..., si quieres acompáñame, pero déjame salir. Prometo que no intentaré huir.

—A ver, levanta la cara, que necesito saber si no me estás mintiendo. Hermosa, mírame.

Ella obedeció y levantó su rostro hinchado por los golpes que él le había

dado durante la noche. Cada vez que le mencionaba a Cícero o no le contestaba lo que él deseaba la abofeteaba con fuerza.

—¡Prométemelo!

—Te lo prometo.

—Bien, espera aquí. Primero iré a comprobar que no haya nadie cerca.

Giovanna asintió, removiéndose enérgicamente sobre la silla. De verdad tenía muchas ganas de orinar.

Al poco tiempo él regresó y, aferrándola con fuerza del brazo, salieron de la cabaña. Estaba oscureciendo y de nuevo llovía. La piel se le erizó cuando las gotas frías empaparon su cuerpo.

—Aquí puedes orinar, pero ten cuidado, que el suelo está fangoso, y no quiero que resbales.

Giovanna levantó la mirada y se permitió divisar los alrededores. Se hallaban de pie, en lo más alto de una montaña. Frente a ella, la inmensidad del mar, y a cada lado solo había árboles, rocas y una densa hierba.

Orinó de cuclillas y de espalda a él. Cuando terminó, se subió la ropa y, antes de que volviera a agarrarla, corrió por el borde de la montaña, colina abajo.

A Doménico aquello lo tomó por sorpresa, se quedó por una fracción de segundo paralizado; después, su cuerpo reaccionó y corrió detrás de ella. La hierba alta la ayudó a esconderse cuando se agachó, evitando que él la encontrara.

—No me gustan estos juegos, hermosa. Sabes que tarde o temprano te encontraré. No hagas que me enfade contigo.

Estaba muy cerca de ella, pero no quería moverse por miedo a que la hierba se moviera. Se agachó por completo sin dejar de buscarlo con la mirada, pero no lo veía. De pronto, él la haló por los tobillos, y ella gritó del susto que le provocó ser descubierta.

Juntos, se deslizaron por un barranco fangoso, lo que le permitió a ella dar patadas y liberarse. La lluvia arreció, haciendo que la hierba fuera más resbaladiza. Giovanna comenzó a subir por la montaña, aferrándose con las manos e impulsándose con los pies.

Doménico la alcanzó y se montó sobre su espalda. Le dio la vuelta por los hombros y, cubriendo por completo su cuerpo con el suyo, comenzó a besarla en la boca.

—No, no..., no, por favor. ¡Suéltame! ¡Aléjate de mí!

Él no la escuchaba, tenía las pupilas dilatadas y la mente en otro lugar. Siempre había sido así, mientras más ella se resistía, él se excitaba más.

Giovanna aprovechó que él liberó su boca y comenzó a besar sus pechos, para voltear la cara, buscando una salida, alguna forma de liberarse de él. Dejó de golpear su espalda y levantó los brazos sobre su cabeza, tanteando sobre el suelo, rebuscando cualquier cosa, lo que fuera y le sirviera para liberarse. Y cuando la encontró, no dudó ni un segundo en usarla.

Tomó la piedra y lo golpeó en la cabeza con toda la fuerza que pudo. Él, al recibir el golpe y sentir el dolor se giró a un lado y cubrió su frente con ambas manos. Un hilo de sangre le bajó por la cara.

—¡Maldita seas! Te arrepentirás de esto.

Giovanna se puso de pie con el cuerpo cubierto de fango y temblando.

—El que se arrepentirá de todo lo que me ha hecho eres tú, Doménico. Ven aquí, camina hacia mí y verás de lo que soy capaz.

—Siempre será un placer acercarme a ti, hermosa. Ese es el propósito de mi vida, tú eres mi mundo.

Dio varios pasos hacia atrás, hasta que los pies rozaron el borde del acantilado.

—Conozco tus pensamientos, Giovanna, ¿crees que alguien pueda sacarme de tu vida? Podrán hacer mil cosas para alejarme de ti, pero no lo lograrán.

Nada puede mantenerme lejos. Te amo, Giovanna, eres mía; siempre lo has sido y siempre lo serás.

—No te pertenezco, no siento nada más que desprecio y resentimiento hacia ti. No sabes el asco que me producen tus besos, tu olor...; hasta el simple contacto de tu piel me da náuseas.

—¡Cállate! Mientes, tú me amas tanto como yo a ti.

—Nunca te he amado —bramó—. Y ya nada de lo que me digas o hagas podrá doblegarme, jamás podrás quebrar mi voluntad. ¿Acaso no lo ves? No te amo y nunca te amaré... Mi corazón le pertenece a Cícero, es el único hombre que he amado, a quien me he entregado en cuerpo y alma.

—¡No!, ¡no!, ¡no! ¡Mientes!, ¡es a mí a quien amas!

—Todo lo contrario, siempre ha sido él. Mi mundo, mi estímulo, mi apoyo, mi gran amor.

Giovanna acababa de destrozar en miles de pedacitos el ego de Doménico, que era tan grande como su locura.

—Yo no viviría sin ti y no permitiré que vivas sin mí —sentenció, cerrando los puños a cada lado de su cuerpo.

—Y yo decido vivir sin ti, para siempre. Se acabó, Doménico, no eres nada, no representas nada para mí.

Doménico se lanzó sobre ella, cegado de ira al escuchar aquella confesión. Desesperada, Giovanna se inclinó a un lado, cerró los ojos y murmuró el nombre de Cícero, dejando caer su cuerpo sobre un pequeño saliente rocoso del acantilado.

Mientras su cuerpo descendía pensó que nada podía ser peor que seguir atrapada por él. Los huesos de su cuerpo sonaron cuando impactó de costado contra la roca, y cerró los ojos cuando escuchó un golpe seco mucho más abajo.

No quiso mirar, tampoco podía hacerlo, solo sentía dolor, mucho dolor.

Mientras un abismo oscuro la arrastraba, escuchó a la distancia que alguien gritaba su nombre.

—¡Giovanna! —gritaba uno de los policías que la estaban buscando.

Al salir del chalet, Cícero había avisado primero a sus padres y luego a la policía. Sabía que no podía buscarla solo, no quería perder tiempo dándose las de héroe. Con cada minuto que pasaba, menos oportunidad tenía de encontrarla sana y salva.

Con poco oxígeno en los pulmones, intentó recordar mientras hablaba con uno de los oficiales de policía, todos los lugares que frecuentaba Doménico y que, obviamente, él conocía. Uno de ellos era esa cabaña.

—¡Aquí!, ¡está aquí! —Fue lo último que escuchó Giovanna, antes de perder la consciencia.

En la sala de urgencias, los padres de Giovanna, desconsolados, lloraban junto a la familia de Cícero. Un médico salió con gesto sombrío.

—Está fuera de peligro, pero tiene varias costillas rotas y algunas lesiones menos importantes, pero que le producirán un dolor intenso, por lo que necesitará estar sedada.

—¿Podemos verla? —pidió su madre.

—Ahora no, hace poco le colocamos un sedante muy fuerte; pero cuando despierte, daré la autorización para que puedan estar un momento con ella.

—¿Y mi nieto, doctor? —preguntó Vincenza, con el rostro bañado en lágrimas.

—Lo bajaron al área de traumatología. Están realizándole unos estudios, pueden ir hasta allí y preguntar en el puesto de enfermeras.

La madre de Cícero se abrazó a su esposo, buscando consuelo. Se despidieron del médico y sin perder tiempo bajaron a toda prisa. Una de las enfermeras les indicó en qué habitación estaba su hijo y corrieron hasta dar

con él.

Una madre nunca está preparada para ver a su hijo en el estado que Caterina vio a Cícero. No había centímetro de su cuerpo sin una contusión. Estaba conectado a un monitor cardíaco y tenía una vía puesta en el brazo izquierdo, para poder administrarle los medicamentos.

Su abuela se acercó y comenzó a acariciarle el brazo.

—Está desfigurado, tiene la cara demasiado hinchada y magullada—. Cubrió su boca y limpió su nariz—. Casi lo mata.

—Déjalo, mamá. No pienses en él. Ya pagó con su vida todo el mal que hizo. Ahora lo importante es que Giovanna y Cícero se recuperen.

—Mi pobre muchacha, no es justo todo lo que ha vivido.

—Gio... —Cícero despertó y comenzó a balbucear su nombre—. Gio..., Giovanna.

—Está bien, hijo. No te preocupes.

—¿Dónde está? —preguntó e intentó levantarse.

—No, espera. —Le ordenó su padre y lo obligó a tumbarse—. Aún estás muy sedado. Gio está bien, está arriba, con sus padres.

—Debo verla, tengo que...

—Tranquilo, Cícero, espera a que pasen los efectos de los anestésicos que te han puesto. Ya la verás —indicó su padre.

—Tu padre tiene razón, cariño. Vamos a pedirle al doctor que te autorice subir a verla, ¿sí? Estás muy lastimado.

Cícero, a pesar de los calmantes, sentía una molestia cada vez que respiraba, y los ojos se les cerraban sin voluntad, por lo que se vio obligado a aceptar que, en ese momento, le sería imposible moverse.

—De acuerdo, madre.



EPÍLOGO

Habían pasado tres semanas desde que Doménico había secuestrado a Giovanna, y esa fría mañana de noviembre, por fin le daban de alta. Después de que la policía encontró el cuerpo sin vida de Doménico, comenzaron con las investigaciones, pero al final, la fiscalía no presentó cargos contra Giovanna, una vez que sus abogados entregaron pruebas de su inocencia y testimonios con evidencias sólidas.

Cícero la esperaba en la calle, con una caja de chocolates y un oso de peluche tan grande como él. Los últimos días, ella se había mantenido reservada, hablaba solo lo indispensable y lo único que pedía era ver a la doctora Brina. Podía pasar horas a solas con ella, pero con nadie más.

Su madre, al enterarse de que su esposo había recibido y aceptado llamadas de Doménico, le pidió el divorcio. A Giovanna le pareció que aquella decisión era innecesaria, pero no dio su opinión. Realmente, no le importaba lo que los demás hicieran con su vida.

Se encontraba sumergida en su propio mundo, encerrada entre los recuerdos del pasado y los recientes. Sonrió una sola vez desde aquel domingo de octubre, cuando al despertar, supo que Cícero estaba con vida y se recuperaba de sus heridas.

Abrianna y su padre la llamaban a diario, pero conversaba poco con ellos, al sentir que solo los cargaba de malas vibras y con noticias tristes. Su jefe, Andrea y algunos compañeros del periódico habían ido a verla con frecuencia, mostrándole su apoyo y cariño sincero.

Aunque le daban el alta, debía regresar dos veces por semana para las fisioterapias. Al igual que Cícero, tenía algunas lesiones que solo con el

tiempo se curarían por completo. Mientras, debía continuar con su vida.

Al verla salir del hospital, Cícero deseó abrazarla, pero sabía que debía darle tiempo. La doctora Brina le había explicado no solo a él, sino a toda la familia, que debían ser pacientes con Giovanna, que tenía heridas que le iban a costar sanar, pero con su apoyo y amor, podría recuperarse completamente.

—Hola, Liotta. —Lo saludó y dejó que él le acariciara la mejilla.

—Hola, cariño. ¿Aún te duele cuando caminas?

—Un poco, pero es soportable. Y tú, ¿cómo estás? —preguntó, tocándole la pequeña cicatriz que tenía sobre la ceja.

—Bien, nada de qué preocuparse.

Giovanna asintió y bajó la mirada al suelo.

—¿Quiere que la deje en su casa o va a quedarse un rato más con nosotros, señora? —Le preguntó Cícero a la madre de Giovanna.

Madre e hija intercambiaron miradas, y Cícero frunció el ceño. Abrió la puerta del copiloto y ayudó a su novia a ponerse el cinturón de seguridad. En cuanto él tomó asiento, ella le confesó sus planes.

—Me quedaré en mi casa. —Lo miró a los ojos y odió ver en aquellos ojos azules dolor, pero no quería regresar con él—. Mi madre se quedará unos días conmigo, mientras se terminan de curar mis heridas.

—No tienes que preocuparte por nada, muchacho. Yo la cuidaré y estaré pendiente de que cumpla con el tratamiento al pie de la letra —añadió Antonietta, con voz temblorosa.

Cícero calló, respiró hondo y asintió con la cabeza. Durante el trayecto hasta el apartamento de Giovanna, solo abrió la boca para contestar un par de preguntas que su suegra le había hecho. Al llegar, no quiso subir, así que la ayudó a descender del Ferrari y se despidió con un simple movimiento de mano.

Dejarla ir había sido una de las cosas más difíciles y dolorosas que había

hecho, porque sentía que cada día ella se alejaba más de él, y no sabía qué hacer.

Giovanna era la única mujer que había amado de verdad en toda su vida y la estaba perdiendo, lo sabía, lo sentía y no encontraba la forma de retenerla. Se pasaba horas hablando con Abrianna sobre cómo debía actuar, qué decir o qué no hacer. Sin embargo, nada funcionaba. Ella estaba sumergida en su propio dolor y no dejaba hueco para que él pudiera meterse y reavivar su amor.

Subió al Ferrari y golpeó con fuerzas el volante, descargando la impotencia de tener que aceptar su destino. Lloró por lo que fueron, por lo que habían vivido juntos y por lo que quizá no podrían llegar a ser.

Giovanna había entrado a su vida un domingo en la tarde, y él sonrió al recordar ese día. Al instante, puso su mundo patas arriba, desordenó su casa y sus sentimientos. Le mostró cuán fuerte podía llegar a sentirse el amor y todo lo que se estaría dispuesto a dar por mantenerlo. Cerró los ojos e imaginó su vida sin ella, y un dolor profundo en el pecho le sacó el aire de los pulmones.

Arrancó el auto y pisó el acelerador, debía poner distancia entre ellos o se volvería loco. Tenía que respetar su decisión, no podía obligarla a hacer algo que no quisiera. Él no era Doménico, jamás la retendría a la fuerza. Y si ella lo que quería era estar sola, él le pondría las cosas fáciles.

Media hora después, mientras estacionaba en su plaza de garaje, vio la caja de chocolate y el peluche en el asiento de atrás. Los sacó del auto, lanzó la caja a la basura y dejó el peluche a un lado del ascensor. No le importaba lo que hicieran con este.

Entró al apartamento y fue directo a su cuarto, evitando detallar los objetos de Giovanna, que aún seguían regados por toda su casa. Abrió el closet y tomó lo primero que vio. Con la maleta ya lista, llamó a su padre. Necesitaba irse de la ciudad, dejar todo atrás e intentar curar sus propias heridas.

Giovanna se acostó en su cama y cubrió por completo su cuerpo con las mantas. Tapó su boca con las manos para que su madre no oyera su llanto, se sentía destrozada por fuera y por dentro, como si su alma se hubiese convertido en tierra estéril. Por eso tenía que dejarlo ir, apartarlo de su vida para no ser una carga sobre sus hombros.

Para merecerlo, debía reconstruirse, sellar sus fisuras, curar su alma y perdonarse a sí misma. Sabía que al alejarlo lo estaba perdiendo, lo leyó en sus ojos cuando decidió irse sola a su casa y no con él, sintió cómo lo hería y rompía su corazón.

Aunque nadie la entendiera en ese momento, aunque creyeran que era una obstinada egoísta, en realidad, era todo lo contrario. Actuaba así para obligarlo a separarse de ella, lo conocía, sabía que era hombre de poca paciencia y que odiaba los cambios de rutina.

Pero es que ella necesitaba tiempo, ¿cuánto? No lo sabía. Quizá nunca volvería a ser la misma, quizá, al intentar volver con él, ya no lo encontraría; sin embargo, se arriesgaría, no tenía otra opción.

Su madre entró al cuarto y con cuidado se sentó a su lado. Comenzó a acariciarle la cabeza y poco a poco fue quitándole las mantas hasta que logró verle el rostro.

—Puedes llamarlo y pedirle que regrese —sugirió, segura de que era lo que su hija deseaba.

—Ya le he hecho demasiado daño.

—Deja de culparte, hija mía. ¿Cómo ibas a saber lo que ese demente tenía planeado?

—Pudo morir por mi culpa, mama, por involucrarlo en mis problemas.

—Sabes que no opino lo mismo y estoy segura de que Cícero tampoco.

—No tienes idea de lo que sentí cuando Doménico me aseguró que estaba muerto. Fue como caer a lo más profundo de un pozo..., perdí todas las fuerzas. Sin él, ya nada tenía sentido.

—Entonces, ahora que lo tienes de nuevo en tu vida, ¿por qué quieres alejarlo? No te entiendo.

—Mami, Cícero merece tener una vida normal, con una mujer normal, no conmigo, que despierto a medianoche entre gritos y patadas, sudando y temblando de miedo. Una mujer rota y llena de traumas.

—Estoy segura de que él ama a esa mujer, con todos sus problemas.

—¿Y crees que no llegará el día que se harte de mí?, ¿de mis miedos, de mis demonios? ¿Qué haré cuando eso suceda?

—Ay, mi niña, no tengo respuestas a tus preguntas, solo le pido a Dios que no te arrepientas de lo que has decidido. Porque ese hombre te ama, de eso estoy segura.

Giovanna no quiso hablar sobre Cícero, le pidió a su madre evitar mencionar su nombre. Estaba segura de que el tiempo curaría sus heridas e intentaría tener una vida apacible. Mientras tanto, quería estar sola.

Trece meses después.

Dublín, Irlanda.

Cícero firmó con orgullo uno de los contratos más lucrativos desde que había tomado la decisión, junto a sus socios, de abrir una sede en Dublín, un año atrás. Se había dedicado en cuerpo y alma a posicionar su empresa en aquel país. La competencia era fuerte, pero él traía la experiencia de Ravena, y no le costó mucho adaptarse a las exigencias de los nuevos clientes.

—Agradezco la confianza —añadió y se puso de pie para estrechar la mano de su cliente.

—¿Cuándo comenzarían con las instalaciones? —preguntó Jaime, el director de la empresa.

—En quince días, sin demora. —Le aseguró con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Perfecto, entonces debo informar a mi gente para que estén preparados y no tengamos ningún inconveniente. Y si necesita alguna ayuda adicional, no dude en comunicarse con nosotros.

—Por supuesto, lo tendré presente.

—Ha sido un placer, Liotta.

—El placer es nuestro. —Cícero caminó a su lado hasta que llegó a la puerta de su oficina y volvió a estrechar su mano para despedirlo.

Tina, su secretaria de años, había decidido acompañar a su jefe en esa aventura, después de que Cícero le ofreciera un buen paquete salarial. Él estaba seguro de que sin la mano firme y el carácter de generala que tenía Tina, jamás habría logrado establecer en tan poco tiempo esa sede.

Él estaba seguro de que querer, no siempre era poder, pero con Tina a su lado, podía con todo. En cuanto Jaime abandonó el lugar, Tina entró con la

agenda en mano.

—Señor, ¿respondió el correo de Alonzo?

—No he tenido tiempo, pero hoy lo hago sin falta.

—Por favor, no lo olvide. Tiene dos días esperando su respuesta.

—No entiendo para qué sigue haciendo eso, si sabe que confío en ellos. Cualquier decisión que tomen, yo estaré de acuerdo.

—Usted lo conoce mejor que nadie.

—¿Qué más tenemos? —preguntó Cícero, abriendo una foto que Abrianna acababa de enviarle al móvil. Sonrió al ver a su prima rodeada de niños. Dar clases en la India realmente la hacía feliz.

—Hay un nuevo cliente esperando afuera.

—Bien, dile que pase. —Guardó la imagen, bloqueó la pantalla y dejó el teléfono sobre el escritorio.

La puerta se abrió y el sonido de unos tacones retumbó sobre el suelo de madera.

—Hola, Liotta.

Cicero levantó la mirada y frunció el ceño. Los latidos del corazón se le dispararon y, por un instante, quedó tieso como una piedra. Reconocería su voz a miles de kilómetros. No podía creer lo que sus ojos veían, la imaginó tantas veces, que creyó que era un espejismo. Hasta que ella volvía a hablar.

—Veo que sigues siendo el mismo Neandertal de siempre —bromeó—. Qué, ¿no piensas saludarme?

Él brincó de la silla y rodeó el escritorio, sintiendo sus piernas temblar.

—Claro, desde luego. Hola, Gio, ¿cómo estás? —Se acercó a ella y dudó por un momento si abrazarla o no.

Giovanna vio la duda reflejada en sus ojos y tomó la iniciativa. Se lanzó sobre él y lo abrazó.

—Bien —contestó, tan nerviosa, que sentía el corazón en la garganta.

—Me alegro, te ves...; bueno..., hermosa.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—¿Y esto?, ¿nuevos proyectos? —Le preguntó y señaló el nombre de la empresa que colgaba en una de las paredes de la oficina.

—Sí, nos pareció que era una buena idea cruzar las fronteras. —Aunque la idea realmente fue suya, sus compañeros solo vieron la oportunidad y la aceptaron—. Y tú, ¿sigues en Ravena? —Fingió desconocer su vida, cuando en realidad, leía sin falta todos los artículos que ella publicaba.

—Sí, claro. Logré tener mi propia columna.

—Oh, felicidades. Te lo mereces, eres una gran periodista.

Ella se carcajeó ante su comentario.

—¿Qué, no me crees?

—Acabo de recordar la vez que Abi nos invitó a comer con ella, y te enteraste de que había conseguido el trabajo en el periódico.

Él recordó y la acompañó con una sonora carcajada.

—Si no quieres que muera de vergüenza, no repitas mis palabras.

—Oh sí, no pienso desaprovechar esta oportunidad de verte sufrir, dijiste algo así como: ¡Quién diría que tú, que reprobaste el segundo año del instituto, ahora seas una extraordinaria periodista! —Intentó imitar su voz varonil.

Cícero arrugó la cara y la invitó a tomar asiento.

—En ese tiempo era un completo idiota.

Ella tomó asiento y, él, en vez de regresar a su silla, detrás del escritorio, se sentó a su lado. Necesitaba estar cerca de ella, su olor lo atraía como la miel a las abejas.

—¿A qué se debe tu visita? —preguntó Cícero, directo y sin rodeos. La ansiedad de saber por qué había ido a verlo no lo dejaba ni respirar.

Giovanna agarró fuerzas e intentó repetir las palabras que cientos de veces había pronunciado desde que había subido al primer avión en Ravena. Lo

contempló por unos segundos mientras sentía que su vida colgaba de un hilo.

—Necesitaba verte, hablar contigo y...

Él se percató de su nerviosismo, pero no se lo pondría fácil.

—Después de todo este tiempo, ¿hablar de qué?

—Primero, necesito que sepas lo mucho que siento todo lo que pasó, nunca quise que salieras lastimado por mi culpa, perdona, yo...

—¿Tu culpa?! —repitió, sorprendido—. Todo lo que hice fue por el amor que sentía por ti, porque mi única prioridad era protegerte.

A Giovanna se le cayó el corazón a los pies, al escucharlo hablar en pasado. A pesar de ser consciente de que en su presente ella ya no existía.

—Sé que actué de forma egoísta, que no tomé en cuenta tus sentimientos, pero quiero que sepas que lo hice porque estaba destrozada por dentro y por fuera. Sentía que no tenía nada que dar, que solo traía problemas a tu vida.

—Tú decidiste por mí, por los dos. Y yo respeté tu decisión.

Giovanna sentía que el mundo se le oscurecía, los nervios la estaban destrozando. Tenía que ser completamente sincera con él, así fuera la última conversación entre ellos.

—Lo sé y agradezco el tiempo que me has dado, porque esa mujer que dejaste atrás, no tenía nada que ofrecerte —confesó, reprimiendo las ganas de llorar, tanto, que le dolía el pecho.

Cícero la miró fijamente a los ojos, esos ojos tan hermosos que habían logrado derribar todas sus barreras y que ahora lo volvían a enloquecer.

—Difiero de ti, pero como te dije antes, yo entendí que no querías estar conmigo y por eso me fui.

—Tenía que curar mis heridas, sanar mi alma, liberarme de los traumas y, así, un día, poder ofrecer lo mejor de mí.

—¿Y lograste todo eso?, ¿conseguiste ser esa mujer que tanto anhelabas?

—Solo una parte —aseguró y levantó la mirada para verlo a los ojos.

—¿Por qué?

Se inclinó sobre él y tomó sus manos entre las suyas.

—Porque me faltas tú. —Una lágrima rodó por sus mejillas—. He venido a pedirte una oportunidad, te prometo, te juro que no te arrepentirás. Viviré para amarte todos y cada uno de los días de mi vida.

Él guardó silencio, notó cómo a ella el miedo le dilataba las pupilas y respiraba con dificultad.

A Cícero, su declaración, le removió todos sus sentimientos, había sufrido demasiado por ella; cuando, egoístamente, lo sacó de su vida sin darle la oportunidad de luchar a su lado y curar sus heridas juntos. Nadie, solo él sabía lo que le había costado dejar todo atrás y comenzar una nueva vida en otro país, lejos de los suyos.

La amaba demasiado, tanto, que estaba seguro de que jamás la olvidaría, así ella permaneciera lejos y rehiciera su vida con otro. Pero ahora estaba ahí, frente a él, pidiéndole una oportunidad.

—¿No dirás nada? —inquirió ella, llena de nervios.

—Gio, tu decisión destrozó mis ilusiones y me obligó a cambiar por completo todos mis planes... Yo estaba dispuesto a todo por ti, por protegerte, ayudarte a superar tus miedos, pero...

—Comprendo. —Giovanna se sintió derrotada al creer que lo había perdido para siempre.

—No, amor de mi vida, no comprendes nada. Te amo, no tienes idea de cuánto te amo y necesito. No sabes lo que he sufrido sin ti... Alejarme me ayudó en los negocios, pero mi corazón se rompió desde que decidiste sacarme de tu vida, alejarme cuando más me necesitabas, y cuando más te necesitaba yo...

—Entiendo, mi cielo... —Ella lo interrumpió, mirándolo fijamente con ilusión, mostrándole que estaba dispuesta a todo por él—. Juro que he

cambiado, que he superado todos mis miedos, que el terror a perderte, a vivir sin tu amor me aterraba más que cualquier fantasma del pasado. Por eso estoy aquí, frente a ti, diciéndote que te amo con todas mis fuerzas y que quiero estar junto a ti para siempre, aquí, en Ravena o en el fin del mundo.

Cícero soltó todo el aire de sus pulmones, hasta ese instante fue que se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Se puso de pie, y ella lo imitó, a punto de convulsionar, hasta que él la sorprendió, rodeándole la cintura para pegarla a su cuerpo y devorar su boca.

Después de unos largos e intensos minutos, donde no había espacio para las palabras, porque ninguna lograba expresar lo que sus corazones sentían, se perdonaron y juraron amor eterno.

—Giovanna Donati, amarte es más que mi destino.

Fin.



DEDICATORIA

A todas las mujeres valientes que han sido y siguen siendo víctimas de cualquier tipo de agresión sexual. Un problema social que no podemos seguir ignorando, donde debemos aprender que NO es NO, y que la culpa no es de las mujeres por actuar, vestir o comportarse de una u otra manera.

A todas las que tienen que soportar, no solo la agresión sexual, sino que el agresor sea un miembro de su familia, porque el dolor y la pena se multiplican.

No callen, griten lo más fuerte que puedan, porque es la única manera de que las pesadillas acaben y el demonio pague.

A todas ellas, mi respeto, mi amor y apoyo.

Gaby.

AGRADECIMIENTO

A Dios por iluminar mi camino.

A mi familia por el apoyo incondicional, en especial a mi marido y a mi hija, Nicole, quienes son el motor de mi vida.

Y a todas las personas que de un modo u otro han estado a mi lado brindándome su apoyo, sus artes, su tiempo y un cariño sincero.

Pero quiero agradecer de forma especial a quien acaba de leer mi historia, sí a ti..., que me permitiste entrar por un momento en tu vida con mis letras y con esta historia que espero haya sido de tu agrado.

Gracias, infinitas gracias.

PLAY LIST BOOK

Todas las canciones que han sido incluidas en esta obra son de sus respectivos autores.

U2 – One

Gianluca Grignani – Una chica normal

U2 – Ordinary Love

Coldplay – True Love

Abel Pintos – Más que mi destino

CONTACTA CON LA AUTORA

Gabriela Lo Curto es una escritora venezolana, egresada del Pedagógico de Caracas, con el título de Profesora de Informática, posteriormente realizó una especialización en Planificación y Evaluación.

Ejerció su carrera hasta el año 2015, cuando decidió, junto a su familia, trasladarse a España, donde vive actualmente.

Escribió su primera novela con tan solo 13 años, pero no fue hasta el año 2016 que decidió crear y publicar como profesional su bilogía: «Un amor a mi medida».

Correo: gabrielalocurto@gmail.com

Twitter: @locurto27

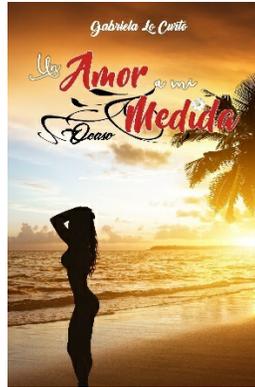
Instagram: @gabriela.locurto

Facebook: Gabriela Lo Curto

Google+: Gabriela Lo Curto

TÍTULOS DE LA AUTORA

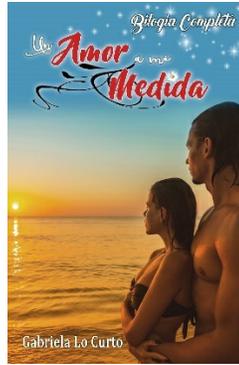
[Un amor a mi medida: Ocaso](#)



[Un amor a mi medida: Amanecer](#)



[Un amor a mi medida – Biología completa](#)



Amarte es más que mi destino



Recuerda que los comentarios tanto en Amazon como en [Goodreads](#) son importantes para que otros lectores se animen a leer esta u otra historia. Me encantaría y agradecería leer tu sincera opinión.